



P
612

B.P. de Soria



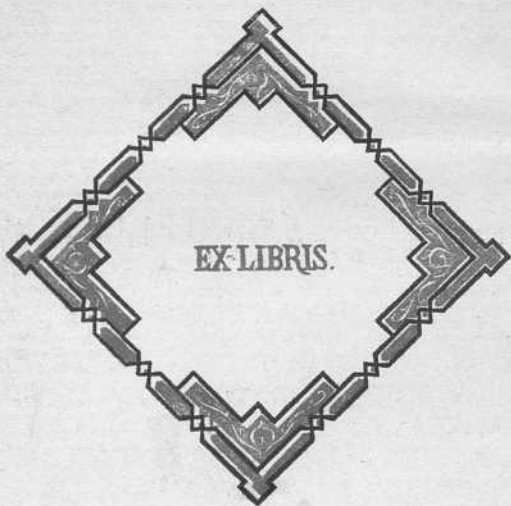
61106002

D-1 1156



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS
—
DRAMÁTICOS

P
612



EX LIBRIS.

POEMAS DRAMATICOS
DE
LORD BYRON



1706002

D-1
1156

TIRADAS ESPECIALES

25	ejemplares en papel China.....	<i>I à XXV</i>
25	» en papel Japón.....	<i>XXVI à L</i>
100	» en papel de hilo.....	<i>I à 100</i>

COLECCION
DE
OBRA
DE
LOS
MAESTROS
CASTELLANOS

11-1-92

POEMAS DRAMÁTICOS
DE LORD BYRON

CAÍN.—SARDANÁPALO.—MANFREDO.

TRADUCIDOS EN VERSO CASTELLANO

POR D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO

con una carta prólogo de

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUMRILL

Flor Baja, núm. 22.

1886

DE
DRAMÁTICOS





SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Mi querido y omnidocente amigo : Ahí van, para comparecer ante el tribunal de la justicia literaria de V. , tres sublimes criminales, tres poéticos pecadores, tres audaces heterodoxos, y no españoles, de los que V. evocó con sus potentes magias de historiador y crítico. Desde esta triste Inglaterra, donde vieron la luz, y yo sin la del sol me consumo en eterna sombra y olvido, ahí se los envió, como quien dice, atados codo con codo, amarrados á las páginas de un libro, y condenados á los trabajos forzados, á la cadena perpetua de la publicidad. Sus nombres dicen su alcurnia y denuncian sus delitos. Caín el fratricida, el suicida Sardanápalo y el incestuoso brujo Manfredo. Los acompañan algunos espíritus, fantasmas, hadas, genios y otros personajes de la *mitocracia* fantástica, figurando á su cabeza nada

menos que el bíblico Lucifer y el persa Arimán. ¡Bonita gente! ¡Soberbia demagogia celestial! Apreciables nihilistas, demoledores de todo lo divino, esos que en castellano verso dialogan, declaman, blasfeman y mueren sobre el escenario de los tres poemas dramáticos ingleses á que dan sus nombres; poemas que, gracias á la triple alianza de V., mi bibliófilo y buen primo el conde de Casa-Valencia y el inteligente editor D. Mariano Catalina, van hoy á usurpar un honroso puesto en la selecta y apetecida Colección de escritores castellanos.

Á nadie con mejor título y mayor gusto que á V. puedo dedicar ese modesto libro, aprovechando tan natural ocasión de rendirle mi literario vasallaje. Sí, se le dedico con plena satisfacción á V., Crespo de la ciencia, Merlín del arte, autócrata de todos los libros, eco de las edades pasadas, honra de la presente, portentoso fenómeno de edad, saber y gobierno, de quien puede decirse con Esquilo (y á V. en griego, para mayor claridad):

γέροντα τὸν νοῦν, σάρκα δ' ἠβῶσαν φύσει.

Le corresponde á V., además, por derecho propio, mi humilde dedicatoria, por un acto de magnanimidad literaria, pues descendiendo V.

de los platónico-dantescos círculos, de las radiantes esferas de las *Ideas Estéticas*, donde hace tiempo habita su bienaventurado espíritu crítico, se digna V. mirar hacia abajo, interrumpir sus pensativos éxtasis y fecundas tareas, mojar su pluma en tinta menos indeleble, y consagrar un prólogo, nada menos que un prólogo (V. que tantos ha escrito), á las luciféricas y embrujadas inspiraciones de un poeta satánico, interpretadas por el más mefistofélico y libre soñador de los traductores. ¡Hermoso milagro de la tolerancia poética, de la caridad literaria, del intelectual cosmopolitismo!

Manos á la obra, generoso y hasta despilfarrado maestro, y vierta sobre el papel la limosna de unas migajas de su sabroso pan espiritual. Frote como Aladín la lámpara maravillosa de su frente, y brotarán algunas perlas del oculto tesoro de su memoria inagotable. No necesita V. calentarse el menor lóbulo de su saturado encéfalo, ni tiene V. que hacer uno de aquellos *prologui galeati*, armados de punta en blanco contra el asalto de impugnadores, ni una de aquellas charlatanescas introducciones, especies de sinfonías con bombo y platillos hechas solo

To raise the volume price a shilling.

Cuatro renglones, su firma de V., su simple tarjeta profesional, su mero V.º B.º, servirán de precioso pasaporte, de billete de admisión y libre circulación en el reino de las letras, á esos tres dramáticos poemas, hijos, hasta hoy expósitos, de este expatriado poeta castellano en sus amorosos é ilícitos tratos con la musa viuda de Byron; viuda hoy un tanto abandonada y olvidada por sus antiguos amantes románticos, y desbancada y arrinconada en su Parnaso por sus jóvenes rivales las menos soñadoras, más positivistas, tentadoras y desnudas musas del naturalismo.

Comparaba Madame de Sévigné á los traductores con los criados que al dar un recado suelen decir lo contrario de lo que sus amos les encargaron. Yo no sé si he transmitido con acierto el lírico mensaje del vate, amo de mi espíritu; pero puedo asegurar á V. que he tratado de reproducirle verso por verso y con fidelidad casi telefónica. Bien sé que así como Cicerón traducía á Demóstenes *non ut interpres sed ut orator*, para traducir un poeta hay que hacerlo á lo poeta, es decir, conservando la esencia, la magia, el espíritu más que la letra, el armazón, el esqueleto gramatical en que la belleza escrita se encarna y transfigura. Empero, más que tan poética as-

piración ha podido en mí el afán de la fidelidad textual; esa fidelidad ha sido el freno de mi pensamiento, y hasta casi la falsilla que ha guiado mi temblorosa y vacilante pluma; á esa fidelidad he sacrificado muchas veces la sonoridad de los versos, los arranques y aun líricas tentaciones de la forma. Por eso, salvo en el *Sardanápalo*, en el que, cediendo á no sé qué pueril atracción, he seguido la rutinaria tradición del romance endecasílabo empleado en las tragedias clásicas, en los otros poemas he procurado dar al verso suelto en que están escritos cierta intencional aspereza é inarmonía, cierta forma selvática adecuada y como calcada al trasluz sobre el *blank verse* byroniano; sin contar con que ya el verso libre, aun manejado con el arte de Moratín y Jovellanos, disuena, en general, á los *ineducados* oídos españoles, tan propensos y enamorados de las sonoridades, lirismos y hasta (si V. me consiente la frase) *guitarrismos* de nuestra punteada poesía popular.

Nada diré á V., como más en particular deseaba, sobre mi traducción del *Fausto* de Marlowe, que debía formar parte de este tomo, pues no habiendo tenido cabida en él, por hacerle exceder de su natural volumen y prenumeradas páginas, quedará por ahora durmiendo en com-

pañía de mis otras juveniles y estudiantiles traducciones de Leopardi, Virgilio, Shakespeare, Schiller y otros menores poetas, que atestan mi ya apolillada cartera de traductor y literato.

Declaro que me asalta cierto amistoso remordimiento al abusar de su exquisita complacencia, de su talento trino y uno de crítico, poeta y erudito, comprometiendo á hombre de la talla, notoriedad y ortodoxia de V. á prologuizar, es decir, semiapadrinar el epicúreo escepticismo de Sardanápalo, la esotérica ciencia de Manfredo, las sacrílegas interrogaciones de Caín, y, sobre todo, los impíos apóstrofes de Lucifer. ¡Cómo! ¡en vez de hacerle la cruz y gritarle el *vade retro*, va V. á dar, no sólo oídos, sino su atención, su examen y su pluma á las sugerencias, dichas en verso para mayor seducción, del espíritu del mal, del mismísimo Diablo! Van á decir que está V. endiablado. Verdad es, amigo mío, que el Diablo se ha humanizado y civilizado tanto, que ya pocos le temen, bastantes le imitan y muchos hasta solicitan sus favores. Aquel repulsivo *Imperator del doloroso regno*, con sus tres cabezas, negra, encarnada y amarilla, vertiendo llanto y baba, que Dante vió en el fondo de su Infierno, ha ido poco á poco afinándose, haciéndose menos espantable, más social, más

literario, más estético, tanto que ya en los días de Goethe aparece ante la humanidad volteriana ó panteista bajo la forma del maligno Mefistófeles, el diablo cómico y divertido que tiene entrada libre en el cielo, que conversa y hasta hace una apuesta con el Padre Eterno; el diablo elegante, de salón, el diablo-cantante, el carnavalesco diablo-figurín que, á pesar de su pata de caballo, se presenta vistoso y gallardo

*In rothem goldverbränten Kleide,
Das Mäntelchen von starrer Seide,
Die Habnenfeder auf dem Hut,
Mit einem langen, spitzen Degen.*

Mi diabólico libro tiene hasta cierta actualidad y color local, pues desde que Luzbel se convirtió al *humanismo*, se limó los cuernos, se cortó las alas de murciélago y las uñas, y se encajó el frac y guante blanco, no es ya el tentador, sino el encubridor, no sólo de los libre-pensadores, sino de los devotos libre-creyentes que tanto abundan en esta neo-pagana y aurólatra sociedad contemporánea. Además, vamos siendo tan buenos, tan benditos, que el diablo va pronto á quedar cesante. Ya el italiano Celio Curio probó que el cielo tiene más habitantes que el infierno, y desde entonces la *città dolente* va quedando desalquilada, la *perduta gente* no se asusta

del *eterno dolore*, y si hay aún arrepentidos á quienes asalta el temor de la *divina potestate*, cuando están hartos de carne se meten á frailes, se hacen epicúreos cartujos de aquellos suntuosísimos conventos de *telemitas* que con tanta sal y pimienta nos pinta el cáustico y mal pensado Rabelais.

Deseche V. todo escrúpulo que pudiera punzarle por patrocinar literariamente esos herético-dramáticos poemas, y por cada uno de sus millares de versos reciba un afectuoso abrazo de este poeta, desterrado, no á Ultramar, sino á *ultra-sol*, pues sin ver ese astro, alma objetiva del universo, sin ver apenas los otros soles magnéticos y quizás más luminosos del Arte y la Poesía, lleva diez años de una antihomérica odisea á través de todos los países del mapa-mundi, desafiando el rigor de todas las longitudes y latitudes del planeta, concibiendo libros y poemas que se agostan en su frente, y recordando y amando siempre la patria y los ya de él, aunque no por él, olvidados amigos.

De ellos es V. uno de los más caros para su primer admirador y siempre afectísimo

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.



SR. D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Mi querido amigo: Su carta de V. cariñosísima, ha sido para mí algo semejante á una resurrección. Allá, cuando yo cursaba las aulas (no hace mucho tiempo, porque no soy viejo), oía sonar entre los nombres de los poetas castellanos de más crédito y fama el nombre del valiente poeta de las odas *Al túnel del Mont-Cenis* y *Al Coliseo Romano*; del fácil y amenísimo poeta de *El estereoscopio social*. Decíase entre todos los aficionados á estos estudios que el tal poeta había traducido á Leopardi, siguiendo tan de cerca al original, que casi le había bebido los alientos: añadíase que su genio explorador y aventurero de nuevas tierras y conquistador de

ellas para el arte nacional, había dado alta muestra de sí traduciendo en años todavía muy juveniles el *Manfredo*, de Byron, con tal exactitud y perfección, que desalentaba toda competencia. Y era, en fin, rumor público que existían de su mano traducciones de las *Geórgicas* (para lo cual no tenía que buscar fuera de su casa ejemplo que seguir ó emular), y de Schiller y de otros poetas, así líricos como dramáticos, así antiguos como modernos; pero todos ellos pertenecientes á la raza de los inmortales.

Luego este poeta se alejó de nosotros; de tiempo en tiempo oíamos su nombre, y aun lográbamos tal cual inspiración de su numen, firmada en las regiones clásicas, ó en la tierra que habitaron los patriarcas, ó entre las brumas escocesas: sus buenos amigos no podíamos apartar de la memoria aquella inspiración franca y aquel genial desembarazo y alta cultura, que tanto contrastaba con el abatimiento y decadencia, cada día más visibles, de nuestra poesía lírica, tan postrada hoy, si no en las formas externas, por lo menos en lo que toca y pertenece al fondo y á la médula del pensamiento, que, bueno ó malo, torcido ó derecho, debe tener, para que merezca el título de poético, una elevación y un temple que en vano buscamos en la mayor par-

te de los versos más ó menos elegantes que tenemos costumbre de leer en España.

Al fin el poeta despertó, y ¡de qué manera tan brillante! Quiera Dios que este despertar sea principio de nueva y más enérgica acción, y no intervalo para otro más largo y más profundo sueño. Como aquel que, habiendo dejado enmohecer por largo desuso sus fuerzas musculares, intenta renovarlas, y prepárase á nueva fatiga por medio de artificiales ejercicios gimnásticos, el poeta lírico que yo conocí y admiré en otros tiempos, se presenta al vulgo de los lectores españoles como un principiante ó como un desconocido, con un tomo de traducciones. Otras vendrán después, y, sin duda, también, en pos de ellas, los versos originales del poeta, unos inéditos, y otros (doloroso es confesarlo) tan desconocidos como si inéditos estuviesen.

En este procedimiento resplandece la modestia, dote que siempre ha enaltecido á V., y que tanto contrasta con el general engrimiento de los versificadores, capaces de dar lecciones de arte, no ya á lord Byron, sino al mismo Homero, ó al mismo Píndaro que se les ponga por delante. V. presenta desde luego como principal título á la estimación de los que saben admirar las cosas bellas, su admiración hacia los grandes maestros

del sentir y del expresar armoniosamente lo sentido. Y como persona culta y bien educada que es, no se introduce bruscamente en una sociedad, de la cual, por su largo alejamiento, ha llegado á creerse extraño, sino que busca, para la ceremonia de la presentación, el amparo de un *gentleman* tan cumplido como el autor de *Cain*, de *Manfredo* y de *Sardanápalo*. El que no respete en las letras semejante aristocracia, ¿cuál ha de respetar?

Sean bien venidos, pues, los tres interesantes criminales que V. ha vestido á la española, y que vienen, con todo el alto aliento que les comunicó su autor sajón, á llamar á las puertas del arte castellano. Sus excesos, sus crímenes, sus desesperaciones y sus blasfemias, necesitan poca excusa, y pasarán sin ceño, aun de los más timoratos y severos. Son blasfemias, audacias y desesperaciones líricas, de las cuales Dios les habrá pedido seguramente cuenta, pero que apenas nos asustan al lado de la blasfemia razonadora y científica que hoy suena por todas partes. Byron no es ya para nosotros aquel poeta satánico ó endiablado que llenaba de terror á nuestros padres. El maniqueísmo casi infantil de *Cain*, la ciencia taumatúrgica de *Manfredo*, mucho más próxima á la fe que á la duda, ¿qué

efecto han de hacer en ánimos en quien no hayan hecho mella la áspera lima de la crítica kantiana, ó la desesperación objetivada de los pesimistas, ó el hacha brutal de la negación positivista? ¡Ah, mi querido amigo! Las cosas han andado tan de prisa, que el Satanás de la poesía de Byron y aun de la de Shelley, comienza á perder las uñas y las garras, y no faltan por el mundo críticos y filósofos que á uno y otro poeta británico los tengan por espíritus detenidos en un período de evolución inferior, y, en suma, poco menos que por teólogos, teólogos demoniacos, si se quiere, pero al fin teólogos, es decir, hombres de cuyas mentes jamás se borró del todo la impresión de lo absoluto y de lo eterno.

Y, en efecto: ¿qué especie de hombre era Byron? Por él había pasado la filosofía del siglo XVIII con su fanatismo y con sus iras. Habían contribuido á malearle sus desdichas domésticas, su *dandysmo* y fatuidad incurable, todas las vanidades de raza, de clase, de ingenio, de hermosura y de fuerza corporal, juntas en su cabeza y exacerbadas por los anatemas de los necios y de los hipócritas, plaga de la sociedad inglesa. Pero en el fondo, ¡qué grandeza humana! ¡Qué desprecio de lo vulgar, pequeño y mezquino! ¡Qué aspiración al cielo de las ideas,

y qué desdén hacia la imbécil muchedumbre! No hay dogma alguno que sea hoy negado con mayor ahinco por las filosofías que corren triunfantes en Europa, que el del libre albedrío y el de la propia responsabilidad. Ninguno profesó Byron con tan resuelta energía. Bajo este aspecto, sus poemas son casi edificantes. Su personalidad aislada, feroz, selvática, en lucha constante con el mundo que la rodea, afirma y reconoce en sí misma el principio y la raíz de su independencia: considera eterno para la conciencia el torcedor de los remordimientos, y viene así á corroborar de un modo indirecto el dogma de la eternidad de las penas:

«The mind which is immortal makes itself
 Requitall for its good or evil thoughts.
 It is own origin of ill' and end
 And its own place and time: its innate sense,
 When stripp'd of this mortality, derives
 No colour from the fleeting things without:
 But it absorb'd in sufferance or in joy,
 Born from the knowledg of its own desert.»

De estos versos (que podrá ver el curioso, admirablemente traducidos por V. en las páginas que siguen) inferirá cualquiera que Byron podía no ser creyente en la doctrina del infierno tal como la enseña la teología ortodoxa; pero que al mismo tiempo convenía en lo más subs-

tancial de ella , enseñando en términos expresos la inmortalidad del espíritu , la perpetuidad de su esencia , y el permanecer eterno de la conciencia luminosa que el alma adquiere de sus propios méritos , y que se convierte para ella en pena ó en alegría sin término.

No es, pues, tan fiero el león como le pintan. Y, aunque lo fuera, Byron para nosotros es un clásico, por más que haya fallecido ayer, y debe alcanzarle la indulgencia que alcanza á los poetas clásicos, indulgencia que en los antiguos Índices expurgatorios se expresaba con la siguiente frase: *permittuntur propter elegantiam sermonis*.

No ha de ser Byron de peor condición que Lucrecio, que, como poeta, no es mayor que él. Válgale, pues, y sírvale de escudo ante los más creyentes la *elegantia sermonis*, ó, dicho en términos más modernos, la inmortal hermosura de la forma. Y válgale también el amor ardiente y sin medida, avasallador é irresistible que mostró por todas las cosas del ideal y del espíritu: aquella naturaleza suya, ávida de lo suprasensible y de lo eterno, despreciadora de lo relativo y mundano, naturaleza que él mismo define con tanta elocuencia por boca del Abad que interviene en las últimas escenas del *Manfredo*:

« This should have been a noble creature: he
Hath all the energy which would have made
A goodly frame of glorious elements,
Had they been wisely mingled: as it is,
It is an awful chaos, light and darkness,
And mind and dust, and passions and pure thoughts
Mix'd and contending without end or order.»

Espíritus dotados de tal energía, sea cualquiera el cauce por donde la han hecho correr, tienen en su propia fuerza inicial un título aristocrático que se impone á todo respeto. Y no es que todo sea metal de ley en el feroz personalismo de Byron. Cuando con ánimo sereno, ó, más bien, con el ánimo desengañado y difícil al entusiasmo que solemos tener los hijos de la presente generación, se leen sus poemas, á nadie deja de ofender algo de teatral y aparatoso que en ellos hay; cierta retórica de la desesperación y del descreimiento, la cual, no por haber nacido de una soberbia muy positiva y muy sincera, deja de ser retórica: brillante y animadísima, eso sí, pero convención literaria al cabo. Byron fué hombre de un papel, el más conforme sin duda á su índole genial, á los resabios de su educación individualista y dispersa, al espíritu de la edad en que vivió, quizá al espíritu de su propia raza. No daña á sus obras, como muchos creen, el exceso de personalidad: más bien les daña el que esta personalidad sea en

gran parte ficticia. En su biografía hay rasgos de hombre grande, mezclados con muchos más de *dandy* vanidoso y mal criado. Sus mismos infortunios domésticos, despojados de la aureola que él supo darles, entran en la categoría de lo vulgar y corriente. Quizá Byron, en otros siglos y en otras condiciones sociales, hubiera podido ser el *Don Juan*, el *Manfredo* ó el *Lara* que él fantaseó; quizá sea verdad, como él mismo afirma con arrogancia, que desde su juventud nunca su espíritu anduvo con el de los otros hombres, ni contempló la tierra con ojos humanos, ni experimentó simpatía por la carne viviente:

«From my youth upwards
My spirit walked not with the souls of men
Nor look'd upon the earth with human eyes:
The thirst of their ambition was not mine,
The aim of their existence was not mine,
My joy, my griefs, my passions and my powers,
Made me a stranger...
I had no sympathy with breathing flesh....»

Pero es lo cierto que esta alta y sobrehumana ambición suya, sin duda por defecto de los tiempos, hubo de quedarse en amago ó exhalarse á lo sumo en bellos arranques oratorios, y Byron, en vez de ser uno de los antiguos reyes del mar, ó uno de aquellos piratas, bandidos y tiranos, á un tiempo sombríos y simpáticos, ele-

gantes y blasfemos que él creaba, tuvo que contentarse con ser el primer poeta inglés de su tiempo, y además un gran señor, hastiado por disgustos domésticos y hasta por dificultades pecuniarias y por mil pequeñas contradicciones del mismo género que las que afligen á esa turba sin nombre que él afectaba menospreciar. Grande por la imaginación y por el estilo, más bien que por el carácter, hubo siempre en él desproporción evidente entre los propósitos y la ejecución, y este desequilibrio ha tenido que trascender forzosamente á la misma esplendidez de su poesía, en la cual hoy tantas cosas nos saben á falsedad y nos suenan á hueco. Quizá explique esto la especie de disfavor, á toda luz injusto, en que ha venido á caer en Inglaterra el nombre de Byron, conforme iba subiendo el nombre de otros contemporáneos suyos, y especialmente el de Shelley, menos gran poeta quizá, pero más sincero en su ateísmo idealista.

Descartada esta parte de retórica, y descartado el papel de réprobo con que Byron voluntariamente se calumniaba, ¿quién negará, sin embargo, que Byron es uno de los tres ó cuatro grandes poetas de nuestro siglo y uno de los primeros de la humanidad? No se le tenga por romántico: él aborrecía y menospreciaba el romanti-

cismo. Pocas novedades trajo al arte, como no fuese su propia persona, más ó menos idealizada. En lo demás, hacía alarde de ser fiel á la tradición, pecando hasta de escrúpulos dignos de un escolar de retórica. Para él, Pope era el primero de los poetas ingleses, y nunca las sublimidades de Shakespeare penetraron muy adentro de su espíritu. ¿Qué cosa más apartada de la gran manera shakespiriana que los dramas de Byron? Por observarlo y respetarlo todo, observa hasta las unidades. Mezclar lo familiar con lo grave, lo jocoso con lo serio, le parece nefando pecado, y todavía mayor interrumpir el curso de la acción con personajes y escenas episódicas, aunque todas ellas concurren á representar lo complejo de la vida humana. *Sardanápalo*, una de las tres joyas que V. ha engarzado en este tomo, es una verdadera tragedia de escuela francesa, donde el autor, huyendo del tumulto de la vida externa, procura encerrarse en la contemplación y estudio de dos ó tres figuras principales. Así y todo, ¿qué obra más á propósito que ésta para convencer de su error á los que niegan á Byron genio dramático, suponiendo que en sus múltiples obras nunca acertó á presentar otra figura humana que la suya propia, vestida con diversos trajes, pero siempre fácilmente recono-

cible? Convenido que Sardanápalo sea Byron (Byron en sus mejores momentos y por su aspecto más simpático); pero, ¿qué tiene que ver con la personalidad de Byron, el hermoso tipo de la esclava jónica, emblema de la cultura occidental enfrente del despotismo asiático, ni los dos contrapuestos caracteres de Arbaces y Beleses, el guerrero y el sacerdote, el sátrapa persa y el astrólogo babilonio? Estas y otras creaciones prueban que Byron, aunque sistemáticamente adorador é idealizador de sí propio, tenía en su ingenio caudal bastante para comprender y penetrar otros espíritus humanos, siendo capaz, por lo tanto, de realizar la verdadera obra dramática, que quizá sea, entre todas las obras artísticas, la que más se asimila á la obra divina, en cuanto engendra verdaderas criaturas dotadas de razón y de albedrío, capaces del bien y del mal, nuevos ciudadanos del mundo. Si Byron no los creó en mayor número, no sería por falta de ingenio, sino por aquella propia arrogancia suya que le hacía desdeñar y tener en menos al resto de los mortales, y considerarse de especie más superior y remontada que la de ellos. Esa *egolatría* byroniana es lo único que ha quitado eficacia dramática á los poemas de Byron.

Pero no les ha quitado el interés humano. *Cain* es la protesta maniquea, la eterna interrogación del espíritu rebelde, ante el problema del origen del mal. *Manfredo* el eterno remordimiento, no acallado ni por la ciencia esotérica, ni por el comercio con los espíritus malignos; *Sardanápalo*, menos trascendental, pero más dramático que los otros, es el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, donde el valor no se extingue, sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, dando á los mismos vicios aspecto de elegancia y de nobleza.

Estos son los tres poemas que V. nos da traducidos, y si voy á decir lo que pienso, nunca Byron se ha visto tan bien interpretado en castellano: interpretado, no sólo en cuanto al sentido general, sino en los mismos ápices de la dicción, con fidelidad casi supersticiosa. Quisiera yo ver á los partidarios de las traducciones en prosa (que abundan en España, y no por otra razón, sino porque en España apenas se lee más que en francés, y los franceses, por desgracia grande de su lengua y de su tristísima métrica, no tienen más remedio que traducir en prosa, si quieren ser fieles); quisiera yo verlos, digo, con el texto de Lord Byron por delante,

empeñados en trasladar con más concisión y con más exactitud que V. cualquiera de los pasajes de este libro. Entonces, y sólo entonces se convencerían de lo vano y sofisticado de su argumentación, y entonces afirmarían, como afirmo yo, que los poetas sólo en verso pueden y deben traducirse, á condición siempre (esto por sabido debe callarse), de que sea un poeta el traductor. Previa esta cualidad, sin la que nadie debe atreverse, ni en verso ni en prosa, á tocar con manos profanas el arca sagrada de la poesía, ¡cuántos recursos proporciona nuestra lengua poética al traductor que sabe su oficio! ¡Cuántos modos rápidos de decir las cosas, cuántas inversiones felices que la prosa no conoce ni tolera, cuántas audacias de construcción puede permitirse, cuánta poesía de estilo! Yo sé que en España este trabajo no logra estimación ni aplauso; pero sé también que en otras partes no acontece lo propio: sé que Leopardi y Fóscolo han dejado quizá mayor número de versos traducidos que de versos originales: sé que Monti debe la mayor parte de su fama de poeta á su traducción de la *Iliada* (más hermosa que fiel), y sé, por último, que este mismo Byron, de quien venimos tratando, no tuvo á menos ejercitarse con repetición y ahinco en

este género de tareas, como lo prueban, no ya sólo sus *Hours of Idleness*, y demás poesías de su juventud, donde hay versiones de Virgilio, de Catulo, de Horacio, de Anacreonte, etc., sino las que en edad madura hizo (y por cierto de una manera insuperable), de algún romance nuestro, y del episodio dantesco de Francisca de Rímini.

No se condene, pues, á bulto y en montón á los traductores en verso, puesto que habría que incluir en la proscripción á hombres tales como los citados, y como Andrés Chénier y Goethe, y Shelley y Longfellow, y otros infinitos, alemanes é ingleses, italianos y hasta franceses. Lo que hay que condenar, y, si fuera posible, desterrar, es esa prosa bárbara, hinchada y altisonante, en la cual los franceses, y muchos que no lo son, creen lícito traducir los versos, descoyuntándolos, torciéndolos y violentándolos contra naturaleza. Debajo de esa prosa se están viendo, según la feliz expresión de los antiguos, los miembros del infeliz poeta, tan bárbaramente despedazados como los de Orfeo por las Ménades de Tracia. Se ha sostenido con ingenio que la prosa es una tentativa frustrada de poesía. Tiene, en efecto, la prosa su ritmo propio, vago y no sujeto á ponderación ni á me-

dida; pero que en los grandes momentos oratorios tiende á confundirse con el ritmo poético. Pero la recíproca no es verdadera: nunca los versos de un legítimo poeta tienden á ser prosa: lo perfecto, lo armónico, lo total é íntegramente artístico, no se allana á descender hasta lo imperfecto, hasta lo inarmónico, hasta lo que no es arte más que á medias. Pasen las interlineales, que no son trabajo literario, ni tienen más objeto que facilitar el manejo de los textos al que aprende una lengua; pero ¿qué pensar del que no haya leído á Homero más que en prosa francesa? Vale mucho más no leerle de ninguna manera, y si hay alguien que afirme que encuentra deleite en tan insípida lectura, habrá que dudar de su buena fe ó de su discernimiento. No digo yo los admirables versos italianos de Monti ó de Foscolo, sino los alemanes de Voss hechos á regla y compás, los latinos de nuestro P. Alegre, echados á perder por el conato de imitación virgiliana, y hasta los débiles y rastroseros versos castellanos de Hermosilla, conservan mucho más aliento homérico y se leen con más agrado que la mejor traducción en prosa.

Por tanto, no puedo menos de aplaudir que V. haya traducido en verso á Byron y á otros poetas, y esto, no para tomarse libertades con ellos,

sino, al contrario, para seguirlos mucho más de cerca y calentarse á su hogar, donde nunca se admite al ruin prosista. V. dice, y dice bien, que ha obedecido de tal manera al empeño de la fidelidad, que no ha dudado en sacrificar á ella hasta lo sonoro de los versos y los arranques y líricas tentaciones. Y, sin embargo, mucho se engañaría el que tomase las confesiones de V. al pie de la letra, y por ellas quisiese formarle proceso en nombre de esa misma forma que V. dice haber desdeñado ó puesto en segundo término.

Versos hay en estas traducciones (especialmente en la del *Manfredo*, que V. ha retocado tanto desde que la publicó en sus años juveniles, con unánime aplauso de los que entienden de estas cosas), no ya sonoros, sino elegantes y armoniosos, y hay tiradas y arranques líricos, que no por haber sido inspirados por un texto extraño dejan de probar que es un alma de poeta la que ha sabido reflejarlos como en limpia corriente ó en espejo nitidísimo. El ver la belleza es de pocos, y el contar lo que han visto y volverlo á crear (digámoslo así) con sus palabras, es de muchísimos menos. Notarán algunos en las traducciones de V. versos duros ó desapacibles, algo de rudo y de áspero; pero suya será la

culpa si no han aprendido bastante para conocer la diferencia profundísima que media entre traducir un poeta latino ó italiano (que al fin y al cabo es de nuestra familia), ó habérselas cuerpo á cuerpo, en desigual combate, con un poeta de purísima estirpe sajona, en quien cierta nativa barbarie, ó, digámoslo mejor, selvaticidad y aspereza (que tiene mucho de reflexiva y calculada), se da la mano con un refinamiento singular en los pensamientos y en la dicción: todo esto sin contar con la osadía y rapidez que las lenguas del Norte tienen para expresar lo que sólo por largos rodeos, y de una manera oratoria y amplificadora, es lícito expresar á los meridionales.

No negaré que una crítica gramatical y meticulosa podrá reparar en los poemas dramáticos que ahora se imprimen, algunos versos duros ó mal acentuados, alguna construcción viciosa, tal ó cual negligencia en el uso de las partículas, ciertas asonancias demasiado cercanas y aun dentro del mismo verso, algunas cacofonías, y una como tendencia á abusar de la sinéresis y de otras licencias poéticas; pero todo ello tiene explicación y merece disculpa, aun sin considerar los aciertos con que va mezclado, cuando se recuerda que el autor lleva más de diez años de

peregrinación por los más apartados lugares de la tierra; un día en Jerusalén, otro en el Norte de América, hoy en la frontera de Escocia, sin oír casi nunca los suaves acentos del habla castellana, y teniendo que recurrir (con rara habilidad por cierto) á las lenguas extrañas para dar expresión á los afectos de su alma tan genialmente poética. Y si no, que respondan de ello los versos franceses que de vez en cuando me han traído gratas memorias de V. desde Palestina ó desde Newcastle.

Y ahora, para que el más incrédulo se penetre de la calidad del traductor que tiene entre manos, quiero, sin particular elección, poner aquí, por remate de esta carta, algún breve pasaje de Byron, para que se compare con los versos de V. que transcribo en seguida, apareciendo así de bulto la ventaja de la forma poética y también el arte exquisito del intérprete. No buscaré una tirada de versos brillantes, donde la progresión lenta y majestuosa del período poético haya sostenido al traductor: escogeré más bien uno de aquellos trozos de pasión que tanto abundan en Byron; ásperos, cortados en frases breves é interrumpidas, como si los hubiera dividido el hierro del hacha, sangrientos y palpitantes. Sea la evocación de Astarté en *Manfredo*:

«Speak to me :

For I have call'd on thee in the still night ,
 Startled the slumbering birds from the hush'd boughs ,
 And woke the mountain wolves , and made the caves
 Acquainted with thy vainly echo'd name ,
 Wich answer'd me — many things answered me —
 Spirits and men — but thou wert silent all.
 Yet speak to me ! I have outwatch'd the stars ,
 And gazed o'er heaven in vain in search of thee.
 Speak to me ! I have wander'd o'er the earth
 And never found thy likeness. — Speak to me....»

Y exclama V. , calcando más bien que traduciendo :

«¡ Háblame ! Te he llamado de la noche
 En el silencio : desperté á las aves ,
 En las ramas inmóviles dormidas.
 Los lobos desperté de las montañas ,
 Y enseñé á conocer á las cavernas
 Tu nombre vanamente repetido ;
 Todos me respondieron : respondían
 Cosas mil , los espíritus , los hombres ,
 Y sola tú quedabas silenciosa.
 ¡ Háblame , pues ! Más tiempo yo he velado
 Que las estrellas , y mirado al cielo ,
 Buscándote en el cielo vanamente.
 ¡ Háblame ! Errando fui sobre la tierra ,
 Y parecido á ti nunca vi nada.
 ¡ Háblame ! En derredor estos demonios
 Contempla : ellos de mí se compadecen :

 ¡ Habla , aunque sea con furor , mas habla !
 No importa qué.... , mas que una vez te escuche...
 ¡ Esto otra vez , otra vez más....»

¿Qué prosa alcanzará á este grado de vivacidad y de energía? Y, sin embargo, ni una palabra huelga, ni una sola es invención del traductor, el cual, al contrario, ha hecho estudio de seguir fielmente el giro de la frase inglesa:

«¡ Speak to me!

Look on the fiends around — they feel for me:

.....

Speak to me! though it be in wrath: — but say —

I reck not wath — but let me hear thee once —

This once — once more....»

Cuando en 1865 imprimió V. su primitiva traducción del *Manfredo*, la ensalzó dignamente nuestro gran Valera, no por pariente de V. menos autorizado ni menos imparcial en este caso. Confirmar hoy su sentencia no me toca á mí, incompetente crítico, ó más bien mero aficionado en estas materias de poesía inglesa. Pero como tal aficionado, y al mismo tiempo como amigo de V. y agradecido á sus bondades, no puedo menos de aceptar con efusión la dedicatoria de estos poemas, si bien me llena de rubor el considerar que, por una ciega predilección de amigo, mi nombre, digno de la obscuridad, viene á sustituir en esta edición castellana al nombre de Walter-Scott que Byron escribió al frente del *Cain*; al nombre de Goethe que Byron escribió

al frente del *Sardanápalo*. ¡Qué cruel es á veces la amistad, amigo mío!

Pero aun en sus crueldades y aberraciones, debemos respetarla como inestimable beneficio de los cielos. Y, por otra parte, en el pecado lleva V. la penitencia; teniendo que desfigurar con palabras mías, trazadas sin reposo ni meditación, un libro donde sólo debieran resonar los acentos inmortales de la musa de Byron.

De que él haya encontrado en V. digno intérprete, se regocija su verdadero amigo, que no le olvida á pesar de la distancia de montes y de mares,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

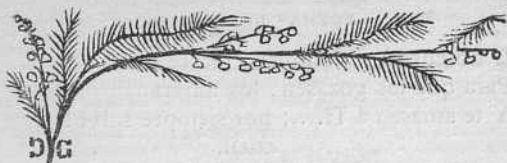
MADRID 5 de Noviembre de 1886.



CAÍN
MISTERIO
POR LORD BYRON

PERSONAJES

Hombres... ADÁN.
CAÍN.
ABEL.
Espíritus... ÁNGEL DEL SEÑOR.
LUCIFER.
Mujeres.... EVA.
ADAH.
ZILLAH.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Tierra fuera del Paraíso.—Tiempo, el amanecer.

ADAN, EVA, CAÍN, ABEL, ADAH y ZILLAH, *ofreciendo un sacrificio.*

ADÁN.

¡Dios Eterno! ¡Infinito! ¡Omnisapiente!
Que de entre las tinieblas del abismo
Derramaste la luz sobre las aguas
Con sólo una palabra: ¡Salve! ¡Salve!
Al renacer la luz, ¡Jehová potente!

EVA.

¡Dios, que evocaste el día, separando
La radiante mañana de la noche,
Nunca hasta aquel instante divididas;
Que apartaste las olas de las olas,
Y que de firmamento diste el nombre
A parte de tus obras: ¡Salve! ¡Salve!

ABEL.

¡Dios, que hiciste brotar los elementos,
Tierra, mar, aire, fuego...., y con la noche
Y el día, y con los mundos á que alumbran

Ú obscurecen , también creaste seres
 Para que los gozasen , los amaran
 Y te amasen á Ti....; por siempre salve!

ADAH.

¡Oh Dios eterno ! ¡Padre de las cosas!
 Tú que creaste estos hermosos seres
 Para que amados fuesen más que todo,
 Excepto Tú ; permite que te adore
 Y también los adore. ¡Salve! ¡Salve!

ZILLAH.

¡Oh Dios!, que haciendo , amando y bendiciendo
 Cuanto vive , no obstante permitiste
 Penetrar , engañosa , á la serpiente,
 Y á mi padre arrojar del Paraíso;
 De nuevo mal líbranos : ¡Salve! ¡Salve!

ADÁN.

Caín , mi primogénito : ¿qué es esto?
 ¿Por qué tú silencioso permaneces?

CAÍN.

¿Y para qué he de hablar?

ADÁN.

Como nosotros :

Para rogar.

CAÍN.

Y qué , ¿no habéis rogado?

ADÁN.

Sí , con grande fervor.

CAÍN.

Y voz sonora.

Os he escuchado.

ADÁN.

Y Dios también , espero.

ABEL.

¡Amén!

ADÁN.

Y tú, tú, mi primer nacido,
¿Callado permaneces todavía?

CAÍN.

Es mejor que esté así.

ADÁN.

¿Por qué?

CAÍN.

No tengo

Yo nada que pedir.

ADÁN.

¿Tampoco nada

Por que las gracias dar humildemente?

CAÍN.

No.

ADÁN.

¿No vives?

CAÍN.

Y qué, ¿morir no debo?

EVA.

¡Ay! El fruto del árbol prohibido
Empieza ya á caer.

ADÁN.

Y recogerle

Debemos otra vez. ¡Dios! ¿Por qué el árbol
Plantaste del Saber?

CAÍN.

¿Por qué vosotros

No cogísteis del árbol de la Vida?

Desafiarle entonces arrogantes

Podríaís.

EVA.

No blasfemes, hijo mío.
Son las de la serpiente esas palabras.

CAÍN

¿Por qué no? *Verdad* dijo la serpiente:
Había el árbol de la Ciencia, el árbol
De la Vida: la ciencia es buena, y buena
Es la vida también; y ¿cómo entrambas
Un mal ser pueden?

EVA.

Hablas, hijo mío,
Como yo hablé, cayendo en el pecado
Antes de nacer tú; que no contemple
Mi miseria en la tuya renovada.
Me arrepentí. No mire al hijo mío
Fuera del Paraíso, dar en lazos
Que dentro de él perdieron á sus padres.
Con lo que *es te* contenta. Si nosotros
De esta manera hubiésemos obrado,
¡Hoy contento estarías, hijo mío!

ADÁN.

Nuestras plegarias terminadas, pronto
Marchemos cada cual á su tarea,
Necesaria, no dura: el suelo es joven,
Y benigno sus frutos nos prodiga
Con fáciles labores.

EVA.

Hijo mío,
Caín, mira á tu padre resignado
Y satisfecho: imítale. (*Vanse Adán y Eva.*)

ZILLAH.

¿No quieres
Resignarte también, hermano mío?

ABEL.

¿Por qué agobia tu frente esa profunda
Tristeza inútil, que tan sólo sirve
Para excitar las iras del Eterno?

ADAH.

Mi querido Caín, ¿también me miras
Con torva faz?

CAÍN.

¡No, Adah, no! Mas solo
Me quisiera quedar un breve rato.
Angustiado me siento; pronto pasa.
Abel, precedeme: pronto te sigo.
Y vosotras también, hermanas mías,
No os detengáis por mí; vuestra dulzura
No merece pagarse con dureza;
Muy pronto os seguiré.

ADAH.

Si no, á buscarte
Aquí vendré.

ABEL.

La paz de Dios, hermano,
Quédese con tu espíritu.

(Vánse Abel, Zillah y Adah.)

CAÍN. *(Solo.)*

¡Y es esta
La Vida!.... ¡Trabajar!.... ¿Y por qué debo
Yo trabajar?.... ¿Porque á tomar mi padre
Su puesto en el Edén no se atreviera?
¿Qué culpa tuve yo? Yo era innacido.

Yo no pedí el nacer , ni amo el estado
Á que ese nacimiento me condujo.
Mas ¿por qué á la mujer y á la Serpiente
Débil cedió? ¿Por qué, ya que cediera,
Tiene que padecer? ¿Qué mal había?
Plantado estaba el árbol. ¿Por qué causa
Para él no estaba allí? ¿Por qué motivo,
No estándolo, le puso allí tan cerca,
En el centro brotando, el más hermoso?
A todas las preguntas, una sola
Respuesta dan: «Su voluntad tal era,
Y él es bueno.» Mas ¿cómo sé que es bueno?
¿Qué! ¿Tal vez porque sea omnipotente,
Que es la suma bondad ha de inferirse?
Yo juzgo por los frutos (bien amargos)
Que han de nutrirme por ajena culpa.
¿Quién miro aquí venir? Es una sombra
Idéntica á los ángeles; empero
De un aspecto más triste y más sombrío
Es su espiritual y pura esencia.
¿Por qué tiemblo? ¿Por qué más me intimida
Que los otros espíritus que miro
Blandir diariamente entre sus manos
Sus espadas de fuego ante las puertas
En torno de las cuales me detengo
Del plácido crepúsculo á las horas
A echar una mirada á aquellos vastos
Jardines, mis legítimas herencias,
Antes de que la noche se difunda
Por cima de los muros prohibidos
Y árboles eternos, que superan
Á las almenas que querubes guardan?

Y si aquellos flamígeros y armados
 Angeles no me espantan, ¿por qué ahora
 Tiemblo al mirar el ángel que se acerca
 Á este lugar? Empero más potente
 Que ellos parece, y no menos hermoso;
 Mas no todo lo hermoso, sin embargo,
 Que habrá sido tal vez, que ser pudiera.
 Parece que el dolor la mitad forma
 De su inmortalidad. ¿Será posible?
 Salvo la humanidad, ¿hay quien padezca?
 Llega. (*Entra Lucifer.*)

LUCIFER.

¡Mortal!

CAÍN.

Espíritu, ¿quién eres?

LUCIFER.

Señor de los espíritus.

CAÍN.

¿Tal siendo,

Dejarlos puedes para andar con polvo?

LUCIFER.

Del polvo sé los pensamientos; pena
 Por él siento y por ti.

CAÍN.

¡Cómo!.... ¿Tú sabes

Mis pensamientos?

LUCIFER.

Son los pensamientos
 De cuanto digno de pensar existe;
 Es tu parte inmortal la que razona
 Dentro de ti.

CAÍN.

¿Parte inmortal?... ¿Cuál? Esto
 No nos fué revelado ; de mi padre
 La necedad , del árbol de la Vida
 Nos privó , mientras luego el de la Ciencia ,
 Por la fatal premura de mi madre ,
 Cogido fué muy pronto ; y dió tan sólo
 El doloroso fruto de la muerte.

LUCIFER.

Te han engañado ; vivirás.

CAÍN.

Sí, vivo,
 Mas es para morir ; vivo , y viviendo ,
 No miro nada que á mis ojos haga
 La muerte odiosa , salvo aquel innato
 Apego ; un degradante , aunque invencible
 Instinto de la vida , que aborrezco
 Tanto cual me desprecio , y que , no obstante ,
 No puedo dominarle. Y así vivo....
 ¡Ojalá nunca , nunca yo viviera!

LUCIFER.

¡Vives y vivirás eternamente!
 No pienses que la tierra , tu envoltura
 Exterior , constituye la existencia ;
 Ésta se ha de acabar , y , sin embargo ,
 No menos que eres hoy , serás.

CAÍN.

¿Y por qué no ser más?
 ¡No menos!

LUCIFER.

Serás , acaso ,
 Cual nosotros.

CAÍN.

¿Qué sois?

LUCIFER.

Eternos somos.

CAÍN.

¿Sois felices?

LUCIFER.

Potentes.

CAÍN.

¿Sois felices?

LUCIFER.

No: ¿lo eres tú?

CAÍN.

¿Cómo he de serlo? ¡Mira!....

LUCIFER.

¡Pobre arcilla!.... ¡Y te juzgas desdichado!

¡Tú!

CAÍN.

Sí, lo soy: y tú, dime, ¿quién eres
Con todo tu poder?

LUCIFER.

Uno, que quiso

Ser el que te ha formado, y no te habría
Hecho lo que eres.

CAÍN.

¡Ah! Casi pareces

Un dios; y....

LUCIFER.

No lo soy: ya que no pude

Lograr el serlo, nada ser quisiera

Sino el mismo que soy. Venció; ¡que reine!

CAÍN.

¿Quién?

LUCIFER.

De tu padre y de la tierra toda
El Autor.

CAÍN.

Y del cielo y cuanto se halla
Dentro del cielo. Tal sus serafines
Lo cantan , y lo dice así mi padre.

LUCIFER.

Dicen.... lo que decir y cantar deben
Bajo pena de ser aquello mismo
Que somos , yo entre espíritus alados ,
Y entre los hombres tú.

CAÍN.

¿Qué es lo que somos?

LUCIFER.

¡Almas que á usar se atreven animosas
De su inmortalidad; almas que , audaces ,
Afrontan del tirano omnipotente
La sempiterna faz , y osan decirle
Que su mal no es un bien ! Si lo hizo todo ,
Como nos dice...., cosa ciertamente
Que ni sé , ni la creo.... Mas si , acaso ,
Fué verdad que nos hizo...., deshacernos
No podrá nunca : ¡somos inmortales !
¡ Ah ! Mas nos hizo así para á su antojo
Poder atormentarnos : mas ¡qué importa !
Es grande.... y , sin embargo , en su grandeza
No es más feliz que en nuestra propia lucha
Somos nosotros ! La Bondad no habría
Creado el mal ; ¿y qué otra cosa él hizo ?

Mas, que en su vasto y solitario trono
Se asiente, mundos sin cesar creando,
Para menos hacer abrumadora
La eternidad á su existencia inmensa
É incompartida soledad; que raudos
Planetas y planetas amontone;
Está sólo, tirano, indisoluble,
Indefinido; si pudiera él mismo
Aniquilarse, el don este sería
Mejor que hallar pudiera: mas ¡que reine,
Y él propio multiplique su miseria!
Los espíritus y hombres, á lo menos,
Simpatizamos.... ¡Padeciendo juntos
Nuestras innumerables pesadumbres,
Conseguimos hacer más soportables
Con aquella fecunda ilimitada
Simpatía de todos hacia todos!
¡Mas *Él!*.... tan infeliz en sus alturas
É inquieto en su miseria, sólo debe
Crear y re-crear....

CAÍN.

Me dices cosas

Que vagan hace tiempo cual visiones
A través de mi mente: nunca logro
Conciliar lo que oí con lo que veo:
Mis padres me hablan sólo de serpientes,
Y de frutos, y de árboles: yo miro
Las puertas del lugar que su Edén llaman,
Guardadas por celestes querubines
Con espadas de fuego, que les niegan
La entrada, cual á mí: siento la carga
De un trabajo diario, y un constante

Pensamiento : alrededor un mundo veo
 Donde nada parezco, mientras surgen
 Pensamientos en mí, cual si debieran
 Dominar y regir todas las cosas.
 Pero yo imaginé que tal miseria
 Era *mía* tan sólo. Resignado
 Mi padre está ; mi madre aquel deseo
 Poderoso olvidó, que le inflamaba
 En la sed de la ciencia, aun con peligro
 De eterna maldición ; mi hermano sólo
 Es un joven pastor que, diligente,
 Ofrece las primicias del rebaño
 Á quien manda á la tierra no dar nada,
 Sino á nuestro sudor ; mi hermana Zillah
 Canta un himno más dulce y más temprano
 Que el de las aves matutinas ; Adah,
 Mi esposa, mi adorada, ella tampoco
 Comprende el insondable pensamiento
 Que me abrumba : jamás hallé hasta ahora
 Ninguno que conmigo simpatice.
 Está bien.... Desde ahora solamente
 Trataré con espíritus.

LUCIFER.

Si el alma
 Que en ti se alberga no te hiciese digno
 De tales compañeros, no estuviera
 Ante ti cual estoy : una serpiente
 Para tu seducción hubiera sido
 Suficiente, cual antes.

CAÍN.

¡Ah! ¿Tú fuiste
 El que tentó á mi madre?

LUCIFER.

Yo no tiento
Sino con la verdad: ¿no era aquel árbol
El árbol del saber? Qué, ¿todavía
No daba el árbol de la Vida fruto?
¿Mandé yo no plantarlos? ¿Yo, vedadas
Cosas planté al alcance de inocentes
Seres á quienes su inocencia misma
Debía hacer curiosos? Yo, al crearos,
Os hubiera hecho dioses; y hasta El mismo
Que os arrojó, fué sólo porque, audaces,
«No comieseis los frutos de la vida,
Y dioses os tornáseis cual nosotros»:
¿No fueron estas mismas sus palabras?

CAÍN.

Esas fueron, según oí á los mismos
Que las oyeron con el trueno.

LUCIFER.

Entonces
El demonio, ¿cuál era? ¿El que dejaros
Vivir no quiso, ó bien el que por siempre
Os hiciera vivir en la alegría
Y el poder de la ciencia?

CAÍN.

¡Que no hubieran
Cogido entrambos frutos ó ninguno!

LUCIFER.

El uno es vuestro ya, y el otro puede
Aún serlo.

CAÍN.

¿Cómo?

LUCIFER.

Lo que sois mostrando
 Por vuestra rebeldía. Nada logra
 Extinguir el espíritu, si quiere
 El espíritu ser lo que es, y el centro
 De cuanto le circunda.... Soberano,
 Nació para imperar.

CAÍN.

¿Pero tú fuiste
 El tentador que fascinó á mis padres?

LUCIFER.

¿Yo? ¡pobre barro! ¿Para qué ni cómo
 Había de tentarlos?

CAÍN.

Dicen ellos
 Que un espíritu había en la serpiente.

LUCIFER.

¿Quién dice tal? Escrito no está arriba.
 El Soberbio no habrá mentido tanto,
 Aunque del hombre los temores grandes
 Y su mezquina vanidad achacan
 Á la espiritual naturaleza
 Su propia y vil caída. La serpiente
 Era serpiente...., nada más; empero
 No inferior á los mismos á que supo
 Tentar, siendo, cual ellos, frágil tierra;
 Y *superior* por su *saber* á ellos,
 Puesto que al fin logró sobrepujarlos
 Y previó que el saber, fatal sería
 Para sus breves dichas. ¿Te figuras
 Que habría yo de revestir la forma
 De las cosas que mueren?

CAÍN.

Mas aquella,
¿No albergaba en sus formas un demonio?

LUCIFER.

Uno supo evocar dentro de aquellos
A que habló con su lengua bifurcada.
Te lo repito: la serpiente sólo
Era mera serpiente: si lo dudas,
Pregúntalo á los ángeles guardianes
Del árbol tentador. Cuando el torrente
De edades mil y mil haya rodado
Sobre tus muertas frágiles cenizas
Y las de tu progenie, la progenie
Que por entonces poblará aquel mundo,
Podrá tornar en fábula el relato
De su primera falta, y una forma
Me habrá de atribuir, que yo desprecio,
Como desprecio á todo el que se inclina
Ante Aquel que formó todas las cosas
Para que se dobleguen ante aquella
Su eternidad sombría y solitaria;
Mas nosotros que vemos claramente
La luz de la verdad, hablar debemos.
Tus locos padres á una abyecta cosa
Dieron oídos, y cayeron. Dime,
¿Para qué los espíritus habían
De tentarlos? ¿Qué había en los angostos
Lindes del Paraíso, que anhelaran
Los espíritus, ellos que atraviesan
La inmensidad? Pero te digo cosas
Que de tu ciencia con el árbol todo
Ignoras.

CAÍN.

Mas hablarme tú no puedes
De ciencia alguna, de la cual no sea
Capaz de comprender, ó esté sediento
De comprender, ó lleve un poderoso
Espíritu capaz de comprenderla.

LUCIFER.

¿Y corazón, también, para mirarla?

CAÍN.

Probemos.

LUCIFER.

¿Osas contemplar la muerte?

CAÍN.

Por aquí no se ha visto todavía.

LUCIFER.

Pues la debéis sufrir.

CAÍN.

Mi padre dice

Que es algo pavoroso; si la nombran,
Llora mi madre; Abel alza sus ojos
Al firmamento; Zillah clava triste
Los suyos en la tierra, murmurando
Una plegaria, y Adah me contempla,
Mas sin hablar.

LUCIFER.

¿Y tú?

CAÍN.

Yo.... pensamientos

Indecibles agólpense y abrasan
Mi corazón al escuchar el nombre
De esa muerte terrible, omnipotente,
Y que es al parecer inevitable.

¡ Ah! ¿ No podría yo luchar con ella?
Siendo niño, jugando, yo luchaba
Con el fiero león, hasta que huía
Con rugidos, sintiendo las presiones
De mis brazos.

LUCIFER.

No tiene forma alguna;
Mas ella absorberá todas las cosas
Que forma tengan de terrenos seres.

CAÍN.

¡ Ah! Yo un ser la juzgaba: ¿ quién podría
Á los seres causarles otros males
Sino otro ser?

LUCIFER.

Al Destructor pregunta.

CAÍN.

¿ Á quién?

LUCIFER.

Ó al Hacedor.... Tú dale el nombre
Que quieras darle; pero si *hace*, sólo
Es para de igual modo destruirlo.

CAÍN.

Lo ignoraba; mas he pensado en ello
Desde que hablar he oído de la muerte:
Aunque ignoro lo que es, parece horrible.
Yo penetré, buscándola, en la vasta
Desolación de la callada noche;
Y cuando entre la sombra de los muros
Del Edén, vi fantasmas gigantescos
Huir de las espadas fulgurantes
De los querubes, observé afanoso,
Pensando que era aquello su llegada,

:

Pues con terror, un invencible anhelo
 Surgió en mi corazón de ver lo que era
 Esa cosa fatídica que á todos
 Nos hace estremecer ; mas nadie vino.
 Entonces aparté mis ojos tristes
 Del natal y vedado Paraíso,
 Y los volví á las puras luminarias
 Que en el azul sobre nosotros brillan
 Y que son tan hermosas.... ¿También ellas
 Deben morir?

LUCIFER.

Tal vez : mas largo tiempo
 Á los tuyos y á ti sobreviviros.

CAÍN.

Me place : no querría que murieran ;
 ¡ Son tan encantadoras ! ¿ Qué es la muerte ?
 Temo, comprendo que es horrible cosa ;
 Pero lo que es en sí, decir no puedo ;
 Nos amenaza á todos igualmente,
 Á quien pecó y á los que no pecaron,
 Como un mal.... Mas, ¿ qué mal ?

LUCIFER.

Volverse tierra.

CAÍN.

¿ Mas yo sabré lo que es ?

LUCIFER.

Como la muerte
 Desconozco, no puedo contestarte.

CAÍN.

Volverme tierra inerte, no sería
 Un mal ; ojalá nunca hubiese sido
 Más que polvo.

LUCIFER.

Rampante, vil deseo,
Peor que el de tu padre; él anhelaba
Saber.

CAÍN.

Mas no vivir, ó si quería
Vivir, ¿por qué razón no probó el árbol
De la Vida?

LUCIFER.

Le estaba prohibido.

CAÍN.

¡Mortal error!...., el no coger primero
El fruto aquel: mas antes que probase
La Ciencia, él ignoraba que hay la muerte.
¡Ay! Apenas conozco en qué consiste,
Y la temo...., y no sé qué es lo que temo.

LUCIFER.

Yo que todo lo sé, no temo nada:
Mira lo que es la verdadera ciencia.

CAÍN.

¿Y no querrías enseñarme todo?

LUCIFER.

Sí, mas con una condición.

CAÍN.

Al punto

Dimela.

LUCIFER.

Que te postres y me adores
Por tu señor.

CAÍN.

Mas el Señor que adoran
Mis padres no eres tú.

LUCIFER.

No.

CAÍN.

¿Su igual eres?

LUCIFER.

No lo soy.... De común no tengo nada
Con él, ni lo quisiera ser tampoco.
Yo sería más alto que él...., más bajo,
Todo, menos participe ó cobarde
Siervo de su poder. Aparte vivo,
Pero soy grande.—Muchos ya me adoran;
Otros me adorarán.—Sé tú el primero.

CAÍN.

Si de mi padre al Dios no me he humillado
Jamás, aunque mi hermano muchas veces
Me implora que comparta el sacrificio....
¿Me postraré ante ti?

LUCIFER.

¿No te has postrado
Delante de él jamás?

CAÍN.

¿No te lo dije?

¿Es, acaso, preciso que lo diga?
¡Qué!.... ¿no puede tu ciencia poderosa
Hacértelo saber?

LUCIFER.

Quien no se humilla
Ante él, es que ante mí ya está humillado.

CAÍN.

Yo ante nadie jamás he de humillarme.

LUCIFER.

No pienses que con ello de ser dejás

Mi adorador ; pues no adorando al otro ,
Vienes de esta manera á serlo mío.

CAÍN.

¿Y cómo es esto?

LUCIFER.

Lo sabrás más tarde,

Y aquí mismo.

CAÍN.

Revélame el misterio

De mi ser.

LUCIFER.

Sígueme donde te lleve.

CAÍN.

Me tengo que ir á cultivar el campo....

He prometido....

LUCIFER.

¿Qué?

CAÍN.

Coger algunas

Primicias.

LUCIFER.

¿Para qué?

CAÍN.

Para ofrecerlas

Con Abel sobre el ara.

LUCIFER.

¿No decías

Que al Hacedor jamás te has humillado?

CAÍN.

Sí, mas de Abel el fervoroso ruego

Influyó sobre mí ; la ofrenda es suya

Más bien que mía....., y Adah....

LUCIFER.

¡Qué! ¿vacilas?

CAÍN.

Es mi hermana , nacida el día mismo
 Que yo , del mismo vientre ; me ha arrancado,
 Llorando , tal promesa ; y yo , primero
 Que mirarla llorar , pienso que á todo
 Me humillara y á todo adoraría.

LUCIFER.

Sígueme.

CAÍN.

Voy. (*Entra Adah.*)

ADAH.

Hermano , por ti vengo ;
 Ya de nuestro descanso y regocijo
 Es hora ; ven ; sin ti , menor sería.
 No hiciste tu labor esta mañana,
 Mas tus tareas hice ; ya maduros
 Están los dulces frutos , y brillantes
 Como la misma luz que los sazona.
 Sígueme , pues.

CAÍN.

¿No ves?

ADAH.

Un ángel veo ;
 Ya vimos muchos ; ¿la hora del descanso
 Compartirá , sin duda , con nosotros?
 Bien venido.

CAÍN.

Mas éste no es lo mismo
 Que los otros que vimos.

ADAH.

¿Pues entonces

Hay otros?... Pero bien venido sea,
Cual lo fueron también cuantos vinieron,
Y ser huéspedes nuestros se dignaron.

¿Lo será también él?

CAÍN. (*Á Lucifer.*)

¿Lo serás?

LUCIFER.

Mío,

Yo soy quien te suplico que lo seas.

CAÍN.

Le tengo que seguir.

ADAH.

¿Y abandonarnos?

CAÍN,

Sí.

ADAH.

¡Qué! ¿también á mí?

CAÍN.

¡Adah querida!

ADAH.

Contigo voy.

LUCIFER.

No puede ser.

ADAH.

¿Quién eres

Tú, que entre pecho y pecho te interpones?

CAÍN.

Este es un dios.

ADAH.

¿Cómo lo sabes?

CAÍN.

Habla

Como un dios.

ADAH.

Así hablaba la serpiente,

Y mintió.

LUCIFER.

¡Yerras, Adah! ¿De la Ciencia
El árbol no era aquél?

ADAH.

Sí; pero sólo
Para labrar nuestro dolor eterno.

LUCIFER.

Ese mismo dolor es ya la ciencia.
No mintió, pues; y si engañaros pudo,
Con la misma verdad fué solamente;
Y la verdad no puede por su esencia
Ser sino sólo un bien.

ADAH.

Y, sin embargo,
Todo cuanto por ella conocemos
Mal sobre mal acumuló; la triste
Expulsión del hogar, temor, trabajo,
Y fatiga y sudor; remordimiento
Por todo lo que fué; con esperanza
De lo que no llegó. ¡Cáin! No trates
Con este audaz espíritu. Soporta
La propia condición en que nacimos,
Y adórame, Cáin...., cual yo te adoro.

LUCIFER.

¿Más que á tu madre y tu señor le adoras?

ADAH.

Sí. ¿Pecado es también?

LUCIFER.

No, todavía;
Mas lo será algún día en vuestros hijos.

ADAH.

¡Cómo!.... ¿La hija mía, tiernamente
No deberá adorar á Enoch, su hermano?

LUCIFER.

No, cual tú quieres á Caín.

ADAH.

¡Dios mío!

¿No se amarán ni engendrarán á seres
Que se amen con su amor? ¿En este seno
Ambos la misma leche no han bebido?
¿Su padre no nació del propio vientre,
Á igual hora que yo? ¿No nos amamos
El uno al otro? ¿Y nuestro ser y vida
Reproduciendo, no reproducimos
Seres que se amarán unos á otros
Cual los amamos.... y cual yo te amo,
Mi Caín?.... Á este espíritu no sigas;
No le sigas, Caín; no es de los nuestros.

LUCIFER.

Ese pecado de que hablé, no es obra
De mi poder, ni entre vosotros puede
Pecado ser, aunque por tal le miren
Más tarde los que deben sucederos
En la mortalidad.

ADAH.

¿Y qué pecado

No es pecado en sí mismo? ¿Determinan

El pecado ó virtud las circunstancias?
Entonces, siendo así, somos esclavos
De....

LUCIFER.

Sí, seres más altos que vosotros
Son esclavos también; y otros que existen
Más altos que ellos y vosotros mismos,
Lo serían también si no estimasen
Más una independencia de suplicios
Que aquellas enervantes agonías
De vergonzosa adulación, con arpas,
Himnos é interesadas oraciones
Al que es Señor omnipotente, sólo
Por la razón de ser omnipotente,
No por amor, más por terror cobarde
Y por propio interés.

ADAH.

La Omnipotencia,
La suprema bondad sólo ser puede.

LUCIFER.

¿En el Edén lo fué?

ADAH.

¡Calla, Enemigo!

No me quieras tentar con tu hermosura:
Más hermoso eres tú que la serpiente,
Pero, cual ella, falso.

LUCIFER.

No, cual ella,
Veraz; pregunta á Eva, vuestra madre:
¿Del bien y el mal la ciencia no posee?

ADAH.

¡Oh, madre mía! Recogiste un fruto

Que más fatal á tu progenie ha sido
 Que á ti misma: siquiera tú pasaste
 En el Edén tu juventud , en dulce ,
 Inocente y feliz correspondencia
 Con alados espíritus dichosos ;
 Mas nosotros , tus hijos , ignorantes
 Del Edén , ¡ ay ! , nos vemos acechados
 Por astutos demonios , que se apropian
 Las palabras de Dios , y que nos tientan
 Usando nuestros propios pensamientos ,
 Curiosos é insaciables...., cual tú fuiste
 Seducida también por la serpiente
 Durante tu más puro , inofensivo
 É incauto pasatiempo de ventura.
 Á este ser inmortal que está delante ,
 No puedo responder ni aborrecerle ;
 Con un dulce temor le estoy mirando ,
 Y no me aparto de él ; en su mirada
 Reside una atracción tan penetrante ,
 Que mis turbados ojos en los suyos
 Oblígame á fijar ; con violencia
 Late mi corazón ; me aterroriza ,
 Y , empero , fascinada me conduce ,
 Me arrastra cerca de él , cerca , más cerca....
 Caín.... Caín.... ¡ Sálvame de él !

CAÍN.

¿ Qué temes.

Adah? No es un espíritu maligno.

ADAH.

No es Dios...., ni de los suyos : querubines
 Y serafines contemplé ; mas éste
 No se parece á aquéllos.

CAÍN.

Mas se cuentan
Espíritus más altos todavía....
Los arcángeles.

LUCIFER.

Y otros aún más altos
Que los mismos arcángeles del cielo.

ADAH.

Sí...., pero no benditos.

LUCIFER.

Si consiste
La bendición en baja servidumbre,
Entonces, no.

ADAH.

Decir oí : *más aman*
Los serafines; *saben más*, en cambio,
Los querubines; querubín es éste,
Pues que no tiene amor.

LUCIFER.

Y si la ciencia
Suprema extingue del amor la llama,
¿Qué *será aquél* á quien amar no es dado
Luego que es de vosotros conocido?
Por esto, si el amor es menos grande
En los omnisapientes querubines,
Es en los serafines solamente
Ignorancia el amor; que tales cosas
Compatibles no son; ya la sentencia
De tus dementes padres, por su audacia,
Claramente lo prueba. Elegir debes
Entre la ciencia y el amor; no existe
Otra elección alguna : vuestro padre

Eligió ya; su adoración es miedo.

ADAH.

¡Oh, mi Caín!... Pues el amor elige.

CAÍN.

El amor hacia ti yo no le elijo,
Pues conmigo nació; mas no me inspira
Cosa ninguna amor.

ADAH.

¿Y nuestros padres?

CAÍN.

Qué... ¿nos amaron al probar el árbol
Que á todos nos privó del Paraíso?

ADAH.

No habíamos nacido; y, aun habiendo
Nacido, ¿no debíamos amarlos
A ellos, Caín, y á nuestros dulces hijos?

CAÍN.

¡Mi tierno Enoch! ¡su balbuciente hermana!

Si siquiera pudiese imaginarlos

Felices, casi medio olvidaría....

¡Mas nunca ha de olvidarse aunque sucedan

Tres mil generaciones; nunca, nunca

Podrán amar los hombres el recuerdo

Del hombre que, funesto, las semillas

Sembró del mal y del linaje humano

En una misma hora! El alto fruto

Cogieron en el árbol de la Ciencia

Y pecaron.... ¡Y aún no satisfechos

Con su propio dolor, nos engendraron

Á mí y á ti y á todos esos pocos

Que viven hoy, y á las innumeradas

Y las innumerables multitudes

Y á todos los millares de millones
 Que deben heredar las agonías
 Que irán acumulando las edades!
 ¡Y padre yo seré de tales cosas!
 ¡Tu hermosura y tu amor...., mi amor, mi dicha,
 El delicioso instante, la hora grata,
 Todo cuanto en los hijos y en nosotros
 Amamos, debe sólo conducirles
 Y conducirnos—al través de muchos
 Años de pesadumbres y pecado,
 O pocos, pero siempre dolorosos
 Y mezclados con un fugaz instante
 De rápido placer—hacia la muerte....,
 Á lo desconocido! Me figuro
 Que el árbol de la Ciencia su promesa
 No cumplió : si pecaron, por lo menos
 Debieran comprender todas las cosas
 Del saber...., y el misterio de la muerte.
 Y ¿qué saben?... Que son desventurados.
 Para enseñarnos esto, ¿por qué había
 Necesidad de frutos y serpientes?

ADAH.

Infeliz yo no soy; y si tú fueras
 Feliz, Caín....

CAÍN.

Sé, pues, feliz tú sola.
 No quiero yo felicidad que humilla
 Á los míos y á mí.

ADAH.

Sola, ni puedo
 Ni *quisiera* tampoco ser dichosa :
 Mas creo que mirándolos á todos

Á nuestro alrededor, serlo podría,
Aun á despecho de esa misma muerte,
Que, como no la he visto, no la temo;
Aunque tiene que ser sombra terrible,
Si he de juzgar por lo que de ella escucho.

LUCIFER.

¿Dices que no podías ser dichosa
Sola?

ADAH.

¡Sola! ¡Dios mío!.... ¿Quién podría
Ser feliz ó ser bueno estando solo?
Á mí mi soledad se me figura
Pecado, excepto cuando pienso, ansiosa,
Cuán presto junto á mí veré á mi hermano,
Á su hermano, mis hijos y mis padres.

LUCIFER.

Pues tu Dios está solo; ¿y es dichoso,
Es solitario y bueno?

ADAH.

No; pues tiene
Los ángeles en torno, y los mortales
Para hacerlos felices, siendo él mismo
Feliz al difundir á mano llena
La alegría doquier. Y la alegría,
¿Qué otra cosa ser puede sino el goce
De esparcir la alegría?

LUCIFER.

La pregunta
Dirígele á tu padre, desterrado
Reciente del Edén, al hijo suyo
Que primero nació; después pregunta
Al propio corazón; no está tranquilo.

ADAH.

¡Ay! ¡No lo está! Mas tú.... ¿tú eres del cielo?

LUCIFER.

Si no lo soy , pregúntale la causa
 Á ese dispensador de la ventura
 (Á quien proclames tal), al grande y bueno
 Hacedor de la vida y los vivientes :
 Es su secreto, y para sí lo guarda.
Nosotros , aguantar sólo debemos,
 Y algunos de nosotros afrontarle ,
 Ambos inútilmente , según dicen
 Sus serafines ; mas la prueba es digna ,
 Ya que mejor no hemos de estar sin ella.
 Hay dentro del espíritu potente
 Una sabiduría que encamina
 Á la verdad , lo mismo que en el vasto
 Y azul espacio , jóvenes mortales ,
 Vuestra rauda mirada se dirige
 En seguida al lucero que velando
 Saluda á la mañana.

ADAH.

¡ Hermosa estrella !

La quiero por su espléndida hermosura.

LUCIFER.

¿ Y por qué no la adoras ?

ADAH.

Nuestro padre

Da adoración al Invisible sólo.

LUCIFER.

Del Invisible símbolos perpetuos
 Son las cosas más bellas y adorables
 Delo visible aquí ; y ese lejano

Fulgurante lucero, es el caudillo
Del celestial ejército.

ADAH.

 Mi padre

Dice que ha contemplado cara á cara
Al mismísimo Dios que le ha formado
Y formó á nuestra madre.

LUCIFER.

 ¿Tú le has visto?

ADAH.

Sí...., le he visto en sus obras.

LUCIFER.

 ¿Mas le viste

En su ser propio?

ADAH.

 No...., salvo en mi padre,
Que es de Dios viva imagen, ó en sus mismos
Ángeles, tus iguales...., más radiantes,
Aunque menos hermosos y potentes
En apariencia. Como el mediodía
Silencioso y con sol, en luz bañados
Ellos se muestran; pero tú pareces
Como una etérea noche, cuando largas
Y blancas nubes el azul obscuro
Tachonan, y sinnúmero de estrellas
La misteriosa bóveda admirable
Bordan con resplandores, que aparecen
Como si fueran soles; tan hermosos,
Innumerables, seductores, claros
Sin deslumbrar, mas ¡ay! tan atractivos
Que lágrimas desbordan de mis ojos;
Tal eres tú. Pareces desgraciado:

:

No nos hagas también ser infelices,
Y lloraré por ti, compadecida.

LUCIFER.

¡Esas lágrimas!.... ¡Ay! Si tú pudieses
Imaginar tan sólo cuántos mares
De ellas se verterán....

ADAH.

¿Por mí?

LUCIFER.

Por todos.

ADAH.

¿Qué todos?

LUCIFER.

Los millones de millones,
Millares de millares...., la poblada....,
La despoblada tierra...., el más poblado
Infierno de que germen es tu seno.

ADAH.

¡Oh, Caín! Este genio nos maldice.

CAÍN.

Déjale hablar; voy á seguirle.

ADAH.

¿Dónde?

LUCIFER.

Á un sitio desde el cual vendrá contigo
En una hora; pero en esa hora
Las cosas ha de ver de muchos días.

ADAH.

¿Y cómo puede ser?

LUCIFER.

De viejos mundos,
¿No hizo nuestro Hacedor en días breves

Este nuevo? ¿Por qué yo no podría,
Yo, que en este trabajo le he ayudado,
Mostrar en breves horas lo que él hizo
En muchas ó ha deshecho en unas pocas?

CAÍN.

Condúceme.

ADAH.

¿De veras habrá vuelto
En una hora?

LUCIFER.

Volverá, te digo.

En nosotros los actos están fuera
De la marcha del tiempo, pues nosotros
La eternidad podemos condensarla
En una hora, ó dilatar la hora,
En una eternidad, porque nosotros
Por la mortal medida no alentamos.
Mas este es un hondísimo misterio.
Ven conmigo, Caín.

ADAH.

¿Volverá? Dime.

LUCIFER.

¡Sí, mujer! Él no más; de los mortales
De aquel sitio (el primero y el postrero
Que habrá de retornar, excepto *uno*)
Contigo volverá, para en seguida
Aquel mundo expectante y silencioso
Hacerle tan poblado como aqúeste:
Ahora tiene muy pocos habitantes.

ADAH.

¿Dónde habitas?

LUCIFER.

Por todos los espacios.
 ¿Dónde habré de habitar? Donde residen
 Tu Dios ó Dioses.... allí estoy....: las cosas
 Todas parte conmigo: vida, muerte,
 Tiempo y eternidad...., cielos y tierra....,
 Y aquel lugar que no es tierra ni cielo,
 Sólo poblado por lo que poblaron
 O deberán poblar ambos un día....
 ¡Estos mis reinos son! De esta manera
 Su propio reino yo con él divido,
 Y yo domino un reino que no es *suyo*.
 ¿Podría estar aquí, si tal no fuese?
 Sus ángeles están de vuestra vista
 Al limitado alcance.

ADAH.

Y ya lo estaban
 Cuando habló seductora la serpiente
 Por la primera vez á nuestra madre.

LUCIFER.

¡Caín! ¿Oíste? Si la ciencia ansías,
 Saciar puedo tu sed: yo no te pido
 Compartir fruto alguno que te prive
 De uno solo siquiera de los bienes
 Que el Vencedor dejarte se ha dignado.
 Sígueme, pues.

CAÍN.

Espíritu, lo dije. (*Vanse Caín y Lucifer.*)

ADAH. (*Siguiéndolos, exclama:*)

¡Oye, Caín!.... ¡Caín!.... ¡Hermano mío!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

El abismo del espacio.

CAÍN.

Camino sobre el aire, y no me hundo;
Mas temo hundirme.

LUCIFER.

Ten en mí fe ciega,
Y serás sostenido por el aire
De que príncipe soy.

CAÍN.

¿Y cómo puedo
Sin cometer una impiedad tenerla?

LUCIFER.

Cree...., ¡y no te hundirás! Duda...., ¡y pereces!
Así diría el inflexible edicto
Del Dios que entre sus ángeles el nombre
De demonio me da; repiten ellos
Tal voz á criaturas miserables,
Quienes, no conociendo cosa alguna
Fuera de sus torpísimos sentidos,

Adoran la palabra que les hiere
 Los oídos, y cuanto les proclaman
 Como verdad, el bien ó el mal lo juzgan
 En su abyección. Yo nada de esto quiero.
 Que me adores ó no, verás los mundos
 Más allá de tu mundo miserable;
 Y más allá de tu existencia breve
 No serás castigado por tus dudas
 Con la tortura atroz de mi sentencia.
 Llegará cierta hora en que, flotando
 Sobre unas gotas de agua, dirá un hombre
 Á un hombre: « Cree en mí, y anda en el agua».
 Y aquel hombre andará sobre las olas,
 Y salvado será. Yo no te digo
 Cree en mí, como fe que es necesaria
 Para salvarte: mas conmigo vuela
 Sobre el inmenso abismo del espacio
 Con vuelo igual, y he de mostrarte cosas
 Que á negarlas no puedas atreverte....
 La historia inmemorial de los pasados
 Y los presentes y futuros mundos.

CAÍN.

¡Oh, tú, dios, ó demonio, ó lo que seas;
 ¿Nuestro mundo es aquél?

LUCIFER.

¿No reconoces
 El leve polvo que formó á tu padre?

CAÍN.

¿Es posible? ¿Es aquel tan diminuto
 Círculo azul, nadando en el remoto
 Éter con otro círculo más breve
 Cerca de él, y que luce como aquello

Que nuestra noche terrenal alumbra?
¿Es aquel nuestro Edén? ¿Dónde sus muros
Y guardianes están?

LUCIFER.

Muéstrame el sitio

Del Paraíso.

CAÍN.

¿Y cómo lo podría?

Mientras hacia adelante caminamos
Cual los rayos del sol, va pareciendo
Pequeño y más pequeño todavía,
Y, conforme se aleja y disminuye,
Un disco le circunda, semejante
A aquella claridad que las estrellas
Más redondas y fúlgidas irradian
Cuando mi vista las contempla absorta
Desde el confín de nuestro Edén perdido.
Ambos pareceme que, mientras de ellos
Nos vamos alejando, ya se juntan
A ese infinito número de estrellas
Que hay á nuestro alrededor, y que al movernos
Acrecen sus millares.

LUCIFER.

Y si hubiese

Otros mundos mayores que ese tuyo,
Habitados por cosas aún mayores
Ellas mismas, y al par más numerosas
Que el tenue polvo de tu pobre tierra
Aunque su infinitud multiplicase
En animados átomos vivientes,
Y todos, todos ellos sentenciados
A muerte, y todos ellos infelices,

¿Qué pensarías de ello?

CAÍN.

Yo estaría

Orgullosa del alto pensamiento

Que sabe tales cosas.

LUCIFER.

Mas si vieres

Tan alto pensamiento sometido

A una masa servil de ruín materia,

Y si sabiendo semejantes cosas,

Y á semejantes cosas aspirando,

Y con ciencia más alta todavía

Que ellas, encadenado se encontrase

Á aquellas más groseras y más torpes

Viles necesidades, todas ellas

Repugnantes y bajas, y si fuese

El mejor de tus goces una dulce

Degradación, un enervante y sucio

Engaño vil, para inducirte sólo

Á renovar las almas y los cuerpos

Condenados á ser tan deleznable

Todos ellos, y pocos tan felices....

CAÍN.

¡Espíritu! No sé lo que es la muerte,

Salvo que es una cosa pavorosa,

De la que siempre hablar oí á mis padres

Cual de una horrible herencia que les debo

No menos que la vida; desdichada

Herencia, si juzgar puedo hasta ahora.

Mas, ¡Espíritu!..., á ser como tú dices

(Y ya dentro de mí siento punzarme

De esta verdad profética el tormento),

Hazme morir aquí: pues dar la vida
 A los que deben padecer por años
 Para luego morir, se me figura
 Que es nada más que propagar la muerte,
 Sólo multiplicar el homicidio.

LUCIFER.

Tú no puedes morir del *todo*.... Existe
 Algo que sobrevive.

CAÍN.

Pues el otro

No habló de esto á mi padre al arrojarle
 Del Paraíso con la muerte escrita
 Sobre su frente. Al menos que perezca
 Cuanto hay en mí mortal, y que consiga
 Estar, como los ángeles, en calma.

LUCIFER.

Soy angélico: ¿ser cual yo quisieras?

CAÍN.

No sé lo que eres: tu poder contemplo;
 Miro que me revelas ciertas cosas
 Fuera de *mi* poder, fuera de todo
 El poder de mis propias facultades,
 Aunque inferiores son á mis deseos
 Y conceptos.

LUCIFER.

¿Qué son los que en su orgullo
 Viven tan humillados, que en la arcilla
 Con los gusanos confundidos moran?

CAÍN.

¿Y qué eres tú, que á tan suprema altura
 Vives en el espíritu, que puedes
 Imperar en la gran naturaleza

Y la inmortalidad...., y, sin embargo,
Pareces dolorido?

LUCIFER.

Yo parezco

Lo que soy, y por eso te pregunto:
¿Serías inmortal?

CAÍN.

Tú has afirmado

Que, aun á despecho mío, fatalmente
Debo ser inmortal. No lo sabía
Hasta hace poco; mas, pues serlo debo,
Ya feliz ó infeliz, hazme que sepa
A mi inmortalidad anticiparme.

LUCIFER.

Antes que yo viniese ya lo hiciste.

CAÍN.

¿Cómo?

LUCIFER.

Sufriendo.

CAÍN.

¿Y debe la tortura

Ser inmortal?

LUCIFER.

Nosotros y tus hijos

Lo habremos de probar. Pero contempla!

¿No es esto portentoso?

CAÍN.

¡Oh, tú, sublime

Éter inconcebible!.... Y ¡oh, vosotras

Multiplicadas masas de acrecidas

Y siempre más crecientes luminarias!

¿Qué sois? ¿Qué es ese azul vasto desierto

De interminable espacio , en cuyo fondo
 Rodando vais inmensos, como he visto
 Rodar las verdes hojas desprendidas
 Del Edén en los límpidos raudales?
 ¿Regís vuestra carrera? ¿O impelidos
 Vais en vuestro concierto ilimitado,
 Atravesando un universo etéreo
 Y de expansión sin término (que aturde
 Sólo al pensar en ella al alma mía),
 Ebrios de eternidad? ¡Oh Dios! ¡oh Dioses!
 Ó lo que quiera que seáis: ¡cuán bellos,
 Cuán bellos sois. cuán bellas vuestras obras,
 Y vuestros accidentes transitorios,
 O lo que ser podáis! ¡Dejad que muera
 Como mueren los átomos (si mueren),
 O que en la plenitud pueda abarcaros
 De vuestro poderío y vuestra ciencia!
 Mis pensamientos, ¡ah!, no son indignos
 De lo que estoy mirando en esta hora,
 Aunque mi polvo lo es. ¡Genio potente!
 Hazme espirar ó verlos más de cerca.

LUCIFER.

¿No estás más cerca? ¡Mira allí tu mundo!

CAÍN.

¿Dónde está? Nada veo sino masas
 De innumerables luces.

LUCIFER.

Allí; ¡mira!

CAÍN.

No puedo verle.

LUCIFER.

Aún brilla, sin embargo.

CAÍN.

¡ Aquél!.... ¡ allí!....

LUCIFER.

Sí.

CAÍN.

¿ Tú me lo aseguras ?

Porque yo las luciérnagas he visto
 Y gusanos de luz, las arboledas
 Sombrias salpicar, y las verdosas
 Márgenes, al crepúsculo, luciendo
 Aún más brillantes que el lejano mundo
 Que los soporta.

LUCIFER.

Ya que viste á entrambos,
 Á gusanos y mundos juntamente
 Lucir y fulgurar...., ¿ qué piensas de ellos ?

CAÍN.

Que son hermosos en su propia esfera,
 Y que en la noche, que á ambos hace hermosos,
 A la ardiente luciérnaga en su vuelo
 Y á la estrella inmortal en su carrera,
 Deben de ser entrambos conducidos.

LUCIFER.

Mas ¿ por quién ó por qué ?

CAÍN.

Mostrarlo debes.

LUCIFER.

¿ Osaras contemplarlo ?

CAÍN.

¿ Y cómo puedo

Saber lo que *oso* contemplar ? No obstante,
 No me enseñaste nada que no osara

Mirar, y aun más allá.

LUCIFER.

Pues ven conmigo.

¿Qué cosas, las mortales ó inmortales,
Quisieras contemplar?

CAÍN.

¿Y qué son cosas?

LUCIFER.

Ambas parciales son : mas ¿qué apetece
Tu corazón?

CAÍN.

Las cosas que contemplo.

LUCIFER.

Pero bien : ¿qué es aquello que desea
Con más afán?

CAÍN.

Las cosas que no he visto
Ni veré....: los misterios de la muerte.

LUCIFER.

¿Y si te enseño cosas que murieron,
Como ya te he enseñado muchas otras
Que no pueden morir?

CAÍN.

Hazlo en seguida.

LUCIFER.

¡Arriba, pues...., con prepotentes alas!

CAÍN.

¡Oh, cuál hendimos el azul! ¡Se alejan
Las lucientes estrellas de nosotros!

¡La tierra!.... ¿Dónde está mi tierra, dónde?
Déjame verla; de ella estoy formado.

LUCIFER.

Ahora, lejos de ti, menor parece
 En el vasto universo que tú en ella;
 Pero no te imagines que escaparte
 De ella podrás, pues á la tierra presto
 Has de volver, y todo será polvo,
 Pues de tu eternidad y de la mía
 Forma parte.

CAÍN.

¿Y adónde me conduces?

LUCIFER.

¡Á lo que fué primero que tú fueses!
 Al fantasma del mundo, del que sólo
 Un náufrago es tu mundo.

CAÍN.

¡Qué! ¿no es nuevo?

LUCIFER.

No lo es más que la vida, y ésta era
 Antes que tú y yo fuésemos, ó fuesen
 Las cosas que aparecen á nosotros
 Mayores que ambos: muchas cosas nunca
 Concluirán, y algunas que pretenden
 Que fueron sin principio, le han tenido
 De igual modo que tú; y algunas cosas
 Mucho más poderosas se extinguieron,
 Dejando su lugar á otras más bajas
 Que aquello que pudiéramos nosotros
 Imaginar. El *tiempo* y el *espacio*,
 Sólo fueron y son *inalterables*.
 Mas la muerte no cambia sino al frágil
 Barro...., y barro eres tú; por eso puedes
 Tan sólo comprender lo que fué barro,

Y eso no más contemplarán tus ojos.

CAÍN.

¡Barro!... ¡Espíritu! todo cuanto quieras,
Lo puedo examinar.

LUCIFER.

¡Arriba entonces!

CAÍN.

Ya las luces extingüense remotas,
Y otras, al acercarnos, se dilatan
Y toman el aspecto de otros mundos.

LUCIFER.

Y son tales.

CAÍN.

¿Y Edenes hay en ellos?

LUCIFER.

Acaso.

CAÍN.

¿Y hombres?

LUCIFER.

Sí: tal vez hay cosas

Más elevadas.

CAÍN.

¿Sí?... ¿También serpientes?

LUCIFER.

¿Y sin ellas hallar hombres podrías?

¡Qué! ¿respirar no deben más reptiles

Que los que van erguidos?

CAÍN.

¡Cuál se apartan

Las luces! ¿Do volamos?

LUCIFER.

Hacia el mundo

De los fantasmas, seres ya pasados,
Sombras que venir deben todavía.

CAÍN.

Mas el cielo se torna obscuro, obscuro....
¡Han desaparecido las estrellas!

LUCIFER.

Y, no obstante, tú ves.

CAÍN.

¡Luz pavorosa!

Ni sol, ni luna, ni astros infinitos;
El mismo azul de la purpúrea noche
En siniestro crepúsculo se extingue;
No obstante, miro moles tenebrosas
É inmensas, mas distintas de los mundos
Á que llegamos, que, de luz ceñidos,
De vida desbordantes parecían
Aun cuando se borraba su brillante
Atmósfera de luz, mostrando sólo
Sus desiguales formas de profundos,
Redondos valles y ásperas montañas;
Algunos despidiendo resplandores,
Algunos ostentando sus inmensas
Y líquidas llanuras, y los otros
De luminosas fajas adornados
Y de flotantes lunas, que tomaban
Cual ellos, las facciones de la tierra,
Hermosa en su esplendor: por el contrario,
Aquí todo parece tenebroso
Y lleno de pavor.

LUCIFER.

Mas perceptible.

¿Tú no anhelabas contemplar la muerte

Y las cosas ya muertas ?

CAÍN.

No lo anhele ;

Mas como sé que existen tales cosas,
Y que el pecado de mi padre le hizo,
Y á mí y á todo aquello que heredamos,
Sujetos á tal ley, anhelaría
De una vez contemplar lo que por fuerza
Tendré por fin que contemplar un día.

LUCIFER.

¡Mira!

CAÍN.

Tinieblas son.

LUCIFER.

Y serán siempre.

¡Abramos ya sus misteriosas puertas!

CAÍN.

Ruedan enormes masas de vapores
Apartados allá. Dime, ¿qué es esto?

LUCIFER.

¡Entra!

CAÍN.

¿Podré volver?

LUCIFER.

¡Volver! No temas.

¿Quién, entonces, la muerte poblaría?
Su actual reino es estrecho, comparado
Con lo que habrá de ser en las edades,
Á través de ti mismo y de los tuyos.

CAÍN.

Ya más y más las nubes se dilatan,
Y en torno de nosotros van trazando

Sus círculos inmensos y anchurosos.

LUCIFER.

¡Avanza!

CAÍN.

¿Y tú?

LUCIFER.

No temas....; no podrías
Sin mi sostén haber salido fuera
De tu pequeño mundo. ¡Vamos, vamos!

(Desaparecen entre las nubes.)

ESCENA II.

Hacles.

Entran LUCIFER y CAÍN.

CAÍN.

¡Cuán dilatados son, cuán silenciosos
Estos sombríos mundos!....; pues parecen
Más de uno, y más poblados todavía
Que los amplios, brillantes, luminosos
Orbes, que suspendidos oscilaban
Del aire en las alturas, tan compactos,
Que más bien los juzgué la luminosa
Población de algún cielo inconcebible,
Que cosas destinadas ellas mismas
Á ser pobladas; mas llegado cerca
Vi su condensación y crecimiento
En la infinita inmensidad palpable
De una materia, al parecer formada
Para en su seno contener la vida,
Más bien que viva en sí. Pero aquí todo
Tan lleno está de sombras y de vagos

Crepúsculos, que sólo hablar parece
De un día que pasó.

LUCIFER.

Este es el reino

De la muerte. ¿Quisieras tú que fuera
Presente para ti?

CAÍN.

Mientras ignore

Lo que es en realidad, respuesta alguna
No puedo dar. Mas si es lo que á mi padre
Le he escuchado en sus largas relaciones
Varias veces decir, es una cosa....

¡Dios!.... ¡Á pensar en ella no me atrevo!

¡Maldito sea el que inventó la vida
Que debe conducir hacia la muerte!

Ó la masa de vida miserable,

Que, siendo vida, retener no logra
La vida en sí, mas tiene que perderla
Irremisiblemente, aun para el mismo
Inocente!

LUCIFER.

¿Maldices á tu padre?

CAÍN.

¿No me maldijo al darme el nacimiento?

Antes de yo nacer, ¿no me maldijo

Audaz cogiendo el prohibido fruto?

LUCIFER.

Dices muy bien : la maldición es mutua

Entre tu padre y tú : mas, ¿y tus hijos

Y tu hermano?

CAÍN.

Conmigo la compartan.

¡ Su hermano y padre soy ! ¿ Y qué otra cosa
Me legaron ? Les dejo , pues , mi herencia .

¡ Oh , interminables y sombríos reinos
De flotantes espectros y de enormes
Formas , unas visibles plenamente ,
Las otras indistintas ; todas ellas
Potentes , melancólicas . . . , decidme :
¿ Qué sois ? ¿ Vivas estáis ó habéis vivido ?

LUCIFER.

¿ Algo de ambos ?

CAÍN.

Entonces , ¿ qué es la muerte ?

LUCIFER.

¿ Cómo ? . . . ¿ No ha dicho quien os ha formado
Que hay otra vida ?

CAÍN.

No , nada nos dijo
De eso hasta hoy ; nos dijo solamente
Que todo morirá .

LUCIFER.

Y acaso un día
Revelará tan escondido arcano .

CAÍN.

¡ Oh , qué dichoso día !

LUCIFER.

Sí ; ¡ dichoso !

Cuando tan sólo revelado sea
En medio de agonías indecibles ,
É impuesto con eternas agonías
A los innumerables y aun *non natos*
Millares y millares de inconscientes
Átomos á tal fin creados sólo .

CAÍN.

¿Qué son estos fantasmas formidables
 Que contemplo flotar en torno mío?
 Su forma no es igual á la de aquellos
 Genios que vi rondar nuestro llorado
 É impenetrable Edén; ni forma tienen
 Igual á la del hombre que contemplo
 En la de Adán, en la de Abel, la mía,
 Ni cual la de mi hermana, esposa é hijos.
 Y, sin embargo, tienen un aspecto
 Que, sin ser el aspecto de los hombres
 Ó los ángeles, á algo se parece
 Que, si no de los últimos, se eleva
 Á altura superior á los primeros:
 Arrogantes, altísimos, hermosos,
 Llenos de fuerza, al parecer, no obstante,
 De inexplicable forma; pues que nunca
 Otros iguales vi. Ni tienen alas
 De serafines, ni la faz del hombre,
 Ni la forma del más potente bruto,
 Ni la de ser alguno que respira;
 Pero son tan potentes, tan hermosos
 Como los más hermosos y potentes
 Que viven hoy, y, empero, tan distintos
 De ellos, que apenas puedo apellidarlos
 Seres vivientes.

LUCIFER.

Pues vivieron.

CAÍN.

¿Dónde?

LUCIFER.

En donde vives tú.

CAÍN.

¿Cuándo?

LUCIFER.

En aquello

Á que tú tierra llamas habitaron.

CAÍN.

Adán es el primero.

LUCIFER.

De los tuyos,

Te lo afirmo....; mas harto ruín y pobre
Aun para ser el último de aquestos.

CAÍN.

¿Pues qué fueron entonces?

LUCIFER.

Seres vivos,

Altos, inteligentes, buenos, grandes,
De hermosura sin par, tan superiores
Á cuanto en el Edén hubiera sido
Tu padre Adán, cuanto inferior un día
La sesenta milésima y remota
Generación será, si se compara
En su mezquina y triste decadencia,
Contigo y con tus hijos; y cuán pobres
Y cuán débiles son, ya por tu propia
Carne puedes juzgar.

CAÍN.

¡Ay de mí!.... ¿Pero

Estos murieron?

LUCIFER.

Sí, sobre su tierra,

Como tú pasarás sobre la tuya.

CAÍN.

¿La *mia* fué la suya?

LUCIFER.

Lo fué.

CAÍN.

Pero

No cual hoy ; es muy pobre y reducida
Para nutrir á tales criaturas.

LUCIFER.

Es verdad ; era mucho más hermosa.

CAÍN.

¿Por qué cayó?

LUCIFER.

Pregúntale al caído.

CAÍN.

Mas, ¿cómo?

LUCIFER.

Por la más inexorable

Súbita destrucción ; por el desorden

De elementos indómitos , que un mundo

Sumieron en un caos , cual de un caos

Hundido surgió un mundo : tales cosas ,

Aunque en el tiempo raras , son frecuentes

Allá en la eternidad. — Sigue , y contempla

La imagen del pasado.

CAÍN.

¡Es pavorosa!

LUCIFER.

Y verdadera. ¡Mira estos fantasmas!

Pues todos ellos fueron algún día

Materiales , cual eres.

CAÍN.

¿Y ser debo.

Igual á lo que son ?

LUCIFER.

Que te responda

Aquel que te formó; yo solamente
Te muestro lo que son tus primitivos
Predecesores: mas lo que ellos *eran*
En tí propio lo sientes, aunque en grado
Inferior, como son tus sentimientos
Y más corta porción de aquella parte
De inmortal, poderosa inteligencia
Y fuerza terrenal. Lo que vosotros
Hoy tenéis de común con lo que fueron
Es el vivir; lo que *tendréis*...., la muerte.
Vuestros demás mezquinos atributos
Son los que corresponden á reptiles
Engendrados del fango sumergido
De un potente universo, aniquilado,
Reducido á planeta sin contornos,
Y habitado por seres cuyo goce
Era vivir en ceguedad sumidos....
Grosero Paraíso de ignorancia,
Del cual la ciencia hallábase excluída
Cual veneno mortal. Pero contempla
Lo que estas superiores criaturas
Fueron ó son; y si te causa enojo,
Vuelve hacia atrás, ve á cultivar la tierra,
Que es tu labor, y allí pondréte en salvo.

CAÍN.

No: quiero estar aquí.

LUCIFER.

¿Cuánto?

CAÍN.

¡Por siempre!

Puesto que aquí, desde la tierra, un día

Debo volver, permanecer quisiera.

Cuanto en el polvo vi me causa hastío....

Déjame, pues, morar con los espectros.

LUCIFER.

No puede ser. Como visión, ahora,

Lo que es la realidad vas contemplando.

Para hacerte capaz de esta morada,

Has de pasar lo que estos mismos seres

Que ahora contemplas, á su vez, pasaron....

Las puertas de la muerte.

CAÍN.

¿Por qué puerta

Hemos entrado entonces?

LUCIFER.

¡Por la mia!

Mas sólo á condición de que volvamos,

Mi espíritu sostiene aquí tu aliento

En las regiones donde nada tiene

Aliento sino tú. Contempla sólo;

Mas no pienses morar en este sitio

Hasta llegar tu hora.

CAÍN.

¿Y estos seres,

Tampoco pueden ellos á la tierra

Pasar segunda vez?

LUCIFER.

La tierra *suya*

Para siempre pasó....: por convulsiones
 De tal modo cambió, que apenas ellos
 Reconocieran hoy un solo sitio
 De su reciente y casi todavía
 No endurecida costra. ¡Oh, cuán hermoso!
 ¡Qué hermoso mundo *fué!*

CAÍN.

Y es todavía.

No es con la tierra, aunque labrarla debo,
 Con quien en guerra estoy; es ver que nada
 De cuanto hermoso cría lo consigo
 Sin trabajar; es no poder millares
 De mis ilimitados pensamientos
 Con la ciencia saciar; ver que no logro
 Hallar alivios á mis mil temores
 De muerte y vida.

LUCIFER.

Ves lo que es tu mundo;
 Mas comprender no puedes ni la sombra
 De lo que un día fué.

CAÍN.

Y esas enormes

Criaturas, fantasmas, que parecen
 De inferior y más baja inteligencia
 Que cuantos pasar vimos; semejantes
 En algo á los salvajes moradores
 De los profundos bosques de la tierra,
 Á los más colosales, que en la obscura
 Noche en la selva rugen, mas diez veces
 Mayores en altura y en espanto;
 Más altos que las sólidas murallas
 Del Edén por querubes defendidas,

Con ojos relucientes cual las ígneas
Flamígeras espadas que las guardan,
Y colmillos cual árboles mondados
De su corteza y ramas.... ¿Qué eran estos?

LUCIFER.

Lo que el Mamouth es hoy sobre tu mundo ;
Pero de estos existen por millares
Bajo su superficie.

CAÍN.

¿Mas encima

Ninguno?

LUCIFER.

No, que si tu frágil raza
La guerra les hiciese, fuera inútil.
La maldición, pues pronto quedaría
Aniquilada.

CAÍN.

¿Mas por qué la guerra?

LUCIFER.

Olvidas la sentencia que á tu raza
La privó del Edén....; guerra con todos
Los seres y la muerte á todos ellos ;
Para la mayoría, enfermedades
Y penas y amarguras : tales frutos
Fueron los de aquel árbol prohibido.

CAÍN.

¿Pero y los animales? ¿También ellos
Probaron aquel fruto y morir deben?

LUCIFER.

Vuestro Hacedor os dice que formados
Para vosotros fueron, cual vosotros
Para él. ¿Ó quisieras que su suerte

Superior á la vuestra hubiera sido?
Si no hubiese caído Adán, entonces
Todos ellos en pie permanecieran.

CAÍN.

¡ Ay desesperanzados infelices !
¡ La suerte de mi padre, cual sus hijos ,
Deberán compartir ; también , cual ellos ,
Sin haber compartido la manzana ;
También , cual ellos , sin gozar la *ciencia*
Comprada á tanto precio ! Mintió el árbol ,
Pues *no sabemos* nada. Prometía
El *saber* aunque al precio de la muerte....
Pero el *saber* al fin....; y, sin embargo ,
¿ Qué es lo que sabe el hombre ?

LUCIFER.

Acaso guíe

La dura muerte á la *suprema* ciencia ;
Pues ella , siendo entre las cosas todas
La sola cosa cierta , al fin conduce
Hacia la *más segura* de las ciencias :
Así , pues , era el árbol verdadero
Aunque mortal.

CAÍN.

Veo estos reinos tristes ,
Mas ignoro qué son.

LUCIFER.

Porque lejana
Está tu hora aún , y la materia
Comprender el espíritu no puede
En su totalidad....; mas siempre es algo
El conocer que existen tales reinos.

CAÍN.

Nosotros ya sabíamos que hay muerte.

LUCIFER.

Mas no lo que tras ella se escondía.

CAÍN.

Ni ahora mismo lo sé.

LUCIFER.

No ; pero sabes

Que hay un estado , que hay muchos estados
Fuera del tuyo , y ésto lo ignorabas
Esta mañana misma.

CAÍN.

Pero todo

Aquí parece nebuloso , obscuro.

LUCIFER.

Conténtate ; parecerá más claro
Á tu inmortalidad.

CAÍN.

Y aquella vasta

Inmensurable líquida llanura
De refulgente azul , que lejos flota
De nosotros ; que al agua se asemeja ,
Y que yo tomaría por el río
Cuyo raudal del Paraíso brota
Y por mi propio hogar corriendo pasa ;
Pero no tiene orillas , y es su anchura
Ilimitada y su color etéreo....
¿Qué viene á ser?

LUCIFER.

Existe todavía

Algo muy semejante allá en la tierra ,
Aunque inferior , y deberán tus hijos

Habitar cerca de él.....: es el fantasma
De un océano.

CAÍN.

Un mundo diferente
Parece en realidad; un derretido
Líquido sol: ¿y aquellas criaturas
Extrañas que sustenta poderoso
Sobre su luminosa superficie?

LUCIFER.

Sus moradores son, los leviatanes
Que sucumbieron ya.

CAÍN.

Y aquella inmensa
Serpiente que levanta su erizada
Húmeda crín, y su cabeza enorme.
Diez veces aún más alta que el más alto
Cedro, desde el abismo, y que parece
Que sus anillos enroscar podría
En torno de los orbes que hemos visto....
¿No es de género igual á la que estuvo
So el árbol del Edén?

LUCIFER.

Eva, tu madre,
Puede, mejor que yo, decir qué casta
De sierpe la tentó.

CAÍN.

Parece aquesta
Demasiado terrible. Más hermosa
Sin duda aquella fué.

LUCIFER.

¿Nunca la viste?

CAÍN.

Muchas vi de su especie (por lo menos
Las llamaban así); mas no vi nunca
La que precisamente la ofreciera
Aquel fruto fatal, ni que tuviese
El mismo aspecto.

LUCIFER.

¿No la vió tu padre?

CAÍN.

No: fué mi madre quien tentarle supo,
Ella tentada ya por la serpiente.

LUCIFER.

¡Hombre inocente! Siempre que tu esposa,
Ó después las esposas de tus hijos,
Te tentare ó les tienten á hacer algo
Extraño ó nuevo, ten por bien seguro
Que antes has visto al tentador de aquellas.

CAÍN.

Tu precepto es tardío: ya no tienen
Las serpientes á qué inducir, astutas,
A la mujer.

LUCIFER.

Mas quedan todavía
Algunas cosas á que puede al hombre
Inducir la mujer, y el hombre luego
A la mujer. ¡Medítenlo tus hijos!
Sincero es mi consejo, pues á costa
De mí mismo le doy: mas, ciertamente,
Como no ha de seguirse, poco pierdo.

CAÍN.

No alcanzo á comprender eso que dices.

LUCIFER.

¡Pues más dichoso tú! ¡Sois todavía
 Tu mundo y tú muy jóvenes! Te tienes
 Por el más criminal y desdichado,
 ¿No es esto?

CAÍN.

No lo sé, respecto al crimen;
 Mas, respecto al dolor, bien lo he sentido.

LUCIFER.

¡Primogénito tú del primer hombre!
 Tu estado actual de criminal pecado
 (Pues eres malo), y de dolor (pues sufres),
 Ambos son el Edén en su inocencia
 Si se comparan sólo con aquello
 Que *tú* pronto serás; y aquel estado,
 En su doble miseria, un paraíso,
 A su vez, comparado con aquello
 Que, en el curso de mil generaciones
 Acumuladas como leve polvo
 (Á que polvo no más ellas añaden),
 Tus hijos y los hijos de tus hijos
 Soportarán y harán... Ahora volvamos
 Á la tierra.

CAÍN.

¿Y aquí me condujiste
 Para hacerme saber esto tan sólo?

LUCIFER.

¿No buscabas la ciencia?

CAÍN.

Sí, camino
 De la dicha creyéndola.

LUCIFER.

Si guía
La verdad á la dicha, ya la tienes.

CAÍN.

Luego hizo bien el Dios del padre mío
Cuando el árbol fatal le prohibiera.

LUCIFER.

Hubiera hecho mejor en no plantarle.
Pero del mal no salva ni la misma
Ignorancia del mal; él de igual modo
Tiene que arrebatarse en su corriente
Aun de todas las cosas una parte.

CAÍN.

No de todas las cosas. Imposible;
No lo puedo creer...., pues me devora
La sed del bien.

LUCIFER.

¿Quién hay que no la tenga?

¿Quién por su propio fin triste y amargo
Anhela el mal?.... ¡Ninguno...., nada!
Mas es la inevitable levadura
De cuanto tiene vida y de lo inerte.

CAÍN.

En los orbes magníficos que vimos
Remotos, infinitos, deslumbrantes,
Antes de penetrar en estos reinos
De fantasmas, el mal entrar no puede:
Son demasiado hermosos.

LUCIFER.

Los has visto
Tan sólo desde lejos.

CAÍN.

¿Y qué importa?

La creciente distancia sólo puede
Su belleza mermar. Más inefables
Serán, sin duda, cuanto más cercanos.

LUCIFER.

Acércate á las cosas de la tierra
Más hermosas, y juzga su hermosura.

CAÍN.

Hícelo ya....: la más encantadora
De cuantas cosas vi, cuanto más cerca
Es más encantadora.

LUCIFER.

Pues entonces

Debe ser ilusión. ¿Cuál es la cosa
Que cuanto está más cerca de tus ojos
Más bella te aparece que las mismas
Cosas más bellas vistas desde lejos?

CAÍN.

Adah, mi hermana. Las estrellas todas
Del firmamento, de la noche obscura
El hondo azul, bañado por un astro
Que parece un espíritu, ó el mundo
De un espíritu ser; los arboles
Dorados del crepúsculo; radiante
La venida del sol, su indescriptible
Ocaso, que mis tristes ojos llena
De dulcísimas lágrimas al verle
Cómo descende, y al sentir que flota
Mi propio corazón con él, cruzando
Su paraíso occidental de nubes;
El bosque umbrío, la verdosa rama;

La voz armoniosísima del ave,
 Del ave vespertina que parece
 Cantar de amor, uniéndose á los cantos
 Que alzan los querubines, cuando el día
 Sobre los muros del Edén se extingue:
 Todos estos encantos no son nada
 Para mi corazón, para mis ojos,
 Ante la faz de Adah: de la tierra
 Y del cielo me aparto por mirarla.

LUCIFER.

Ella es todo lo hermosa que á la frágil
 Mortalidad, en el albor primero,
 En el florecimiento de la joven
 Lozana creación, en los abrazos
 Primeros de los padres de la tierra
 Le es dado producir: mas, todavía
 Es ilusión no más.

CAÍN.

Así lo juzgas
 Porque no eres su hermano.

LUCIFER.

¡Mortal! Sólo
 Tengo fraternidad con los que nunca
 Tienen hijos.

CAÍN.

Entonces tú no puedes
 Nunca amistad tener hacia nosotros.

LUCIFER.

Acaso para mí será la tuya;
 Pero tú, poseyendo una belleza
 Que de toda belleza está por cima
 Á tus ojos, ¿por qué eres desdichado?

CAÍN.

¿Y por qué existo yo? ¿Por qué *tú* mismo
 Eres desventurado? ¿Por qué causa
 Lo son todas las cosas? ¡Hasta el propio
 Autor que nos formó tiene que serlo
 Como Hacedor de cosas infelices!
 El producir la destrucción no puede
 De seguro ser obra de la dicha.
 Mi padre omnipotente le proclama:
 ¿Pues cómo el mal existe si él es bueno?
 Así á mi padre le pregunto, y dice:
 Porque este mal tan sólo fué el camino
 Del bien. Extraño bien, que sólo nace
 De su mortal contrario. No hace mucho
 Un corderillo vi, que fué picado
 Por un reptil; el pobre pequeñuelo
 Yacía en tierra trémulo, espumante,
 Bajo el balido vano y lastimoso
 De la afanosa madre; algunas hierbas
 Tomó mi padre y las posó en la herida;
 La abandonada vida poco á poco
 Fué recobrando el pobre desvalido,
 Y alzándose mamó la blanca leche
 De la trémula madre, que lamía
 Sus renacientes miembros ya gozosa.
 ¡Mira, hijo mio!, dijo Adán, y cómo
 Brota del mal el bien!

LUCIFER.

¿Qué respondiste?

CAÍN.

Nada le respondí, porque es mi padre:
 Pero pensé que fuera mejor suerte

Para aquel animal el no haber sido
Jamás picado, que comprar la inútil
Renovación de su pequeña vida
Á costa de agonías indecibles,
Aunque por los antidotos curadas.

LUCIFER.

Pero como dijiste que entre cuantos
Seres adoras, sobre todos amas
Á aquella que contigo ha compartido
La leche de tu madre, y dió la suya
Á tus hijuelos....

CAÍN.

Cierto: ¿qué sería

Sin ella?

LUCIFER.

¿Qué soy yo?

CAÍN.

¿Por nada sientes

Amor?

LUCIFER.

¿Qué ama tu Dios?

CAÍN.

Todas las cosas,

Según dice mi padre; mas confieso
Que en su distribución no lo descubro.

LUCIFER.

Y, sin embargo, tú saber no puedes
Si tengo amor ó no; pues no ves nada,
Excepto un vasto y general designio,
Dentro del cual las cosas singulares
Se deben derretir como las nieves.

CAÍN.

¡Las nieves! ¿Y qué son?

LUCIFER.

Harto dichoso

Eres al ignorar lo que algún día
 Habrá tu descendencia más remota
 De padecer; caliéntate entre tanto
 Bajo el clima que invierno no conoce.

CAÍN.

¿Y no tienes amor á ser alguno
 Que se asemeje á ti?

LUCIFER.

¿Y amor tú sientes

Hacia *ti propio*?

CAÍN.

Sí; pero más amo
 Á quien hace mis propios sentimientos
 Más soportables, y es más que yo mismo,
 Pues la adoro.

LUCIFER.

Lo adoras por hermoso,
 Como hermosa á los ojos de tu madre
 La manzana lo fué: mas cuando un día
 Deje de serlo, cesará en tal punto
 Tu amor, como cualquier otro apetito.

CAÍN.

¡Dejar de ser hermosa! ¿Cómo es eso?

LUCIFER.

Con el tiempo.

CAÍN.

Pues tiempo ya ha pasado;
 Y, sin embargo, Adán, mi propia madre,

Los dos hermosos son ; no tan hermosos
Cual Adah y los celestes serafines ,
Pero sí muy hermosos.

LUCIFER.

Todo aqueso
En ellos pasará , pasará en ella.

CAÍN.

Harto lo siento , sí ; mas no concibo
Que el amor que le tengo se aminore.
Y, aunque desaparezca su hermosura ,
Creo que el Hacedor de la belleza
Perderá más que yo viendo tal obra
Perecer.

LUCIFER.

Compasión me das, pues amas
Á lo que debe perecer al cabo.

CAÍN.

Y tú á mí , pues amor á nada tienes.

LUCIFER.

Y tu hermano.... ¿ no ocupa predilecto
Sitio en tu corazón?

CAÍN.

¿ Por qué no amarle?

LUCIFER.

Le ama tu padre bien , tu Dios le ama.

CAÍN.

Yo también.

LUCIFER.

Obras buena y mansamente.

CAÍN.

¡ Mansamente !

LUCIFER.

Nacido es el segundo
De la carne mortal; mas de su madre
Él es el favorito.

CAÍN.

Que recoja
Su favor, ya que obtuvo la serpiente
De ella el primer favor.

LUCIFER.

¿Y el de su padre?

CAÍN.

¿Y qué me importa á mí? ¿Por qué motivo
Yo no he de amar á aquel que todos aman?

LUCIFER.

Y el Señor indulgente, el bondadoso
Jehová, plantador del Paraíso,
Á Abel también le mira sonriente.

CAÍN.

Nunca le he visto, é ignoro si sonríe.

LUCIFER.

Pero viste á sus ángeles.

CAÍN.

Muy poco.

LUCIFER.

Lo suficiente para ver que tienen
Hacia tu hermano amor, y que aceptados
Sus sacrificios son.

CAÍN.

¡Y que lo sean!....

¿Mas por qué me hablas de esto?

LUCIFER.

Porque en esto

Antes de hoy has pensado.

CAÍN.

Y si he pensado,
¿A qué evocar ideas que en mi mente....

(Se detiene como agitado.)

¡Espíritu! Aquí estamos en *tu* mundo;
No hables del *mío*; grandes maravillas
Me has enseñado; me enseñaste aquellos
Fuertes pre-adamitas que, robustos,
Andaban por la tierra, de que solo
Un naufrago es la muestra; me enseñaste
Miles y miles de estrellados mundos
De los que el nuestro sólo es un opaco
Remoto compañero, de la vida
En esa infinitud; me has descubierto
Las sombras mil de la existencia aquella,
Con el terrible nombre que mi padre
Nos enseñó.... : la Muerte; me has mostrado
Mucho, pero no todo: dónde habita
Jehová muéstrame; dónde se esconde
Su especial Paraíso.... ó bien el *tuyo*:
¿En qué lugar está?

LUCIFER.

Está aquí mismo,
Y por todo el espacio.

CAÍN.

Mas vosotros
Tenéis alguna y especial morada,
Como todas las cosas; nuestro barro
Tiene la tierra; tienen otros mundos
Sus moradores; todas las vivientes
Y temporales criaturas llenan

Un elemento peculiar; las cosas
 Que tras de largo tiempo ya cesaron
 De respirar con *nuestro* propio aliento,
 Tienen los suyos propios, me dijiste;
 Tiene el suyo Jehová, tú mismo el tuyo....
 ¿No moráis juntos?

LUCIFER.

No, juntos reinamos;
 Mas diferentes son nuestras moradas.

CAÍN.

¡Ojalá que uno solo de vosotros
 Reinase nada más! Quizás entonces
 La unidad de propósitos pudiera
 Unir los elementos que parecen
 Hoy luchar en indómita tormenta.
 Mas, ¿cómo siendo espíritus vosotros,
 Infinitos y sabios, os pudisteis
 Venir á separar? ¿No sois hermanos
 Por la comunidad de vuestra ciencia,
 Vuestra naturaleza y vuestra gloria?

LUCIFER.

¿De Abel no eres hermano?

CAÍN.

Hermanos somos,
 Y así debemos serlo para siempre;
 Mas, aunque así no fuese, ¿por ventura
 El espíritu igual es á la carne?
 ¿Y cómo puede ser que exista lucha
 De la inmortalidad con lo infinito,
 El espacio sumiendo en la miseria?
 ¿Y para qué?

LUCIFER.

Para reinar.

CAÍN.

¿No dices

Que sois eternos ambos?

LUCIFER.

¡Sí!

CAÍN.

Y aquello

Que vi, la azul inmensidad remota,

¿No es sin límite?

LUCIFER.

Sí.

CAÍN.

¿Y ambos entonces

No pudierais *reinar*? ¿No es suficiente?

¿Por qué, pues, diferís?

LUCIFER.

Los dos reinamos.

CAÍN.

Mas uno crea el mal.

LUCIFER.

¿Quién?

CAÍN.

¡Tú! Si puedes

Hacer al hombre el bien, ¿por qué no le haces?

LUCIFER.

¿Por qué no le hace quien os ha formado?

Yo no soy, ciertamente, quien os hizo.

Sus criaturas sois, y no las mías.

CAÍN.

Entonces déjanos á los que somos

*Sus criaturas, cual dijiste, ó presto
Muéstrame tu morada ó su morada.*

LUCIFER.

Mostrarte ambas pudiera ; mas el día
Vendrá en que alguna de las dos, de fijo,
Para siempre verás.

CAÍN.

¿Por qué no ahora?

LUCIFER.

Tu mente humana apenas ha abarcado
Lo poco que he mostrado con tranquilo
Y claro pensamiento ; ¿y tú querrias
De este doble misterio á la grandeza,
Aspirando llegar ? ¡ Los *dos Principios*
Y en sus secretos solios contemplarlos !
¡ Polvo ! Limita tu ambición ; ver sólo
Cualquiera de los dos para ti fuera
Al punto perecer.

CAÍN.

¡Perezca, entonces,

Y así los podré ver !

LUCIFER.

¡En ese dicho

Habla el hijo de aquella que, atrevida,
La manzana cogió ! Pero tú sólo
Podrías perecer ; mirarlos, nunca.
Tal visión sólo es propia de otro estado.

CAÍN.

¿El de la muerte?

LUCIFER.

¡Aquélla es el preludio.

CAÍN.

Entonces no la temo tanto ahora,
Puesto que sé que, al cabo, nos conduce
A algo que es definido.

LUCIFER.

Y á tu mundo

Ahora llevarte quiero, donde debes
Multiplicar de Adán la triste raza;
Comer, beber y trabajar temblando;
Reir, llorar, dormir y morir luego.

CAÍN.

¿Y con qué fin miré todas las cosas
Que aquí me has enseñado?

LUCIFER.

¿No pedías

La ciencia? ¿Y con aquello que á tus ojos
Mostré, no te he enseñado á conocerte?

CAÍN.

¡Ay! Yo parezco nada.

LUCIFER.

Y ser debía

Esta la suma de la ciencia humana;
Saber de la mortal naturaleza
La nulidad; enseña semejante
Ciencia á tus hijos, y evitarles debe
Torturas mil.

CAÍN.

¡Espíritu orgulloso!

Hablas con altivez; pero tú mismo,
Aunque lleno de indómita arrogancia,
Tienes un superior.

LUCIFER.

¡No!: por el cielo,
De que Señor es Él; por el abismo
Y por la inmensidad de inagotables
Mundos y vidas que con Él gobiernan!....
¡No! Tengo un vencedor...., lo reconozco,
Pero no un superior. El homenaje
De todos recibió...., ninguno mío;
Luché con él como luché en los cielos
Más elevados. ¡Al través de toda
La eternidad y el insondable abismo
De la muerte, y los reinos del espacio
Interminables, y la nunca exhausta
Infinidad de siglos, todo, todo
Se lo disputaré! ¡Mundo por mundo,
Estrella por estrella, y universo
Por universo, oscilarán temblando
En la balanza hasta que el magno choque
Cese por fin, si es el cesar posible,
Pues nunca lo será mientras no fuera
Él ó yo aniquilados! ¿Y quién puede
Nuestra inmortalidad aniquilarla,
Ó el odio nuestro, mutuo, irrevocable?
Él, como vencedor, á su vencido
Ha de llamarle *mal*; ¿pero qué cosa
Habrá de ser el *bien* que dé su mano?
Á ser yo el vencedor, sólo *sus* obras
Por malas se tuvieran. Y á vosotros,
A vosotros, novísimos mortales,
Aún apenas nacidos, ¿cuáles fueron
Sus dones ¡ay! en vuestro breve mundo?

CAÍN.

Unos pocos, y algunos bien amargos.

LUCIFER.

Vuelve conmigo, pues, hacia la tierra.
 Y prueba el resto allí de sus celestes
 Dádivas para ti, para los tuyos.
 El mal y el bien son reales en su esencia,
 Y no son bien ó mal únicamente
 Por quien los da; si el bien os da su mano,
 Llamadle así; si de su mano sólo
 Proviene el mal, no dadle el nombre *mío*,
 Hasta que conozcáis mejor de entrambos
 La verdadera fuente, y juzguéis luego,
 No por palabras, aunque fuesen éstas
 De espíritus, mas sólo por los frutos
 De vuestra vida, tal como ser debe.
 La manzana fatal el don os hizo
 De *un bien*: vuestra *razón*; que nunca sea
 Rendida por tiránica amenaza,
 Ni á la fe compelida contra todo
 Sentido externo ó sentimiento interno:
 Meditad y sufrid....; formad un mundo
 Íntimo, impenetrable, allá en el fondo
 De vuestro corazón....: si el mundo externo
 Os llegare á faltar por tal camino,
 Habréis de conseguir aproximaros
 A la espiritual naturaleza,
 Y batallar triunfantes con la propia (*Desaparecen.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

La Tierra á inmediaciones del Edén , como en el acto primero.

Entran CAÍN y ADAH.

ADAH.

¡Quedo! Caín , anda despacio.

CAÍN.

Bueno.

Pero ¿por qué?

ADAH.

Sobre mullidas hojas
Nuestro pequeño Enoch tranquilo duerme
Bajo el ciprés.

CAÍN.

¡Ciprés! Árbol siniestro,
Que parece llorar sobre lo mismo
A que su sombra da ; ¿por qué elegiste
De nuestro niño para el dulce sueño

Tal árbol por dosel?

ADAH.

Porque sus ramas
Interceptan el sol como la noche,
Y así me pareció ser el más propio
Para amparar bajo su sombra el sueño.

CAÍN.

Sí, el postrero y más largo : mas ¿qué importa?
Llévame, llévame junto á su cuna.

(Se acercan al niño.)

¡Oh, cuán encantador así aparece!
Ese puro carmín de sus mejillas
Con las hojas compite de las rosas
Bajo ellas esparcidas.

ADAH.

Y sus labios,
¡Con qué gracia entreabiertos! No le beses:
Pronto despertará; ya casi acaba
La hora de su descanso al mediodía.
Lástima fuera despertarle en tanto
Que duerme.

CAÍN.

Dices bien : hasta ese instante
Del corazón dominaré el impulso.
¡Sonríe y duerme! Duerme, sí, sonríe,
¡Oh tú pequeño, joven heredero
De un mundo que es apenas menos joven!
¡Duerme y sonríe! ¡Vives aún en horas
Y días en que el sueño y la sonrisa
Ambos son placenteros é inocentes!
Tú no cogiste el fruto....; ¡tú no sabes
Que estás desnudo! ¿Llegará algún día

En que sufras castigo por pecados
 Desconocidos, y que nunca fueron
 Ni tuyos ni de mí? Mas ¡duerme ahora!
 Se van enrojeciendo sus mejillas
 De más hondas sonrisas al influjo;
 Tiemblan sus blancos párpados brillantes
 Tras sus largas pestañas, más oscuras
 Que el ciprés que sobre ellas se cimbreo,
 Y detrás de su párpado entreabierto
 Sonríe el claro azul de su pupila,
 Aunque dormido está. Sueña sin duda....
 ¿Con qué? ¡Con el Edén! ¡Sí!.... Con él sueña.
 ¡Niño desheredado! Es sólo un sueño.
 ¡Nunca más, tú, tus hijos ni tus padres,
 Andarán por aquél de la alegría
 Prohibido lugar!

ADAH.

¡Caín querido!

¡Ah! No murmures sobre el hijo nuestro
 Tan dolorosas quejas del pasado:
 ¿Por siempre llorarás el Paraíso?
 ¿Hacernos otro no podemos?

CAÍN.

¿Dónde?

ADAH.

Aquí, do quieras tú; donde te encuentres,
 Yo no siento la falta de ese mismo
 Tan suspirado Edén. Qué, ¿no te tengo
 A ti y á nuestro niño, nuestro padre,
 A nuestro hermano y Zillah...., nuestra dulce
 Hermana, y nuestra Eva, á la que tanto
 Debemos, además del nacimiento?

CAÍN.

Sí.... La muerte también debe contarse
Entre los bienes que debemos á ella.

ADAH.

¡Caín! Aquel espíritu orgulloso
Que te arrancó de aquí, más hondamente
Sombrió te ha dejado. Yo esperaba
Que aquellas prometidas maravillas
Que has contemplado ; la visión , que dices.
De los pasados y presentes mundos,
Darían á tu espíritu la calma
De una lograda ciencia ; pero veo
Que sólo mal tu guía te ha causado :
Pero gracias le doy y le perdono
Al ver que entre nosotros nuevamente
Tan pronto te volvió.

CAÍN.

¿Tan pronto?

ADAH.

Apenas

Dos horas , *largas* para *mí* ; mas sólo
Dos horas por el sol.

CAÍN.

Y, sin embargo,
Me he acercado á ese Sol, y he visto mundos
Á que un tiempo alumbró, y á los que nunca
Ya prestará su luz ; mundos do rayos
Suyos nunca llegaron : me parece
Que transcurrieron años en mi ausencia.

ADAH.

Horas escasamente.

CAÍN.

Pues entonces

Tiene la mente en sí noción del tiempo,
 Y le mide según lo que contempla,
 Grato ó penoso, ruín ú omnipotente.
 He contemplado inmemoriales obras
 De interminables seres; recorrido
 Los extinguidos mundos: contemplando
 La eternidad, pensé que ella me había
 Prestado un poco más por unas cuantas
 Gotas de las edades que contiene
 Su inmensidad: mas ya de nuevo siento
 Sólo mi pequeñez. ¡Bien me decía
 El espíritu aquel, que no soy nada!

ADAH.

¿Por qué lo dijo? Jehová no dice
 Eso.

CAÍN.

No: se contenta con hacernos
 Esta *nada* que somos: y en seguida
 Nuestro polvo adulando con vislumbres
 De la Inmortalidad y el Paraíso,
 Otra vez en el polvo le resuelve....
 ¿Y por qué?

ADAH.

Ya lo sabes....: por el triste
 Error de nuestros padres.

CAÍN.

Y nosotros,
 ¿Qué tenemos con él? Ya que pecaron,
 ¡Mueran ellos!

ADAH.

No es bueno lo que dices,
Ni es ese pensamiento tuyo propio,
Sino del genio que contigo estaba.
¡Que no pudiera yo morir por ellos,
Con tal que *ellos* viviesen!

CAÍN.

Eso digo....

Mas siempre que una víctima lograrse
Saciar al insaciable de la vida,
Y este durmiente y sonrosado niño
Nunca tuviera que probar la muerte
Ni el humano dolor, ni transmitirle
Á los que de él vendrán.

ADAH.

¿Y qué sabemos
Si tal expiación podrá algún día
Redimir nuestra raza?

CAÍN.

¿Al inocente
Sacrificando así por el culpado?
Pero.... ¿qué expiación esta sería?
Nosotros somos puros, inocentes:
¿Qué hicimos, pues, nosotros que debamos
Ser víctimas de un acto cometido
Antes de nuestro propio nacimiento,
Ó para que debamos, tristemente,
Engendrar nuevas víctimas, que expíen
El misterioso, anónimo pecado,
Si es tal pecado el anhelar la ciencia?

ADAH.

¡Ay, amado Caín! En este instante

Pecando estás : resuenan tus palabras
Cual llenas de impiedad en mis oídos.

CAÍN.

¡Entonces déjame!

ADAH.

Dejarte, nunca :

Aunque tu mismo Dios te abandonase.

CAÍN.

Dime : ¿qué es eso que hay allí?

ADAH.

Dos aras

Que nuestro hermano Abel hizo durante

Tu ausencia, para en ellas ofrecerle

Un sacrificio á Dios cuando volvieras.

CAÍN.

¿Y él qué sabe si yo tan preparado

Estaría á llevar las abrasadas

Ofertas que él conduce cada día

Con placentero rostro, cuya torpe

Baja humildad revela más el miedo

Que adoración, y casi es un soborno

Al Creador?

ADAH.

Bien hecho, ciertamente.

CAÍN.

Un ara sobra : yo no tengo ofrenda.

ADAH.

Los frutos de la tierra, las hermosas

Floridas ramas y capullos frescos

De las flores y frutos, son ofrenda

Grata al Señor, si con contrito, alegre

Espíritu se da.

CAÍN.

Yo he trabajado,
 Yo sudé bajo el sol, labré la tierra,
 Con nuestra maldición así cumpliendo:
 ¿Puedo hacer más? ¿Por qué he de estar alegre?
 Por la incesante guerra contra todos
 Los elementos, antes que nos cedan
 Ese pan que comemos? ¿Por qué tengo
 Que estar agradecido? ¿Por ser polvo
 Y arrastrarme en el polvo, hasta perderme
 En el polvo otra vez? Si no soy nada....,
 ¿Iré por nada, hipócrita, á mostrarme
 Contento del dolor? ¿Y por qué había
 De estar contrito yo?... ¿Por el pecado
 De mi padre, expiado ya de sobra
 Por cuanto todos hasta aquí sufrimos,
 Y que aún habrá de ser más que expiado
 En la futura edad por nuestra raza?
 ¡Ah! ¡Cuán poco sospecha nuestro tierno
 Y lozano durmiente que los tristes
 Gérmenes de miserias eternas
 Á millares de seres destinados
 Lleva dentro de sí! Mejor sería
 Que en su inocente sueño le cogiese
 Y contra duras rocas le estrellase,
 Que dejarle vivir para....

ADAH.

¡Dios mío!

¡Oh! ¡No toques al niño...., á mi pequeño!
 ¡A tu niño!.... ¡Oh Caín!

CAÍN.

¡No temas nada!

Por todas las estrellas y por todo
El poder que las rige, no ofreciera
Acogida más ruda al tierno infante
Que la de un beso paternal.

ADAH.

Entonces,
¿Para qué ese lenguaje tan horrible?

CAÍN.

Dije que más valiera que cesase
Al punto de vivir, que dar la vida
A tanta pesadumbre como debe
Padecer, y, lo que es harto más duro,
Legar; mas pues te chocan mis palabras,
Esto solo diré: mejor sería
Que no hubiese jamás, jamás nacido.

ADAH.

¡Ah, no, no digas eso! ¿Qué se hicieran
Entonces las maternas alegrías
De velarle, nutrirle y adorarle?
¡Silencio!.... Se despierta. ¡Enoch querido!

(Se acerca al niño.)

¡Oh Caín!....: mírale; mira cuán lleno
De vida, fuerza y fresca lozanía,
De infantil alegría y hermosura,
Cuán parecido á mí, cuán parecido
Á ti, cuando sonríes; pues *entonces*
Todos, á la verdad, nos parecemos;
¿No es así, mi Caín? Madre y esposo,
Hijo, nuestras facciones se reflejan
Claramente las unas en las otras,
Cual se reflejan en las limpias aguas,
Cuando *ellas* están mansas y serenas

Y sereno tú estás, Caín querido.
 Ámanos, y, siquiera por nosotros
 Ámate á ti también, pues te adoramos.
 Mira cuál ríe y sus brazuelos tiende,
 Y abre tan anchos sus azules ojos
 Sobre los tuyos, á su tierno padre
 Queriendo saludar, mientras se agita
 Su tierno cuerpecito, como alado
 Por la alegría. ¡No hables de dolores!
 ¡Los querubes sin hijos bien pudieran
 Envidiarte de padre las delicias!
 ¡Bendícele, Caín! Para las gracias
 Darte, no tiene todavía acentos,
 Mas las dará su corazón, y el tuyo.

CAÍN.

¡Yo te bendigo, niño!, si es que puede
 La mortal bendición servirte, ó logra
 De la cruel maldición de la serpiente
 Librarte!

ADAH.

Así será, pues de seguro
 Debe la santa bendición de un padre
 Alejar de un reptil los maleficios.

CAÍN.

Lo dudo; mas bendígole, con todo.

ADAH.

Nuestro hermano se acerca.

CAÍN.

Abel, tu hermano.

(*Entra Abel.*)

ABEL.

¡Bien venido, Caín! Hermano mío,

Que la paz del Señor contigo sea.

CAÍN.

¡Salud, Abel!

ABEL.

Me dijo nuestra hermana
Que en alta comunión has ido errante
Con un audaz espíritu, que excede
A los de rango usual. ¿Era de aquellos
A que vemos y hablamos, cual si fuera
Con nuestro padre?

CAÍN.

No.

ABEL.

¿Con él entonces
Por qué comunicar? Un enemigo
Ha de ser del Altísimo, sin duda.

CAÍN.

Y un amigo del hombre. ¿Lo fué acaso
El Altísimo, ya que así le nombras?

ABEL.

¡Le nombras! Hoy, hermano, tus palabras
Son bien extrañas. Adah, hermana mía;
Déjanos un momento....: preparamos
Un sacrificio.

ADAH.

Adiós, Caín querido;
Pero primero abraza al hijo tuyo.
Puedan su dulce espíritu y piadoso
El consejo de Abel darte de nuevo
La paz y santidad. (*Vase Adah con su niño.*)

ABEL.

¿Dónde has estado?

CAÍN.

No lo sé.

ABEL.

¿Ni tampoco lo que has visto?

CAÍN.

Lo muerto, lo inmortal, lo omnipotente,
Lo que es ilimitado, los supremos
Prepotentes misterios del espacio....
La innumerable infinidad de mundos
Que fueron y que son....: ¡un torbellino
De cosas tan sin par y abrumadoras!....
Tierras, soles y lunas en esferas
Altisonantes y con voz de trueno
Cantando á mi alrededor, que para el trato
Mortal me hicieron incapaz é impropio :
Déjame, Abel.

ABEL.

Tus ojos resplandecen
Con desusada luz, y tu mejilla
Con extraño color está inflamada....
Las palabras que brotan de tu labio,
Preñadas van de innatural sonido.
Esto, ¿qué significa?

CAÍN.

Significa....;

Te lo suplico, déjame.

ABEL.

No quiero,
Hasta que hayamos ofrecido juntos
Nuestra santa oración y el sacrificio.

CAÍN.

Abel, te ruego, sacrifica sólo....

Jehová te ama.

ABEL.

Y á los *dos* , espero.

CAÍN.

Pero á ti más : la causa no me importa ;
Eres mucho más propio para darle
Adoración que yo ; por tanto , debes
Reverenciarle tú ; mas hazlo sólo....,
O sin mí , por lo menos.

ABEL.

Oye , hermano :

Indigno fuera de llamarme el hijo
De nuestro noble padre , si respeto
Como á mayor que yo no te ofreciese ,
Y á adorar á mi Dios no te llamase
Para que á mí te juntes y precedas
En este sacerdocio que te incumbe.

CAÍN.

Jamás le pretendí.

ABEL.

Mayor entonces

Mi pesar ; hazlo , pues , te lo suplico :
El alma tuya al parecer combate
Con alguna ilusión extraña y fuerte ;
Eso te calmará.

CAÍN.

No , nada logra

Calmarme ya. ¿ *Calmar* he dicho ? Nunca
He conocido la quietud del alma ,
Aunque calmados vi los elementos.
¡ Déjame , Abel ! , ó deja , por lo menos ,
Que á tu piadoso intento te abandone.

ABEL.

Ninguna de ambas cosas : es preciso
Que juntos hoy nuestro deber cumplamos :
No me rechaces.

CAÍN.

Pues que así ser debe....
Bueno.... ¿Qué debo hacer?

ABEL.

De estas dos aras,
Para tu sacrificio elige una.

CAÍN.

Elígela por mí ; para mí, sólo
Césped y piedra son.

ABEL.

Elige.

CAÍN.

Elijo.

ABEL.

Es la más alta, y esa te conviene,
Pues eres el mayor : dispón ahora
Tus ofrendas.

CAÍN.

¿En dónde están las tuyas?

ABEL.

Contéplalas allí....: los primerizos
Del rebaño, y por tanto los más pingües....
Humilde ofrenda de un pastor.

CAÍN.

Rebaños

No tengo yo : soy labrador, y debo
Ofrecer lo que el campo ofreció solo
A mi trabajo y mi sudor : sus frutos.

(Coge frutos.)

Míralos en sus varias floescencias ,
¡Oh rica madurez!

(Colocan sus aras y encienden en ellas una llama.)

ABEL.

Hermano mío ,
Como mayor, ofrece tú el primero
Tu plegaria y la acción respetuosa
De gracias que acompaña al sacrificio.

CAÍN.

No....; soy novel en esto ; tú señala
La senda, y seguiréte...., como pueda.

ABEL. *(Arrodillándose.)*

¡Oh Dios, que nos creaste! Tú que el soplo
Vital en nuestras bocas infundiste,
Que nos has bendecido, que á despecho
Del paternal pecado te dignaste
Evitar que sus hijos se perdieran
Todos, cual lo pudieran haber sido
A no estar tu justicia atemperada
Por tu misericordia, que es tu goce,
Otogrando un perdón, que un Paraíso
Es con nuestros delitos comparado;—
Solo rey de la luz, del bien, la gloria
Y de la eternidad; sin el cual todo
Se convirtiera en mal; con el cual nada
Puede errar, á no ser por un designio
De tu benevolente omnipotencia
Inescrutable, y que cumplirse debe....
Acepta de tu humilde y el primero
De los pastores, las primer nacidas
Cándidas reses del primer rebaño....
Ofrenda, nada en sí.... ¿Qué ofrenda puede

Ser algo para ti?... Dignate, empero,
 Aquí aceptarlo como don de gracias
 De quien lo esparce ante la faz del alto
 Cielo tuyo, doblando su cabeza
 Sobre el polvo, de que es, en honra tuya
 Y de tu santo nombre para siempre.

CAÍN. (*En pie durante su plegaria.*)

Espíritu! Quienquiera ó lo que quiera
 Que puedas ser, omnipotente acaso,
 Y si eres bueno, manifiesto sólo
 Por la exclusión del mal en tus acciones;
 ¡En la tierra Jehová! ¡Dios en el cielo!,
 Tal vez con otros nombres; pues parecen
 Muchos tus atributos cual tus obras:
 ¡Si propicio has de ser por las plegarias,
 Recíbelas! Si debes con altares
 Ser invocado, y logra un sacrificio
 Aplacarte, ¡recíbelos al punto!
 Dos seres ante ti los erigieron.
 Si amas la sangre, del pastor humilde
 El holocausto que á mi diestra humea
 La vertió para ti de las primicias
 De sus rebaños, cuyos miembros suben
 En sanguinario incendio hacia tus cielos;
 O si los dulces y granados frutos
 De la tierra y las suaves estaciones,
 Que sobre el limpio césped extendidos
 Ahora se ostentan á la faz radiante
 Del ancho sol que madurez les diera,
 Pueden buenos y gratos parecerte,
 Tanto más cuanto nunca padecieron
 En sus miembros ó vida, y de tus obras

Antes son viva muestra, que importuna
 Súplica porque mires á las nuestras.... ;
 Si una ofrenda sin víctima, si un ara
 Sin roja sangre tu favor obtiene,
 Aquí la tienes, ¡ mírala! Y en cuanto
 Al que para ofrecerla la ha erigido
 Es.... tal como le hiciste, y nada pide
 Que deba ser logrado de rodillas.
 ¡ Si es malo, aplástale! Que omnipotente
 Eres, y bien podrías.... Á tu fuerza,
 ¿ Qué puede él oponer? Si es bueno, entonces
 Hiérole ó sálvate, como te plazca,
 Puesto que todo al fin de ti depende,
 Y el bien y el mal parece que en sí mismos
 No contienen poder sino mediante
 Tu voluntad, y lo que son ignoro
 El bien ó el mal, no siendo omnipotente,
 Ni capaz de juzgar la omnipotencia,
 Sino de someterme á su mandato
 Como humilde hasta aquí me he sometido.

*(El fuego sobre el ara de Abel forma una columna de brillante
 fuego y sube al cielo, mientras un torbellino derriba el ara de
 Caín y esparce los frutos por el suelo.)*

ABEL. *(Arrodillándose.)*

¡ Oh, hermano, ruega! Jehová irritado
 Se muestra contra ti.

CAÍN.

¿ Por qué?

ABEL.

Tus frutos

Sobre la tierra yacen esparcidos.

CAÍN.

De la tierra vinieron, que á la tierra
 Se vuelvan otra vez; antes que llegue
 El estío, aquí mismo sus semillas
 Nuevo fruto darán; la ofrenda tuya
 De carnes abrasadas es más útil:
 ¡Mira de qué manera absorbe el cielo
 Las llamas cuando espesas van con sangre!

ABEL.

No pienses de mi ofrenda en la acogida,
 Y otra tuya prepara antes que sea
 Ya demasiado tarde.

CAÍN.

Ni más aras
 Levantaré, ni sufriré ninguna.

ABEL. (*Levantándose.*)

¡Caín! ¿Qué intentas?

CAÍN.

Derribar aqueste
 Adulador indigno de las nubes,
 Precursor humeante de tus tristes
 Plegarias; derribar tu altar, teñido
 En sangre de cabritos y corderos,
 Con blanca leche alimentados sólo
 Para ser entre sangre destrozados.

ABEL. (*Oponiéndose.*)

¡No lo harás: actos de impiedad no agregues
 Á palabras impías! En pie deja
 El altar que ya está santificado
 Por el placer de Jehová, infinito
 Al aceptar las víctimas.

CAÍN.

¡ El *suyo!*

¡ *Su placer!* ¿ Y qué vale su supremo
 Placer al ver la carne requemada
 Y fumífera sangre, ante la angustia
 Y los balidos de las tiernas madres
 Que acongojadas buscan todavía
 Sus muertos corderillos? ¿ Ante aquellos
 Espantosos dolores de las tristes
 Víctimas ignorantes que ha inmolado
 Tu piadoso cuchillo? ¡ Abajo! ¡ Fuera!
 ¡ Este brutal, sangriento testimonio,
 Ante la faz del sol no estará erguido
 Ni de la creación será vergüenza!

ABEL.

¡ Atrás, hermano! ¡ Atrás! El ara mía
 No tocarás violento: si la adoptas
 Para otro sacrificio, será tuya.

CAÍN.

¡ Yo nuevo sacrificio! ¡ Aparta! ¡ Quita!....
 Ó será el sacrificio....

ABEL.

¿ Qué pretendes?

CAÍN.

¡ Quita, quita!.... ¡ Tu Dios ama la sangre!
 Míralo bien.... ¡ Aparta, antes que tenga
 Más!

ABEL.

En *su* santo nombre me interpongo
 Entre ti y esta ofrenda que ya obtuvo
 Su aceptación.

CAÍN.

Si te amas á ti mismo
Aparta, hasta que arroje por el suelo
Este césped; si no....

ABEL. (*Oponiéndose.*)

Más que á la vida

Amo á mi Dios.

CAÍN.

(Golpeándole en las sienes con un tizón que arrebató del ara.)

Para tu Dios entonces
Toma tu vida, pues las vidas ama.

ABEL. (*Cae.*)

¿Qué has hecho, hermano?

CAÍN.

¡Hermano!

ABEL.

¡Oh, Dios, recibe

A tu siervo, y perdona á su asesino;
Pues ignora lo que hizo.... Caín.... dame....
Dame tu mano, y á la pobre Zillah
Dile....

CAÍN. (*Después de un momento de estupefacción.*)

¡Mi mano! Está teñida, roja....

¿Y de qué?

(Pausa prolongada.—Mirando con lentitud en torno.)

¿Dónde estoy? ¡Solo! ¿Mas dónde
Abel está? ¿Donde Caín? ¿Y puedo
Yo de veras ser él? ¡Hermano mío,
Despiértate! ¡despierta!.... ¿Por qué yaces
Sobre la verde tierra? Todavía
No es hora del reposo.... ¿Por qué muestras
Tal palidez? ¿Qué tienes? ¡Lleno estabas

Esta mañana de salud y vida!
 ¡Abel!: te lo suplico: ¡no te burles!
 Te herí, es verdad, con demasiada fuerza,
 Pero no fatalmente. ¡Ah! ¿Por qué, dime,
 Te quisiste oponer? Este es un juego
 Para asustarme: un golpe fué tan solo,
 Un golpe... Muévete, muévete... ¡Basta
 Solo con que te muevas! ¡Así!... ¡Bueno!
 ¡Ah, ya respiras!... ¡Sobre mí respira!
 ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

ABEL. (*Muy débilmente.*)

¿Quién es quien de Dios habla?

CAÍN.

Tu asesino.

ABEL.

Si es él, ¡Dios le perdone!

Caín, consuela á la infelice Zillah;
 Ella no tiene ya más que un hermano.

(*Abel muere.*)

CAÍN.

¡Y yo ninguno! ¿Quién sin él me deja?
 ¡Los ojos tiene abiertos! ¡Pues entonces
 Muerto no está!... La muerte es como el sueño,
 Y el sueño nuestros párpados los cierra.
 Entreabiertos también sus labios tiene,
 Señal de que respira, y, sin embargo,
 El soplo de su aliento no percibo.
 ¡Su corazón!... ¡Su corazón!... ¿Palpita?...
 Veamos... Me parece que... ¡No!... ¡Nada!
 Ésto es una visión; en habitante
 De otro mundo y peor me he transformado:
 En derredor de mí la tierra oscila:

¿Qué es esto? ¡Húmedo está; mas no hay rocío!

(Pone la mano en la frente de Abel, y le mira después.)

¡Es sangre.... sí.... mi sangre.... de mi hermano
Y mía, por mí propio derramada!

¿Qué tengo más que ver yo con la vida
Desde el momento en que á mi propia carne

La vida arrebaté? ¡Pero no puede
Estar muerto! ¿La muerte es el silencio?

No, se despertará: debo velarle.

¡Ah! ¡La vida no puede ser tan frágil,

Que tan rápidamente se destruya!

Él me ha hablado después. ¿Qué le diría?

¡Hermano mío!.... No...., pues á tal nombre

No me responderá; que los hermanos

Golpes no pueden darse el uno al otro.

¡Pero, pero.... que hablarme yo te escuche!

¡Oh! ¡De tu dulce voz una palabra,

Una palabra más, para que pueda

Soportar ya el oír la mía propia!

(Entra Zillah.)

ZILLAH.

Rudo son escuché; ¿qué pudo hacerle?

Es Caín, y velando está á mi esposo.

¿Qué haces, hermano? ¿Está dormido? ¡Oh cielo!

¿Qué es esta palidez? ¿Qué es aquel charco?

¡Ah, no! No será sangre. ¿Quién su sangre

Había de verter? ¡Abel! ¿Qué es esto?

¿Esto quién pudo hacerlo? ¡No se mueve,

No respira, y sus manos caen pesadas,

Como la piedra inerte, de las mías!

¡Ah! ¡Cruel Caín! ¿Por qué para librarle

De tal violencia á tiempo no viniste?

¡Quienquiera que asaltarle haya podido,
El más fuerte eres tú, que interponerte
Entre él y el agresor que le ofendiera
Debiste al punto! ¡Padre!.... ¡Eva!.... ¡Adah!
¡Venid aquí! ¡La muerte está en el mundo!

(Sale Zillah llamando á sus padres.)

CAÍN. *(Solo.)*

¿Y quién la trajo aquí? Yo...., que aborrezco
El nombre de la muerte, de tal modo
Que solamente su terrible idea
Envenenó mi vida, antes que viese
Su aspecto. Aquí la traje, y he entregado
El cuerpo de mi hermano hoy á su frío
Y silencioso abrazo, como si ella
No hubiese reclamado, inexorable,
Su duro privilegio sin mi ayuda.
Al fin he despertado; un espantoso
Sueño fatal enloqueció mi mente.
¡Mas él jamás despertará del suyo!

(Entran Adán, Eva, Adah y Zillah.)

ADÁN.

Un grito de dolor que lanzó triste
Zillah me trae aquí. ¿Qué es lo que veo?
¡Es verdad! ¡Hijo mío! ¡Ay...., hijo mío!
¡Mujer, contempla aquí la dolorosa
Obra fatal de la serpiente y tuya!

EVA.

¡Oh, no hables de ella ahora; los colmillos
De la serpiente están despedazando
Mi corazón! ¡Abel, mi predilecto!
¡Oh, Jehová! ¡Quitármele es castigo
Que supera al pecado de una madre!

ADÁN.

¿Quién ó qué tal acción ha consumado?
 Habla, Caín, pues que presente estabas.
 ¿Fué algún ángel hostil que no camina
 Con Jehová? ¿Fué un bruto de los bosques?

EVA.

¡Ah! ¡Cual la de un relámpago en la nube
 Una pálida luz mi mente alumbra!
 ¡Aquel tizón enorme ensangrentado!
 Arrancado del ara, con el humo
 Ennegrecido, y rojo con....

ADÁN.

Responde,
 Habla, hijo mio; habla, y asegura,
 Aunque infelices somos, que no somos
 Mucho más infelices todavía.

ADAH.

¡Habla, Caín, y di que tú no fuiste!

EVA.

Él fué. Lo estoy mirando....; su culpada
 Cabeza inclina, y sus feroces ojos
 Oculta con sus manos, por la sangre
 Enrojecidas.

ADAH.

Madre, tú le ofendes.

¡Caín! Defiéndete de esa terrible
 Acusación que arranca á nuestros padres
 El peso del dolor que les abrumba.

EVA.

¡Escucha, Jehová! ¡Que sobre él caiga
 La eterna maldición de la serpiente,
 Pues fué más propio de la casta de ella

Que de la nuestra. ¡Que sus días todos
Desesperados sean!

ADAH.

¡Basta! ¡Basta!

No le maldigas, madre, que es tu hijo;
No le maldigas, madre, que es mi hermano,
Mi esposo.

EVA.

Y sin hermano á ti te deja,
Á Zillah sin esposo, á mí *sin hijo*.
¡Por eso le maldigo para siempre!
Rompo todos los lazos que nos unen,
Cual él rompió primero el firme lazo
De la naturaleza. ¡Oh muerte, muerte!
¿Por qué no me llevaste á mí, primera
Que en tu pena incurrí? ¿Por qué ahora mismo
No vienes á llevarme?

ADÁN.

¡No prosigas,

Eva! ¡Tu natural dolor profundo
Conduce á la impiedad! Una sentencia
Terrible ha tiempo ya nos fué predicha;
Hoy que á cumplirse empieza, soportarla
Sepamos de tal modo, que demuestre
A nuestro Dios que, fieles servidores,
Su santa voluntad obedecemos.

EVA. (*Señalando á Cain.*)

¡*Su voluntad!*,... La voluntad funesta
De ese encarnado genio de la muerte
Que yo traje á la tierra, destinada
A poblarla de muertos. ¡Puedan todas,
Todas las maldiciones de la vida

Caer sobre él! ¡Sus agonías crueles
Le arrojen al desierto, cual nosotros
Lo fuimos del Edén, hasta que luego
Hagan con él sus hijos eso mismo
Que él hizo con su hermano! ¡Las espadas
Y alas de los airados querubines
Le sigan día y noche; las serpientes
Broten bajo su planta, y que los frutos
Se tornen en cenizas en su boca;
Que las hojas do incline su cabeza
Para dormir, encuéntrense plagadas
De víboras! ¡Que sueñe de continuo
Con su víctima sólo, y su desvelo
Sea un terror perpetuo de la muerte!
¡Las cristalinas fuentes se conviertan
En sangre cada vez que se inclinare
Para empañarlas con su ansioso labio!
¡Todos los elementos se retiren
Ó se cambien para él! ¡Que siempre viva
En el dolor con que los otros mueren,
Y que la misma muerte para él sea
Aún peor que la muerte, pues que ha sido
Quien la dió á conocer primero al hombre!
¡Aparta, fratricida! ¡Desde ahora
Caín querrá decir esta palabra,
Para todos los miles de futuras
Generaciones de la humana especie
Que te aborrecerán, aunque tú seas
Su genitor! ¡La hierba se marchite
Bajo tu pie! ¡Te niegue abrigo el bosque!
¡Y la tierra un hogar! ¡Y tumba el polvo!
¡El sol su claridad, su Dios el cielo! (*Vase Eva.*)

ADÁN.

¡ Caín ! Vete : ya juntos no habitamos.
 ¡ Marcha ! Déjame el muerto. Desde ahora
 Estoy solo.... Ya nunca nos veremos.

ADAH.

¡ Oh ! No así le abandones , padre mío ;
 Tu formidable maldición no añadas
 Á la que Eva lanzó sobre su frente.

ADÁN.

No le maldigo yo ; no es necesario :
 Su propia maldición lleva en su alma.
 ¡ Vente , Zillah !

ZILLAH.

El cadáver de mi esposo
 Debo velar.

ADÁN.

De nuevo tornaremos
 Cuando se marche el que este horrible oficio
 Nos procuró. Ven , Zillah.

ZILLAH.

Permitidme
 Dar un beso á ese pálido despojo
 Y á esos labios ha poco tan ardientes.
 ¡ Oh , pobre corazón , corazón mío !

(Vanse Adán y Zillah , llorando.)

ADAH.

¡ Caín ! ¿ Oiste ? Abandonar debemos
 Estos lugares. Pronta estoy , y pronto
 Estarán nuestros hijos. En mis brazos
 Llevaré al tierno Enoch , y tú á su hermana.
 Marchemos antes de que el sol decline
 Para no caminar por el desierto

Bajo la triste sombra de la noche.
 Callas.... ¡Háblame á mí...., yo que soy tuya!
 CAÍN.

¡Déjame!

ADAH.

Nunca; todos te han dejado.

CAÍN.

¿Y por qué tardas tú? ¡Qué!.... ¿no te espanta
 Morar con quien tal hizo?

ADAH.

Nada temo,
 Sino dejar tu dulce compañía,
 Por más que me horroriza y estremece
 La acción que ya te deja sin hermano.
 Pero de esto no debo hablar siquiera;
 Eso queda entre ti y el Dios potente.

UNA VOZ. (*Desde dentro exclama:*)

¡Caín! ¡Caín!

ADAH.

¡Qué voz! ¿Has escuchado?

LA VOZ.

¡Caín! ¡Caín!

ADAH.

Parece voz de un ángel.

(*Entra un ángel del Señor.*)

ÁNGEL.

¿Do está tu hermano Abel?

CAÍN.

¿Soy por ventura
 De mi hermano guardián?

ÁNGEL.

¡Caín! ¿Qué has hecho?

¡De la vertida sangre de tu hermano
 Asesinado, hasta el Señor asciende
 La acusadora voz! Estás maldito
 Sobre la tierra que entreabrió su boca
 Para sorber la sangre de tu hermano,
 Vertida por tu mano temeraria.
 Ya cuando el suelo labres, á tu esfuerzo
 No se habrá de rendir. ¡Un fugitivo
 Serás desde este día, un vagabundo
 Sobre la tierra!

ADAH.

Tal castigo excede
 Á lo que puede soportar; repara:
 De la faz de la tierra tú le arrojas
 Y de la faz de Dios será privado.
 Fugitivo y errante por la tierra,
 Sucederá que aquel que le encontrare
 Le matará.

CAÍN.

¡Mejor si tal hiciesen!
 Mas ¿quién me matará? ¿Dónde están esos
 En la desierta y despoblada tierra?

ÁNGEL.

Tú mataste á tu hermano: ¿quién te puede
 Mañana proteger contra tu hijo?

ADAH.

¡Angel de luz! Ten compasión; no digas
 Que este pobre doliente pecho ahora
 Está nutriendo en mi inocente niño
 Un feroz asesino y de su padre.

ÁNGEL.

Fuera no más lo que su padre ha sido.

¿No dió la leche de Eva su alimento
 Al que ahora miras empapado en sangre?
 El fratricida puede fácilmente
 Engendrar parricidas.... Mas aquesto
 No ha de ser. El Señor, tu Dios y mío,
 Me dió el mandato de poner su sello
 Sobre Caín, para que en salvo pueda
 Salir de aquí. Quien á Caín matare,
 Una venganza séptuple y terrible
 Caerá sobre él. ¡Acércate!

CAÍN.

¿Qué intentas
 Hacer de mí?

ÁNGEL.

Marcar sobre tu frente
 La señal indeleble que te exima
 De acciones cual la que has ejecutado.

CAÍN.

No. ¡Déjame morir!

ÁNGEL.

Es imposible.

(El Ángel pone el signo sobre la frente de Caín.)

CAÍN.

Mi frente abrasa; mas parece nada
 Con lo que hay dentro de ella comparado.
 ¿Hay más? Quiero arrostrarlo como pueda.

ÁNGEL.

Duro y tenaz desde el materno vientre
 Has sido, como el suelo que afanoso
 Habrás de cultivar en adelante;
 Mientras aquél á quien mataste, manso
 Era, cual los rebaños que guardaba.

CAÍN.

Después de la caída, concebido
 Fui demasiado pronto; todavía
 Subsistía en la mente de mi madre
 La serpiente; y mi padre, sin consuelo,
 Por el perdido Edén aún suspiraba.
 Soy lo que soy: la vida no he pedido,
 Ni me formé á mí propio; si pudiese,
 Yo con mi propia muerte le volviera
 Del polvo á redimir. ¿Por qué no es dado
 Que él retorne á la luz, y yo, caído,
 Pálido yazga? Así la vida suya
 Devuelta le será por el Dios mismo
 Que le amaba, y á mí me arrancaría
 El ser, que nunca soportar me plugo.

ÁNGEL.

¿Quién el asesinato borrar puede?
 Hecho lo hecho está.—¡Fuera, pues; marcha!
 ¡Cumple tus días! ¡Y tus actos sean
 Diferentes del último!

(El ángel desaparece.)

ADAH.

Se ha ido;

Marchémonos de aquí: oigo que grita
 Nuestro pequeño Enoch desde su cuna.

CAÍN.

¡Ah! ¡Cuán poco él conoce por qué llora!
 Y yo que vertí sangre, yo, no puedo
 Lágrimas derramar: los cuatro ríos¹
 No podrían limpiar el alma mía.

¹ Los «cuatro ríos» que corrían en torno del Edén, y, por tanto, las únicas aguas que Caín conocía sobre la tierra.

¿Piensas tú que mi pobre pequeñuelo
Se atreverá á mirarme?

ADAH.

Si pensase
Que no lo hiciese, entonces yo quisiera....

CAÍN. (*Interrumpiéndole.*)

No, no más amenazas: demasiadas
Hemos sufrido ya; por nuestros hijos
Ve; yo te seguiré.

ADAH.

Dejarte solo
Con el muerto no quiero; vamos juntos.

CAÍN.

¡Oh! ¡Tú, ya muerto y eternal testigo,
Cuya sangre vertida y no empapada
Obscurece los cielos y la tierra!
¿Qué eres tú *ahora*? ¡No lo sé! Y, empero,
Si *tú* ves lo que soy, casi imagino
Que otorgaras perdón al que ya nunca
Perdonará su Dios, ni su conciencia.
¡Adiós! ¡Adiós!... No debo ni me atrevo
Esto que hice de ti ni aun á tocarlo.
Yo, que en el mismo vientre concebido
Broté contigo, fuí en el mismo seno
Amamantado y contra el mío propio
Tantas y tantas veces te he estrechado
Con infantil y fraternal ternura,
Ya nunca te hablaré; ni á hacer me atrevo
Por ti lo que tú hicieras, cariñoso,
Por mí....: guardar tus miembros en la tumba
La primer tumba fúnebre cavada
Á la mortalidad. ¿Y quién, ¡oh cielos!,

Ha cavado esa tumba? ¡Oh tierra! ¡Oh tierra!
 Ya por todos los frutos que me diste
 Este te di.—Marchemos al desierto.

(Adab se inclina y besa el cuerpo de Abel.)

ADAH.

¡Cruel y pronta sentencia, hermano mío,
 Te cupo en suerte! De entre todos cuantos
 Te lloran, sólo yo llorar no debo.
 Desde este instante, mi deber es sólo
 Lágrimas enjugar y no verterlas;
 Pero de cuantos gimen, nadie gime
 Tan triste como yo, no por ti sólo,
 Sino también por el que te ha matado.
 ¡Ahora, vamos, Caín! Tu propia carga
 Dividiré contigo.

CAÍN.

Hacia el Oriente
 Del Edén tomaremos el camino.
 Es el más desolado y que á mis huellas
 Conviene más.

ADAH.

¡Dirige! Sé mi guía;
 ¡Y nuestro Dios se digne ser el tuyo!
 Ahora de aquí saquemos nuestros hijos.

CAÍN.

Y *éste* que yace aquí no los tenía.
 He secado la fuente de una raza
 Gentil, y que pudiera haber ornado
 Su reciente nupcial lecho de amores,
 Y que hubiera podido de la mía
 Atemperar la vengativa sangre,
 Uniendo á nuestros hijos la apacible

Descendencia de Abel. ¡Oh Abel, amado!

ADAH.

¡La paz sea con él!

CAÍN.

¡Pero conmigo!.....

(Vanse.)

FIN DEL ACTO TERCERO Y ÚLTIMO.



SARDANÁPALO

TRAGEDIA

DE LORD BYRON

PERSONAJES.

HOMBRES.

SARDANÁPALO, *rey de Ninive, Asiria, etc.*

ARBACES, *medo aspirante al trono.*

BELESES, *mago caldeo.*

SALEMENES, *cuñado del Rey.*

ALTADA, *asirio, oficial del Palacio.*

PANIA.

ZAMES.

SFERO.

BALEA.

MUJERES.

ZARINA, *Reina.*

MYRRHA, *esclava jonia, favorita de Sardanápalo.*

MUJERES *del harem de Sardanápalo*, GUARDIAS,
SERVIDORES, SACERDOTES *caldeos, medos, etc., etc.*

Escena: un salón en el Palacio real de Ninive.



ACTO PRIMERO.

Salón en Palacio.

ESCENA PRIMERA.

SALEMENES , *solo.*

Á la Reina faltó , pero es su esposo ;
A mi hermana faltó , pero es mi hermano ;
A su pueblo faltó , mas es monarca ,
Y debo ser su amigo y su vasallo ;
No debe sucumbir ; la noble sangre
Que Nemrod y Semíramis llevaron ,
Hundirse no he de ver bajo la tierra ,
Y trece siglos de glorioso mando
Terminar como un cuento de pastores.
Hay que hacerle surgir de su letargo ,
Su corazón afeminado aún guarda
Indolente valor , que no ha agotado
La corrupción ; latentes energías ,
Que sólo circunstancias refrenaron
Sin destruir , sumidas , no ahogadas
En ese mar de los deleites blandos.
A nacer campesino , fuera un hombre

Capaz de haber un reino conquistado;
Nacido en un imperio, nada, nada
Podrá legar, excepto un nombre vano,
Que hasta despreciarán sus propios hijos
Como mezquina herencia; sin embargo,
No todo se ha perdido; aún redimirse
Puede de su vergüenza y su desmayo,
Nada más que con ser lo que debiera,
Tan fácilmente cual, por el contrario,
Es aquello que ser no debería.

¿Por ventura será menos trabajo
Gobernar las naciones con su cetro,
Que consumir su vida en el regalo?
¿Conducir un ejército valiente,
Que regir un harem afeminado?
En goces enervantes se consume,
Su espíritu embrutece, y va minando
La vigorosa fuerza de su cuerpo
Con las sensualidades de trabajos,
Que ni dan la salud, como la caza,
Ni gloria, cual la guerra. Es necesario
Despertarle. Mas ¡ay! no le despierta
Ya más que el trueno con su voz.

(Óyese fuera el son de una música dulce.) ¡Oigamos!
El laud y la lira y el pandero,
Los acordes lascivos de esos blandos
Instrumentos, las voces de mujeres
Y seres menos que ellas y más bajos,
Deben formar, en su festín, concierto,
Mientras el grande Rey, el soberano
De cuanto conocemos de la tierra,
Se reclina, de rosas coronado,

Y su diadema abandonada yace
 Á la primer viril robusta mano
 Que tenga la osadía de arrancarla:
 Helos allí; se acercan. Ya mi olfato
 Percibe los olores humeantes
 De su séquito torpe y perfumado,
 Y ya distingo las lucientes joyas
 De radiantes muchachas que, en su daño,
 Son á la vez su coro y su consejo,
 Por la ancha galería, de sus rayos
 Verter la luz; y en medio de mozuelas,
 Con femenino traje engalanado,
 Y casi menos que mujer, descubro
 Al nieto de Semíramis, el manso,
 El hombre-reina. Viene. ¿He de esperarle?
 Sí; le debo afrontar, decirle claro
 Lo que se dicen de él y de los suyos
 Todos los hombres de valer y honrados.
 Ahí están los esclavos conducidos
 Por el Rey, servidor de sus esclavos.

ESCENA II.

Entra SARDANÁPALO afeminadamente vestido, con la cabeza coronada de flores y su túnica flotando con negligencia, acompañado de un séquito de mujeres y jóvenes esclavos.

SARDANÁPALO. (*Dirigiéndose á algunos de sus servidores.*)
 Que el pabellón del Éufrates al punto
 Dispongan, de guirnaldas adornado,
 Encendidas las luces, y provisto
 De todo cuanto fuese necesario
 Para especial festín: á media noche

Cenaremos allí: cuidad en tanto
 Que nada falte, y la veloz galera
 Mandad tenga los remos preparados.
 Brisa fresca y gentil riza las ondas
 Del ancho río; allí dentro de un rato
 Nos hemos de embarcar. Hermosas ninfas,
 Que os dignáis del dichoso Sardanápalo
 Las dulces horas compartir; muy pronto
 La más dulce de todas va á juntarnos,
 Cuando nos congreguemos cual congregan
 Las estrellas su luz en el espacio;
 Cuando forméis un cielo tan brillante
 Como el que ellas alumbran con sus rayos.
 Cada cual hasta entonces de su tiempo
 Es dueña, y á su gusto puede usarlo.
 Y tú, mi jonia Myrrha, elige: ¿quieres
 Ir con ellas, ó estar aquí á mi lado?

MYRRHA.

¡Señor!....

SARDANÁPALO.

¡Señor, mi vida! ¿Por qué escucho
 Respuesta tan glacial en ese labio?
 Maldición de los Reyes es que todos
 Les respondan así. Myrrha, á tu agrado
 De tus horas dispón, como dispones
 De las mías, mi bien; ¿mis convidados
 Quieres acompañar, ó mis instantes
 Hacer que se deslicen con encanto?

MYRRHA.

La decisión del Rey será la mía.

SARDANÁPALO.

No digas eso, te lo ruego: ¿acaso

Satisfacer tu más pequeño antojo
 No es mi alegría, mi placer más grato?
 Ni á proferir me atrevo mi deseo
 Sin haber con el tuyo consultado,
 Pues siempre pronta estás al sacrificio
 De tu propio querer ante el extraño.

MYRRHA.

Me quedaré: no tengo más ventura
 Que contemplar la tuya; sin embargo....

SARDANÁPALO.

¿Por qué ese sin embargo? Tu capricho
 Será tan sólo valladar entre ambos.

MYRRHA.

Pienso que es esta del consejo la hora,
 Y retirarme fuera más sensato.

SALEMENES. (*Adelantándose.*)

La esclava dice bien: que se retire.

SARDANÁPALO.

¿Quién me responde así? ¿Qué ocurre, hermano?

SALEMENES.

Real señor, el hermano de la Reina
 Y vuestro más leal y fiel vasallo.

SARDANÁPALO. (*Dirigiéndose á su séquito.*)

Ya lo dije: que cada cual disponga
 De sus horas cual fuere de su agrado,
 Hasta la media noche, en que de nuevo
 Vuestra amable presencia suplicamos.

(*Los cortesanos se retiran.*)

(*Á Myrrha que se va.*)

¡Myrrha! Pensé que tu permanecieras.

MYRRHA.

Gran Rey, vos no lo habéis así ordenado.

SARDANÁPALO.

No, pero tu mirar me lo decía;
 Leí en cada mirada de esos claros
 Ojos helenos, que quedarte ansiabas
 Á mi lado.

MYRRHA.

¡Señor! Mas vuestro hermano....

SALEMENES.

Hermano de su esposa, linda griega.
 ¿Cómo tú sin sonrojo me has nombrado?

SARDANÁPALO.

¡Sin sonrojo! No tienes más pupilas
 Que corazón al encender el claro
 Carmín de esa mejilla, parecido
 Al moribundo día sobre el Cáucaso,
 Cuando el poniente sol tiñe la nieve
 De sombras y de tintes sonrosados,
 Y al reprenderla así con esa fría
 Ceguedad que te impide contemplarlo.
 ¡Cómo! ¿Lágrimas viertes, dulce Myrrha?

SALEMENES.

Déjaselas verter: está llorando
 Por otros más, y causa es ella misma
 De lágrimas y duelos más amargos.

SARDANÁPALO.

¡Maldito sea quien la culpa tiene
 De que estén esas lágrimas brotando!

SALEMENES.

No te maldigas: ya muchos millones
 Lo hacen así.

SARDANÁPALO.

De ti te has olvidado.

No me hagas recordar que soy monarca.

SALEMENES.

¡Ojalá que pudieras recordarlo!

MYRRHA.

Soberano, y tú, Príncipe, suplico
Me dejéis retirar.

SARDANÁPALO.

Pues necesario

Es que así sea, y con palabras duras
Este rudo patán ha lastimado
Tu espíritu gentil, ve; mas no olvides
Que muy pronto debemos encontrarnos.
Antes quiero perder todo un imperio
Que tu dulce presencia. (*Vase Myrrha.*)

SALEMENES.

Puede que ambos

Los pierdas, y los pierdas para siempre.

SARDANÁPALO.

Hermano, ves que me contengo y mando
En mí mismo, pues sufro tal lenguaje;
Empero, no me empujes, temerario,
Más allá de mi genio bondadoso.

SALEMENES.

Pues mucho más allá de ese sobrado
Apacible carácter indolente
Te quisiera empujar. ¡Oh, si en mi mano
Sacudirte estuviera!, aunque te alzases
Contra mí mismo en tu furor airado.

SARDANÁPALO.

¡Oh, por el dios Baal! Luego este hombre
Quisiera convertirme en un tirano.

SALEMENES.

Lo eres ya. ¡Tú imaginas que no existe
 Más tiranía que el terrible estrago
 De cadenas y sangre! El despotismo
 Del vicio; la flaqueza de insensato
 Lujo; la negligencia; la apatía,
 De la sensual pereza los desmayos
 Producen mil tiranos, que superan
 Con delegada crueldad los actos
 Peores de un enérgico monarca,
 Por rígido que sea su mandato.
 De tus locas lascivias los ejemplos
 Imprudentes corrompen, casi tanto
 Como oprimen, y van á un tiempo mismo
 Tu poder fastuosísimo minando,
 Y el de aquellos que deben sustentarle;
 Tal, que si invade un enemigo extraño
 O tumulto civil estalla dentro,
 Bien fatales pudieran ser entrambos.
 Para poder luchar contra el primero
 Les falta corazón á tus vasallos:
 Contra el otro, más bien preferirían
 Darle apoyo en lugar de sofocarlo.

SARDANÁPALO.

¿Quién te hace voz del pueblo?

SALEMENES.

De la Reina

La bondad; de mi hermana los agravios;
 De mis tiernos sobrinos el afecto,
 Mi fe, mi lealtad al soberano,
 Lealtad que muy pronto le hará falta
 Más que discursos; mi respeto sacro

De Nemrod por la noble descendencia,
Y otra cosa que ignoras.

SARDANÁPALO.

¿Cuál? Sepamos.

SALEMENES.

Una palabra á ti desconocida.

SARDANÁPALO.

Pronúnciala, que el aprender me es grato.

SALEMENES.

Virtud.

SARDANÁPALO.

¡Que no conozco esa palabra!

Jamás palabra alguna ha resonado
En mis oídos tanto, y más odiosa
Que los gritos del necio populacho,
Ó el son desgarrador de la trompeta;
De ella siempre me está tu hermana hablando.

SALEMENES.

Bien, cambiemos de tema: oye del vicio.

SARDANÁPALO.

¿De quién?

SALEMENES.

¿De quién? Hasta del viento vago,

Si supieses oír los tristes ecos
De la voz que tu pueblo está lanzando.

SARDANÁPALO.

Vamos, soy indulgente como sabes;
Paciente, veces mil te lo he probado:
Habla, pues, con franqueza: ¿qué te apura?

SALEMENES.

Tu peligro.

SARDANÁPALO.

Prosigue.

SALEMENES.

En este caso ,

Oye: todos tus reinos , pues son muchos ,
Que en herencia tu padre te ha legado ,
Contra ti claman é indignados gritan.

SARDANÁPALO.

¡Contra mí! ¿Pues qué quieren los esclavos?

SALEMENES.

Un Rey.

SARDANÁPALO.

¿Pues qué soy yo?

SALEMENES.

Nada á sus ojos ;

Pero á los míos , hombre que ser algo
Pudiera aún.

SARDANÁPALO.

¡Borrachos insolentes!

¿Qué quisieran tener? ¿No les he dado
La paz y la abundancia?

SALEMENES.

La primera ,

Más de lo que la gloria exige acaso ;
Y en cuanto á la segunda , mucho menos
De lo que se imagina el soberano.

SARDANÁPALO.

Pues , ¿y de quién entonces es el crimen?
De los sátrapas torpes y falsarios
Que mejor no proveen , cual debieran.

SALEMENES.

Y algo culpa también del soberano ,

Que no tiende jamás una mirada
 Mas allá de los muros del Palacio,
 O si se aparta de ellos, es tan sólo
 Por ir á otro Palacio, colocado
 Sobre fresca montaña, hasta que pasen
 Los ardientes calores del verano.
 ¡Oh glorioso Baal! Tú que formaste
 Este imperio soberbio y dilatado;
 Tú que un dios hecho fuiste, ó cuando menos
 Cual un dios resplandeces tras de largos
 Siglos que dura tu inmortal renombre:
 Éste tu descendiente imaginario
 Jamás cual Rey atravesó los reinos
 Que tú dejaste, heroico soldado,
 Ganados con tu sangre, tus peligros,
 Tu tiempo, tus fatigas y trabajo;
 ¿Y para qué? Para pagar tributos
 Para un festín, ó verse despojados
 Para una concubina.

SARDANÁPALO.

Te comprendo:

Me quieres ver, conquistador, cruzarlos.
 ¿Por todas las estrellas en que saben
 Los caldeos leer!.... esos esclavos
 Levantiscos merecen los castigue,
 Y á la gloria, cual quieren, ser llevados.

SALEMENES.

¿Y por qué no? Semíramis condujo,
 Una simple mujer, á nuestros bravos
 Asirios á las márgenes remotas
 Y asoladas del Ganges.

SARDANÁPALO.

Muy exacto.

Pero ¿cómo volvió?

SALEMENES.

¿Cómo? Cual hombre,
Cual héroe: con duro desengaño,
Vencida no; con sólo veinte guardias
Se retiró de Bactria bien.

SARDANÁPALO.

¿Y cuántos
Dejóse atrás en las llanuras Indias
Para que fuesen de los buitres pasto?

SALEMENES.

Eso nuestros anales no lo dicen.

SARDANÁPALO.

Pues por ellos diré, ya que callaron,
Que le fuera mejor veinte vestidos
Haber tejido, quieta en su Palacio,
Que de la Bactria huir con veinte guardias
Precipitadamente, allí dejando
A cuervos, lobos y hombres aún más fieros,
Sus millones de estúpidos vasallos:
Si esto es la gloria, déjame que viva
En la ignominia siempre sepultado.

SALEMENES.

No todos los espíritus guerreros
Siempre iguales destinos alcanzaron.
Semíramis, gran padre de cien reyes,
Aunque en las Indias tuvo su fracaso,
Persia, Media, la Bactria unió á los grandes
Reinos que gobernó; que con tu mano
Pudieras gobernar.

SARDANÁPALO.

Yo los gobierno ;
Ella no supo más que sojuzgarlos.

SALEMENES.

Quizás más necesiten de su espada
Que de tu cetro.

SARDANÁPALO.

Había un cierto Baco,
¿No es verdad? A mis griegas muchas veces
De él hablar les oí. Y ellas contaron
Que era un dios, es decir, un dios de Grecia,
Un ídolo á la fe de Asiria extraño ;
Dicen que conquistó los áureos reinos
De esa India que tú celebras tanto,
Esa India famosa do vencida
Semíramis quedó.

SALEMENES.

Cierto ; me hablaron
De tal hombre, y ya ves que solamente
Por eso como un dios se ve mirado.

SARDANÁPALO.

Y cual dios, no cual hombre, voy á honrarle.
¡Eh! ¡ copero!

SALEMENES.

¿Qué intenta el soberano?

SARDANÁPALO.

Adorar á tu nuevo dios y antiguo
Conquistador. Que traigan vino mando.

*(Entra el copero.)*SARDANÁPALO. *(Dirigiéndose al copero.)*

Tráeme la copa de oro cincelada
Y adornada de piedras que llamamos

El cáliz de Nemrod. Llena hasta el borde
Tráemela, y sin tardar.

SALEMENES.

¿Es este acaso
Momento de enlazar nuevas orgías
Con otras que aún reclaman el descanso?

(Vuelve el copero con vino.)

SARDANÁPALO. *(Tomando la copa.)*

Noble pariente, dime, si esos griegos
Bárbaros, de las playas y lejanos
Confines de mi imperio, no han mentido,
Todas las Indias conquistó ese Baco,
¿No es verdad?

SALEMENES.

Es verdad, y fué por eso
Entre los hombres por deidad tomado.

SARDANÁPALO.

No, no es eso; de todas sus conquistas,
Unas pocas columnas (las que acaso
Pudieran ser tan mías como tuyas
Si las creyese dignas del trabajo
De comprarlas y luego conducir las)
Son las piedras de término, marcando
Los mares de la sangre que vertiera,
Los reinos que sus iras devastaron,
Los corazones que rompió. Mas esto,
Esta copa es su título sagrado
Á la inmortalidad; la deleitosa
Uva inmortal, de que, el primero, extrajo
El alma, para el alma de los hombres
Con ella deleitar, y los estragos
Compensar de sus triunfos. Si no hubiese

Sido por esto, hubiérase llamado
 Hoy mortal, por su nombre y su sepulcro,
 Ó bien semiglorioso, monstruo humano,
 Cual Semíramis fué, mi antecesora.
 La que hay aquí divinizóle. Vamos;
 Humanízate; ten, y al dios de Grecia
 Brinda conmigo, regañón hermano.

SALEMENES.

Ni por todos tus reinos blasfemara
 Así yo de los dogmas del Estado.

SARDANÁPALO.

Es decir, tú le juzgas héroe sólo
 Porque sangre vertió por oceanos,
 Y no dios, porque supo sabiamente
 Un fruto transformar en un encanto
 Que alegra al triste, resucita al viejo,
 Inspira al joven, hace su cansancio
 Al trabajo olvidar, y sus peligros
 Al temor; que abre un mundo nuevo y vasto
 Cuando el mundo presente se evapora.
 Bien, entonces, por ti yo brindo, hermano,
 Y por él como un hombre verdadero
 Que hizo cuanto posible le fué dado
 En el bien ó en el mal, para piadoso
 Asombrar á los míseros humanos. *(Bebe.)*

SALEMENES.

¿Á esta hora un festín empezar quieres?

SARDANÁPALO.

Si lo quisiera hacer, valiera al cabo
 Más que un trofeo, pues que no sería
 Con una sola lágrima comprado;
 Mas no es ese mi intento, y pues no bebes,

Puedes seguir. (*Al copero.*) Retírate , muchacho.
(*Vase el copero.*)

SALEMENES.

Quisiera levantarte de tu sueño ,
Más por mi voz que por el grito airado
De rebelión.

SARDANÁPALO.

¿Quién puede rebelarse?
¿Por qué? ¿Qué causa? ¿Qué pretexto extraño?
Soy legítimo Rey ; soy descendiente
De una raza de ilustres soberanos.
¿Qué te he hecho á ti , qué le hice al pueblo mío ,
Para que tú me injuries , y que , ingratos ,
Ellos contra mi solio se levanten?

SALEMENES.

De lo que á mí me has hecho no tratamos.

SARDANÁPALO.

Bien ; pero tú imaginas que á la Reina
La agravié : ¿no es verdad?

SALEMENES.

La has agraviado.

SARDANÁPALO.

Príncipe , ten paciencia , y oye atento :
Tiene el poder y el brillo de su rango ,
El respeto y tutela de los nobles
Herederos de Asiria : el aparato ,
El homenaje y rentas inherentes
A la soberanía. Nos casamos
Cual se casan los Reyes ; por razones
De estado. Yo la quise como tantos
Otros esposos mil á sus esposas.
Si ella , si tú , pensáis que encadenado

Puedo quedar, cual rústico caldeo
Ligado á su mujer, entonces ambos
No conocéis á mí, ni á los monarcas,
Ni conocéis al corazón humano.

SALEMENES.

Cambia de tema, por favor; mi sangre
Siempre la vana queja ha desdeñado.
¡La hermana del altivo Salemenes
No mendiga un amor involuntario
Ni aun del señor de Asiria! Ni tampoco
Se dignará aceptar amor bastardo,
Compartido con viles prostitutas
Y por esclavas jónicas profanado.
La Reina está callada.

SARDANÁPALO.

Pues entonces

Su hermano, ¿por qué no?

SALEMENES.

Yo sólo traigo

El eco de la voz de esos imperios,
Que quien los olvidó tiempo tan largo,
No habrá por mucho tiempo de regirlos.

SARDANÁPALO.

¡Innobles, ingratisimos esclavos!
Murmuran porque no vertí su sangre,
Ni quise por millones arrastrarlos
Á secarse en el polvo del desierto,
O con sus pobres huesos calcinados
Á blanquear del Ganges las orillas,
Ni mis salvajes leyes los diezmaron,
Ni sudaron pirámides haciendo
O muros babilonios.

SALEMENES.

Sin embargo,
 Esos trofeos son mucho más dignos
 De un príncipe y su pueblo, que los cantos
 Laudes, y festejos, y mancebas,
 Y tesoros sin cuento derrochados,
 Y virtudes holladas.

SARDANÁPALO.

Por trofeos
 Fundé ciudades: ahí están Anchialo
 Y Tarsis, fabricadas en un día
 Ambas: de ellas, con gusto sanguinario,
 ¿Qué hiciera el vejestorio de mi abuela,
 Semíramis la casta, sino abajo
 Echarlas?

SALEMENES.

Es verdad; debo elogiarte
 Por esas dos ciudades, que has fundado
 Por capricho no más; conmemoradas
 Con un verso que habrá de avergonzaros
 A ellas y á ti mañana.

SARDANÁPALO.

¡Avergonzarme!
 ¡Por Baal! Bellas son, y sin embargo
 Nunca serán más bellas que los versos.
 Di cuanto quieras contra mí, mis actos,
 Mi vida, mi conducta; pero nada
 Contra aquella inscripción. En breves rasgos
 Dice de todas las humanas cosas
 La historia fiel; escucha: «Sardanápalo,
 Hijo de Anacyndárxes, en solo
 Un día construyó Tarsis y Anchialo:

Comed, bebed y amad, pues todo el resto
No vale un papirote».

SALEMENES.

¡Escrito sabio!

¡Dignísima moral para ofrecerla
Un poderoso Rey á sus vasallos!

SARDANÁPALO.

¡Oh! Tú, sin duda alguna, estos edictos
Ante mi vista hubieras colocado:

«Obedeced al Rey; á su tesoro

Todos contribuid con vuestras manos;

Reclutad sus falanges numerosas;

Derramad vuestra sangre á su mandato;

Prosternaos en tierra y adoradle,

Ó solo levantad para el trabajo».

O bien, en otros términos, pusieras

Así: «Sobre este sitio, Sardanápalo

Mató cincuenta miles de enemigos.

Estos son sus sepulcros, y este campo

Su trofeo». Yo dejo tales cosas

Á los conquistadores inhumanos.

Bastante es para mí si lograr puedo

Que sientan algo menos mis vasallos

La carga atroz de la miseria humana,

Y sin gemir se vayan deslizando

Hacia el sepulcro. Libertad ninguna

Me tomo que les niegue. Al fin y al cabo

Todos nacimos hombres.

SALEMENES.

Tus abuelos

Como dioses han sido venerados.

SARDANÁPALO.

En el polvo y la muerte : allí ni dioses
 Ni hombres son. Tú me cuentas tales casos ;
 Los gusanos son dioses, ó , á lo menos ,
 Hacen festín de vuestros dioses vanos ,
 Y se mueren después , cuando ellos mismos
 De otro nuevo alimento se ven faltos.
 Aquellos dioses eran meros hombres :
 Mira si no la raza que dejaron.
 Yo cien cosas mortales en mí siento ;
 Nada propio de un dios , excepto , acaso ,
 Lo que en mí condenáis : una tendencia
 Á amar , á ser clemente , á otorgar , blando ,
 Perdón á las locuras de mi especie ,
 Y á ser conmigo mismo (esto es humano)
 Indulgente.

SALEMENES.

De Nínive famosa ,
 ¡ Ay !, la dura sentencia has pronunciado.
 Desdichada , mil veces desdichada ,
 La ciudad sin rival.

SARDANÁPALO.

¿ Qué sobresalto ,
 Qué temor es el tuyo ?

SALEMENES.

Por tus propios
 Enemigos , señor , estás guardado.
 En pocas horas la tormenta fiera
 Puede estallar , que sobre ti su rayo
 Cierne , sobre los tuyos y los míos ;
 Y pronto lo que es hoy será el pasado
 De la estirpe de Belo.

SARDANÁPALO.

¿Á quién tememos?

SALEMENES.

La ambiciosa traición que con sus lazos
Te ciñe ; mas aún queda un recurso :
Otórgame tu sello y tu mandato
Para romper las miserables tramas ,
Y de tus más potentes adversarios
Traerte las cabezas.

SARDANÁPALO.

Las cabezas ;

¿Y cuántas son?

SALEMENES.

¿Me pararé á contarlo

Cuando la tuya propia está en peligro?
Déjame obrar ; tu sello, y á mi cargo
Confía el resto.

SARDANÁPALO.

Á nadie ilimitadas

Vidas confiaré. Cuando tomamos
Las vidas de los otros, no sabemos
Lo que quita ú otorga nuestra mano.

SALEMENES.

¿No quitarías vidas que amenazan
La tuya?

SARDANÁPALO.

Atroz pregunta. Sin embargo,
Respondo, sí. Mas ¿evitarse puede?
¿De quiénes tú sospechas? Arrestarlos.

SALEMENES.

Que no me lo preguntes deseara.
Al minuto se habrá ya divulgado

Mi respuesta en la turba vocinglera
De amantes; y de allí, desde el Palacio
Volará á la ciudad, burlando todo.
Fíate en mí.

SARDANÁPALO.

Que siempre me he fiado
Lo sabes. Toma el sello. (*Le da el sello.*)

SALEMENES.

Ahora te pido
Otro nuevo favor.

SARDANÁPALO.

Puedes nombrarlo.

SALEMENES.

Que esta noche suspendas el banquete
Del pabellón del Éufrates.

SARDANÁPALO.

Hermano,
¡Suspende el banquete! Ni por todos
Los más empedernidos conjurados
Que turbaron jamás un reino. Vengan,
Y que hagan cuanto hacer puedan más malo,
Ni me harán retirar, niirme más pronto,
Ni separar la copa de mis labios,
Ni coronarme de una rosa menos,
Ni una hora perder de alegre encanto.
No los temo.

SALEMENES.

¿Y armarte no quisieras?
¿No querías, si fuese necesario?

SARDANÁPALO.

Quizás. Tengo una espléndida armadura
Y una espada de temple refinado.

Un arco y una aguda jabalina
 Que de Nemrod sirvieron para el brazo.
 Algo pesados son , mas manejables.
 Y ahora recuerdo que hace tiempo largo
 Que no las uso ni aun para ir de caza.
 ¿No las has visto alguna vez , hermano?

SALEMENES.

¿Es esta la ocasión de bromas tales?
 ¿Las ceñirás si fuese necesario?

SARDANÁPALO.

¿Por qué no? Si es preciso , que así sea.
 ¡Oh! Si esos viles siervos temerarios
 No quieren ser regidos de otro modo ,
 Usaré de la espada , hasta que el cabo
 Quisieran que una rueca se tornase.

SALEMENES.

Dicen que eso tu cetro se ha tornado.

SARDANÁPALO.

¡Mienten! Mas que lo digan. Los antiguos
 Griegos , de que mil veces en sus cantos
 Hablan nuestros cautivos , referían
 Lo mismo de su héroe más alto ,
 Hércules , porque amaba á cierta reina
 De Lidia : ya lo ves ; el populacho
 De todas las naciones mil calumnias
 Dice para ultrajar sus soberanos.

SALEMENES.

Nunca hablaron así de tus abuelos.

SARDANÁPALO.

No osaban. Al combate y al trabajo
 Los llevaban , y nunca sus cadenas
 Sino por la armadura las cambiaron.

Ahora disfrutan paz y regocijo,
 Licencia de embriagarse y de injuriarnos;
 No me importa. No diera la sonrisa
 De una moza gentil, por todo el vano
 Y popular clamor que un mero nombre
 De la nada jamás ha separado.
 ¿Qué valen, dime, las groseras lenguas
 De aquese vil estúpido rebaño
 Que con el pasto ruín crece insolente
 Para que á mis oídos suene grato
 Su atronador elogio, ó su censura,
 Su asqueroso clamor me infunda espanto?

SALEMENES.

Sin embargo, dijistes que hombres eran;
 Luego sus corazones serán algo.

SARDANÁPALO.

También los de mis perros, y mejores,
 Pues que más fieles son. Pero sigamos:
 Tienes mi sello; puesto que hay rebeldes,
 Hacerlos que se aplaquen; sin embargo,
 No con rigor, hasta que de él hubiese
 Necesidad; ó recibido ó dado,
 Aborrezco el dolor: harto tenemos
 Aquí, desde el más ínfimo vasallo
 Al más excelso Rey, para añadirnos
 La carga natural de los trabajos
 Y la mortal miseria, en vez de dulces,
 Con ayuda recíproca aliviarnos
 Los fatales suplicios de la vida.
 Mas esto no lo saben los ingratos,
 Ni lo sabrán; ¡oh, por Baal! Por darles
 Dulzuras hice cuanto fué en mi mano;

No hice guerras ni impuse nuevas cargas,
 Ni en sus civiles vidas me he mezclado;
 Les dejo libres de pasar sus días
 Como les plazca más, y voy pasando
 Cual me place los míos.

SALEMENES.

Cortos dejas
 Los deberes de un Rey; por eso acaso
 Te llaman incapaz de ser monarca.

SARDANÁPALO.

Mienten. Por mi desgracia, de ser algo
 Fuera de Rey soy incapaz. El miedo
 Más ruín puede por mí ser soberano.

SALEMENES.

Pues hay un miedo al fin, que á serlo aspira.

SARDANÁPALO.

¿Qué me quieres decir con eso? Vamos,
 Es ese por lo visto tu secreto:
 Quieres que en mis preguntas sea parco,
 Y nunca fuí de natural curioso.
 Dispón, y da los convenientes pasos;
 Ya que la cruel necesidad lo exige,
 Sancionaré y apoyaré tus actos....
 Jamás hombre existió que más ansíe
 Regir en paz pacíficos vasallos:
 Si me hacen levantar, más les valiera
 Haber de sus cenizas evocado
 Al gran Nemrod «el cazador potente».
 Haré estos reinos un desierto vasto,
 Cacería de brutos que antes *eran*,
 Mas *no serán* ya, por su gusto, humanos.
 Lo que me juzgan lo desmienten ellos.

Lo que aún puedan juzgarme ha de quitarlos
Las ganas de decir cosas peores.
Y que den gracias todavía.

SALEMENES.

Al cabo

Puedes sentir.

SARDANÁPALO.

¡Sentir! ¿Y quién no siente
La ingratitud?

SALEMENES.

Responderé con actos,
No con dichos. Levanta, esa energía
Despierta, que en tu seno duerme á ratos,
Mas que dentro de ti no ha perecido,
Y aún puedes ser glorioso en tu reinado
Tanto como en tus reinos poderoso.
¡Adiós! (*Vase Salemenes.*)

SARDANÁPALO. (*Solo.*)

¡Adiós! ¡Se fué! Lleva en su mano
Mi sello, que es en su poder un cetro.
Es tan severo como soy incauto;
Y esos esclavos, en verdad, merecen
Sentir la fuerza y el rigor de un amo.
Mas ¿cuál será el peligro? Yo lo ignoro:
Él le encontró, y él puede conjurarlo.
¿Deberé consumir, pasar mi vida,
Esta vida brevísima, luchando,
Guardándola de todo cuanto pueda
Mermar su duración? ¡No vale tanto!
Fuera morir antes que suene mi hora
Vivir con miedo de morir, forjando
Revueltas; siempre sospechar de todos

Los que hay en torno, porque están cercanos,
Y de todos aquellos que están lejos,
Sólo porque se encuentran alejados.
Mas si ha de ser así, si han de barrerme
Del imperio y la tierra, en este caso,
¿Qué es la tierra ó el cetro de la tierra?
¡Amé, viví, quedé multiplicado;
Morir no es menos natural que tales
Acciones de este deleznable barro!
Verdad que no vertí, como pudiera,
Mares de sangre hasta que fuese, odiado,
De la muerte sinónimo mi nombre,
Un terror y un trofeo. Sin embargo,
No me arrepiento. Es el amor mi vida;
Si sangre he de verter, será forzado.
Ni una gota hasta aquí de asiria vena
Se ha vertido por mí, ni de los vastos
Mil tesoros de Nínive gastóse
Ni una moneda del valor más bajo
En objetos que puedan á sus hijos
Una lágrima sola haber costado.
Si me aborrecen, es que no aborrezco;
Si se alzan, es que nunca fuí tirano.
¡Hombres! ¡Ah! Merecierais ser regidos
Con guadañas, no cetro, y ser segados
Como hierba, sino sólo cogemos
Tosca abundancia, y el podrido grano
De descontentos, que cual planta impura
Infestan sólo los risueños campos,
Y la fertilidad tornan desierto.
Mas no pensemos más. ¡Á ver!

(*Entra un servidor.*)

Esclavo :

Dile á la jonia Myrrha que suplico
Su presencia ante mí.

SERVIDOR.

Rey soberano,

Aquí está.

SARDANÁPALO. (*Aparte al servidor.*)

Vete.

(*Dirigiéndose á Myrrha.*) ¡ Hermosa criatura !
Casi á mi corazón anticipado
El tuyo está; por ti ya palpitaba,
Y aquí vienes; permíteme, al mirarlo,
Crear en un influjo misterioso,
Algún feliz dulcísimo presagio
Que en la ausencia, invisible, nos enlaza
Y nos atrae con su poder extraño.

MYRRHA.

Existe.

SARDANÁPALO.

Sé que existe; mas ignoro
Cómo se llama: ¿puedes tú nombrarlo?

MYRRHA.

En mi patria es un dios; aquí, en mi pecho,
Un sentimiento vivo y exaltado
Como el de un dios, aunque mortal es sólo,
Pues siento que es humilde, y sin embargo
Es dichoso, ó dichoso ser pudiera;
Pero.... (*Myrrha se detiene.*)

SARDANÁPALO.

Sí; siempre vemos surgir algo
Que viene á interponerse entre nosotros
Y lo que nuestra dicha imaginamos:

Rompamos ese obstáculo á tu dicha
Que reveló tu vacilante labio,
Y así la mía quedará sellada.

MYRRHA.

¡ Señor!

SARDANÁPALO.

¡ Señor—mi Rey—mi soberano!

Siempre ha de ser así; siempre con miedo;
Una sonrisa ver nunca me es dado,
Sino á la claridad embriagadora
De un gran festín, cuando, repletos y hartos,
A la igualdad se elevan los bufones
O yo hasta su bajeza me degrado.
Myrrha: puedo escuchar esas palabras,
Rey, monarca, señor (un tiempo, acaso,
Las estimé, más bien, pude sufrirlas),
De la boca de nobles y de esclavos;
Mas si vacilan en tus labios dulces,
Que tanto adoro, en esos rojos labios
Que sus besos fundieron con los míos,
Siente mi corazón frío desmayo:
Una fría conciencia de mi falsa
Situación, que reprime y hace extraños
Al sentimiento á aquellos por los cuales
Mas he sentido; entonces, al pensarlo,
Quisiera haber depuesto esta tiara,
Y una humilde cabaña sobre el Cáucaso
Contigo compartir, sin más coronas
Ceñir que las de flores de los campos.

MYRRHA.

¡ Ojalá fuera así!

SARDANÁPALO.

¿Tú sientes eso?

¿Por qué?

MYRRHA.

Porque sabrías, en tal caso,
Lo que nunca sabrás.

SARDANÁPALO.

¿Qué?

MYRRHA.

Todo el precio
De un corazón, ó, por lo menos, cuánto
Vale el de una mujer.

SARDANÁPALO.

Á prueba puse

Mil y mil.

MYRRHA.

¿Corazones?

SARDANÁPALO.

Creo.

MYRRHA.

Falso:

¡Ni uno! Tiempos vendrán en que los pruebes.

SARDANÁPALO.

Vendrán. Escucha, Myrrha: ha declarado
Salemenes (porque, cómo lo supo,
Belo, gran fundador de nuestro vasto
Reino, lo sabe más que yo); mas oye:
Salemenes mi trono ha declarado
En peligro.

MYRRHA.

Bien hecho.

SARDANÁPALO.

¿Y tú lo dices?

¿Tú, que de él recibiste duro trato
 Cuando arrojarte osó de mi presencia
 Con su salvaje mofa y su sarcasmo,
 Haciéndote llorar y sonrojarte?

MYRRHA.

Ambas cosas con más frecuencia, acaso,
 Debiera hacer, y bien obró al llamarme
 Á mi frío deber. Pero has hablado
 De peligro, y peligro que te asalta.

SARDANÁPALO.

Sí, de complots y tenebrosos lazos
 De los medos y tropas y naciones
 Descontentos,—y qué sé yo:—un extraño
 Laberinto de cosas, un tejido
 De amenaza y misterios susurrados.
 Tú conoces al hombre:—es su costumbre,
 Pero es honrado. Ven, y no ocuparnos
 Más que de nuestra fiesta de la noche.

MYRRHA.

Ahora es el tiempo de ocuparse de algo,
 Menos de fiestas. Su prudente aviso
 Espero que no habrás menospreciado.

SARDANÁPALO.

¿Qué? ¿Tienes miedo?

MYRRHA.

¡Miedo! Yo soy griega:

¿Cómo podrá la muerte darme espanto?
 Soy esclava, y ¿por qué yo temería
 Mi libertad?

SARDANÁPALO.

Entonces, demudado
Y pálido, ¿por qué miro tu rostro?

MYRRHA.

Amo.

SARDANÁPALO.

¿No lo hago yo? Yo te idolatro
Más, mucho más que esta existencia breve,
Más que ese reino esplendoroso y vasto
En peligro tal vez,—y no me inmuto.

MYRRHA.

Entonces eso es prueba de que, ingrato, -
No te quieres á ti, ni á mí; quien ama,
Se ama. Tu proceder es temerario:
No se pierden así reinos y vidas.

SARDANÁPALO.

¡Perder! ¿Por qué? ¿Qué pretendiente incauto
Á aspirar á arrancármelos se atreve?

MYRRHA.

¿Y quién temiera el aspirar á tanto?
Cuando el que es su señor de sí se olvida,
¿Piensas que ellos habrán de recordarlo?

SARDANÁPALO.

¡Myrrha!

MYRRHA.

No frunzas contra mí tu ceño:
Tu faz me ha sonreído demasiado
Para que tales ceños no me amarguen
Más que el castigo de que son presagios.
¡Rey, tu súbdito soy! ¡Amo, tu esclava!
¡Hombre, te he amado! Sí; pero te he amado
No sé por qué fatal triste flaqueza,

Aunque griega, y nacida, por lo tanto,
 Enemiga de reyes; aunque esclava,
 Y mis cadenas, como tal, odiando;
 Aunque jonia, y por tanto envilecida,
 Más que por las cadenas, por mi insano
 Amor, al ofrecerle á un extranjero!
 Mas te amo. Si ese amor pudiese tanto
 Que el instinto venciese, ¿no podría
 Rogar el privilegio de salvaros?

SARDANÁPALO.

¡Salvarme, vida mía! Eres hermosa;
 Yo cariño de ti sólo reclamo;
 No salvación.

MYRRHA.

Y sin amor, ¿do existe?

SARDANÁPALO.

Del amor de mujer estoy hablando.

MYRRHA.

Aquel primero de la vida humana
 Del pecho de mujer siempre ha brotado;
 Vuestra primer palabra balbuciente
 La habéis sólo aprendido de su labio;
 Vuestras primeras lágrimas enjuga;
 Vuestros suspiros últimos acaso
 Suenan de una mujer en el oído
 Cuando los hombres huyen del cuidado
 Innoble de velar por los instantes
 Últimos del que supo gobernarlos.

SARDANÁPALO.

¡Oh mi elocuente jonia! Tu palabra
 Es música sonora como el canto
 De los trágicos coros, que te he oído

Decir que son el goce máspreciado
De tu tierra natal. Pero no llores;
Sosiégate.

MYRRHA.

No lloro; sin embargo,
Te suplico no hablar ni de mis padres
Ni de su tierra.

SARDANÁPALO.

Empero siempre hablando
De ellos estás.

MYRRHA.

Verdad, verdad; pues siempre
Una constante idea de los labios
Inconsciente desborda con palabras;
Pero siempre que escucho á algún extraño
De Grecia hablar, me hiere.

SARDANÁPALO.

Bien: salvarme,
¿Cómo podrás, cual dices?

MYRRHA.

Enseñando
Cómo salvarte debes á ti mismo,
Y no á ti sólo, mas tus reinos vastos,
Del furor de la guerra más odiosa,
La guerra cruelísima de hermanos.

SARDANÁPALO.

¿Por qué? Niña, detesto toda guerra
Y á los guerreros; vivo en paz y en grato
Placer: ¿qué puede más hacer el hombre?

MYRRHA.

¡Señor! Con el común de los humanos
Para guardar la dulce paz, mil veces

El cuadro de la guerra es necesario,
Y para un Rey, mejor es muchas veces
Inspirar el temor que ser amado.

SARDANÁPALO.

Nunca he buscado más que lo segundo.

MYRRHA.

Ahora no sirven ya de nada entrambos.

SARDANÁPALO.

¿Y tú lo dices, Myrrha?

MYRRHA.

Me refiero

Al amor popular, al espontáneo;
Es decir, que los hombres se mantengan
Con temor á la ley, y sin embargo
Sin estar oprimidos, ó á lo menos,
Si lo están, sin siquiera imaginarlo;
Ó bien, si por acaso lo imaginan,
Lo juzguen natural y necesario.
Un Rey de fiestas, flores y banquetes,
Amor, vino, placeres y regalo,
Jamás el Rey ha sido de la gloria.

SARDANÁPALO.

¡Gloria! ¿Qué es eso?

MYRRHA.

Puedes preguntarlo

Á los dioses tus padres.

SARDANÁPALO.

No responden;

Y cuando hablan por ellos los ancianos
Sacerdotes, es siempre alguna leve
Suma para su templo reclamando.

MYRRHA.

De aquellos fundadores de tu imperio
Repasa los anales.

SARDANÁPALO.

Tan borrados
Con sangre están, que hacerlo es imposible.
¿Qué quieres? El imperio le fundaron;
Yo no he de ir multiplicando imperios.

MYRRHA.

Salva el tuyo.

SARDANÁPALO.

Mejor quiero gozarlo.
Ven, Myrrha, ven al Éufrates: la hora
Convida, la galera han aprestado,
Y el pabellón que nuestra vuelta aguarda
Enriquecido con profuso ornato
Por el regio banquete de esta noche,
Brillará de tal modo con los rayos
De la espléndida luz y la hermosura,
Que habrá de parecer, junto á los astros
Que encima de nosotros resplandecen,
Una estrella rival: allí sentados
La corona de flores ceñiremos
Como....

MYRRHA.

Víctimas.

SARDANÁPALO.

No; cual soberanos.
Los pastoriles reyes de los días
Patriarcales nunca se adornaron
De más brillantes joyas que guirnaldas
Tejidas con las mieses de verano,

Y jamás conocieron sino triunfos
Que lágrimas no cuestan. Pero, vamos.

(*Entra Pania.*)

PANIA.

¡Viva por siempre el Rey!

SARDANÁPALO.

Ni un solo instante
Más del que pueda el Rey vivir amando.

¡Cómo aborrezco ese lenguaje necio
Que hace la vida un miserable engaño,
Con lo eterno adulando á nuestro polvo!
Bueno, Pania, sé breve.

PANIA.

Me ha encargado

Salemenes su súplica reitera
Al Rey de no salir de su Palacio,
Á lo menos por hoy; cuando retorne
El General, aducirá en descargo
Tales razones, que disculpen ellas
Su atrevimiento, y el perdón acaso
Su presunción obtenga.

SARDANÁPALO.

¡Cómo! ¿Entonces
Quiere decir que estoy encarcelado?
¿Cautivo ya? ¿Ni aun respirar ya puedo
El dulcísimo aliento del espacio?
Dile al príncipe, el noble Salemenes,
Que, aunque toda la Asiria, rebramando
De cólera, los muros circundase
Con millones sin fin amotinados,
Sin por eso temblar, fuera saldría.

PANIA.

Os debo obedecer, y, sin embargo....

MYRRHA.

¡Oh monarca! Óyeme : ¡ qué largas noches,
 Cuántos días pasaste reclinado ,
 En pueriles y blandos regocijos ,
 Dentro de las murallas del Palacio ,
 Sin mostrarte jamás á los clamores
 De tu pueblo , jamás de tus vasallos
 Satisfaciendo los amantes ojos ,
 Árbitros á los sátrapas dejando
 Y á los dioses sin culto , en la anarquía
 De la indolencia todo , hasta que al cabo
 Todo , menos el mal , quedó dormido
 Á través del confín de tus estados !
 Y ahora , ¿ no esperarás un solo día ,
 Día que redimirte puede acaso ?
 ¿ Á los pocos aún fieles , unas pocas
 Horas no otorgaras ? Al menos hazlo
 Por ellos y por ti , por tus abuelos
 Y por la herencia de tus hijos caros.

PANIA.

¡ Es verdad ! Y la urgencia , la premura ,
 Con que el príncipe me hizo su emisario
 Ante vuestra presencia venerada ,
 Debe hacer que me atreva , ¡ oh soberano ! ,
 Á unir mi débil voz á la que ahora
 Os acaba de hablar.

SARDANÁPALO.

No ; ni pensarlo.

MYRRHA.

Siquiera por tus reinos.

SARDANÁPALO.

¡Imposible!

PANIA.

Por los súbditos fieles que agrupados
De ti en torno verás y de los tuyos.

SARDANÁPALO.

Caprichos meramente imaginarios.
No hay peligro ninguno; es un pretexto
Que el bravo Salemenes ha ideado
Para probar su celo, y á mis ojos
Aparecer así más necesario.

MYRRHA.

Por todo lo que es bueno y es glorioso,
Acepta, Rey, ese consejo sabio.

SARDANÁPALO.

Mañana los negocios.

MYRRHA.

Y esta noche

La muerte.

SARDANÁPALO.

Bien; me tiene sin cuidado
Que venga inesperada á sorprenderme
En medio á la alegría y el encanto,
El placer y el amor; que me derribe
Como rosa arrancada de su tallo.
¡Cuánto mejor es eso que agostarse!

MYRRHA.

¿Luego entonces no quieres, ni por cuanto
Siempre á la acción arrebató á un monarca,
Renunciar á un festín frívolo y vano?

SARDANÁPALO.

No.

MYRRHA.

Renuncia por mí.

SARDANÁPALO.

¡Por ti, bien mío!

MYRRHA.

Es el primer favor que he demandado
Al rey de Asiria.

SARDANÁPALO.

Es cierto; y si pidieses

Mi reino, mi deber es otorgarlo.

Bien; por ti me someto. Pania, vete:

Me oiste.

PANIA.

Y obedezco. (*Vase Pania.*)

SARDANÁPALO.

¡Cuán extraño

Es en ti! ¿Qué te mueve á suplicarme?

MYRRHA.

¡Tu salvación! Convencimiento claro
De que el príncipe tanto de ti exige
Sólo por un peligro ya inmediato.

SARDANÁPALO.

Si no le temo yo, ¿por qué le temes?

MYRRHA.

Pues porque no le temes es el caso
De temer yo por ti.

SARDANÁPALO.

Quizás mañana

Sonreirás de tus delirios vanos.

MYRRHA.

Mejor que sonreir, si el trance llega,
Estaré donde no se vierte llanto.

¿Y tú?

SARDANÁPALO.

Yo seré Rey como hasta ahora.

MYRRHA.

¿En dónde?

SARDANÁPALO.

Con Baal, Nemrod el Magno

Y Semíramis; rey solo en Asiria,

Ó con ellos quizás en otro lado.

Me hizo el destino lo que soy : pudiera

Hacerme nada; pero nada ó algo,

Cualquiera de los dos que ser debiese,

Vivir no podré nunca degradado.

MYRRHA.

Si así pensaras siempre, nunca nadie

Degradarte osaría temerario.

SARDANÁPALO.

¿Quién lo pretende ahora?

MYRRHA.

¿No sospechas

De nadie?

SARDANÁPALO.

¿Sospechar? Ese es el bajo

Oficio de un espía. Mas perdemos

Mil preciosos instantes con tan vanos

Coloquios é inquietudes aún más vanas.

¡Hola! Vosotros, preparad, esclavos,

El salón de Nemrod para el banquete.

Si cárcel ha de ser nuestro Palacio,

Nuestra cadena alegre llevaremos.

Si nos vedan el Éufrates y el grato

Albergue de verano en sus orillas,

Aquí peligro no hay. Adentro vamos.

(Vase Sardanápalo.)

MYRRHA. (Sola.)

¿Por qué amarle? Las hijas de mi patria
Aman sólo á los héroes. ¿Pero acaso
Tengo patria? La esclava perdió todo,
Excepto sus amarras. ¡ Ah! Le amo.
De mi larga durísima cadena
El eslabón es éste más pesado:
Sentir amor hacia quien no se estima.
Pero así debe ser. Se va acercando
El instante supremo en que de todos
El amor ha de serle necesario,
Y ninguno hallará. Dejarle ahora,
Fuera, en verdad, un proceder más bajo
Que noble allá en mi patria hubiera sido
De su soberbio trono en lo más alto
Haberle asesinado á puñaladas:
Para ambas cosas no nació. Si acaso,
Yo le salvara, mas no le amaría,
Pero á mí propia sí; pues necesario
Es esto ante mí misma, ya que, débil,
Me degradé á mis ojos adorando
Á este extranjero afeminado y tierno.
No obstante, me parece que le amo
Más cuando le contemplo aborrecido
Por sus súbditos propios; estos bárbaros,
Que de toda la sangre de la Grecia
Nacieron naturales adversarios.
¡ Ah! Si lograse un solo pensamiento
De aquellos que aun los frigios, batallando
Largamente sintieron, animosos,

Entre Ilión y la mar, en su postrado
Corazón despertar, pudiera entonces
Pisotear del rudo populacho
A la turba brutal, y triunfaría.
Él me ofrece su amor, y yo le amo.
La esclava ama á su dueño, y de sus vicios
Quisiera libertarle por su mano.
Si no lo consiguiese, todavía
De hallar la libertad un medio guardo.
Si no logro enseñar cómo se reina,
Mostraré cómo debe un soberano
Únicamente abandonar un trono.
No perderle de vista es necesario. (*Vase.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

Pórtico del mismo salón en el Palacio.

ESCENA PRIMERA.

BELESES (*solo*).

El sol descende ya ; de su carrera
Parece que el ocaso es hoy más lento ,
Como si echase su postrer mirada
Ya , de la Asiria sobre el gran imperio.
Cuán rojo brilla , entre esas pardas nubes ,
Cual la sangre que anuncia en este suelo.
Estrellas que apuntáis , sol que te escondes ,
Si en vano no estudié vuestros destellos ,
Leyendo rayo á rayo los edictos ,
Edictos que temblar hacen al tiempo ,
Por lo que ha de traer á las naciones ,
Llegó de Asiria el último momento.
Y , no obstante , ¡ qué calma ! Un terremoto

:

Debería anunciar tan gran suceso,
Y un simple sol de estío lo predice.
Remoto disco, cifra del Caldeo,
Lleva sobre sus páginas eternas
El fin de aquello que parece eterno.
Mas ¡oh, tú, sol veraz!: de cuanto vive
Deslumbrador oráculo de fuego,
Perenne manantial de toda vida,
De su dispensador símbolo escelso,
¿Por qué limitas hoy tu sacro augurio
Á revelar calamitosos hechos?
¿Por qué no anuncias el brotar de días
Más dignos del glorioso nacimiento
De tu luz sobre el mar? ¿Por qué no viertes
Un rayo de esperanza placentero,
Nuncio á través de los futuros años,
Como presagias hoy cólera y miedo?
¡Escucha, escúchame! Yo soy humilde,
Tu adorador, tu sacerdote y siervo;
Te he observado al nacer y al esconderte;
Mi cabeza he doblado bajo el peso
De tu luz meridiana, cuando alzarse
Mis pupilas á ti no se atrevieron.
He velado á tu puesta y tu salida;
Á ti he elevado mis fervientes ruegos,
Y te he sacrificado, y te he leído,
Y te invoqué con reverente miedo,
Y has respondido á tanta costa solo.
Mientras estoy hablando, se va hundiendo;
Ya se marchó, dejando su hermosura
Pero no de su ciencia el gran secreto,
Al Occidente azul, que se recrea

De su espirante gloria en los destellos.
 ¿Qué es la muerte gloriosa? Un sol poniente.
 Dichosos los mortales si á lo menos,
 Al declinar en algo, se asemejan
 Al brillo de los númenes eternos!

(Entra Arbaces por una puerta interior.)

ARBACES.

¡Oh Beleses! ¿Por qué en tus devociones
 Tan arrobado estás? ¿Estás siguiendo
 Las huellas de tu numen, fugitivo
 Hacia la luz de un ignorado reino?
 Nuestro asunto es la noche; ya ha llegado.

BELESES.

Pero no concluído.

ARBACES.

Venga presto.

Prontos estamos.

BELESES.

¡Si pasado hubiese!....

ARBACES.

¡Cómo! ¿Duda el profeta á quien del cielo
 Las estrellas presagian la victoria?

BELESES.

No dudo yo de la victoria; pero....
 Dudo del vencedor.

ARBACES.

Bien; que tu ciencia

Nos asegure aquélla. En tanto, diestro,
 He preparado tan brillantes lanzas,
 Que eclipsaran con vívidos reflejos
 Á nuestros aliados, tus planetas.
 Nada habrá que consiga detenernos.

El rey-mujer , en este mismo instante ,
 Va con sus femeniles compañeros
 Por las aguas ; las órdenes ha dado
 De que en el pabellón sea el festejo.
 Será su primer copa la postrera
 Que apure de Nemrod la raza.

BELESES.

Aquellos

Eran valiente raza.

ARBACES.

Y ésta débil....

Aquella se agotó ; la repondremos.

BELESES.

¿Estás seguro?

ARBACES.

El fundador fué sólo

Cazador ; yo soldado. ¿De qué hay miedo?

BELESES.

Del soldado.

ARBACES.

Quizás del sacerdote.

Pero si en realidad pensabas eso ,

Si lo piensas aún , ¿por qué en su trono

Tu Rey de concubinas y festejos

No conservar? ¿Y para qué incitarme ,

Por qué agujionearme con empeño

Hacia una empresa , que es la tuya propia

No menos que la mía?

BELESES.

¡Mira al cielo!

ARBACES.

Miro.

BELESES.

¿Qué ves?

ARBACES.

Un estival crepúsculo

Y la legión de estrellas y luceros.

BELESES.

Y en medio de ellas, ve la más brillante
 Y temprana que tiembla en sus destellos,
 Como si en el azul del éter puro
 Se dispusiera á abandonar su puesto.

ARBACES.

¿Bien?....

BELESES.

Es tu natural dominadora

Tu planeta natal en ese cielo.

ARBACES. (*Tocando al forro de su espada.*)

Mi estrella guardo aquí: cuando reluce,
 Eclipsa á los cometas. Mas pensemos
 Lo que conviene hacer que justifique
 A tus planetas mil y sus agüeros.
 Cuando hayamos el triunfo conquistado,
 Tendrán sus sacerdotes y sus templos,
 Y serás gran pontífice tú mismo
 De.... los dioses que quieras; pues observe
 Que siempre justos son, y al más valiente
 Por más devoto reconocen.

BELESES.

Cierto;

Y al más devoto por valiente. Nunca
 Me viste huir en el combate fiero.

ARBACES.

No: reconozco que eres tan pujante

Capitán babilonio combatiendo ,
 Como diestro en el rito de Caldea :
 Trata , pues , de olvidar por el momento
 Al sacerdote para ser soldado.

BELESES.

¿Y por qué no los dos?

ARBACES.

Mejor es eso :

Y , sin embargo , casi me avergüenza ,
 Pues tenemos que hacer tan leve esfuerzo .
 Aquesta guerra de mujer degrada
 Al mismo vencedor . Con ardimiento
 Arrancar de las gradas de su trono
 Un sanguinario déspota soberbio ,
 Agarrarse con él en dura riña
 Entrechocando acero con acero ,
 Esto sería heroico y hermoso ,
 Ya siendo vencedor ó ya cayendo ;
 Mas levantar mi espada contra un pobre
 Gusanillo de seda , y lloriqueos
 Oír tal vez.....

BELESES.

No , no lo creas ; tiene
 Algo que puede hacer á tu denuedo
 Todavía luchar ; y aun cuando fuera
 Todo lo que imaginas , por lo menos ,
 Sus guardias son audaces , y á sus guardias
 Los manda el frío , rígido y sereno
 Salemenes.

ARBACES.

No habrán de resistirnos.

BELESES.

¿Por qué no? Son soldados.

ARBACES.

Bien; por eso

Soldado necesitan que los mande.

BELESES.

Eso es lo que hace Salemenes.

ARBACES.

Cierto;

Pero no lo es su rey. Además, odia

A ese incapaz afeminado objeto

Que gobierna, por causa de la Reina

Su hermana. ¿No reparas cuán severo

Siempre lejos está de sus festines?

BELESES.

Pero nunca lo está de su consejo:

Siempre puntual.

ARBACES.

Y siempre contradicho.

¿Qué más pudiera hacer para con eso

Lograr que se convierta en un rebelde?

Un imbécil reinando con el cetro,

Su sangre deshonrada, él desdeñado,

Es su propia venganza nuestro intento.

BELESES.

¡Oh, si pensara así! Pero lo dudo.

ARBACES.

¿Por qué no sondearle?

BELESES.

Sí...., si hay tiempo.

(Entra Balea.)

BALEA.

¡ Sátrapas ! Manda el Rey vuestra presencia
Al festín de esta noche.

BELESES.

Asistiremos.

Es escuchar obedecer. ¿ Y dónde ?
¿ Es en el pabellón ?

BALEA.

No ; será dentro

De su Palacio.

ARBACES.

¡ Cómo ! ¿ En el Palacio ?

No estaba así dispuesto.

BALEA.

Así dispuesto

Está.

ARBACES.

¿ Por qué ?

BALEA.

Lo ignoro. ¿ Me retiro ?

ARBACES.

Aguarda.

BELESES. (*Aparte á Arbaces.*)

¡ Calla ! Que se vaya. Bueno.

(*Aparte á Balea.*)

Balea, da las gracias al monarca ;
Besa las orlas de su manto regio,
Y di que sus esclavos obedientes
Cogerán las migajas que su dueño
Desde su mesa real tirar se digne
Á las.... ¿ dijiste á media noche ?

BALEA.

Cierto ;

Sitio, la sala de Nemrod. Señores,
Me humillo ante vosotros, y me ausento.

(Vase Balea.)

ARBACES.

Este súbito cambio no me place,
Y hay encerrado en él algún misterio.
¿Por qué cambiar así?

BELESES.

¡Pues qué! ¿No cambian

Mil veces cada día sus proyectos?
Siempre fué caprichosa la pereza,
Y da para sus fines más rodeos
Que muchos generales en sus marchas
Para envolver al enemigo. ¿De esto
Qué piensas?

ARBACES.

Ese pabellón alegre

Siempre le amó; su antojo y su recreo
De los veranos fué.

BELESES.

Y ama á su Reina

Y á rameras tres mil al propio tiempo,
Y por turnos amó todas las cosas;
Todas, sabiduría y gloria excepto.

ARBACES.

Y sin embargo de eso no me place.
Pero pues él cambió, también cambiemos.
Fácil fuera el ataque en su glorieta,
Cercado por sus guardias soñolientos
Y por sus embriagados cortesanos ;

Mas en la sala de Nemrod....

BELESES.

¿Qué es eso?

Yo imaginaba que el soldado altivo
Casi temiera con tan leve esfuerzo
Subir á un trono. ¡Qué! ¿Te contraría
Hallar que se interpone á tus proyectos
Un paso escurridizo, ó dos acaso,
Más de los que contabas por tropiezo?

ARBACES.

Cuando llegue la hora, fácilmente
Percibirás si temo ó si no temo.
Ya me has solido ver jugar mi vida
Y alegremente soportar el juego;
Pero en esta ocasión, sobre los dados
Va una puesta mayor; se juega un reino.

BELESES.

Te lo predije ya, debes ganarle:
Anda, pues, y prospera.

ARBACES.

Si agorero

Fuese yo, tal augurio en este instante
A mí propio me diera como cierto;
Mas hay que obedecer á las estrellas,
Pues que con ellas regañar no puedo
Ni con el que es su intérprete. ¿Quién viene?

(Entra Salemenes.)

SALEMENES.

¡Sátrapas!

BELESES.

¡Oh, mi príncipe!

SALEMENES.

Celebro

El encontraros ; á los dos buscaba ,
Aunque no en el Palacio.

ARBACES.

¿Cómo es eso?

SALEMENES.

No es la hora.

ARBACES.

¿La hora? Mas ¿qué hora?....

SALEMENES.

La media noche.

BELESES.

¡Media noche!.... Pero....

SALEMENES.

¿Invitados no estáis?

BELESES.

¡Ah! Lo olvidamos.

SALEMENES.

¿Se olvida así de un soberano y dueño
La invitación?

ARBACES.

La recibimos ahora.

SALEMENES.

Entonces , ¿cómo aquí?

ARBACES.

Por deber nuestro.

SALEMENES.

Y ¿cuál deber?

BELESES.

Por un deber de estado.

Pues tenemos los dos el privilegio

De aproximarnos á su real presencia ;
Mas le hallamos ausente.

SALEMENES.

También vengo

Por un deber.

ARBACES.

¿Podremos conocerle?

SALEMENES.

Dos traidores prender. ¡Guardias! Adentro.

(*Entran los guardias.*)

SALEMENES.

Sátrapas, entregad vuestras espadas.

BELESES. (*Entregando la suya.*)

Señor, mi cimitarra aquí os entrego.

ARBACES. (*Desenvainando la suya.*)

Tomad la mía.

SALEMENES. (*Avanzando.*)

Voy.

ARBACES.

Pero la hoja

Sólo la tomaréis en vuestro pecho ;

El puño nunca abandonó esta mano.

SALEMENES.

¡Cómo! ¿Pretendes resistirme? Bueno,

Así se evita un tribunal inútil

Y una falsa piedad se evita luego.

Soldados, destrozad á este rebelde.

ARBACES.

¡Soldados! Sí, pues solo tenéis miedo.

SALEMENES.

¡Solo! ¡Imbécil esclavo! ¿Qué podría

Haber en ti que á un príncipe soberbio

Retroceder hiciese á viva fuerza?
 No; no tu fuerza, tu traición tememos.
 Sin su veneno cruel, nada es tu diente
 De sierpe vil, no de león soberbio.
 Aniquiladle.

BELESES. (*Interponiéndose.*)

¡Arbaces! Estais loco.

¿No he entregado mi espada? Confiemos:
 Fíad del soberano en la justicia.

ARBACES.

No, mil veces: fiar antes prefiero
 En las estrellas de que tanto charlas
 Y en la firmeza de este brazo diestro;
 Y á lo menos, morir rey soberano
 De mi respiración y de mi cuerpo,
 Antes que nadie al fin los encadene.

SALEMENES. (*Á los guardias.*)

Le oisteis, y me oís. Dejadle muerto;
 No le prendáis, matadle.

(*Los guardias atacan á Arbaces, quien se defiende valerosamente
 y con destreza hasta que vacilan.*)

SALEMENES.

¡Miserables!

¿Hacer oficio de verdugo debo?
 Ved cuál muere un traidor.

(*SalemeneS ataca á Arbaces.*)

(*Entra Sardanápalo y su séquito.*)

SARDANÁPALO.

¡Alto las manos!

Alto, por vuestras vidas, os lo ordeno.
 ¿Cómo! ¿Sordos estáis, ó estáis beodos?
 ¡Mi espada! ¡Oh, necio! Espada no la llevo.

Muchacho: ven acá, dame tu arma. (*Á un guardia.*)
 (*Sardanápalo arranca una espada á uno de los soldados, se lanza
 entre los combatientes y los separa.*)

¡En mi propio Palacio! ¡Atrevimiento!
 ¿Quién pudiera impedirme el dividiros
 En pedazos, audaces pendencieros?

BELESES.

Señor, vuestra justicia.

SALEMENES.

Ó tu flaqueza.

SARDANÁPALO. (*Levantando la espada.*)

¿Cómo?

SALEMENES.

¡Herid! De ese modo el golpe vuestro
 Repetido caerá sobre la frente
 De ese traidor, á quien por un momento
 Reservaréis no más, según confío,
 Para entregarle á la tortura luego.
 Contento estoy.

SARDANÁPALO.

¿Quién? ¿Él? ¿Y quién á Arbaces
 Se atreve á provocar?

SALEMENES.

¡Yo!

SARDANÁPALO.

¿Será cierto?
 Príncipe, de vos mismo os olvidasteis.
 ¿Y con qué garantía vais á hacerlo?

SALEMENES.

La tuya. (*Mostrando el sello.*)

ARBACES. (*Confuso.*)

¡La del Rey!

SALEMENES.

Sí; y el rey mismo
Lo habrá de confirmar.

SARDANÁPALO.

Con tal intento
Esto no abandoné.

SALEMENES.

Le abandonásteis
Por vuestra salvación: la usaba, creo,
Lo mejor. Sentenciad vos en persona.
Aquí soy vuestro esclavo: hace un momento
Vuestro representante.

SARDANÁPALO.

Pues entonces
Envainad al punto los aceros.

(Arbaces y Salemenes envainan sus espadas.)

SALEMENES.

El mío ya lo está; el vuestro, os pido
No le envainéis, pues es el solo cetro
Que seguro tenéis.

SARDANÁPALO.

Y es bien pesado,
Y su puño además hiere mis dedos.
Ten tu arma, muchacho. *(Alguardia.)* Bien, señores;
Decid, ¿qué significa todo eso?

BELESES.

Debe el príncipe daros la respuesta.

SALEMENES.

En mí, fidelidad; traición en ellos.

SARDANÁPALO.

¡Traición, Arbaces! ¿y traidor, Beleses?
Eso fuera traición en que no creo.

BELESES.

¿Dónde la prueba está?

SALEMENES.

Daré respuesta
 Cuando á vuestro traidor de compañero
 Pida la espada el Rey.

ARBACES. (*Á Salemenes.*)

Es una espada
 Que tantas veces, cual la tuya, vieron
 Contra sus enemigos esgrimida.

SALEMENES.

Y ahora contra su hermano, y quizás dentro
 De algunas breves horas contra él mismo.

SARDANÁPALO.

¡Imposible! No osara; no lo creo.
 Tales cosas no quiero ni escucharlas.
 Siempre en las cortes esos vanos cuentos
 Nacen de intrigas bajas, y más bajos
 Y viles mercenarios, cuyo empleo
 Es vivir propalando mil mentiras
 Sobre la vida de los hombres buenos.
 Os habrán engañado, hermano mío.

SALEMENES.

Que rinda el arma; que vasallo vuestro
 Se proclame, cual debe, y luego á todo
 Responderé.

SARDANÁPALO.

Si lo creyera, bueno;
 Mas no; no puede ser; el Medo Arbaces,
 El soldado leal, rudo y sincero;
 El mejor capitán de cuantos tienen
 Bajo su disciplina nuestros reinos.

No; no le insultaré; ni he de agraviarle
Mandando que me rinda, sin esfuerzo,
Su cimitarra, que su diestra mano
Nunca ha cedido al enemigo nuestro.
Jefe, vuestra arma recobrad.

SALEMENES. (*Entregando el sello.*)

Monarca,

Vuestro sello tomad.

SARDANÁPALO.

No; retenedlo;

Pero con más moderación usadlo.

SALEMENES.

Señor, sólo le usé por honor vuestro;
Mas visto que no puedo mantenerle
Ya con mi propio honor, os lo devuelvo.
Otorgádselo á Arbaces.

SARDANÁPALO.

Sí, debiera:

Nunca me le ha pedido.

SALEMENES.

Ten por cierto

Que le habrá de obtener sin que le cueste
Ni esa hueca apariencia de respeto.

BELESES.

No sé qué predispone con tal fuerza
Al príncipe, señor, contra dos buenos
Vasallos, que en tratando de la dicha
De Asiria, nadie les supera en celo.

SALEMENES.

¡Calla, calla, faccioso sacerdote
Y desleal soldado! Tú, perverso,
Unes en tu persona los más malos

Vicios de los instintos más funestos
 De entre los hombres. Guarda tus palabras
 Suaves y tus sermones embusteros
 Para aquellos que, al fin, no te conocen.
 De tu cómplice el crimen es al menos
 Audaz, no atemperado por las farsas
 Que aprendiste en Caldea.

BELESES.

¿Estáis oyendo,
 ¡ Señor, hijo de Belo!, cuál blasfema
 De la fe nacional que con respeto,
 Ante nuestros mayores la rodilla
 Hace doblar?

SARDANÁPALO.

¡ Oh, no! Lo que es por eso
 Dale la absolución. Yo he suprimido
 La adoración hacia los hombres muertos,
 Sintiéndome mortal, creyendo sólo
 Que aquella raza de que yo descendo
 Es, como puedo ver, sólo ceniza.

BELESES.

Rey, no penséis así; ya están aquellos
 Con las estrellas, y....

SARDANÁPALO.

Con ellas pronto
 Antes de que aparezcan en el cielo
 Te juntarás si sigues predicando,
 Pues tu traición más rematada es eso.

BELESES.

¡ Señor!

SARDANÁPALO.

¡ Á mí instruirme sobre el culto

De los asirios ídolos! ¡Bah! Presto
Dejadle en libertad; dadle su espada.

SALEMENES.

Señor y Rey y hermano, yo os lo ruego:
Aguardad.

SARDANÁPALO.

Sí, para escuchar sermones,
Y aturdido quedar y sordo, oyendo
De Baal, de los muertos, de Caldea
Y todas sus estrellas y misterios.

BELESES.

¡ Monarca, respetadlas!

SARDANÁPALO.

¿ Respetarlas?

Lo que es esas te juro que las quiero.
Me gusta contemplarlas refulgentes
En la bóveda azul del hondo cielo,
Compararlas de Myrrha con los ojos;
Gusto ver duplicarse sus destellos
En las trémulas ondas plateadas
Del Éufrates gentil, cuando en su suelo
La leve brisa de la media noche
Riza el agua corriente en su ancho seno,
Suspirando en las frescas espadañas
Que festonan sus márgenes. Empero
Si son dioses, cual unos imaginan,
O, según otros, de los dioses cuerpos,
O simplemente lámparas nocturnas,
Mundos ó de los mundos los reflejos,
Ni lo sé, ni me importa. Hay algo dulce
En esta incertidumbre en que me encuentro,
Y te juro que no la cambiaría

Ni por toda la ciencia del caldeo.
 Á más, de esto sé todo lo que puede
 Saber el polvo humano de algo cierto
 Por cima ó bajo de él...—nada. Yo miro
 Su brillantez, y su belleza siento.
 Cuando alumbren mi tumba, ni una ni otra
 Veré.

BELESES.

Veréis mejor ambas.

SARDANÁPALO.

Pues, bueno;

Esperaré, pontífice, si gustas,
 Que llegue la ocasión para saberlo.
 Entre tanto, recibe aquí tu espada,
 Y sabe, al recibirla, que prefiero
 Y estimo tu servicio militante
 Mucho más que tu propio ministerio,
 Aunque ninguno de los dos me agrada.

SALEMENES. (*Aparte.*)

Sus liviandades, ¡ay!, loco le han vuelto.
 Le salvaré á despecho de sí mismo.

SARDANÁPALO.

Ahora, escuchadme, sátrapas, atentos;
 Y sobre todo tú, mi sacerdote;
 Pues, á decir verdad, de ti sospecho
 Aún más que del soldado, y dudaría
 Del todo, á no ser tú semiguerrero:
 Marchémonos en paz....; perdón no digo,
 Pues éste debe conquistarle el reo;
 No diré que lo sois, aunque depende
 De tal palabra mía vuestro aliento,
 Y, lo que es más fatal, depende sólo

De mis temores; no temáis, empero,
 Porque soy apacible, no cobarde.
 Por lo tanto, vivid. Si fuese aquello
 Que algunos dicen soy, vuestras cabezas,
 Ya las últimas gotas escurriendo
 De su cuajada y vil sangre, estarían
 Desde las puertas del Palacio nuestro
 Sobre el árido polvo, único sitio,
 Sola porción del codiciado reino
 Do pudieran reinar y coronarse;
 Pero no hablemos más; dejemos esto.
 Lo dije ya: ni os juzgaré culpados,
 Ni tampoco inocentes os sentencio,
 Puesto que hombres mejores que vosotros
 Y yo, para acusaros están prestos;
 Y si vuestro destino encomendare
 Á jueces más adustos y severos,
 Y á toda especie de aparentes pruebas,
 Sacrificar podría en un momento
 Dos hombres que, aunque sean lo que fueren
 En verdad, una vez honrados fueron;
 Libres estáis.

ARBACES.

Señor, esta clemencia...

BELESES. (*Interrumpiéndole.*)

Digna es de vos, que, aunque inocentes siendo,
 Debemos dar las gracias.

SARDANÁPALO.

Sacerdote:

Puedes guardar tus gracias para Belo;
 Pues á su sucesor no le hacen falta.

BELESES.

Mas , si inocente soy....

SARDANÁPALO.

Guarda silencio.

El delito es locuaz. Si sois leales ,
 Injuriados os visteis , y por ello
 Tristes debéis estar , no agradecidos.

BELESES.

Y estaríamos tales , en efecto ,
 Si la justicia la otorgase siempre
 La omnipotencia del poder terreno ;
 Mas á menudo la inocencia logra
 Como mero favor lo que es derecho.

SARDANÁPALO.

Para homilía es buena tal sentencia ,
 No para esta ocasión ; así , te ruego
 La guardes en defensa de la causa
 De tu Rey y señor ante su pueblo.

BELESES.

No hay , creo , causa alguna.

SARDANÁPALO.

Causa , puede ;

Pero *causantes* , cien. Si das con ellos
 Al ejercer tu indagación terrena ,
 O si de ellos leyeses en el cielo
 Al fulgor misterioso de los astros
 Que tus crónicas son , consigna aquesto :
 Que entre el cielo y la tierra existen cosas
 De peor condición que el que con cetro
 Rigiendo á muchos á ninguno mata ,
 Que el que su propio ser no aborreciendo
 A sus prójimos ama lo bastante

Para excusar y perdonar á aquellos
 Que á él no le perdonaran si á ser amos
 Al fin llegasen.—Mas dudoso es esto.
 ¡Sátrapas! Vuestras armas y personas
 Libres están, y á vuestro arbitrio dejo
 Que las uséis, aunque desde esta hora
 Ya de ninguna de ambas cosas tengo
 Necesidad. ¡Seguidme, Salemenes!

*(Vase Sardanápalo, Salemenes y el séquito, dejando á
 Arbaces y Beleses.)*

ARBACES.

¡Beleses!

BELESES.

Ahora bien: ¿qué pensáis de esto?

ARBACES.

Que perdidos estamos.

BELESES.

Al contrario:

Que tenemos ganado nuestro reino.

ARBACES.

¿Cómo? Ya sospechados, con la espada
 En nosotros pendiente de un cabello,
 Y además ondulante para hundirse
 Al imperioso soplo de su aliento
 Que nos salvó...., no sé por qué motivo.

BELESES.

No busques el por qué, y aprovechemos
 El intervalo. La hora todavía
 Es nuestra, igual el poderío nuestro
 Y la noche la misma destinada.
 Él no ha cambiado nada, nada, excepto
 Nuestra ignorancia de sospecha alguna

En certidumbre tal, que en tal extremo
La simple dilación locura fuera.

ARBACES.

No obstante....

BELESES.

¡Qué! ¿Dudoso aún é incierto?

ARBACES.

Perdonó nuestras vidas; más, librólas
De Salemenes.

BELESES.

¿Y por cuánto tiempo
Libres están?... Hasta el primer minuto
De la embriaguez.

ARBACES.

Ó sobriedad. Empero

Se portó con nobleza; regiamente
Nos otorgó lo que perdimos ciegos
Con bajeza.

BELESES.

Decid bravura.

ARBACES.

Acaso

Con ambas cosas; mas tocó mi pecho,
Me conmovió, y, suceda lo que quiera,
En esta pretensión no iré más lejos.

BELESES.

¡Y perderéis el mundo!

ARBACES.

Pierda todo,

Menos mi propia estima.

BELESES.

¡Me avergüenzo

De pensar que debemos nuestras vidas
A un Rey de ruelas!

ARBACES.

Sí, mas no por eso
Menos se la debimos; más vergüenza
Fuera arrancar la del donante nuestro.

BELESES.

Tú podrás soportar lo que quisieres....
Otra cosa los astros escribieron.

ARBACES.

Si bajasen marcándome el camino
Con todo el esplendor de sus destellos,
Yo no los seguiría.

BELESES.

Eso es flaqueza
Peor que de una vieja que, durmiendo,
Despavorida se despierta á obscuras
Después de haber soñado con los muertos,

ARBACES.

Me pareció Nemrod mientras hablaba;
Era su porte igual á aquél, soberbio,
De la estatua imperial que en pie parece
Monarca de los reyes, en el centro,
Y que el templo gobierna, mientras sólo
Los otros mero ornato son del templo.

BELESES.

Ya te dije que tú le despreciabas
Demasiado; que en él hay algo regio.
Mejor: así es más noble el enemigo.

ARBACES.

Pero nosotros somos más pequeños.
¡Oh! ¡Que no nos hubiese perdonado!

BELESES.

Luego ¿preferirías ser tan presto
Sacrificado?

ARBACES.

No; más prefiriera,
Á vivir como ingrato, el haber muerto.

BELESES.

¡Vaya un alma que tienen ciertos hombres!
Tú eres capaz de digerir aquello
Á que traición algunos apellidan,
Y los tontos perfidia y.... ¡miren esto!
De pronto, porque aquí, por algo ó nada,
Este aturdido amigo de festejos
Entre ti y Salemenes se interpone,
Hete aquí convertido en.... ¿qué diremos?....
¡Sardanápalo! Nombre no conozco
De ignominia mayor.

ARBACES.

Hace un momento,
Quien cosa tal apellidarme osara,
Pendería su vida de un cabello;
Mas al presente debo perdonarte,
Cual él nos perdonó.—No hiciera esto
Semíramis.

BELESES.

La Reina no sufría
Participes ningunos de su reino,
Ni siquiera á su esposo.

ARBACES.

Desde ahora
Con toda lealtad servirle debo.

BELESES.

¿Y humildemente?

ARBACES.

No, mas con orgullo

Y más cerca que tú del mismo cielo,
 Yo estaré cerca de su regio trono,
 Más excelso que tú, no tan soberbio.
 Tú puedes, pues, obrar según tu juicio,
 Ya que códigos tienes y misterios,
 Y corolarios de lo bueno y malo,
 De que para mis actos yo carezco.
 Yo debo obedecer lo que me dicta
 Mi propio corazón sencillo y recto.
 Conque ya me conoces.

BELESES.

¿Acabaste?

ARBACES.

Sí, contigo acabé.

BELESES.

¿Y, acaso, luego

Me venderás, lo mismo que me dejas?

ARBACES.

Sacerdotal es ese pensamiento,
 No de un soldado.

BELESES.

Sea cual te plazca:

Tregua á nuestras disputas ahora demos,
 Y óyeme.

ARBACES.

No, mayor peligro encierra
 Tu espíritu sutil, de argucias lleno,
 Que una falange.

BELESES.

Pues que así ser debe,
Solo iré.

ARBACES.

¡Solo tú!

BELESES.

Los tronos regios
Uno solo soportan.

ARBACES.

Sí; mas éste
Ocupado se encuentra.

BELESES.

Sí, por cierto,
Mas por algo peor que estar vacante;
Por monarca sumido en el desprecio.
Míralo bien, Arbaces; te he ayudado,
Protegido y amado, y con empeño
Te incité, por servirte, en la esperanza
De á la Asiria servir. El mismo cielo
Pareció consentir; fueron propicios,
Aun al postrer instante, los sucesos,
Hasta que al fin tu espíritu desmaya
Y cae en ese torpe abatimiento.
Mas hoy, antes que ver la patria mía
Languidecer, su salvador ser quiero,
O la víctima ser de su tirano.
Ó ser uno ó los dos; que á veces fueron
Uno solo los dos. Si venzo, Arbaces
Será mi servidor.

ARBACES.

¡Servidor *vuestro!*

BELESES.

¿Y por qué no? ¡Mejor que ser esclavo,
El perdonado esclavo, el pobre siervo
De ella, la Sardanápalo! *(Entra Pania.)*

PANIA.

Señores,
Orden traigo del Rey.

ARBACES.

La obedecemos
Antes de oirla.

BELESES.

Oigámosla, no obstante.

PANIA.

Sin dilación alguna ni pretexto,
Partiréis esta misma noche entrambos
Á nuestras satrapías en los reinos
De Babilonia y Media.

BELESES.

¿Con las tropas?

PANIA.

Se refieren las órdenes que tengo
Á los sátrapas sólo y sus familias.

ARBACES.

Mas...

BELESES.

Hay que obedecer: decid que iremos.

PANIA.

Mi orden no es de llevar vuestra respuesta,
Mas de veros marchar.

BELESES. *(Aparte.)*

¡Sí...., señor! Bueno;
Desde aquí os seguiremos.

PANIA.

Me retiro.

Guarda debida al noble rango vuestro
Voy á mandar , y vuestro tiempo aguardo ;
Mas no excedáis la hora ; os lo prevengo.

(*Vase Pania.*)

BELESES.

¿Y hemos de obedecer?

ARBACES.

Sin duda alguna.

BELESES.

Sí; pero sólo hasta llegar al cerco
De las puertas que cierran el Palacio
Que es ahora nuestra cárcel.... ; no más lejos.

ARBACES.

Una verdad proclamas ciertamente.
Con su vasta extensión , el mismo reino
Nos abre á cada paso calabozos.

BELESES.

¡Tumbas!

ARBACES.

Si tal creyese , este mi acero
Otra más que la propia cavaría.

BELESES.

Ya tendría que hacer. Mas yo presiento
Mejor de lo que auguras ; por de pronto ,
Cual podamos mejor , de aquí marchemos.
Tú convienes conmigo en que tal orden
Implica una sentencia.

ARBACES.

Así lo creo.

¿Qué otra interpretación pudiera darse?

Política imperial: perdón, veneno,
 Favores y una espada, un prolongado
 Remoto viaje y un eterno sueño.
 Cuánto sátrapa, en tiempo de su padre....
 Pues él, debo decirlo, es incruento,
 O á lo menos lo *fué*....

BELESES.

Mas serlo ahora,

Ni querrá, ni podrá.

ARBACES.

Me lo sospecho.

¡ Cuántos sátrapas vi, cuando reinaba,
 Ser enviados á sus altos puestos,
 Y encontrar su sepulcro en su camino!
 Cómo, no sé decir; más todos ellos
 Enfermaban durante la jornada:
 ¡ Era tan larga y dura!

BELESES.

Pues por eso,
 Salir de la ciudad al aire libre,
 Y así nuestra jornada abreviaremos.

ARBACES.

Acaso nos la abrevien á las puertas.

BELESES.

No, no se atreverán. Será su intento
 Que de privada muerte perezcamos,
 No en el recinto del Palacio, ó dentro
 De la ciudad, do somos conocidos,
 Y tener partidarios bien podemos.
 Si aquí hubieran pensado asesinarlos,
 No viviéramos ya. Vámonos presto.

ARBACES.

Si siquiera supiese que no intenta
Nada contra mi vida....

BELESES.

¡Calla, necio!

¿Qué otra cosa intentar puede, alarmado,
El despotismo? Vamos al encuentro
De nuestras tropas, y marchemos hacia....

ARBACES.

¿Nuestras provincias?

BELESES.

No: hacia tu reino.

Hay tiempo y corazón; hay suficiente
Esperanza y poder, y propios medios
Que sus medidas incompletas dejan
Abiertos plenamente á nuestro intento.
¡Marcha!

ARBACES.

¡Y yo, arrepentido, sin embargo,
Reincidir en el delito debo!

BELESES.

Una virtud es la defensa propia,
Único baluarte del derecho.
¡Marcha, digo! Dejemos este sitio;
El aire se hace sofocante, espeso,
Y á hierbamora las paredes huelen.
¡Fuera de aquí! No hay que dejarles tiempo
Á otro consejo. Nuestra pronta marcha
Muestra será de nuestro patrio celo.
La pronta marcha impedirá á la escolta
Y al noble Pania anticipar con celo
Las órdenes de algunos emisarios.

No queda otra elección; conque.... marchemos.

(Vase con Arbaces, que le sigue con repugnancia.)

(Entran Sardanápalo y Salemenes.)

SARDANÁPALO.

Bien; todo se arregló sin verter sangre;
Esa cosa fatal, que de un remedio
Es la burla mayor. Ahora, seguros
Nos deja de esos hombres el destierro.

SALEMENES.

Sí, como el que camina sobre flores
Lo está de la culebra que, en silencio,
Se enrosca en sus raíces.

SARDANÁPALO.

¿Qué quisieras

Que hiciese, dime?

SALEMENES.

Deshacer lo hecho.

SARDANÁPALO.

¡Revocar mi perdón!

SALEMENES.

La vacilante

Corona en esa sien ceñir de nuevo.

SARDANÁPALO.

Tiránico eso fuera.

SALEMENES.

Mas seguro.

SARDANÁPALO.

Y lo estamos así. ¿Qué grave riesgo
Nos pueden ofrecer tras la frontera?

SALEMENES.

Allí no están aún, ni estar debieron
Si me escucharas bien.

SARDANÁPALO.

¿No te he escuchado
Imparcialmente á ti?... ¿Por qué no á ellos?

SALEMENES.

Ya lo sabrás después ; mas , como sea ,
Voy á ordenar las guardias , y te dejo.

SARDANÁPALO.

¿É irás á acompañarme en el banquete?

SALEMENES.

Dispensadme , señor , de tal obsequio ,
Pues no soy bebedor ; encomendadme
Cualquier servicio , el de bacante excepto.

SARDANÁPALO.

Pero es bueno gozar de cuando en cuando.

SALEMENES.

Y bueno que alguien vele por aquellos
Que gozan demasiado. ¿Retirarme
Me es permitido?

SARDANÁPALO.

Sí.... Mas un momento

Espérate , mi caro Salemenes ,
Mi hermano , mi vasallo predilecto ,
Mejor príncipe , sí , que yo monarca ;
El soberano tú debieras serlo.
Y yo.... , yo no sé qué.... , ni se me importa.
Mas no me juzgues insensible y ciego
Á tu sabia honradez , tus reprensiones
Y ásperos y al par dulces sufrimientos
Por mis locuras. Si salvé á esos hombres ,
Quiero decir , sus vidas , tu consejo
Prudente desoyendo , no es que dude
Que era sano tu aviso. Mas dejemos

Que vivan : cavilar sobre sus vidas
 No quiero....; que la enmienden. Su destierro
 Más que su misma muerte , de seguro
 Me dejará gozar tranquilo sueño.

SALEMENES.

Y así , tan sólo por salvar traidores,
 De dormir para siempre corres riesgo.
 Un momento de pena convertido
 Ahora en años de crímenes. Empero ,
 Dejémoslos tranquilos.

SARDANÁPALO.

No me tientes.

Di mi palabra.

SALEMENES.

Retirlarla es bueno.

SARDANÁPALO.

Es real.

SALEMENES.

Más decisiva ser debiera.

Esa semiindulgencia de un destierro ,
 Sólo conduce á provocar rencores.
 Ó el perdón nada es, ó ha de ser pleno.

SARDANÁPALO.

¿Y quién me persuadió, cuando los hube
 Absuelto, ú alejado, por lo menos,
 De mi presencia, quién me instó á mandarles
 Ir á sus satrapías? Dime.

SALEMENES.

Cierto.

Lo olvidé. Mas si llegan, solo entonces
 Reconvenidme más por mi consejo.

SARDANÁPALO.

Y si no llegan, ¡mira bien!...., en salvo;
 En salvo...., ¡óyelo bien!...., y sin tropiezo,
 Mira por ti.

SALEMENES.

Permite que me marche.
 De que queden en *salvo* cuidaremos.

SARDANÁPALO.

Ve, pues, y de tu hermano, te suplico,
 Piensa mejor.

SALEMENES.

Señor, siempre, cual debo,
 Yo serviré á mi Rey. (*Vase Salemenes.*)

SARDANÁPALO. (*Solo.*)

Es este hombre
 De fibra y temple por demás severo;
 Duro, pero tan alto, cual la roca,
 Y libre de las manchas y defectos
 De la tierra común. Yo, más ligera
 Arcilla, en flores impregnada, tengo.
 Mas, según es el molde, así el producto.
 Si erré por esta vez, fué propendiendo
 Hacia donde el error más levemente
 Se apoya en un indefinible afecto,
 Que no sé cuál nombrar, y me ocasiona
 Alguna vez placer, muchas tormento;
 Un espíritu oculto, que parece
 De este mi corazón hallarse dentro
 Para contar sus férvidos latidos,
 No para acelerarlos, y en secreto
 Dirigirme preguntas que no osara
 Jamás ningún mortal haberme hecho,

Ni aun el mismo Baal, con ser, potente,
 Una deidad profética,—y, empero,
 En su marmórea faz majestuosa
 Parece dibujarse como un ceño
 Cuando las sombras de la tarde anublan
 Y cambian su expresión, hasta que pienso
 Que en actitud de hablar mira la estatua.
 Mas dejemos tan vanos pensamientos:
 Alegre quiero estar.... De la alegría
 Allí viene el heraldo verdadero. (*Entra Myrrha.*)

MYRRHA.

¡Rey! El cielo se nubla amenazante,
 Y ya congrega el resonante trueno
 En las nubes que rápidas se acercan,
 Anunciando en quebrados centelleos
 Próxima tempestad desoladora.
 ¿Del Palacio salir es vuestro intento?

SARDANÁPALO.

¿Dijiste tempestad?

MYRRHA.

Sí.

SARDANÁPALO.

Por mi parte

No me disgustaría, te confieso,
 Cambiar la suave escena, y la batalla
 Contemplar de los rudos elementos.
 Mas esto no se aviene con los suaves
 Sedosos trajes y los rostros tersos
 De nuestros convidados. Dime, Myrrha:
 ¿Eres de aquellos tú que tienen miedo
 Del fragor de las nubes?

MYRRHA.

En mi patria

Escuchamos sus voces con respeto,
Como augurios de Jove.

SARDANÁPALO.

¿Quién es Jove?

¡Ah, sí! Vuestro Baal. También el nuestro
Manda en los truenos, y de vez en cuando
Algún rayo que cae prueba el secreto
De su divinidad...., si bien á veces
Hiere su propio altar.

MYRRHA.

Terrible agüero

Es este....

SARDANÁPALO.

Sí, para los sacerdotes.

Está bien: esta noche no saldremos
Fuera de las murallas del Palacio,
Mas el festín celebraremos dentro.

MYRRHA.

Loado sea el prepotente Jove,
Que escuchar se ha dignado el vivo ruego
Que no escuchabas tú. Más que tú mismo
Te son buenos los dioses, y encendieron
Entre tus enemigos y tú propio
La tempestad, para escudarte de ellos.

SARDANÁPALO.

Niña, si hay riesgo, pienso que es el mismo
Entre estos muros que del río ameno
Á la margen.

MYRRHA.

No tal, pues estos muros

Son altos, formidables y defensos.
 Muchas revueltas y macizas puertas
 Debe la vil traición forzar primero;
 Mas en el pabellón no hay baluarte.

SARDANÁPALO.

No; ni en este Palacio, ni en el centro
 De la alta fortaleza, ni en la cumbre
 Del Cáucaso por nubes siempre envuelto,
 Donde el águila anida entre inholladas
 Grietas, si la traición se alberga dentro.
 Como la flecha alcanza al rey del aire,
 Al de la tierra alcanzará el acero.
 Mas, cálmate: culpados ó inocentes,
 Esos hombres caminan al destierro,
 Y lejos estarán.

MYRRHA.

¿Entonces viven?

SARDANÁPALO.

¿Tan sanguinaria? ¡Tú!

MYRRHA.

No titubeo;

Y no vacilaría ni un instante
 En imponer, si es justo, el escarmiento
 Á aquellos que se atreven á tu vida.
 No siendo así, la mía no merezco.
 Á más, ya oiste al noble Salemenes.

SARDANÁPALO.

¡Es extraño! Ella dulce y él austero,
 Ambos unidos contra mí, me incitan
 Á la dura venganza que detesto.

MYRRHA.

Es virtud griega.

SARDANÁPALO.

Pero no de reyes :
No la busco ; si alguna vez la ejerzo ,
Será contra los reyes mis iguales.

MYRRHA.

Esos hombres , señor , pretenden serlo.

SARDANÁPALO.

Eso es de sobra femenil , y brota
Del miedo.

MYRRHA.

Sí ; por vos.

SARDANÁPALO.

No importa ; es miedo .

He observado tu sexo , sexo débil ,
Que , una vez á la cólera despierto ,
Se hace tímidamente vengativo
Y con perseverancia , hasta un extremo
Que yo no imitaré . Te juzgué exenta
De esto y el infantil desvalimiento
De las mujeres de Asia .

MYRRHA.

Señor mío ,

Ni de mi amor ó calidades creo
Jactarme ; compartí vuestra opulencia ,
Y compartir vuestro destino quiero .
Podéis vivir y ver que hay una esclava
Más fiel que miles de vasallos vuestros .
¡ No lo quieran los dioses ! Más me place
Que fe tengáis en mi leal afecto ,
Que demostrarlo en medio á vuestras penas .
Nunca mayores , ¡ ay ! , que mis desvelos .

SARDANÁPALO.

¡Pena! Sobrevenir no puede alguna
Donde existe un amor grande y perfecto
Sino para elevarle, y se disipa
No pudiendo arrancárnosle del pecho.
Marchemos, pues; se acerca ya la hora;
Y prepararnos, sin tardar, debemos
A recibir los nobles convidados
Que favorecen el banquete nuestro.

(Vanse.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

El salón del Palacio iluminado.—SARDANÁPALO y sus convidados sentados á la mesa.—Fuera una tempestad.—De cuando en cuando óyense truenos durante el banquete.

ESCENA PRIMERA.

SARDANÁPALO.

¡Llenad las copas bien ! Así me gusta.

¡Esta es mi propia y verdadera patria,

En medio de estos ojos refulgentes

Y estas hermosas y felices caras !

No llega aquí el dolor.

ZAMES.

Ni á parte alguna ,

Pues donde el Rey está luce la llama

Divina del placer.

SARDANÁPALO.

¿No es mejor esto

Que aquellas cacerías sanguinarias

Del gran Nemrod , ó mi salvaje abuela

Cazando reinos , ¡ ah ! , que conquistaba

Sin poderlos guardar ?

ALTADA.

Muy poderosos
Fueron, cual fué tu estirpe soberana ;
Mas ninguno anterior llegó á la cima
Do llegó Sardanápalo , quien basa
Su alegría en la paz , única gloria
Veraz.

SARDANÁPALO.

Y en el placer , mi buen Altada ,
Del cual la gloria no es sino la senda.
¿Qué buscamos? ¡El goce! Menos larga
Hemos hecho la vía que á él conduce,
No buscando su huella señalada
Entre humanas cenizas y una tumba
Dejando á cada paso nuestra planta.

ZAMES.

Todos los corazones son dichosos,
Todas las voces bendiciones alzan
Al gran Rey de la paz , que hace del mundo
Una festividad.

SARDANÁPALO.

¿De esas palabras
Seguro estás? Oí otras cosas. Dicen
Que hay traidores.

ZAMES.

¡Traidores! Los que audacia
Tienen de hablar así son los traidores.
¡Imposible! ¿Qué causa?

SARDANÁPALO.

Sí, ¿qué causa
Puede haber, en verdad?... Llenad la copa;
No quiero de ellos ocuparme; basta:

No hay ninguno, y si existen, ya se fueron.

ALTADA.

¡Convidados, brindad conmigo! Hincada
La rodilla, apurad una medida
A la salud del Rey.... ¿Dije monarca?
¡Por el dios Sardanápalo!

(Zames y los convidados se arrodillan y exclaman:)

Más grande

Que su padre Baal, de más pujanza.

¡Por el dios Sardanápalo!

(Al arrodillarse se oyen truenos, y algunos se levantan en confusión.)

ZAMES.

¡Oh, amigos!

¿Por qué os levantáis con esa alarma?

Ese potente estruendo es que los dioses

De sus padres se asocian....

MYRRHA.

Ó amenazan.

Rey, ¿sufrirás esa impiedad demente?

SARDANÁPALO.

¡Impiedad!.... Si los hombres que reinaran

Antes de yo reinar pueden ser dioses,

Yo no pretendo exhonerar su casta.

Mas, levantad, mis crédulos amigos,

Y vuestra devoción podéis guardarla

Para el que truena allí; yo sólo busco

Amor, no adoración.

ALTADA.

Pues ambas...., ambas

Por siempre os deben los vasallos fieles.

SARDANÁPALO.

Parece que los truenos se agigantan.
¡Noche tremenda!

MYRRHA.

¡Oh, sí, tremenda noche
Para cuantos no tienen las estancias
De un Palacio soberbio que proteja
A sus adoradores!

SARDANÁPALO.

Verdad hablas,
Myrrha gentil; y si tornar pudiese
Mi reino en un refugio á la desgracia,
Lo cumpliría.

MYRRHA.

Luego dios no eres,
Al no poder llenar mira tan alta,
Tan bondadoso y general deseo
Como ese mismo afán tuyo implicara.

SARDANÁPALO.

¿Y entonces vuestros dioses que lo pueden
Y no lo hacen?

MYRRHA.

No hables de eso; calla,
Y no los provoquemos.

SARDANÁPALO.

Razón tienes,
Pues la censura no les es más grata
Que á los mortales. Escuchad, amigos,
Un cierto pensamiento que me asalta:
Si no existieran templos, ¿os parece
Que idólatras del aire se encontraran,
Sobre todo si ruge furibundo

Cual hoy?

MYRRHA.

Le invoca el Persa en su montaña.

SARDANÁPALO.

Sí; cuando brilla el sol.

MYRRHA.

Y yo pregunto:

Si este Palacio, vuestra regia estancia,
Fuere asolado, y con fragor cayese
La pesantez de sus techumbres altas,
¿Cuántos aduladores lamerían
El polvo en que su Rey se sepultara?

ALTADA.

Muy sarcástica está la hermosa jonia
Con la nación que á conocer no alcanza.
Los asirios no tienen otro goce
Que el de su Rey, y en su homenaje basan
Su orgullo....

SARDANÁPALO.

Perdonad, huéspedes míos,
De aquesta griega la vivaz palabra.

ALTADA.

¡Perdón! Señor, nosotros la honoramos
Sobre todas las cosas que cercanas
Están de ti. ¡Callad! ¿Qué ruido es ese?

ZAMES.

Nada; sólo el estruendo de portadas
Distantes, por el viento sacudidas.

ALTADA.

Resuenan como el choque de.... Mas ¡calla!....
¡Escuchad; otra vez!....

ZAMES.

Es la copiosa
Lluvia que cae sobre los techos.

SARDANÁPALO.

Basta.

Myrrha, mi bien, ¿la lira preparaste?
Cántame una canción de Safo; canta
De aquélla, sabes, que en la patria tuya
Se arrojó....

(Entra Pania con la espada y sus vestiduras ensangrentadas y en desorden. Los convidados se levantan en confusión.)

PANIA. *(A los guardias.)*

Á las puertas sin tardanza
Acudid, y á los muros exteriores
Id pronto. ¡Vuestras armas! ¡Á las armas!
El Rey está en peligro. ¡Soberano!
Esta prisa excusad....; es celo.

SARDANÁPALO.

Habla.

PANIA.

Es lo que sospechaba Salemenes.
Los desleales y atrevidos sátrapas....

SARDANÁPALO.

Herido estás..... Al punto, dadle vino;
Cobra un poco de aliento, mi buen Pania.

PANIA.

No es nada; es un rasguño solamente.
Estoy más devorado por el ansia
De avisar á mi noble Soberano,
Que herido en la defensa de su causa.

MYRRHA.

Bien, señor, ¿los rebeldes?....

PANIA.

Pues tan luego

Como á su puesto , en la ciudad , llegaron
 Arbaces y Beleses , rehusaron
 Abiertamente proseguir su marcha.
 Al intentar usar de los poderes
 Que en mis manos para ello delegaran ,
 Apelaron entonces á sus tropas ,
 Que se alzaron con fieras arrogancias ,

MYRRHA.

¿ Todos ?

PANIA.

Muchos.

SARDANÁPALO.

No ahorres tu lenguaje
 Para ahorrarme la verdad.

PANIA.

Mi guardia ,

Aunque corta , era fiel , y es la que queda.

MYRRHA.

¿ Y esa es toda la fuerza reservada
 Que permanece fiel ?

PANIA.

No ; los bactrianos ,

Á cuyo frente Salemenes marcha
 (Pues sospechoso de los jefes medos
 En su camino preparado estaba) ,
 Son numerosos , y al rebelde afrontan
 Combatiendo pulgada por pulgada ,
 Un formidable círculo formando
 En torno del Palacio , donde tratan
 De concentrar el grueso de sus fuerzas

Y al Rey salvar. (*Vacila.*) Encargo tengo....

MYRRHA.

Acaba;

De vacilar no es tiempo.

PANIA.

Pues implora

Salemenes al Rey ciña sus armas.

Aunque sea un instante, y que se muestre

Á sus soldados : su presencia alcanza

En este trance más que en su socorro

Falanges.

SARDANÁPALO.

¡Hola! Mi armadura traigan.

MYRRHA.

¿Irás?

SARDANÁPALO.

¿Y por qué no? ¡Vamos!.... Escudo

No me deis; pesa mucho; una coraza

Ligera, con mi espada, es suficiente.

¿Dónde están los rebeldes?

PANIA.

Á distancia

De un estadio del externo muro,

Donde el combate más feroz se traba.

SARDANÁPALO.

Podré cargar entonces á caballo.

Sfero, pronto mi caballo manda.

En los patios y pórticos externos

Hay amplitud bastante dilatada

Para mandar allí la numerosa

Mitad de los jinetes de la Arabia.

(*Sale Sfero por la armadura.*)

MYRRHA.

¡Cuánto te adoro!

SARDANÁPALO.

Nunca lo he dudado.

MYRRHA.

Más ahora te conozco.

SARDANÁPALO. (*Á su servidor.*)

Trae mi lanza.

¿Dónde está Salemenes?

PANIA.

Donde debe

Un soldado ; en la lid más empeñada.

SARDANÁPALO.

Vuela entonces con él. ¿Hay paso libre
Entre el Palacio y la falange?

PANIA.

Estaba

Cuando vine, y no temo : nuestras tropas
Firmes están y la falange en guardia.

SARDANÁPALO.

Dile que su persona economice
Y que la mía yo no he de ahorrarla.
Y di que al punto voy.

PANIA.

Entonces llevo

La victoria, señor, en tu palabra.

(*Vase Pania.*)

SARDANÁPALO.

Altada, Zames, id: ¡armaos pronto!
Todo dispuesto en la armería se halla.
Ved que pongan en salvo á las mujeres
En las habitaciones apartadas:

Una guardia poned delante de ellas
 Con la consigna estricta y la ordenanza
 De dejar sólo el puesto con sus vidas.
 Y de su mando, Zames, tú te encargas.
 Ármate, Altada, y vuelve aquí; tu puesto
 Junto á nuestra persona te reclama.

(Vanse Zames, Altada y todos, excepto Myrrha.)

(Entra Sfero con las armas del Rey, etc.)

SFERO.

Vuestra armadura.

SARDANÁPALO. *(Armándose él mismo.)*

Mi coraza venga.

Bien: ahora el cinturón; ahora mi espada.
 ¡Ah! Y el yelmo olvidé.... ¿Dónde está el yelmo?
 Este es bueno....; no, pesa mucho; aparta;
 Te engañaste, no es éste; es el que tiene
 En torno una diadema cincelada.

SFERO.

Señor, pensé que aquel es muy visible,
 Por las piedras preciosas que se engarzan
 En torno de él, para poner debajo
 En grave riesgo vuestra sien sagrada;
 Y, creedme, señor, si no tan rico,
 Este es mejor metal y más resguarda.

SARDANÁPALO.

¿Lo crees? ¿Tú también eres rebelde?
 Obedecer te toca; vuelve...., anda....,
 Y...., no...., ya es tarde.... Iré sin él entonces.

SFERO.

Al menos llevad este, Rey.

SARDANÁPALO.

¡Aparta!

¿Soportar este Cáucaso?... Pues esto
Para mis sienes es una montaña.

SFERO.

Pensad, señor, que el ínfimo soldado
Así no corre expuesto á la batalla.
Os reconocerán todos los hombres,
Pues por fin ha cesado la borrasca,
Y la luna, rasgando las tinieblas,
De nuevo ya su claridad derrama.

SARDANÁPALO.

Fuera voy para ser reconocido;
Pronto así lo seré. Venga mi lanza:
Armado estoy.

(Deteniéndose al ir á marchar, y volviéndose á Sfero.)

¡Ah! Me olvidaba, Sfero....

Trae el espejo.

SFERO.

¿Espejo, señor?

SARDANÁPALO.

¡Vaya!

Si, señor; es aquel pulido bronce
Del botín de la India.... Mas, ¿qué tardas?

(Vase Sfero.)

Myrrha, tú irás á algún lugar seguro.

¿Por qué no vas con las demás muchachas?

MYRRHA.

Porque mi sitio es este.

SARDANÁPALO.

¿Y cuando marche?

MYRRHA.

Os seguiré.

SARDANÁPALO.

¡Tú! ¿Dónde?... ¿Á la batalla?

MYRRHA.

La primer joven griega, si lo hiciese,
No sería que allí se encaminara.

Aquí, señor, aguardaré tu *vuelta*.

SARDANÁPALO.

Sitio muy espacioso es esta estancia,
Y la más anhelada, si ellos triunfan.
Si fuese así, si yo no retornara....

MYRRHA.

Nos volveremos á encontrar.

SARDANÁPALO.

¿En dónde?

MYRRHA.

En el sitio do al fin todos se hallan;
¡En Hades!, si es verdad, como yo creo,
Que detrás del Stigio hay una playa;
Y si no, en las cenizas.

SARDANÁPALO.

¿Y te atreves

Á tanto?

MYRRHA.

Á todo; todo lo arrostrara,
Menos sobrevivir á quien he amado,
Y ser botín de algún rebelde; marcha,
Y prueba da de tu mayor bravura.

*(Vuelve Sfero con el espejo.)*SARDANÁPALO. *(Mirándose.)*

Me va bien, me va bien esta coraza,
Y el cinturón mejor; en cuanto al yelmo,
Ni pizca. Me parece, sin jactancia,

Que no me sientan mal estos juguetes ;
 Ahora los vamos á probar. ¡Altada,
 Altada! ¿Dónde está?

SFERO.

Fuera , esperando

Con el escudo.

SARDANÁPALO.

¡ Ah ! Sí ; se me olvidaba

Que es mi escudero por derecho propio
 De sangre , en sucesión hereditaria.

Myrrha , abrázame.... ; más , más todavía....

Ámame , venga lo que venga. Aguarda.

Hacerme digno de tu amor , mi gloria

Mayor será.

MYRRHA.

Ve fuera á conquistarla.

(Vanse Sardanápalo y Sfero.)

Ya sola estoy ; ya todos se marcharon ;

Y ¡cuán pocos , de todos los que marchan ,

Acaso volverán. Que él sólo venza ,

Aunque perezca yo. Si él no triunfara ,

Moriré ; no podré sobrevivirle.

Mi corazón hirió ; no sé la causa.

No porque es Rey ; pues que su reino ahora

Tiembla bajo su trono , y á sus plantas

Se abre la tierra para darle sólo

De su reino una tumba solitaria.

Y empero le amo más. ¡ Oh prepotente

Jove ! ¡ Perdona la monstruosa llama

De este amor hacia un bárbaro que ignora

Tu Olimpo ! Sí ; le adoro con el alma ;

Y ahora , ahora mucho más que.... Pero ,

¡Atención! El fragor de la batalla
Se acerca, me parece. Si así fuera,

(*Saca un pequeño pomo*)

El veneno sutil de esta substancia,
Que con estudios aprendió mi padre
Á componer en las Euxinas playas,
Sabrá seguramente libertarme,
Y aun hace tiempo ya me libertara,
Á no ser porque he amado hasta el extremo
De llegar á olvidar que soy esclava....,
Donde esclavos son todos menos uno,
Y de su misma esclavitud se ufanan,
Con tal de que, á su vez, les sirvan otros
Seres más degradados en la escala
De la vil servidumbre. ¡Ay! Olvidamos
Que las cadenas, aunque estén llevadas
Por adorno, no son menos cadenas.
¡Los gritos otra vez! Y el choque de armas....
Y ahora...., ahora.... (*Entra Allada.*)

ALTADA.

¡Pronto, Sfero; pronto

MYRRHA.

No está aquí. ¿Qué le quieres? ¿Cómo se halla
El combate?

ALTADA.

Dudoso y formidable.

MYRRHA.

¿Y el Rey?

ALTADA.

Cual Rey. Llevarle nueva lanza
Debo y su propio casco. La cabeza
Desnuda, peleó; mas le amenazan

Mucho ya. Conocieron los soldados
 Su faz, y el enemigo vió su cara,
 Y á la ancha luz de la brillante luna
 Su flotante cabello y su tiara,
 Un blanco demasiado *real* le hicieron.
 Cada flecha que vuela va apuntada
 Al hermoso cabello, al bello rostro
 Y á la diadema reluciente y ancha
 Que corona á los dos.

MYRRHA.

Vosotros, dioses,
 Que fulmináis en mi materna patria,
 ¡Protegedle! ¿Fué el Rey quien os envía?

ALTADA.

Fué Salemenes quien aquí me manda
 Con este encargo, y sin que sepa de ello
 El indolente soberano nada.
 ¡El Rey! ¡El Rey combate cual festeja!
 ¿Dónde está Sfero? ¿En la armería se halla?
 Allí debe de estar. (*Vase Altada.*)

MYRRHA.

No, no es deshonra
 Amar á ese hombre. Casi deseara
 Lo que antes no anhelé; que fuese griego.
 Si el mismo Alcides empañó su fama
 Ciñendo el traje de la Lydia Onfale
 Y empuñando la rueca que degrada,
 Éste, seguramente, que de pronto
 Como un Hércules fiero se levanta,
 Él, nutrido en las artes femeniles
 Hasta la edad viril desde la infancia,
 Que, cual si fuese á lecho de placeres,

Corre desde el festín á la batalla ,
 Merece bien que sin desdoro pueda
 Una doncella griega ser su amada ,
 Un bardo griego su cantor , y un griego
 Sepulcro monumento á sus hazañas.

(*Entra un oficial.*)

¿Cómo sigue la lid , señor?

OFICIAL.

Perdida ,

Perdida ; casi ya sin esperanza.

Zames : ¿ dónde está Zames?

MYRRHA.

Apostado

Al frente de la guardia destinada
 Para la habitación de las mujeres
 Debidamente custodiar. (*Vase el oficial.*)

MYRRHA. (*Sola.*)

Se marcha ;

¡ Sólo dijo que todo está perdido !

¿ Qué más quiero saber ? Esas palabras ,
 Esas breves palabras significan

Que un reino , un Rey , una gloriosa casta
 De trece siglos , miles de existencias
 Y la suerte de todos , arrancada

Con la vida , se hundieron ; y yo misma
 También entre los grandes , cuando caigan ,
 Cual pequeña burbuja que se rompe
 Entre las mismas olas que la arrastran ,
 Nada seré . Y al menos yo soy dueña
 De mi destino , y no seré contada
 Del vencedor soberbio en los despojos.

(*Entra Pania.*)

PANIA.

Myrrha, venid conmigo sin tardanza ;
No debemos perder un solo instante....,
Único que nos resta.

MYRRHA.

¿Y el Monarca?

PANIA.

Me manda aquí para, detrás del río,
Desde aquí mismo, conduciros salva
Por secreto pasaje.

MYRRHA.

Luego vive....

PANIA.

Y vuestra vida asegurar me encarga ;
Y os ruega que por él guardéis la vida
Hasta que á vos á reunirse vaya.

MYRRHA.

Entonces, ¿cederá?....

PANIA.

Solo al extremo.

Aún hace todo cuanto á hacer alcanza
La desesperación, y paso á paso
El Palacio disputa.

MYRRHA.

¿Luego se hallan

Aquí? Sí.... ; ya el estruendo de sus gritos
Llega al través de las antiguas salas,
Jamás hasta esta noche maldecida
Por los rebeldes ecos profanadas.

¡Adiós, raza de Asiria ! ¡Adiós, progenie
De Nemrod ! ¡Aun el nombre ya no es nada !

PANIA.

¡Connigo huid!

MYRRHA.

No : ¡moriré aquí mismo!

Ve, y al Rey dile que hasta el fin le amaba.

(Entran Sardanápalo y Salemenes con soldados. Pania deja á Myrrha y se coloca entre ellos.)

SARDANÁPALO.

Pues tal quiso la suerte, moriremos
 Donde nacimos, en mis propias salas.
 Las filas estrechad, resistid firmes.
 A un sátrapa envié de confianza
 Por la guardia de Zames, fiel y fresca ;
 Pronto vendrá. No acabó todo. Pania,
 Vela por Myrrha.

(Pania vuelve con Myrrha.)

SALEMENES.

Aliento recobremos :

Una vez más, amigos, á la carga.
 Una vez más, ¡siquiera, por la Asiria!

SARDANÁPALO.

¡Casi puedes decir mejor por Bactria!
 Mis leales bactrianos, desde ahora
 De vuestra gran nación seré monarca,
 Y regiré este reino cual provincia.

SALEMENES.

¡Atención! Aquí vienen; se adelantan.

(Entran Beleses y Arbaces con los rebeldes.)

ARBACES.

Cogedlos: los tenemos en las redes.
 ¡Á la carga, soldados, á la carga!

BELESES.

¡Sus, sus! Combate el cielo por nosotros
Y con nosotros.... ¡Sus!

(Atacan al Rey y á Salemenes con sus tropas, que se defienden hasta la llegada de Zames con la guardia antes mencionada. Los rebeldes entonces son rechazados y perseguidos por Salemenes, etc. Cuando el Rey va á unirse con ellos en la persecución, Beleses se le interpone.)

BELESES.

¡Tirano, aguarda!

Yo acabaré esta guerra.

SARDANÁPALO.

Pues entonces,

Sacerdote marcial, profeta, alhaja,
Y vasallo leal y agradecido,
Ríndete. Reservarte deseara
Un castigo más propio, que mojarme
Aquí mis manos en tu sangre santa.

BELESES.

Llegó tu última hora.

SARDANÁPALO.

No, la tuya....

Aunque astrólogo joven, hace nada
Leí los astros, y encontré en el signo
Escorpión tu destino, que proclama
Que serás aplastado en este instante.

BELESES.

Mas no será por ti.

(Combaten. Beleses es herido y desarmado.)

SARDANÁPALO. *(Levantando su espada para concluirle,
exclama :)*

Pues ahora llama

A tus planetas. ¿Bajarán del cielo

¿A defender su augur y su importancia?

(Llega parte de los rebeldes y rescata á Beleses. Asaltan al Rey, quien, á su vez, es rescatado por una parte de sus soldados, que rechazan á los rebeldes.)

Después de todo, el vil era profeta.

¡A ellos! ¡Sus! ¡La victoria está ganada!

(Sale en su persecución.)

MYRRHA. *(A Pania)*

¡Síguelos! Tú, ¿qué haces aquí, dejando
Tus compañeros que sin ti combatan?

PANIA.

Mandó el Rey que de ti no me alejase.

MYRRHA.

¿De mí? Ve, no te ocupes para nada
De mí.... Ni el simple brazo de un soldado
Ahora debe faltar. Ni pido guardia,
Ni guardia necesito. ¿Cómo, dime,
Cuando en peligro tal un mundo se halla,
Velar á una mujer? ¡Marcha te digo,
Ó vergüenza y baldón sobre ti caiga!
Ó si no, yo saldré, yo, mujer débil,
En medio de esa lucha encarnizada,
Pidiendo que me guardes *allí* mismo
Do debes escudar á tu Monarca. *(Vase Myrrha.)*

PANIA.

¡Permaneced, señora! ¡Se ha marchado!
Si algún mal le sucede, entonces, Pania,
Fuera mucho mejor perder la vida.
Es ella á Sardanápalo más cara

Aún que su propio reino, aunque por éste
Ahora también intrépido combata.

¿Puedo ser menos que él, él, que en su vida

Hasta ahora esgrimió la cimitarra?
 ¡Myrrha! Volved, volved; os obedezco,
 Aunque desobedezco á mi Monarca. (*Vase Pania.*)

(*Entran Altada y Sfero por la puerta opuesta.*)

ALTADA.

¡Myrrha! ¡Cómo! ¿Se fué? Pues aquí estuvo
 Durante la refriega, y también Pania.
 ¿Qué les habrá ocurrido?

SFERO.

Los vi salvos,
 Mientras que los rebeldes se alejaban.
 Quizás se han retirado con intento
 De volver al harem.

ALTADA.

Si el Rey alcanza
 El triunfo, cual parece debe ahora,
 Y su jonia al llegar ve que le falta,
 Peor que de rebeldes prisioneros
 Es la suerte que entonces nos aguarda.

SFERO.

Busquémosla; lejana estar no puede;
 Si la hallamos, ofrenda es más preciada
 Para nuestro clemente soberano,
 Que del perdido reino la ganancia.

ALTADA.

Para lograr su imperio Baal mismo,
 Nunca luchó con tan valiente saña,
 Como su descendiente por salvarle.
 De enemigos y amigos desbarata
 Los augurios; é igual á un seco día
 Bochornoso de estío, que presagia
 La tempestad crepuscular, prorrumpe

En truenos tales, que el espacio arrasa
Y el suelo inunda. Es hombre inescrutable.

SFERO.

Cual todos. De las ciegas circunstancias
Hijos los hombres son; pero busquemos
La esclava, ó preparémonos, si falta,
Á torturados ser por su capricho,
Y condenados sin que crimen haya. (*Vanse.*)

(*Entran Salemenes y soldados, etc.*)

SALEMENES.

Lisonjero es el triunfo : rechazados
Fueron tras el Palacio; nuestras armas
Acceso libre abrieron á las tropas
Tras el Éufrates ancho estacionadas,
Tropas fieles quizás, ó que han de serlo
Al escuchar nuestra victoria magna.
Mas ¿dónde está el caudillo victorioso?
¿Dónde está el Rey?

(*Entra Sardanápalo con los suyos y Myrrha.*)

SARDANÁPALO.

Hermano, aquí se halla.

SALEMENES.

É ileso, espero.

SARDANÁPALO.

No del todo ileso;

Mas esto pronto pasará; no es nada.
Limpiamos el Palacio.

SALEMENES.

Y me parece

Que también la ciudad. Reconcentradas
Nuestras fuerzas están; mandé que avance
Una nube de parthos que se hallaban

De reserva, valientes, frescos todos;
Sobre ellos lloverán: su retirada
Pronto ha de ser ignominiosa fuga.

SARDANÁPALO.

Ya lo es, ó, por lo menos, más volaban
De lo que yo podía, al perseguirles
Con mis bactrianos, y eso que á la carga
No iban despacio. Mas estoy rendido;
Dadme una silla.

SALEMENES.

El trono aquí se alza,

Señor.

SARDANÁPALO.

No, como sitio de descanso,
Ni para el cuerpo lo es ni para el alma.

(Colocan una silla.)

Dadme algún lecho, el mísero banquillo
De un labrador, no importa lo que traigan.
¡Ah! Más libre respiro.

SALEMENES.

Fué esta hora

De tu vida la más gloriosa y alta.

SARDANÁPALO.

Y la más aburrida ciertamente.
¿Dónde está mi copero? Tráeme agua.

SALEMENES. (Sonriendo.)

Es la primera vez que das tal orden.

Y hasta yo mismo, en esta circunstancia,
Aunque tu más adusto consejero,
Más purpúrea bebida aconsejara.

SARDANÁPALO.

Sangre, sin duda. Se vertió bastante.

En cuanto al vino, en esta noche trágica
 Vi lo que vale el elemento puro:
 De él bebí por tres veces, y otras tantas
 Con más grande vigor que el que la uva
 Siempre me diera, renové la carga
 Contra el rebelde. ¿Dónde está el soldado
 Que en su yelmo me vino á ofrecer agua?

UN GUARDIA.

¡Muerto, señor! Un dardo la cabeza
 Le atravesó mientras vertiendo estaba
 Ya las últimas gotas de su yelmo,
 Y á ceñirle á su sien se preparaba.

SARDANÁPALO.

¡Muerto indefenso! ¡Muerto solamente
 Por apagar mi sed! ¡Dura desgracia!
 ¡Oh pobre esclavo! Si estuviese vivo,
 Á manos llenas de oro le colmara,
 Porque con todo el oro de la tierra
 El placer de aquel sorbo no se paga,
 Pues estaba abrasado, como ahora.

(Traen agua y bebe.)

Vivo otra vez.... En adelante, nada;
 Para el amor la copa me reservo,
 Para la guerra me reservo el agua.

SALEMENES.

Señor, ¿y ese vendaje que tu brazo
 Rodea?

SARDANÁPALO.

Un arañazo de la espada
 Del valiente Beleses.

MYRRHA.

¡Está herido!

SARDANÁPALO.

No mucho ; empero siento que la llaga
Va siendo un poco rígida y penosa.
Ahora siento más frío.

MYRRHA.

Está vendada

Con....

SARDANÁPALO.

Con la franja real de mi diadema.
Por la primera vez, ¿quién lo pensara?,
Ese ornamento me sirvió de algo
Que no fuese de estorbo.

MYRRHA. (*Á los servidores.*)

Sin tardanza

Id y llamad al médico más hábil :
Retiraos os ruego : á desligarla
Voy, y á curar yo misma vuestra herida.

SARDANÁPALO.

Hazlo, pues ahora late exacerbada.
Mas ¿qué entiendes de heridas? Sin embargo,
Pregunta es, en verdad, innecesaria.
¿Sabes, hermano, dónde hallé á esta niña?

SALEMENES.

Con las otras mujeres, espantadas
Cual rebaño de tímidas gacelas.

SARDANÁPALO.

¿Cual tímida gacela? No : te engañas ;
Como la madre del león cachorro,
Luchando atroz con femenina rabia
(Y femenil quiere decir furiosa,
Porque toda pasión exagerada
Es femenil) contra el audaz furtivo

Cazador que su hijuelo le arrebató ;
 Suelto el cabello, la mirada ardiente,
 Con su ademán y voces animaba
 En la persecución á los soldados.

SALEMENES.

¿De veras?

SARDANÁPALO.

Ya lo ves, esta jornada
 Á algunos más que á mí tornó guerreros.
 Mi paso detenía por mirarla,
 Para ver, inflamada su mejilla,
 Sus grandes ojos negros, que brillaban
 A través de su larga cabellera
 Por su cuerpo esparcida; las hinchadas
 Azules venas de su sien radiante;
 Su correcta nariz, que se dilata;
 Sus entreabiertos labios, su sonora
 Voz penetrando en medio á la algazara,
 Cual laúd que entre címbalos resuena
 Discordante en su timbre, no apagada
 Por el fragor; sus brazos ondulantes
 Que en su propia blancura deslumbraban
 Más que el acero que empuñaba en mano
 Y que á un muerto soldado arrebatara:
 Todo esto la hacía ante las tropas
 Aparecer cual profetisa sacra
 De la victoria ó la Victoria misma
 Que nuestro triunfo á saludar bajara.

SALEMENES. (*Aparte.*)

Malo es esto. De nuevo ya le invade
 El amor, y perdido todo se halla,
 Al menos que cambiemos sus ideas. (*Alto.*)

Señor, piensa en tu herida; que te causa
Dolor dijiste.

SARDANÁPALO.

Es cierto, sí; mas de ella
No me debo ocupar; no vale nada.

SALEMENES.

Todo lo necesario ya dispuse;
Y ahora recibiré noticia exacta
Del curso de mis órdenes, y luego
Volveré á oír tus votos.

SARDANÁPALO.

Así se haga.

SALEMENES. (*Al retirarse.*)

¡Myrrha!

MYRRHA.

¡Príncipe!

SALEMENES.

En esta cruda noche
Has demostrado un corazón y un alma
Que, á no ser de mi hermana el Soberano...
Mas tiempo no tenemos. ¿Al rey amas?

MYRRHA.

Yo amo á Sardanápalo.

SALEMENES.

¿Y quisieras

Que fuese Rey aún?

MYRRHA.

No deseara
Que fuese menos de quien ser merece.

SALEMENES.

Bien; pues entonces para ser Monarca,
Y tuyo, y cuanto ser ó no ser deba,

Para que viva , impídele que caiga
De nuevo en la molicie. Más dominio
Tiene tu corazón sobre su alma ,
Que la sabiduría entre estos muros
Ó la cruel rebelión que fuera estalla.
Mira bien que de nuevo no reincida.

MYRRHA.

Para tal prevención no es necesaria
La voz de Salemenes : nada temas.
Cuanto dominio la flaqueza alcanza
De una mujer....

SALEMENES.

Poder omnipotente
Tiene en un corazón como el que guarda ;
Sabia ejércele. (*Vase Salemenes.*)

SARDANÁPALO.

¡ Myrrha ! ¿ Qué murmuras
Con mi severo hermano así en voz baja ?
Mira que pronto voy á estar celoso.

MYRRHA. (*Sonriendo.*)

Señor , y para estarlo tenéis causa ;
No respira en la tierra hombre más digno
De amor de una mujer , de confianza
Del soldado , respeto del vasallo ,
La estimación augusta de un Monarca ,
Y la alta admiración del mundo entero.

SARDANÁPALO.

Elógiale , mas no tan entusiasta.
No debo oír en esos dulces labios
Desbordar la elocuencia cuando ensalzan
Algo que me sumerge entre la sombra ;
Y , sin embargo , la verdad proclamas.

MYRRHA.

Y ahora, señor, retírate ; tu herida
Es preciso curar ; hazme la gracia
De apoyarte en mi brazo.

SARDANÁPALO.

¡ Sí, amor mío !

Pero no es el dolor quien me lo manda.

(Vanse.)

FIN DEL ACTO TERCERO.





ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

SARDANÁPALO aparece durmiendo sobre un lecho, y de vez en cuando agitado en su sueño. MYRRHA le vela.

MYRRHA. (*Sola, mirando.*)

Su reposo he turbado, si reposo
Puedo llamar su convulsivo sueño.
¿Le habré de despertar? No, se ha calmado.
¡Oh Dios de la Quietud! Tú, cuyo cetro
En los cerrados párpados impera,
Y en los dulces y plácidos ensueños,
O en el sueño profundo, tan profundo
Que al fin es insondable su misterio :
Ven, parecido á tu piadosa hermana
La Muerte ; ven tan silencioso y quieto,
Pues sólo en ti logramos ser dichosos,
Tan venturosos cual quizás seremos
En la mansión de tu severa y muda
Gemela indespertable. Mas de nuevo
Se agita, y otra vez en sus facciones
Se retrata el dolor, como del viento
El soplo crispa el lago que á la sombra

De la montaña al pie yace sereno,
 Ó arrebatada las hojas del otoño
 Que, moribundas ya, sin movimiento,
 Adhiérense, marchitas, á las ramas
 Que les son caras. Despertarle debo.
 Mas todavía no; duerme, y ¿quién sabe
 La sensación de que arrancarle puedo?
 Parece de dolor; pero ¿y si acaso
 Á otro dolor le empuja más acerbo?
 La fiebre de esta noche tumultuosa,
 De su herida el dolor, aunque ligero,
 Puede la causa ser, y más que él mismo
 En sufrirlo, en mirarlo yo padezco.
 No, dejemos, dejemos á la sabia
 Naturaleza usar su fin materno,
 Y á secundarla esperaré tan solo,
 En vez de perturbarla en sus decretos.

SARDANÁPALO. (*Despertando.*)

No.... Si mutiplicaseis las estrellas
 Y me las ofrecieseis como reino
 Á que le compartiese con vosotros
 Y por vosotros, por ningún pretexto
 De semejante modo compraría
 Ni de la eternidad todo el imperio.
 ¡Atrás, atrás de fieras primitivas
 Tú, viejo cazador; atrás aquellos
 Que cual fieras cazasteis criaturas!
 ¡Mortales sanguinarios en un tiempo,
 Y hoy ídolos aún más sanguinarios
 Si nuestros sacerdotes no mintieron!
 ¡Y tú, pálida bruja, que goteas
 Negra y cuajada sangre y esqueletos

De las Indias hollando...., ¡aparta! ¡Aparta!
 ¿En dónde estoy? ¿En dónde los espectros?
 ¿Dónde?... No....; no es aquel fantasma vano;
 Le conociera, aun entre todo aquello
 Que á hacer surgir los muertos se atrevieran
 Desde su abismo tenebroso y negro
 Para aterrar á los vivientes. ¡Myrrha!

MYRRHA.

¡Ay! ¡Cuán pálido estás! Tu frente ardiendo
 Bañan gotas cuajadas cual rocío.
 Serénate, mi bien....; calma, sosiego.
 Tu lenguaje parece de otro mundo,
 Cuando de este eres tú señor y dueño.
 Está de buen humor; saldrá bien todo.

SARDANÁPALO.

Tu *mano*, venga....; así....; tu mano es esto;
 Es carne; agarra, oprime hasta que sienta
 Que soy lo que antes era.

MYRRHA.

Por lo menos,
 Conóceme por lo que soy ahora
 Y seré siempre.... tuya.

SARDANÁPALO.

Sí, lo veo.

Ya de nuevo esta vida reconozco.
 ¡Ah, Myrrha! Estuve allí donde estaremos.

MYRRHA.

¡Oh, mi señor!

SARDANÁPALO.

He estado en el sepulcro
 En donde los gusanos son los dueños
 Y son los reyes.... Nunca lo creyera;

Yo pensé que era nada.

MYRRHA.

Y es; excepto

Para el tímido pecho, que anticipa

Lo que nunca será.

SARDANÁPALO.

¡Myrrha! Si el sueño

Revela cosas tales, ¡ah!, la muerte,

¿Qué no revelará?

MYRRHA.

Ningún mal, creo

Puede mostrar la muerte, que la vida

No haya mostrado de antemano á aquellos

Que más años vivieran. Y si existe

Una playa ignorada, en cuyo seno

Sobrevive el espíritu, incorpóreo

Espíritu será; si allí un espectro

Vuela, de este montón de tosca arcilla

Que entre las almas nuestras y los cielos

Oscila y á la tierra nos enclava,

Ese vago fantasma, por lo menos,

Haya lo que haya de temer, de fijo

No temerá á la muerte.

SARDANÁPALO.

No la temo;

Mas he sentido....., he visto las legiones

De muertos.

MYRRHA.

Yo también. En otro tiempo

Estaba vivo el polvo que hoy hollamos,

Y desgraciado fué. Prosigue, empero:

¿Qué viste? Dilo: alumbraré yo misma

La luz de tu ofuscado entendimiento.

SARDANÁPALO.

Pensé....

MYRRHA.

Pero, detente; estás rendido,
Doliente, exhausto, cuanto puede al nervio
Abatir y al espíritu. Procura
Más bien dormir y descansar de nuevo.

SARDANÁPALO.

Ya no: soñar no quiero, aunque conozco
Que cuanto yo soñé fué sólo un sueño.
¿Podrías soportar el escucharlo?

MYRRHA.

Todas las cosas soportar yo puedo.
Sueños de vida y muerte, que contigo
Comparto, ya aparentes ó ya ciertos

SARDANÁPALO.

Y este parece real, te lo aseguro;
Al abrir estos ojos los vi huyendo....,
Pues sólo entonces se alejaron.

MYRRHA.

Sigue.

SARDANÁPALO.

Yo veía, soñaba, decir quiero,
Que estaba aquí...., aquí...., donde ahora estamos,
Cual convidados que éramos, pues siendo
Yo mismo el anfitrión, no me miraba
Sino cual convidado, como el resto,
Ansioso de igualarme y confundirme
En libertad social con todos ellos;
Mas á mi diestra y mi siniestra mano,
En vez de tú, de Zames y los nuestros,

Colocado á mi izquierda se encontraba
 Un rostro altivo, lúgubre y siniestro.
 No le reconocía, y, sin embargo,
 Le había visto...., dónde, no recuerdo:
 Las facciones tenía de gigante,
 Los ojos encendidos, mas serenos;
 De su cabello los rizados bucles
 Caían sobre el busto ancho y soberbio,
 Del que surgían, en carcax enorme,
 Dardos con plumas de águila al extremo,
 Que entre su cabellera de serpiente
 Mostrábanse erizados y derechos.
 Invitéle á llenar la regia copa
 Que había entre los dos; guardó silencio....
 Se la llené; no la aceptó; miróme
 Hasta hacerme temblar con el destello
 De su fija pupila; el ceño mío
 Frunció, cual debe un Rey fruncir el ceño....
 El suyo no frunció; pero, tan sólo,
 Me contemplaba con el mismo aspecto,
 Que tanto más palidecer me hacía
 Por su inmovilidad; volvíme inquieto
 En busca de refugio hacia más dulces
 Y placenteros huéspedes; busquélos
 Á mi derecha donde estar solías;
 Pero.... (*Se detiene.*)

MYRRHA.

¿Qué visteis?

SARDANÁPALO.

En tu propio asiento,
 En tu propio lugar en el banquete,
 Tu dulce faz busqué en el corro....; pero

En tu lugar, encanecida, seca,
 Con mano ensangrentada, ojos cruentos,
 Lívida y espectral, una figura
 Femenil por el traje y el aspecto,
 Con corona imperial sobre su frente
 Surcada por los años, sonriendo
 Con la negra pasión de la venganza
 Y miradas de lúbrico deseo
 Estaba allí: mis venas congelarse
 Sentí sólo al mirarla.

MYRRHA.

¿No es más que eso?

SARDANÁPALO.

Á su derecha mano, mano flaca
 Cual la garra de un ave, vi surgiendo
 Una copa de sangre rebosando
 Y otra á su izquierda llena de... no puedo
 Decir de qué, mas de ella y de la copa
 Mis ojos aparté de espanto lleno.
 Pero á lo largo de la vasta mesa
 Ocupaban en fila los asientos
 Una turba de infames coronados,
 De distintos y lívidos aspectos,
 Pero de una expresión.

MYRRHA.

¿Y no sentiste

Que era simple visión?

SARDANÁPALO.

No, que era aquello
 Tan palpable, que casi los tocaba.
 Una faz y otra faz miraba atento
 Esperando encontrar al fin un rostro

Que hubiese conocido antes de verlos:
 Mas nada....; todos con la vista fija
 Se volvieron á mí; mas ni comieron
 Ni bebieron; tan sólo me miraban
 Hasta que piedra me torné cual ellos;
 Mas, aunque piedra, respiraba, y vida
 Sentía en ellos y en mi propio seno.
 Había entre nosotros una especie
 De horrible simpatía, como si ellos
 Perdieran una parte de su muerte
 Para venir conmigo, y yo, viviendo,
 Una mitad perdiese de mi vida
 Para entre ellos poder tomar asiento.
 Estábamos allí con existencia
 Del todo aparte de la tierra y cielo,
 ¡Y antes que ver estado semejante,
 Á la muerte del todo mirar quiero!

MYRRHA.

¿Y el fin?

SARDANÁPALO.

Al cabo me senté, de mármol
 Cual ellos mismos eran; de sus puestos
 Alzóse el cazador, se alzó la vieja,
 Y, mirándome entrambos, sonrieron....
 Sí, de aquel cazador me sonreía
 El dilatado pero noble aspecto....
 Diré más bien que sonrió su labio,
 Pues no había en sus ojos movimiento,
 Y algo que asemejaba una sonrisa
 De la mujer los labios imprimieron.
 Alzáronse los dos; las coronadas
 Sombras que á cada mano había de ellos,

Alzáronse también , de sus supremas
Sombras haciendo singular remedo....,
Meros plagiaros en la misma muerte.
Sentado yo , permanecía quieto :
Un oculto valor desesperado
Sentía circular por cada miembro ,
Y al fin , ya sin temerlos , carcajada
Lancé á sus rostros lívidos de espectros.
Mas entonces...., entonces en mi mano
Su mano puso el cazador soberbio :
La tomé , la apreté , mas en la mía
La sentí derretirse ; al propio tiempo
Él se desvaneció , sin dejar nada ,
Sin dejar otra cosa que el recuerdo
De un héroe , pues tal aparecía.

MYRRHA.

Y lo era en realidad ; era el abuelo
De héroes también antecesor , y el tuyo
No menos que de todos.

SARDANÁPALO.

En efecto ,

Myrrha : mas la mujer , la hembra aquella
Abalanzóse á mí ; cual con un fuego
Mis convulsivos labios abrasaba
Con sus ruidosos repugnantes besos ;
Y vertiendo las copas con sus manos ,
Creí ver esparcirse sus venenos
Á nuestro alrededor , hasta que un río
Formaba cada cual , creciente , horrendo.
Colgada , en tanto , á mí permanecía ,
Y los otros fantasmas en silencio ,
Como hilera de estatuas , en pie estaban

:

Lúgubres, cual están en nuestros templos.
 Aún me abrazaba, y yo la repelia
 Cual si en lugar de su remoto nieto
 Hubiese sido el hijo que implacable
 La asesinó para vengar su incesto.
 Después...., después un caos de las cosas
 Más repugnantes se hizo informe, espeso.
 ¡Y muerto estaba yo, pero sentía;
 Enterrado y alzándome de nuevo,
 Consunto por gusanos, por las llamas
 Purgado y agostado por el viento!
 Nada puedo fijar ya desde entonces
 De mis desvanecidos pensamientos,
 Sino que yo afanoso te esperaba,
 Sino que te buscaba con empeño
 Entre todas aquellas agonías....,
 Y que me desperté, y aquí te encuentro.

MYRRHA.

Y así me encontrarás, siempre á tu lado
 Aquí, doquier, en el postrer extremo.
 Mas no te ocupes ya de cosas tales,
 Creación de los últimos sucesos
 Obrando sobre un cuerpo no avezado
 Al trabajo y de súbito sujeto
 Á trabajo capaz de aun al más rudo
 Hacerle flaquear.

SARDANÁPALO.

Mejor me siento;

Y al volverte á mirar, parece nada
Cuanto miré. (Entra Salemenes.)

SALEMENES.

¿Tan pronto el Rey despierto?

SARDANÁPALO.

Sí, hermano, y ¡ojalá que no durmiera!
 Pues de toda mi raza los abuelos
 Ante mí aparecieron, imagino,
 Para arrastrarme á residir con ellos.
 Mi padre estaba entre ellos, pero ignoro
 Por qué razón de mí se tuvo lejos,
 Dejándome entre el Rey cazador fuerte
 De nuestra raza fundador primero,
 Y entre ella, la homicida y mata-esposos
 A quien llamas gloriosa.

SALEMENES.

Y con respeto

Hoy te lo llamo á ti, pues demostraste
 Un espíritu igual é igual denuedo.
 Al alba te propongo que salgamos
 Y á la rebelde turba cargaremos
 Nuevamente; batida, no aplastada,
 Aún conserva cabeza.

SARDANÁPALO.

¿Cuánto tiempo

Resta de noche?

SALEMENES.

Algunas horas quedan
 De obscuridad: en descansar de nuevo
 Aprovéchalas, pues.

SARDANÁPALO.

No, no esta noche.

Pensé que muchas horas transcurrieron
 En aquellas visiones.

MYRRHA.

Una escasa;

Velando la pasé junto á tu lecho ;
 Hora de angustia fué , mas una sola.

SARDANÁPALO.

Entonces celebremos el consejo ,
 Y saldremos mañana.

SALEMENES.

Pero , antes

Una gracia te pido.

SARDANÁPALO.

La concedo.

SALEMENES.

Oye , más bien que responder tan pronto ,
 Y esto para *tu* oído lo reservo.

MYRRHA.

Yo me retiro , príncipe. (*Vase Myrrha.*)

SALEMENES.

Esa esclava

Su libertad merece.

SARDANÁPALO.

Poco es eso :

¡ Sólo la libertad ! Ella merece
 Un trono compartir.

SALEMENES.

Paciencia....: el vuestro

No se encuentra vacante todavía ,
 Y por quien le comparte á hablaros vengo.

SARDANÁPALO.

¡ Ah ! ¿ De la Reina ?

SALEMENES.

Sí. Juzgué prudente

Á su seguridad y salvamento
 Que antes del alba con sus hijos salga

Hacia la Paflagonia , do el gobierno
Ejerce allí nuestro pariente Cotta.
Allí , puestas á salvo á todo evento ,
Las vidas estarán de mis sobrinos
Y vuestros hijos , y , á la vez , con ellos
Su justa pretensión á la corona ,
Por si llegare el caso....

SARDANÁPALO.

Por si muero ,
Lo cual es muy probable. Bien pensado :
Que con segura escolta salgan.

SALEMENES.

Eso

Está arreglado , y la galera pronta
Para surcar el Éufrates ; empero ,
Antes que partan , ¿ no verás.... ?

SARDANÁPALO.

¿ Mis hijos ?

Virilidad quitar puede á mi pecho.
Llorarían las pobres criaturas ,
¿ Y qué podré ofrecerles por consuelo ,
Salvo algunas vacías esperanzas
Y fingidas sonrisas ? Yo no puedo
Fingir , lo sabes bien.

SALEMENES.

Pero pudierais

Á lo menos sentir ; así lo espero.
En fin , la Reina quiere veros antes
De apartaros por siempre.

SARDANÁPALO.

¿ Con qué objeto

Y con qué fin ? Concederé gustoso

Algo...., cuanto pedirme pueda...., excepto
Tal entrevista.

SALEMENES.

Conocéis de sobra,
Ó debéis conocerlas, por lo menos,
Á las mujeres ya, pues al estudio
De ellas os consagrasteis tan en serio,
Para saber que cuando piden algo
Que toca al corazón, aquel empeño
Es más caro á su afán ó su capricho
Que todo lo demás del mundo entero.
Yo juzgo del deseo de mi hermana
Como vos; pero al fin es su deseo;
Ella es mi hermana; vos, esposo suyo.
¿Os dignaréis, señor, el concederlo?

SARDANÁPALO.

Inútil ha de ser; pero que venga.

SALEMENES.

Voy, pues. (*Vase Salemenes.*)

SARDANÁPALO.

Vivimos demasiado tiempo
Aparte, para unirnos nuevamente.
¿Y cuándo unirnos? ¡Hoy! ¿Hartos desvelos
No tengo, y hartas penas y cuidados
Que soportar á solas y en silencio,
Para que hayamos de mezclar dolores
Con quien cesamos de mezclar afectos?

(*Vuelve Salemenes con Zarina.*)

SALEMENES.

¡Valor, hermana mía! No avergüences
Nuestra sangre, temblando así de miedo;
Mas recuerda de dónde provenimos.

Señor, la Reina está presente.

SARDANÁPALO.

Bueno.

Hermano, déjame; te lo suplico.

SALEMENES.

Pues así lo pedís, señor, os dejo. (*Vase.*)

ZARINA.

¡Sola con él estoy! Cuán largos años,
Aunque jóvenes somos, transcurrieron
Desde que nos hallamos; años tristes
Que en viudez del corazón los llevo.
No me amó. No parece muy cambiado....
Cambió tan sólo para mí.... ¡Si al menos
Recíproco tal cambio ser pudiese!....
No habla....; me mira apenas....; ni un acento,
Ni una sola mirada...., y, sin embargo,
Era suave en la voz y en el aspecto,
Indiferente, pero no sombrío.
¡Señor!

SARDANÁPALO.

¡Zarina!

ZARINA.

No, Zarina, os ruego....,

Zarina no digáis: esa palabra,
Ese tono aniquila en un momento
Largos años, y cosas que esos años
Todavía más largos los hicieron.

SARDANÁPALO.

Es demasiado, demasiado tarde
Para pensar en los pasados sueños.
No, pues, nos acusemos; mejor dicho,
No me acuséis á mí por todo aquello

Por la *postrera* vez.

ZARINA.

Y la *primera*.

Jamás os acusé, señor.

SARDANÁPALO.

Muy cierto;

Y esa reprobación más dolorosa
Es á mi corazón que.... Pero nuestros
Corazones no penden de nosotros.

ZARINA.

Ni las manos tampoco ; mas á un tiempo
Ambas di yo.

SARDANÁPALO.

Me dijo vuestro hermano
Que deseábais verme antes del suelo
De Nínive dejar con.... (*Vacila.*)

ZARINA.

Nuestros hijos.

Es la verdad, y sólo es mi deseo
Venir á daros repetidas gracias
Por no haber separado de mi pecho
Cuanto le queda por amar ahora :
Aquellos que son míos y son vuestros,
Se parecen á vos, y hasta me miran
Cual me mirabais vos en otro tiempo....;
Mas ellos no han cambiado.

SARDANÁPALO.

Ni lo pueden ;

Y verles obedientes es mi anhelo.

ZARINA.

Á esos infantes amo no tan sólo
De madre tierna con cariño ciego,

Mas cual tierna mujer; ellos ahora
Son el único lazo que tenemos.

SARDANÁPALO.

No penséis que justicia á vuestras dotes
No hice ya : procurad antes hacerlos
Á vuestra propia raza parecidos
Más que á su propio padre ; os los entrego :
Dignos de un trono hacedlos , y si acaso
Este fuese negado.... ¿El rudo estruendo
Oisteis de esta noche de tumultos?

ZARINA.

Ya casi lo olvidaba , y aun celebro
Todo mal, salvo el vuestro , que me otorga
El rostro vuestro contemplar de nuevo.

SARDANÁPALO.

El trono....., temeroso no lo digo.....,
Mas en peligro se halla ; y tal vez ellos
Á él nunca subirán ; pero de vista
No le deben perder sólo por esto.
Por legársele, todo he de arrostrarlo ;
Pero si yo fallase en tal empeño ,
Ellos deben ganarlo con bravura ,
Y , ganado , regirle con acierto ,
No cual yo , que he tirado mi realeza.

ZARINA.

Por mí no sabrán nunca sino aquello
Que de su padre ensalce la memoria.

SARDANÁPALO.

Antes que de ese mundo vil , rastrero ,
Que escuchen la verdad de vuestro labio ,
Y si en la adversidad se ven , bien presto
Sabrán hacia los príncipes sin trono

Dó llega de las turbas el desprecio,
 Y encontrarán que todos los pecados
 De su padre, serán pecados de ellos.
 ¡Hijos míos! Sufrir esto podría
 Á estar sin hijos.

ZARINA.

¡Ah! No digas eso....
 No envenenes la paz que me ha quedado
 De ser padre negándote al deseo.
 Si vences, reinarán honrando siempre
 Al que por ellos rescató su reino,
 Cuidándose tan poco del que es suyo.
 Y si....

SARDANÁPALO.

Se pierde al fin, el mundo entero
 Gritará: «¡Gracias dad á vuestro padre!»
 Y ellos acrecerán tal vez el eco
 Con una maldición.

ZARINA.

No lo harán nunca;
 Mas el nombre honrarán del que, muriendo
 Cual debe un Rey, en sus postreras horas
 Hizo por su memoria más que hicieron
 Monarcas mil en dilatados días
 Que sólo datan el volar del tiempo,
 Sin anales dejar.

SARDANÁPALO.

Nuestros anales
 Quizás tocan al fin; mas, por lo menos,
 Haya sido el pasado lo que quiera,
 Será su fin igual á su comienzo....
 Memorable.

ZARINA.

Mas nunca temerario....

Mirad por vuestra vida, y por aquellos
Que os tienen amor, vivid siquiera.

SARDANÁPALO.

¿Que me tienen amor? ¿Quiénes son éstos?
Una esclava, que me ama solamente
Por pasión....; ambición decir no puedo,
Pues vió tronos temblar y sigue amando;
Unos cuantos amigos que bebieron
En el festín, hasta que iguales somos,
Pues que nada serán si á hundirme llego;
Un hermano al que injurias he inferido;
Hijos que, al fin, abandonados tengo,
Y una esposa....

ZARINA.

¡Que os ama!

SARDANÁPALO.

¿Y que perdona?

ZARINA.

Nunca en ello pensé; perdón no puedo
Otorgar hasta que haya condenado.

SARDANÁPALO.

¡Esposa mía!

ZARINA.

¡Te bendiga el cielo
Por tal palabra! No esperaba oír
Ya de ti.

SARDANÁPALO.

La oirás, tenlo por cierto,
De mis súbditos. Sí, que esos esclavos
A quienes yo nutrí y harté comiendo,

Y en el ocio engordé, que de opulencia
 Cebé hasta el punto que reinaban ellos....
 Todos monarcas en sus propias casas,
 Ahora en la rebelión pululan fieros
 Y demandan la muerte, ¡ miserables!,
 De quien hizo sus vidas un festejo.
 ¡Mientras aquellos pocos á que nada
 Puedo exigir son fieles! Esto es cierto,
 Pero monstruoso.

ZARINA.

Y natural, acaso:

Las dádivas se tornan en veneno
 Para las almas ruínas.

SARDANÁPALO.

Y las buenas

Sacan el bien del mal, siendo al hacerlo
 Más venturosas que la abeja sabia
 Que liba miel entre capullos frescos.

ZARINA.

Coge entonces la miel, y no averigües
 De dónde ha procedido. Satisfecho
 Puedes estar; no todos te abandonan.

SARDANÁPALO.

Mi propia vida me asegura de ello.
 ¿Cuánto tiempo imaginas, si no fuere
 Rey todavía, que estaría siendo
 Mortal, quiero decir, que me hallaría
 Donde *están* los mortales, no en el puesto
 Do deberán estar?

ZARINA.

No sé, lo ignoro;

Pero vive por mí...., más bien por ellos,

Por nuestros hijos.

SARDANÁPALO.

¡Noble y ultrajada

Zarina mía! ¡Del acaso ciego
 Esclavo soy; esclavo del impulso
 Arrebatado soy por cada viento!
 Desplazado en el trono.... y en la vida.
 No sé qué hubiera sido; mas comprendo
 Y siento que no soy lo que debiera....
 Acabemos...., y ten presente aquesto:
 Si formado no fui, por mi desgracia,
 Para estimar en su debido precio
 Un alma y un amor como los tuyos,
 Ni tu belleza amé con el exceso
 Que á inferiores encantos tributara,
 Sin causa alguna ni razón, excepto
 Que semejante devoción tan sólo
 Fra nero deber, y yo aborrezco
 tanto parece una cadena
 s otros, para mí (los ecos
 esta misma rebelión lo afirman);
 stante, escucha estas palabras, creo
 s postreras: nadie tus virtudes
 v. ió en más que yo; si bien provecho
 No ías supe sacar, como la vena
 Del oro virginal rudo minero
 Alumbra, descubriendo solamente
 Lo que de nada ha de servirle en premio:
 Él lo ha encontrado, sí, pero no es suyo,
 Sino de un superior que allí le ha puesto
 Para cavar, no compartir, el rico
 Tesoro que á sus pies lanza destellos,

Sin osar levantarle ni pesarle,
Teniendo que arrastrarle con esfuerzo,
Removiendo la tierra endurecida.

ZARINA.

¡Oh! Si tu vista al fin ha descubierto
Que de tu estimación mi amor es digno,
No pido más.... : de aquí juntos marchemos,
Y yo...., permíteme decir *nosotros*,
Aún seremos dichosos. No es el reino
De la Asiria la tierra toda entera.
Fuera del nuestro, un mundo encontraremos,
Y allí podremos ser más venturosos
Que nunca fuí, ni fuiste con el cetro
Y con todo un imperio para honrarte.

(*Entra Salemenes.*)

SALEMENES.

Os debo separar.... Ya los momentos,
Que no deben perderse, van pasando.

ZARINA.

¡Hermano sin piedad! ¿Con este peso
Vas á medir instantes tan benditos?

SALEMENES.

¿Benditos?

ZARINA.

Sí; conmigo fué tan tierno,
Que no puedo pensar en separarnos.

SALEMENES.

Luego este femenino adiós postrero
Concluye como tales despedidas,
Sin la separación que era el objeto.
Lo sospechaba, y accedí tan solo
Contra mi más formal presentimiento;

Pero no debe ser.

ZARINA.

¿Qué ser no debe?

SALEMENES.

Permanece, y pereces....

ZARINA.

Si perezco

Con mi esposo....

SALEMENES.

Y tus hijos.

ZARINA.

¡Ay!

SALEMENES.

Hermana,

Óyeme, cual *mi* hermana: ya dispuesto
 Para tu salvación todo se encuentra;
 Para salvar también tus pequeñuelos,
 Que son nuestras postreras esperanzas;
 No es ya cuestión de mero sentimiento
 Esta, por más que fuera suficiente....;
 Mas es razón de estado; los arteros
 Rebeldes más harían capturando
 La prole de su Rey, por este medio
 Aniquilando....

ZARINA.

¡Ah, no! No lo pronuncies.

SALEMENES.

Bien; entonces, atiende: cuando, lejos,
 Salvos estén y fuera del alcance
 De la garra colérica del Medo,
 A los rebeldes les habrá fallido
 De su furor el principal objeto:

El exterminio de la noble raza
De Nemrod. Aunque el Rey que empuña el cetro
Caiga, sus hijos viven para el triunfo
Y la venganza.

ZARINA.

Mas, ¿quedar no puedo
Sola yo?

SALEMENES.

¡Qué!.... ¿Dejar á vuestros hijos
Con dos padres, y huérfanos, empero....,
En una tierra extraña...., tan distantes,
Tan niños?

ZARINA.

No...., se romperá mi pecho.

SALEMENES.

Ahora todo lo sabes, y.... decide.

SARDANÁPALO.

Zarina, dijo bien: ceder debemos
A la necesidad. Aquí quedando
Podéis perderlo todo; mas, partiendo,
Salváis la mejor parte que nos resta
Á entrambos, y á la vez á todos estos
Hermosos corazones que aún palpitan
Llenos de lealtad en estos reinos.

SALEMENES.

El tiempo apremia ya.

SARDANÁPALO.

Partid, entonces.

Y si encontrarnos otra vez debemos,
Tal vez seré más digno de vos misma.
Y si no fuese así, pensad, al menos,
Que mis faltas están, si no expiadas,

Concluídas al fin. No obstante, temo
 Que habrás de deplorar el ultrajado
 Nombre y cenizas que en su día fueron
 Omnipotentes en la vasta Asyria,
 Más que.... Pero otra vez me estoy volviendo
 Mujeril, y no debo; en este instante
 Sólo debo aprender á ser austero.
 Bien leves fueron mis pecados todos.
 Tus lágrimas *esconde*.... No pretendo
 Que no las viertas; no.... Fuera más fácil
 Detener en su propio nacimiento
 Al Éufrates, que á lágrima que brota
 De un triste corazón leal y tierno....
 Pero no me las muestres; me afeminan,
 Cuando á ser el que soy había vuelto.
 Hermano, llévala.

ZARINA.

¿Y á verle nunca
 He de volver? ¡Oh Dios!

SALEMENES. (*Esforzándose por llevársela.*)

Hermana, *debo*
 Obedecido ser.

ZARINA.

¡Debo quedarme!
 ¡Quita!.... No me sujetes, te lo ruego.
 ¡Qué! ¿Solo morirá? ¿Vivir yo sola?

SALEMENES.

Solo no morirá; tú sola, empero,
 ¿No has vivido por años?

ZARINA.

¡Es mentira!
 Sabía que él vivía, y al recuerdo

De su imagen viví. ¡Déjame!

SALEMENES. (*Conduciéndola fuera de la escena.*)

Basta:

De fuerza fraternal, entonces debo
Usar, con tu perdón.

ZARINA.

Jamás. ¡Socorro!
¡Ayuda! ¡Oh, Sardanápalo! ¿Serenos
Podrás ver que me arranquen de tu lado?

SALEMENES.

¡Ah! Todo, todo se perdió de nuevo,
Como no aprovechemos este instante.

ZARINA.

¡Ah! ¡Se nublan mis ojos!... ¡Mi cerebro
Vacila!... ¿Dónde está? (*Se desmaya.*)

SARDANÁPALO. (*Adelantándose.*)

¡Siéntala!... ¡Muerta!...

¡Y tú la asesinaste!

SALEMENES.

Pasajero

Desmayo de pasión reconcentrada
Es esto nada más; el aire fresco
La hará volver en sí. Te lo suplico,
Vete... (*Aparte.*) Me es necesario este momento
Único aprovechar para llevarla
Donde á sus hijos embarcados tengo,
En la regia galera sobre el río.

SARDANÁPALO. (*Solo.*)

¡Y esto más, esto más sufrirlo debo!...
¡Yo, que jamás á humanos corazones
Voluntario pesar causé de intento!
Pero, no, no es verdad... Ella me amaba

Y yo la amé. ¡Fatal pasión!.... *A un tiempo*
 ¿Por qué no espiras ¡ay! en corazones
 Que á un tiempo calentabas con tu fuego?
 ¡Oh, Zarina!.... Pagar debo muy cara
 Esta desolación que te acarreo.
 Si siempre y sólo á ti yo hubiese amado,
 Hubiera sido indisputado, excelso
 Monarca de naciones que me honrasen.
 ¡Á qué abismos conduce el más pequeño
 Desvío de la senda que trazaron
 Los humanos deberes, aun á aquellos
 Que de la humanidad el homenaje
 Reclaman cual legítimo derecho,
 Y logran obtenerle hasta que, al cabo,
 Ellos mismos le pierden altaneros!

(*Entra Myrrha.*)

SARDANÁPALO.

¡Aquí *vos!* ¿Quién os llama?

MYRRHA.

Nadie; sólo

Que oí voz de un sollozo y un lamento,
 Y pensaba....

SARDANÁPALO.

No forma parte alguna
 Ni atribución de los deberes vuestros
 Entrar aquí sin antes ser llamada.

MYRRHA.

Aunque invocar pudiera los recuerdos
 De más dulces palabras de ese labio
 (Y eso que de *censura también* fueron),
 Pues ellas me acusaban porque siempre
 De ser llamada intrusa tuve miedo,

Resistiendo á mi afán y á vuestro encargo
De no cuidarme de presencia ó tiempo,
Sino acercarme á vos sin ser llamada....
Me retiro.

SARDANÁPALO.

Quedad...., ya que estáis dentro.
Perdonad: los sucesos me han agriado
Hasta el punto de hacerme brusco y seco....
Pero caso no hagáis: de nuevo pronto
Seré yo mismo.

MYRRHA.

Con paciencia espero
Lo que veré gustosa.

SARDANÁPALO.

Hace un instante,
Antes de vos llegar á este aposento,
Salió Zarina, reina de la Asyria.

MYRRHA.

¡Ah!

SARDANÁPALO.

¿Por qué así tembláis?

MYRRHA.

¿Decís que tiemblo?

SARDANÁPALO.

Hicisteis bien de entrar por otra puerta;
Os hubierais hallado, y, por lo menos,
Ese dolor siquiera se ha evitado.

MYRRHA.

Sé por ella sentir.

SARDANÁPALO.

¡Ah! Mucho es eso,
Y sobrenatural....; y ni es posible,

Ni mutuo puede ser tal sentimiento;
 Ni vos podéis compadecer á ella,
 Ni ella pudiera más que....

MYRRHA.

¿Su desprecio

Conceder á la esclava favorita?
 Nunca mayor sería que el que tengo
 Por mí misma.

SARDANÁPALO.

¡Desprecio! ¿Por qué causa?

¿La envidia ser de todo vuestro sexo,
 Y ser señora de él, siendo señora
 Del corazón de quien del mundo es dueño?

MYRRHA.

Aunque amo de dos veces diez mil mundos
 Fuereis, cual hoy os veis casi al extremo
 De el que regís perder, me he rebajado
 Tanto, señor, vuestra manceba siendo,
 Cual si fueseis un simple campesino....
 No, más; si el campesino fuese un griego.

SARDANÁPALO.

Habláis bien....

MYRRHA.

Y verdad.

SARDANÁPALO.

Quando le llega

La adversidad al hombre, en tal momento
 Todos contra el que cae son atrevidos;
 Mas como no caí, ni estoy dispuesto
 Á soportar oír reconvenciones,
 Quizás porque á menudo las merezco,
 Separémonos ambos mientras liga

Todavía la paz nuestros afectos.

MYRRHA.

¡Separarnos!

SARDANÁPALO.

¡Qué! ¿Todos los pasados
Seres humanos, tristes no se vieron
Separados, y todos los presentes
No se separarán un día?

MYRRHA.

Pero

¿Para qué separarse?

SARDANÁPALO.

Porque á salvo
Vayáis...., y pronto habré de disponerlo,
Con una fuerte escolta que os conduzca
Hasta pisar vuestro nativo suelo,
Con tan ricos presentes, que, si reina
Aquí no hubieseis sido por completo,
Harán que vuestro dote valga tanto
Y sea tanpreciado como un reino.

MYRRHA.

No habléis de esa manera, os lo suplico.

SARDANÁPALO.

La Reina se ha marchado, y en su ejemplo
No debe avergonzaros el seguirla.
Quisiera caer solo. Compañeros,
Para el placer los busco solamente.

MYRRHA.

Yo sólo en no partir placer encuentro,
Y no me forzaréis á abandonaros.

SARDANÁPALO.

Pensadlo bien....; muy tarde será presto.

MYRRHA.

Que lo sea....; mejor....; que entonces nunca
Me podréis separar del lado vuestro.

SARDANÁPALO.

Ni querré; mas creí lo deseabais.

MYRRHA.

¡Yo!

SARDANÁPALO.

De vuestro fatal rebajamiento
Hablabais.

MYRRHA.

Y le siento todavía
Hondamente, profundamente intenso
Más que todas las cosas, si exceptúo
El amor.

SARDANÁPALO.

Pues por él huye al momento.

MYRRHA.

Él no podrá anular todo el pasado,
Ni podrá restaurar mi honor, ni menos
Mi propio corazón. ¡Huir! ¡Oh, nunca!....
Aquí quedar ó sucumbir deseo.
Si vencéis, viviré para gozarme
Viendo la magnitud del triunfo vuestro;
Y si diverso fuese vuestro sino,
No lloraré, mas compartirle quiero.
No dudabais de mí hace unas horas.

SARDANÁPALO.

Del valor vuestro, nunca, y del afecto,
Hasta hoy, jamás, y de éste nadie puede
Más que vos despertar duda en mi pecho.
Las palabras que yo....

MYRRHA.

Fueron palabras.

Buscad las pruebas de quien soy , os ruego ,
En mis pasados actos , que esta noche
Vuestro cordial elogio merecieron ,
Y en mi ulterior conducta , donde quiera
Que os lleve el destino.

SARDANÁPALO.

Estoy contento.

Y confiando en mi azarosa causa ,
Creo que vencedores aún seremos ,
Y volveremos á la paz bendita ,
Paz.... ; la sola victoria que apetezco.
Para mí ni la guerra es una gloria ,
Ni á la conquista fama considero.
Verme forzado á sostener mi causa ,
Para mi corazón es mayor peso
Que todos los agravios que esos hombres
Quisieran inferirme en su desprecio.
Jamás , jamás olvidaré esta noche ,
Aunque tuviera que seguir viviendo
Para agregar su trágica memoria
De otras diversas noches al recuerdo.
Yo imaginé que había producido
Mi inofensiva regla de gobierno
Una era de paz y de dulzura
Entre anales estúpidos , sangrientos ;
Un verde prado entre desiertos siglos ,
Do los futuros anhelaran luego
Volver , y sonreír y cultivarle ,
O suspiraran tristes no pudiendo
Resucitar el gran reinado de oro

Del noble Sardanápalo. Mi reino
 Creí haber transformado en paraíso,
 Cada luna ocasión de goces nuevos.
 Yo las aclamaciones de la plebe
 Las tuve por amor, y los acentos
 De los amigos por verdad...., los labios
 De la mujer por galardón primero....
 Y lo son, dulce Myrrha: un beso dame. (*La besa.*)
 ¡Ahora, que vengan á tomar mi reino
 Y mi vida! Podrán quitarme entrambos,
 Pero jamás á ti.

MYRRHA.

¡Jamás!.... Es cierto.

El hombre puede despojar al hombre
 De cuanto es grande, esplendoroso y bello....
 Pueden reinos caer...., ceder las huestes,
 Fallar amigos...., escaparse siervos,
 Y hacer todos traición, y más que todos,
 Los que nos deben más.... Sí, todo, excepto
 Un corazón sin egoísmo, amante!
 Aquí está...., pruébale; yo te le ofrezco.

(*Entra Salemenes.*)

SALEMENES.

Os buscaba.... ¡Qué miro! ¿Otra vez *ella*?

SARDANÁPALO.

Ahora no vuelvas á reproches nuevos.
 De materia más alta que una simple
 Presencia de mujer habla tu aspecto.

SALEMENES.

Ya la sola mujer de todas ellas
 Que me puede importar en tal momento,
 En salvo está.... La Reina se ha embarcado.

SARDANÁPALO.

¿Y bien? Dímelo.

SALEMENES.

Sí. Su pasajero

Desmayo se alivió, y, al fin, trocóse,
 Sin lágrimas, en rígido silencio:
 Su faz descolorida, sus lucientes
 Ojos, después de dar de angustia llenos
 Una mirada á sus dormidos hijos,
 Del Palacio á las torres se volvieron,
 Fijos, en tanto la veloz galera
 Se deslizaba con furtivo vuelo
 A través de la rápida corriente,
 Bajo del estrellado firmamento;
 Pero no dijo nada.

SARDANÁPALO.

¡Oh, que no fuera

Más grande mi sentir que su silencio!

SALEMENES.

¡Muy tarde es ya para sentir! No pueden
 Ya borrar ni un dolor tus sentimientos:
 Para cambiarlos, las noticias oye
 Que ahora mis emisarios condujeron.
 Diz, que, mandados por sus dos caudillos,
 Ya los rebeldes Medos y Caldeos
 En armas otra vez se levantaron,
 Y estrechando sus filas, ya de nuevo
 Se aprestan á atacar; también parece
 Que otros sátrapas más se les unieron.

SARDANÁPALO.

¡Qué! ¿Más rebeldes todavía? Entonces
 Seamos ya nosotros los primeros.

SALEMENES.

Fuera poco prudente por ahora,
 Por más que fué nuestro primer intento.
 Si mañana á las fuerzas nos unimos
 Á que envié seguros mensajeros,
 Contaremos con fuerza suficiente
 Para un ataque aventurar de nuevo,
 Y aun para perseguirlos : hasta entonces,
 Esperar la embestida es mi consejo.

SARDANÁPALO.

Detesto el esperar ; aunque parece
 Tan seguro luchar detrás de espesos
 Y altos muros, de allí precipitando
 Á los profundos fosos los guerreros
 Enemigos ó verlos retorcerse
 En erizados pinchos allí puestos
 Á fin de recibirlos, no me place....
 Mi alma se entibia y pierde su ardimiento ;
 Mas si sobre ellos ando , aunque montañas
 Formen , so el pie , sus hacinados cuerpos,
 Los quisiera agarrar , ó entre la roja
 Caliente sangre perecer revuelto.
 Déjame , pues , cargar.

SALEMENES.

Estás hablando
 Como un soldado joven é inexperto.

SARDANÁPALO.

Yo no soy un soldado , sino un hombre.
 No hables de soldadesca ; yo aborrezco
 Semejante palabra y los que en ella
 Fundan su vanidad y engreimiento ;
 Llévame donde pueda arremeterles.

SALEMENES.

Poner tu vida en excesivo riesgo
 Lo debes evitar; no es cual la mía
 Ó de otro cualquier súbdito el aliento:
 Toda la guerra ha de girar sobre ella
 Y con ella; esto sólo es su pretexto,
 Esto la enciende ó bien puede extinguirla,
 Prolongar ó acabarla.

SARDANÁPALO.

Terminemos
 Ambas; fuera mejor que prolongarlas;
 De la una cansado ya me siento,
 Y acaso de las dos. (*Se oye fuera una trompeta.*)

SALEMENES.

¡Oye!

SARDANÁPALO.

No oigamos,
 Mas repliquemos.

SALEMENES.

¡Y tu herida!

SARDANÁPALO.

De eso

Ya me había olvidado: está vendada
 Y curada también. ¡Ea, marchemos!
 La lanceta de un médico, de fijo
 Más profundo arañazo hubiera hecho.
 Debiera avergonzarse el pobre esclavo
 Que la infirió, de herir tan sin aliento.

SALEMENES.

¡Ojalá que ninguno, en esta hora,
 Herir consiga con mayor acierto!

SARDANÁPALO.

Sí, si hemos de vencer; de lo contrario,
Solo me dejarían con el peso
De una dura tarea, que podrían
Evitar á su Rey. ¡Vamos contra ellos!

(Suenan de nuevo trompetas.)

SALEMENES.

Á tu lado ya estoy.

SARDANÁPALO.

¡Hola, mis armas!
¡Mis armas otra vez! ¡mis armas presto!

(Vanse.)

FIN DEL ACTO CUARTO.







ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

El mismo salón del Palacio.

MYRRHA y BALEA.

MYRRHA. (*A una ventana.*)

El día rompe al fin por el Oriente.
¡Y qué terrible noche le ha anunciado!
¡Cuán hermoso en el cielo, aunque tormenta
Pasajera le dió su aspecto vario,
En esa variedad aun más hermoso!
¡Cuán horrendo en la tierra, do en el lapso
De una hora, la paz y la esperanza,
Y el amor y el festín fueron hollados
Por humanas pasiones, que á su choque
Los redujeron á confuso caos,
De elementos aún no divididos
Que todavía luchan encontrados!
Y puede el Sol así, tan refulgente,
Surgir, las leves nubes desatando
En vapores más bellos que ese mismo
Firmamento, sin ellas solitario!
Áureas cumbres imitan sus contornos
Y montes gigantescos y nevados,
Y olas más purpurinas y agitadas
Que las olas del férvido Oceano,

Haciendo de ese cielo esplendoroso
Remedo de la tierra, tan exacto
Que casi le juzgamos permanente,
Y tan fugaz que apenas nos es dado
Llevarle una visión: ¡tan transitoria
Se desvanece en el etéreo espacio!
Y, sin embargo, esa visión sublime
Penetra el alma, alivia su quebranto,
En el alma se infunde, hasta que forman
Esas luces del alba y el ocaso
El inefable y mágico momento
Del pesar ó el amor. Los insensatos
Que en ellas no reparan, no conocen
El reino en que esos dos genios hermanos
(Genios que tanto el corazón depuran,
Que sus dulces censuras no cambiamos
Por los goces más vivos y ruidosos)
Fabrican los espléndidos palacios
Do sus adoradores más fervientes
Descansan y respiran breve rato;
¡Ah!; mas en esa breve y dulce calma
Del soplo celestial absorben algo
Que les permite soportar el resto
De las comunes y de lento paso
Humanas horas; que soñar les hace
A través de esas horas, entregados
A un plácido dolor, aunque esas horas
Parezcan empleadas, sin embargo,
Cual los demás vivientes, en tareas
De dolor ó placer, *dos* nombres vanos
Para expresar *un* solo sentimiento;
Nombre cuyo sonido nuestro amargo,

Nuestro interno dolor cambiar quisiera,
 Pero cuyo sentido escapa al alto
 Esfuerzo nuestro para ser dichosos.

BALEA.

Estáis tranquilamente meditando.
 ¿Y podéis contemplar de esa manera
 La salida del sol, del sol, que, acaso,
 El último será para nosotros?

MYRRHA.

Pues por eso le miro, y acusando
 Á estos ojos estoy, que tal vez nunca
 Le verán, por haberle contemplado
 Á veces, hartas veces, sin aquella
 Reverencia y el místico arrebató
 Debido á quien impide que tan frágil
 Sea toda la tierra que habitamos,
 Como esta forma mía. Ven, contempla
 Al numen de Caldea; yo, al mirarlo,
 Casi á vuestro Baal me he convertido.

BALEA.

Cual ahora en el cielo está reinando,
 Un día gobernó sobre la tierra.

MYRRA.

Y hoy la gobierna mucho más. ¿Acaso
 Monarca terrenal obtuvo nunca
 La mitad del imperio soberano
 Y la sublime gloria que él concentra
 En el vivo esplendor de un solo rayo?

BALEA.

¡De seguro es un Dios!

MYRRHA.

Así los griegos

Lo juzgamos también, y, sin embargo,
 Á veces pienso que orbe tan radiante
 Habrá de ser mansión, rico palacio
 De los dioses, más bien que él mismo uno
 De aquellos inmortales soberanos.
 Ya rompe entre las nubes, y mis ojos
 Llena de luz que abarca el mundo vasto.
 Mirar no puedo más.

BALEA.

¡ Oid ! ¿ Un ruido

No escucháis?

MYRRHA.

No ; fué sólo imaginario :
 Fuera de las murallas ya combaten ,
 Y no , cual en la noche que ha pasado ,
 En las mismas estancias fieros pugnan :
 En fortaleza se tornó el Palacio
 Desde la hora falaz , y aquí , en el centro ,
 Ceñido ya por espaciosos atrios
 Y por regios salones , de espesura
 Y proporción piramidal , guardados ,
 Y que habrán de expugnar uno tras uno
 Para llegar adonde ya llegaron ,
 Distamos igualmente del sonido ,
 Del peligro ó la gloria.

BALEA.

Sin embargo ,
 Hasta aquí penetrar lograron antes.

MYRRHA.

Sí , por sorpresa , y fueron rechazados
 Por el valor , y juntos ya tenemos
 Vigilancia y valor para guardarnos.

BALEA.

¡Puedan ambos triunfar!

MYRRHA.

Ese es el voto

De muchos y el temor de más : en tanto ,
Es una hora de ansiedad terrible ,
Y de mi mente de borrarla trato ;
Mas ¡ ay , cuán vanamente !

BALEA.

Se asegura

Que el audaz proceder del Soberano
En la pasada acción , difícilmente
Produjo á los rebeldes más espanto
Que á sus leales súbditos asombro.

MYRRHA.

Terror ó asombro es fácil inspirarlos
A la masa vulgar de que se forma
Una horda de tímidos esclavos ;
Mas , bravo estuvo.

BALEA.

¿No mató á Beleses?

Escuché referir á los soldados
Que le arrojó por tierra.

MYRRHA.

Al miserable

Le derribó ; pero dejóle á salvo
Para triunfar , quizás , de quien valiente
Le venció en el combate sanguinario
Cual le libró después en el peligro ,
Por tan incauta compasión jugando
Una corona.

BALEA.

¡ Oíd!

MYRRHA.

¡ Ah! : razón tienes;

Pasos se acercan, sí , pero despacio.

(Entran soldados conduciendo á Salemenes herido con una rota jabalina en el costado. Le sientan sobre uno de los divanes que adornan el salón.)

¡ Oh, Jove!

BALEA.

Pues ya todo ha concluído.

SALEMENES.

Mentira: acuchillad al vil esclavo
Que dice tal, como soldado sea.

MYRRHA.

Perdonadle...., no es nadie...., un cortesano;
La mariposa que revuela en torno
Del brillo de un monarca.

SALEMENES.

En este caso,

Que viva.

MYRRHA.

Y tú también, así lo espero.

SALEMENES.

Á este momento y este trance aciago
Sobrevivir quisiera, mas lo dudo.
¿Por qué aquí me trajísteis?

SOLDADO.

Por mandato

Del Rey. Cuando la aguda jabalina
Os penetró, caísteis sobre el campo
Y el sentido perdisteis: conduciros

Á este salón fué su puntual mandato.

SALEMENES.

Y no hizo mal, pues pareciendo muerto
Con el vértigo frío del desmayo,
Pudiera á los soldados aturdirles
Espectáculo tal....; pero es en vano;
Desfallecer me siento.

MYRRHA.

¿A ver la herida?

Experta soy, pues en mi suelo patrio
De nuestra educación es esto parte;
Siendo la guerra allí perpetua, estamos
Á mirar cosas tales avezadas.

SOLDADO.

Sacar la jabalina es necesario.

MYRRHA.

¡Tente! No, no; no puede ser.

SALEMENES.

Entonces,

Cerca estoy.

MYRRHA.

Con la sangre que, arrancando
El arma, brotar debe, por tu vida
Temo.

SALEMENES.

Yo de la muerte no me espanto.
¿En dónde estaba el Rey cuando vosotros
Me cogisteis durante mi desmayo,
Y aquí desde el lugar donde me hirieron
Me condujisteis?

SOLDADO.

Sobre el mismo campo,

Con el gesto y la voz enardeciendo
Las espantadas tropas que al miraros
Caer se amedrentaban.

SALEMENES.

¿Quién oíste
Nombrar después al inmediato mando?

SOLDADO.

No lo oí.

SALEMENES.

Vuela entonces, y prevenle
Que ha sido aqúeste mi postrer encargo :
Que mi propio lugar ocupe Zames
Hasta el ansiado arribo, ya en retardo,
De Ofratanes, el Sátrapa de Susa.
Dejadme aquí : las tropas que contamos
No son tan numerosas que consientan
Prolongar vuestra ausencia : retiraos.

SOLDADO.

Pero príncipe....

SALEMENES.

¡Basta : andad, os digo!
Hay aquí una mujer y un cortesano,
La mejor compañía para un lecho.
Pues no dejáis que espire sobre el campo,
Junto al doliente lecho no haya ociosos
Guerreros. ¡Id! ¡Se cumpla mi mandato!

(Vanse los soldados.)

MYRRHA.

¡Alma noble y gloriosa!.... ¿Habrá la tierra
Tan pronto de perderos y lloraros?

SALEMENES.

Myrrha gentil : este es el fin dichoso

Que eligiera, si hubiese yo salvado
 Con él la monarquía y el Monarca;
 Siendo lo que es, no sobrevivo á entrambos.

MYRRHA.

Más pálido os ponéis.

SALEMENES.

Tu mano dame;

Este partido hierro aquí clavado,
 Solamente prolonga mis dolores,
 Sin sostener mi vida el necesario
 Tiempo para ser útil; yo quisiera
 Arrancarle, y con él la vida, ansiando,
 Por lo menos, saber que la batalla
 Va favorable.

(*Entran Sardanápalo y varios soldados.*)

SARDANÁPALO.

¡Mi mejor hermano!

SALEMENES.

¿Cómo va la batalla? ¿Está perdida?

SARDANÁPALO. (*Con abatimiento.*)

Me ves *aquí*.

SALEMENES.

¡Quisiera *así* miraros!

(*Se arranca el arma de la herida, y muere.*)

SARDANÁPALO.

Y *así* habrás de mirarme, te lo juro,
 A menos que el socorro deseado,
 Última frágil caña en que se apoyan
 Mis breves esperanzas, llegue al campo
 Con Ofratanes.

MYRRHA.

¿Os llegó un mensaje,

Señor , de vuestro moribundo hermano ,
 Á Zames designando para jefe ?

SARDANÁPALO.

Sí llegó.

MYRRHA.

¿Dónde está Zames el bravo?

SARDANÁPALO.

Muerto.

MYRRHA.

¿Y Altada ?

SARDANÁPALO.

Moribundo.

MYRRHA.

¿Y Pania ,

Y Sfero ?

SARDANÁPALO.

A Pania vivo le he dejado ;

Sfero , fugitivo ó prisionero.

Solo estoy.

MYRRHA.

¿Se perdió todo?

SARDANÁPALO.

Los altos

Muros aún , débilmente defendidos ,
 Todavía pudieran abrigarnos
 Contra su fuerza actual y contra todo ,
 Excepto la traición ; pero en el campo....

MYRRHA.

Creo fué la intención de Salemenes
 Salida no arriesgar sino en el caso
 De recibir vosotros el refuerzo
 Del socorro pedido.

SARDANÁPALO.

Su mandato

Desoí.

MYRRHA.

Falta fué, más valerosa.

SARDANÁPALO.

Pero fatal. ¡ Oh, mi valiente hermano!
Gustoso diera todos estos reinos,
De que fuiste ornamento máspreciado,
La firme espada, el protector escudo
Y el redentor de nuestro honor preclaro,
Por poderte volver á la existencia.
Mas no te lloraré ; serás llorado
Como tú desearas que te lloren.
Lo que pesar me causa más amargo,
Es pensar que dejases esta vida,
Imaginando que pudiera, ingrato,
Sobrevivir á aquello porque hallaste
Gloriosa muerte tú.... , los luengos años
De la realeza de mi noble stirpe.
Si por fin la redimo y la restauro,
Te ofreceré la sangre de millares,
Lágrimas de millones, como pago
Y expiación (las lágrimas de todos
Los buenos, ya son tuyas). Y si caigo,
Pronto nos hallaremos.... , si allá vive
El espíritu interno que llevamos.
Leyendo estás el mío en este instante,
Y haciéndome justicia estás acaso.
Dejad, dejadme que otra vez estreche
Esa caliente aún y noble mano ;
Y ese gran corazón que no palpita

Contra este que palpita tan amargo.

(Abraza el cuerpo.)

Ahora el cuerpo de aquí llevaros.

SOLDADO.

¿Dónde?

SARDANÁPALO.

Á mi cámara propia. Allí, debajo
Ponedle del dosel, cual si estuviese
El mismo Rey en ella descansando.
Cuando lo hagáis, ordenaré los ritos
Debidos á cenizas de su rango.

(Salen los soldados con el cuerpo de Salemenes.)

(Entra Pania.)

SARDANÁPALO.

¡Bien, Pania! ¿Colocaste ya los guardias,
Y las órdenes diste que dictamos?

PANIA.

Señor, obedecí.

SARDANÁPALO.

¿Sus corazones

Mantienen animosos los soldados?

PANIA.

¿Señor?....

SARDANÁPALO.

¡Estoy de sobra respondido!

Si dos veces pregunta un soberano
Y obtiene una pregunta por respuesta
Á su pregunta, es un portento raro.
¡Qué! ¿Desmayan al fin?

PANIA.

De Salemenes

La muerte, el vocerío y entusiasmo

De los rebeldes viéndole caído,
Les produjeron....

SARDANÁPALO.

Rabia...., no desmayo

Les debió producir. Ya encontraremos
Manera de impelerlos y alentarlos.

PANIA.

Pérdida tal, una victoria misma
Pudiera obscurecer.

SARDANÁPALO.

¿Sentirla tanto,

¡Ay!, quién puede cual yo?... Pero, con todo,
Aunque en estas murallas encerrados,
Ellas son fuertes, y tenemos fuera
Otros que lograrán abrirse paso
Entre huestes, haciendo la morada
De su Monarca lo que fué...., Palacio;
No una prisión ni dura fortaleza.

(Entra un oficial precipitadamente.)

SARDANÁPALO.

Tu faz siniestra me parece.... Vamos:
Habla, pues.

OFICIAL.

No me atrevo.

SARDANÁPALO.

¿No te atreves?

¡Mientras se atreven con espada en mano
Á rebelarse ya muchos millones
Contra su Rey!.... Es, en verdad, extraño.
Rompe, te ruego, ese leal silencio
Que teme lastimar al Soberano.
Peor que cuanto puedes anunciarme

Puedo escuchar.

PANIA.

¿Oyes? Prosigue.

OFICIAL.

El alto

Muro, que cerca de la misma orilla
Del río se levanta, fué arrastrado
Por repentina inundación furiosa
Del Éufrates, que, indómito, rodando
Desde aquellas montañas colosales
Do están sus manantiales, ahora, hinchado,
Por las últimas lluvias que de aquella
Tormentosa región se desgajaron,
Desbordó de su cauce, destruyendo
El baluarte aquel.

PANIA.

¡ Negro y nefasto

Augurio es este! Siempre en el transcurso
De ya largas edades, afirmaron
Que la ciudad jamás se rendiría
Á hombre ninguno hasta que el río airado
Se declarase su enemigo.

SARDANÁPALO.

Puedo

Perdonar el augurio, no el estrago.
¿Cuánto arrastró del muro?

OFICIAL.

Sobre veinte

Estadios.

SARDANÁPALO.

¿Y todo aquel espacio
Quedó á los sitiadores penetrable?

OFICIAL.

Por el momento impedirá el asalto
 La misma furia del creciente río;
 Mas cuando se contraiga á su ordinario
 Cauce, y sus ondas las usuales barcas
 Puedan cruzar, será suyo el Palacio.

SARDANÁPALO.

Eso, jamás! Aunque hombres, aunque dioses
 Y elementos y augurios y presagios
 Concitados y unidos se levanten
 Contra quien nunca quiso provocarlos,
 La casa de mis padres, nunca, nunca
 De manada de lobos será el antro
 Donde vengan á aullar.

PANIA.

Con vuestra venia

Voy á acudir al sitio designado
 Y tomar las medidas conducentes
 A asegurar el indefenso espacio
 Hasta do el tiempo y medios lo permitan.

SARDANÁPALO.

Hazlo pronto, y envíame tan raudo
 Como una plena indagación consienta,
 De la irrupción del agua fiel relato.

(Vanse Pania y el oficial.)

MYRRHA.

Hasta las olas contra vos se vuelven.

SARDANÁPALO.

No son las olas, niña, mis vasallos,
 Y debo perdonarles sus ultrajes,
 Ya que no me es posible castigarlos.

MYRRHA.

Gozo al ver que el prodigio no os conmueve.

SARDANÁPALO.

Ningún prodigio ya me causa espanto :
 Nada pueden decirme que yo propio
 No me haya dicho en el fugaz espacio
 Que transcurrió desde esta media noche.
 Pues tales cosas con lenguaje claro
 La desesperación nos las predice.

MYRRHA.

¡ La desesperación !

SARDANÁPALO.

No ; no llamarlo

La desesperación precisamente :
 Cuando ya conocemos todo cuanto
 Puede venir y cómo resistirlo ,
 Nuestra resolución , si es firme , acaso
 Pudiera merecer otra palabra
 Más noble al pronunciarla nuestro labio.
 Mas las palabras ya , ¿ qué nos importan ?
 Ellas y todo concluyeron.

MYRRHA.

Salvo

Un hecho.... , que es el último y más grande
 De todos los mortales ; aquel acto
 Afrontador de todo , cuanto ha sido
 Es y debe de ser ; lo único dado
 En común á los hombres , tan diversos
 En nacimientos , lenguas , sexos , rasgos ,
 Color , facciones , épocas y climas ,
 Inteligencia y sentimientos varios ,
 Sin un punto de unión , salvo este punto

Hacia que todos juntos caminamos
Y para el cual nacimos y tejemos
El laberinto de misterio arcano
A que llamamos vida.

SARDANÁPALO.

Nuestro ovillo

Teniéndolo ya casi devanado,
Mostrémonos alegres. Los que nada
Tienen ya que temer, pueden, impávidos,
Permitirse oponer una sonrisa
Á aquello que otro tiempo les dió espanto,
Como los niños cuando al bu descubren.

(Entra Pania.)

PANIA.

Era cual refirieron : he ordenado
Allí una doble guardia, sustrayendo
Del muro en que es más fuerte, el necesario
Refuerzo, que vigile la espaciosa
Brecha que allí las aguas operaron.

SARDANÁPALO.

¡ Con lealtad cumpliste tus deberes,
Mi noble Pania!.... Posteriores lazos
Entre nosotros á su fin ya tocan.
Toma esta llave, te lo ruego y mando.

(Le da una llave.)

Con ella se abre una secreta estancia
Detrás del lecho de mi propio cuarto
(Lecho oprimido ahora por un peso
Más noble que el que nunca ha soportado,
Por más que larga serie de monarcas
Haya dormido en sus doseles áureos....
Pues que sostiene, aunque por breve tiempo,

Al que era Salemenes hace un rato).
 Busca el lugar secreto á que conduce:
 Le hallarás de riquezas atestado;
 Tómalas para ti, para tus fieles
 Compañeros: allí para abrumaros
 Hay suficiente, aun cuando muchos fueseis.
 Que en libertad se deje á los esclavos;
 Y todos los sirvientes, de cualquiera
 Sexo, que moran dentro del Palacio,
 Que le abandonen dentro de una hora.
 En seguida, botad los regios barcos
 Para el placer un día construídos,
 Para la salvación hoy necesarios.
 Ancho está el río, hinchado, y no sujeto
 (Más potente que un Rey) á esos airados
 Sitiadores. ¡Huid! ¡Y sed dichosos!

PANIA.

¡So vuestra protección y regio amparo!
 ¿Acompañáis á vuestros fieles guardias?

SARDANÁPALO.

¡No, Pania! No ha de ser; ve sin retardo;
 Sal de aquí, y abandóname á mi suerte.

PANIA.

Esta es la vez primera que un mandato
 Desobedezco....

SARDANÁPALO.

¡Qué!.... ¿Todos los hombres
 Hoy á mis barbas suben, temerarios,
 Y ya, dentro, se hiergue la Insolencia,
 A la traición de afuera remedando?
 No me preguntes más, ni una palabra:
 Es mi mandato, mi postrer mandato.

¿Tú te opondrás á él? ¡Tú!

PANIA.

Mas.... siquiera

No todavía.

SARDANÁPALO.

Bien: en este caso,
Jura que habrás de obedecer al punto
Que te dé la señal.

PANIA.

Con angustiado

Pero fiel corazón os lo prometo.

SARDANÁPALO.

Basta: y ahora dispón que sin retardo
Traigan haces y piñas y hojas secas
Y cuantas cosas ardan al contacto
De una chispa no más: trae también cedro,
Especias de perfume delicado,
Preciosas drogas y robustas tablas
Que alimenten un haz espeso y vasto;
Y también me traerás incienso y mirra,
Pues para hacer un sacrificio magno
Alzo la pira; y hacinados ponlos
Alredor de mi trono soberano.

PANIA.

¡Oh, mi señor!....

SARDANÁPALO.

Lo he dicho, y lo jurasteis.

PANIA.

Y aun sin jurar mi compromiso guardo.

(Vase Pania.)

MYRRHA.

¿Qué pretendéis hacer?

SARDANÁPALO.

Lo sabréis pronto:
Lo que nunca la tierra ha de olvidar.

(Panía, volviendo con un heraldo.)

PANIA.

Rey, al ir á cumplir con mis deberes,
Ante mí condujeron á este heraldo,
Solicitando vuestra audiencia.

SARDANÁPALO.

Que hable.

HERALDO.

El Rey Arbaces....

SARDANÁPALO.

Qué, ¿ya coronado?....

Mas prosigue....

HERALDO.

Beleses, el ungido

Pontífice....

SARDANÁPALO.

¿De qué Dios ó qué diablo?

Á nuevos reyes hay nuevos altares.

Mas prosigue, pues eres enviado,

No para replicar á mis deseos,

Sino para charlar del de tus amos.

HERALDO.

Y el sátrapa Ofratanes....

SARDANÁPALO.

¿Qué me dices?

Si es de los nuestros.

HERALDO. *(Mostrando un anillo.)*

Mas que está en el campo
De los conquistadores, dad por cierto:

Mirad su anillo.

SARDANÁPALO.

El suyo, á no dudarlo.

¡ Digno triunvirato ! ¡ Oh Salemenes !
 ¡ Cuán á tiempo moriste ! Has presenciado
 Una traición de menos ; ese hombre
 Era tu fiel amigo y mi vasallo
 De mayor confianza. Pero.... sigue.

HERALDO.

Te ofrecen vida y libertad, y plazo
 Para escoger alguna residencia
 En remota provincia, vigilado
 Pero no confinado, en tu persona,
 Donde podrás en paz pasar tus años ;
 Mas bajo condición de que en rehenes
 Los tres jóvenes príncipes guardados
 Queden.

SARDANÁPALO. (*Con ironía.*)

¡ Oh generosos vencedores !

HERALDO.

Espero la respuesta.

SARDANÁPALO.

¡ Vil esclavo !

¿ Desde cuándo la suerte de los reyes
 Esclavos dictan ?

HERALDO.

Desde que han logrado

Ser libres.

SARDANÁPALO.

¡ Ruín bocina del tumulto !

Al fin sabrás de la traición el pago,
 Aunque su mero delegado seas.

¡Pania!.... ¡Echad su cabeza desde lo alto
De los muros, en medio de las filas
Del rebelde; su cuerpo al río echadlo;
Fuera con él! (*Pania y los guardias le cogen.*)

PANIA.

Jamás he obedecido
Con más vivo placer vuestros mandatos
Como en este momento voy á hacerlo.
Fuera de aquí con él; ¡fuera, soldados!
No manche este salón de la realeza
La sangre del traidor. Pronto, descanso
Dadle allá fuera.

HERALDO.

Una palabra sola:
Mi oficio, Rey, no olvides que es sagrado.

SARDANÁPALO.

¿Y qué es el *mío*, di, para que vengas
Y oses el proponerme resignarlo?

HERALDO.

Yo obedecí mis órdenes, tan sólo
Ante un peligro, entonces rehusando,
Igual al que ahora corro obedeciendo.

SARDANÁPALO.

¿Luego hay nuevos monarcas que se alzaron
Hace sólo una hora, tan altivos
Y despóticos ya, cual soberanos
Mecidos en la púrpura y el trono
Desde la cuna hasta el viril estado?

HERALDO.

De vuestra voz pendiente está mi vida.
La vuestra.... (y hablo humilde).... se halla acaso
En peligro no menos inminente :

¿Fuera digno, decid, y noble rasgo
De las últimas horas de una raza
Como la de Nemrod, á inerme heraldo,
Pacífico, en su oficio, aniquilarle
Y violar, no sólo todo cuanto
Existe más sagrado entre los hombres,
Sino hasta aquel, aquel divino lazo
Que con los mismos dioses nos enlaza?

SARDANÁPALO.

Tiene razón.... En libertad dejarlo....
El acto postrimero de mi vida
No será de colérico arrebató.

(Le da una copa de oro, que toma de una mesa inmediata.)

Amigo, ten esta dorada copa:
Que ella ofrezca tus vinos á tus labios,
Y piensa en mí.... ó fúndela en lingotes,
Sólo su peso y su valor mirando.

HERALDO.

Dobles os doy las gracias, por mi vida
Y por este magnífico regalo
Que la hace más preciosa. Mas ¿no debo
Llevar respuesta?

SARDANÁPALO.

Sí.... ; para pensarlo,
Una hora de tregua solicito.

HERALDO.

¿Una hora no más?

SARDANÁPALO.

Una demando.

Si al espirar ese preciso tiempo
Nada vuelven á oír de mí tus amos,
Deben tener entonces entendido

Que sus proposiciones las rechazo
Y cual les plazca obrar.

HERALDO.

Seré sin falta
De vuestra voluntad el fiel legado.

SARDANÁPALO.

¡Y escucha!.... Una palabra todavía.

HERALDO.

Cualquier que sea , recordarla exacto
Sabré.

SARDANÁPALO.

Pues recomiéndame á Beleses,
Y dile que antes de que espire el año
Le cito á verme.

HERALDO.

¿Dónde?

SARDANÁPALO.

En Babilonia.

Y si no desde allí , por el contrario ,
Él será quien á mí vaya á buscarme.

HERALDO.

Le cumpliré á la letra vuestro encargo.

(Vase el heraldo.)

SARDANÁPALO.

¡Pania!.... ¡Ea!.... ¡Buen Pania! Presto , presto
Lo que ordené.

PANIA.

¡Señor!.... Ya los soldados
Se ocupan.... Y , mirad: entran ahora.

(Entran soldados y forman un montón en derredor del trono.)

SARDANÁPALO.

Más alto , mis guerreros ; más compacto ,

Y ved que sea tal su fundamento,
 Que no se vea prontamente exhausto
 De su llama, sutil en demasía,
 Ni se pueda extinguir, si por acaso
 Alguien con pronta y oficiosa ayuda
 Acudiese con mira de apagarlo.
 Que el trono forme el centro: no quisiera
 Dejarle sino en llamas abrumado
 De inextinguible fuego á los recientes
 Intrusos. Todo entero circundarlo
 Cual si abrasar quisieseis la más firme
 Torre de nuestros viejos adversarios.
 ¡Ya tiene aspecto! Y ahora dime, Pania:
 ¿Bastará este montón para los magnos
 Funerales de un Rey?

PANIA.

Y hasta de un reino;
 Ya vuestro intento á comprender alcanzo.

SARDANÁPALO.

¿Y me censuras?

PANIA.

No....; dejadme sólo
 Prender la hoguera con mi propia mano,
 Y compartirla.

MYRRHA.

Ese deber es mío.

PANIA.

¡De una mujer!

MYRRHA.

La suerte de un soldado
 Es morir por su Rey; la de una hembra,
 Con su amante morir.

PANIA.

¡Es muy extraño!

MYRRHA.

Mas no tan raro como tú imaginas,
¡Oh, mi querido Pania!... Y entretanto
Tú vive. ¡Adiós! La hoguera ya está pronta.

PANIA.

Fuera oprobio dejar al Soberano
Con sólo una mujer hallar la muerte.

SARDANÁPALO.

Muchos por polvo ya me proclamaron.
Vete, pues, y enriquecete.

PANIA.

¡Viviendo

Miserable!

SARDANÁPALO.

Recuerda tu prestado
Juramento, sagrado, irrevocable.

PANIA.

Pues lo queréis, adiós.

SARDANÁPALO.

Ve sin reparo:

Con atención registra mi aposento,
Y que no te remuerda á llenas manos
De allí coger y arrebatarse el oro;
Piensa que dejarás á los esclavos
Que me asesinan cuanto allí dejares.
Y cuando todo ya tengas á salvo
En botes, largo toque de trompeta
Darás cuando abandones el Palacio.
Del río está la margen harto lejos;
De su corriente es el rumor muy alto,

Para dejar que de su vasta orilla
 El eco llegue perceptible y claro.
 Huye después.... ; y al desplegar las velas
 Vuelve hacia atrás ; mas siempre derrotando
 A lo largo del Éufrates : si tocas
 De Paflagonia el suelo , donde á salvo
 La Reina debe estar con mis tres hijos
 En la corte de Cotta , fiel relato
 Harás de lo que viste á tu partida ,
 Y pedirásle que recuerde cuanto
 Yo *dije* de su lado al separarme
 Todavía más triste....

PANIA.

¡ Esa real mano

Una vez más dejadme que la aplique ,
 Que ferviente la bese con mis labios ,
 Y á estos pobres soldados que os rodean ,
 Y quisieran morir á vuestro lado !

(Los soldados y Pania le rodean , besando su mano y el borde de su vestidura.)

SARDANÁPALO.

¡ Mis mejores , mis últimos amigos !
 No nos quitemos el valor : marchaos :
 Rápidos los adioses ser debieran
 Si para siempre son ; de lo contrario ,
 Hacen eternidad de los momentos ,
 Y de la vida los postreros granos
 De arena con las lágrimas se obstruyen.
 De aquí marchad y sed afortunados.
 Creédmelo , creed : no debo *ahora*
 Compadecido ser , y , en todo caso ,
 Por el pasado más que no el presente ;

Y en cuanto á lo futuro, está en las manos
De las deidades, si quizás existen:
Lo sabré pronto. Adiós...., adiós...., marchaos.

(Vanse Pania y los soldados.)

MYRRHA.

Honrados, dignos fueron estos hombres;
Y por lo menos debe consolarnos
El fijar nuestras últimas miradas
Sobre rostros amantes.

SARDANÁPALO.

Y simpáticos,
¡Hermosa mía! ¡Mas escucha ahora!
Si en este instante—pues al borde estamos—
Sientes un interior apocamiento
Al ir á dar el pavoroso salto,
Á través de la llama, á lo futuro,
Dilo, pues menos no he de amarte; acaso
Más, por verte ceder á los impulsos
De tu naturaleza: á tiempo estamos
De que te escapes de este sitio.

MYRRHA.

¿Enciendo
Una de las antorchas que hay debajo
De la lámpara que arde inextinguible
De Baal en el propio relicario
Del antiguo salón?

SARDANÁPALO.

Puedes hacerlo.

¿Es tu respuesta?

MYRRHA.

Lo verás. *(Vase Myrra.)*

SARDANÁPALO. (*Solo.*)

¡Su ánimo

Firme está! ¡Padres míos! Á que pronto
Me juntaré, quizás purificado,
Por la muerte, de algunas grandes manchas
Propias de un ser de harto mezquino barro:
Vuestra antigua morada no quisiera
Á la profanación de los esclavos
Usurpadores viles entregarla;
Si vuestra vasta herencia no he guardado
Como me la legasteis, por lo menos
Su parte más brillante, vuestros áureos
Tesoros, vuestra casa, las sagradas
Reliquias de armas y recuerdos magnos,
Monumentos, trofeos con que harían
Ellos festines, me los llevo y salvo
Para vosotros, en aquel divino
Absorbente elemento que más claro
Personifica el alma, pues que deja
De inconsunta materia el más escaso
Residuo de su acción abrasadora.
El fulgor de esta pira que levanto,
De las fúnebres piras la más regia,
No será mero túmulo formado
De nube y llamas, ó por breve día
En el negro horizonte un simple faro
Y luego un leve monte de cenizas,
Sino una luz de esplendorosos rayos,
Lección de las edades, de los pueblos
Rebeldes y los príncipes incautos.
El tiempo extinguirá muchas memorias
De una nación, de un héroe los actos,

Y borraré un imperio tras imperio,
 Cual este que es de todos el más alto,
 En la nada sumiéndoles; mas siempre
 Respetaré esta acción que llevo á cabo,
 Dando un ejemplo que osarán muy pocos
 Imitar, y ninguno despreciarlo....
 Y acaso aprendan á evitar la vida
 Que á término conduce tan amargo.

(Myrrha vuelve con una antorcha encendida en una mano y una copa en la otra.)

MYRRHA.

¡Ved!.... Encendí la lámpara que debe
 En las altas estrellas alumbrarnos.

SARDANÁPALO.

¿Y la copa?

MYRRHA.

Costumbre es de mi patria
 Ofrecer á los númenes sagrados
 Solemnes libaciones.

SARDANÁPALO.

Y la mía,

Libar entre los hombres. No he olvidado
 Costumbre semejante, y aunque solo,
 He de apurar un deleitoso trago
 Al recuerdo de tantos placenteros
 Y dichosos festines ya pasados,

(Sardanápalo toma la copa, y después de beber y apurar la invertida copa, al caer una gota exclama:)

Y aquesta libación, al excelente,
 A mi Beleses fiel, se la consagro.

MYRRHA.

¿Y por qué en el recuerdo de ese hombre

Fijas la mente más que en su villano
Cómplice de traición y villanías?

SARDANÁPALO.

El uno de ellos es mero soldado,
Mero instrumento, una viviente espada
De un amigo esgrimida por la mano;
El otro, de este bélico muñeco
Es principal motor: mas quiero á entrambos
De mi mente borrar. ¡Aguarda, Myrrha!
¿De veras, sin temor y de buen grado,
Me seguirás?

MYRRHA.

¿Una doncella griega
Piensas que, por amor, no arrostra tanto
Como soporta una viuda india
Por costumbre no más?

SARDANÁPALO.

Sólo aguardamos,
Entonces, la señal.

MYRRHA.

Ya mucho tarda.

SARDANÁPALO.

Ahora...., adiós: un postrimer abrazo.

MYRRHA.

Toma el abrazo, pero *no* el postrero.
Hay uno más.

SARDANÁPALO.

Verdad: fundente y sacro
El fuego mezclará nuestras cenizas.

MYRRHA.

Y puras, cual mi amor, que te consagro,
Purgadas ya de terrenal escoria

Y terrenal pasión, despojo pálido,
 Se mezclarán las mías con las tuyas.
 Un solo pensamiento, sin embargo,
 Me causa pesadumbre.

SARDANÁPALO.

Dile pronto.

MYRRHA.

Es que ninguna cariñosa mano,
 Recogiéndole en urna funeraria,
 El leve polvo juntará de entrambos.

SARDANÁPALO.

Mejor : que el viento celestial le lleve
 Y le difunda en el etéreo espacio,
 Antes que más á profanarle vengan
 Las manos de traidores y de esclavos.
 En aqueste Palacio, envuelto en llamas,
 Y en sus gigantes muros derrumbados
 En humeante ruína, dejaremos
 Monumento más noble y soberano
 Que los que en sus montañas de ladrillo
 Egipto levantó conmemorando
 Muertos reyes.... ó *bueyes*, pues se ignora
 Si tan soberbias moles las alzaron
 Á su Monarca ó á su dios-buey Apis :
 Lucidos monumentos, olvidados
 Hasta de lo que son recordatorios.

MYRRHA.

Entonces, ¡adiós, tierra! ¡Y tú, el más grato
 Y hermoso punto de la tierra.... Jonia,
 Adiós! ¡Sé libre, hermosa, y que los hados
 De la desolación siempre te alejen!
 ¡La postrera plegaria de mi labio

Fué sólo para ti ; mis pensamientos
Últimos, *uno* excepto, se fijaron
En ti!

SARDANÁPALO.

¿Y es ese?...

MYRRHA.

Vuestro.

(Suena fuera la trompeta de Pania.)

SARDANÁPALO.

¡Escucha!

MYRRHA.

¡Ahora!

SARDANÁPALO.

¡Adiós, Asyria! Con fervor te he amado.
Tierra de mis abuelos, tierra mía,
Y más te quise cual mi suelo patrio
Que cual mi propio reino. ¡De placeres
Y de paz te sacié; y este es mi pago!
Y hoy no te debo nada, ni un sepulcro.

(Sube á la boguera.)

¡Ahora, Myrrha!

MYRRHA.

¿Estás pronto?

SARDANÁPALO.

Lo estoy tanto
Como la antorcha que en tu mano brilla.

MYRRHA.

¡Encendida ya está! Voy á tu lado.

(Al avanzar Myrrha para arrojarla á las llamas, cae el telón.)

FIN DEL ACTO QUINTO Y ÚLTIMO.

MANFREDO

POEMA DRAMÁTICO

POR LORD BYRON

PERSONAJES.

MANFREDO.

UN CAZADOR DE GAMUZAS.

EL ABAD DE SAN MAURICIO.

MANUEL.

HERMÁN.

LA HADA DE LOS ALPES.

ARIMÁN.

NEMESIS.

LOS DESTINOS.

ESPÍRITUS , ETC.

La escena del drama es en medio de los Alpes Altos , parte en el castillo de Manfredo . y parte en las montañas.



MANFREDO.

«There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.»

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una galería gótica.—Media noche.

MANFREDO. (*Solo.*)

La lámpara llenar es necesario,
Pero no arderá tanto como debo
Yo velar: mi reposo (si reposo)
No es un sueño tranquilo; solamente
Es la continuación del pensamiento
Siempre incesante, irresistible entonces:
Vela mi corazón; cierro estos ojos
Sólo para observar dentro; no obstante,
Vivo y tengo la forma de un viviente.
El dolor enseñar debiera al sabio:
La tristeza es la ciencia, y así aquellos
Que saben más son los que más lamentan

La profunda y fatal verdad; el árbol
Del saber, no es el árbol de la vida.
Filosofía, ciencias, el origen
De los portentos y el saber del mundo
He estudiado; un poder hay en mi mente
Que sus grandes problemas avasalla;
Pero no sirven: bien hice á los hombres,
Y aun hallé el bien entre los hombres mismos;
Mas esto no ha servido: tuve algunos
Enemigos; ninguno me ha humillado,
Mientras que muchos ante mí cayeron;
Mas esto no ha servido. Bien, mal, vida,
Facultades, pasiones, cuanto he visto
En otros seres, para mí fué solo
Cual lluvia sobre arena desde aquella
Hora sin nombre. Nada temo, y siento
La maldición de no tener siquiera
Ni un natural temor, ni una intranquila
Palpitación de anhelos, esperanzas,
Ni oculto amor hacia algo de la tierra.
Á la obra pues.

¡Agentes misteriosos!
¡Genios del universo ilimitado,
Que he buscado en la luz y en las tinieblas!
Vosotros, que giráis del mundo en torno
Y en muy sutil esencia habitáis siempre;
Vosotros, para quienes son guaridas
De inaccesibles montes las alturas,
Y á quienes de la tierra y Oceano
Las cavernas son cosas familiares:
Os llamo á todos por aquel escrito
Encanto que me da sobre vosotros

Autoridad. ¡Apareced! ¡Alzaos! (*Pausa.*)
 Aún no vienen. Entonces por aquella
 Voz del que es el primero entre vosotros,
 Por este signo que temblar os hace,
 Por los derechos del que nunca muere:
 ¡Apareced! ¡Apareced! ¡Alzaos! (*Pausa.*)
 Pues que es así, ¡oh espíritus del aire
 Y la tierra!, no habéis ya de eludirme:
 Por un poder más hondo todavía
 Que cuantos invoqué, potente encanto
 Nacido en una estrella condenada,
 Resto ardiente de un mundo demolido,
 Infierno errante en el eterno espacio;
 Por la cruel maldición que hay en mi alma,
 Y por el pensamiento que está dentro
 De mí, y en derredor de mí, yo os mando
 Cumplir mi voluntad. ¡Apareceos!

(*Aparece una estrella en la extremidad más oscura de la galería;
 permanece inmóvil, y se oye una voz que canta.*)

PRIMER ESPÍRITU.

¡Mortal! Por tu mandato subyugado,
 Abandoné al instante mi mansión,
 Que en las nubes ligeras ha formado
 El soplo del crepúsculo veloz,

Y el sol poniente del ardiente estío
 De púrpura colora con azul,
 Que dan mezclados al albergue mío
 El resplandor de su brillante luz;

En un rayo de estrella he cabalgado
 Tu evocación pudiendo aún rechazar;

Fuí por tus juramentos subyugado.
 ¡Mortal! ¡Revela, pues, tu voluntad!

SEGUNDO ESPÍRITU.

Es de todas las montañas
 El monarca el Monte Blanco;
 Ellas tras largas edades
 Como rey le coronaron
 En firme trono de rocas,
 De nubes con regio manto
 Y con diadema de nieves.
 Hay bosques entrelazados
 Alredor de su cintura;
 El tímpano está en su mano,
 Que atronador para hundirse
 Debe esperar mi mandato.
 La masa fría y movable
 Del ventisquero elevado
 Se va más día por día
 Al precipicio acercando;
 Pero yo soy quien le ordeno
 Pasar veloz atronando,
 Ó bien con sus propios hielos
 En un momento le paro.
 Soy genio de este lugar;
 Puedo hacer hundirse al alto
 Monte, y puedo sacudirle
 Desde sus cimientos bajos
 Y cavernosos. Conmigo,
 ¿Qué quieres? ¿Por qué has llamado?

TERCER ESPÍRITU.

En el fondo azul del agua
 Donde la ola no se agita,

Donde el viento es un extraño
Y del mar la sierpe habita;
Donde adorna la sirena
De conchas sus verdes rizos,
Cual tormenta sobre el agua
Vino el son de tus hechizos.

Á mi estancia de coral
Hondo el eco le llevó:
¡Di al espíritu del mar
Tus deseos cuáles son!

CUARTO ESPÍRITU.

Do el dormido terremoto
Reposa en llamas ardientes
Y los lagos de betunes
En alto suben hirvientes;
Do los Andes sus raíces
Hondas clavan en el suelo
Tanto como salen fuera
Sus mil cumbres hacia el cielo,

Mi natal sitio he dejado
Tu mandato al escuchar,
Y tu voz me ha subyugado:
¡Guíeme tu voluntad!

QUINTO ESPÍRITU.

Jinete soy del viento,
Yo enciendo la tormenta,
El horrible huracán que he abandonado
Aún con el rayo ardiente está abrasado:
Para venir contigo, en un momento
La tierra he recorrido
Y la mar turbulenta,
Por aquilón rugiente conducido.

La armada que he encontrado, felizmente
 Las ondas dividía;
 Mas se habrá sumergido
 Antes que haya la noche transcurrido.

SEXTO ESPÍRITU.

Mi estancia es de la noche el lúgubre capuz.
 ¿Por qué así me atormenta tu magia con la luz?

SÉPTIMO ESPÍRITU.

La estrella que dirige tu destino
 Regí desde antes que la tierra fuera:
 Nunca un astro más nuevo, más divino
 En derredor del sol giró en la esfera;

Era su marcha libre y arreglada;
 No albergaba el espacio más hermosa
 Estrella; la hora vino, y fué tornada
 Masa errante de llamas espantosa,

Vago cometa, maldición temida,
 Del universo la amenaza fiera,
 Por sus innatas fuerzas impelida,
 Sin órbita ninguna y sin carrera.

¡Deformidad brillante en eminencia!
 ¡Monstruo, del cielo en las alturas puesto!
 ¡Y tú! ¡nacido bajo su influencia
 Gusano, á que obedezco, á quien detesto!

Por un irresistible poderío
 (Que no te pertenece, y te han prestado
 Únicamente para hacerte mío)

Por este corto instante aquí he bajado,
 Donde á tu alrededor miro estos seres
 Postrados ante ti, y aqui contigo
 Conversando con cosa cual la que eres.

¡Hijo del polvo!.... ¿Qué quieres conmigo?

SEXTO ESPÍRITU.

La Tierra, el Oceano, el Aire y las Montañas,
 Los Vientos y la Noche, tu Estrella, están aquí;
 aguardan tu mandato y esperan tus señales,
 ¡Hijo del polvo !...., juntos se encuentran ante ti
 Sus genios, que han venido oyendo tu llamada.
 ¿Qué quieres con nosotros, hijo de humanos? Di.

MANFREDO.

El olvido.

PRIMER ESPÍRITU.

¿De qué? ¿De quién? ¿Por qué?

MANFREDO.

De aquello que hay dentro de mí; leedlo,
 Lo sabéis; yo no puedo revelarlo.

ESPÍRITU.

Aquello que tenemos solamente
 Te podemos prestar: súbditos pide,
 Soberanía, imperio sobre toda
 La tierra, ó sólo de una parte; un signo
 Que te someterá los elementos
 De que somos señores, uno ó todos,
 Tuyos serán.

MANFREDO.

Olvido, el propio olvido.

¿Y de aquesos dominios tan ocultos
 Que con tal profusión vais ofreciendo,
 No podéis arrancar lo que he pedido?

ESPÍRITU.

No está en nuestro poder ni en nuestra esencia;
 Pero puedes morir.

MANFREDO.

¿Podrá la muerte

Ofrecérmele?

ESPÍRITU.

Somos inmortales

Y no olvidamos; eternas somos,
Y el pasado nos es, cual el futuro,
Presente. ¿Estás ahora respondido?

MANFREDO.

Os burláis; mas la fuerza que os condujo
Míos os hace. ¡Esclavos, mi deseo
No despreciéis! ¡La mente y el espíritu,
La prometea luz y la centella
De mi ser es tan clara y penetrante,
Alcanza tanto cual la vuestra propia:
¡Ni cederá á la vuestra aunque en arcilla
Sujeta! Responded, ó he de enseñaros
Quién soy.

ESPÍRITU.

Cual respondimos respondemos;
Está nuestra respuesta en tus palabras.

MANFREDO.

¿Y por qué eso decís?

ESPÍRITU.

Si, cual dijiste,
Tu esencia es cual la nuestra, respondimos
Diciéndote: la cosa que apellidan
La muerte los mortales, con nosotros
Nada tiene que ver.

MANFREDO.

En vano entonces
De vuestros reinos os llamé; ayudarme
No podéis ó queréis.

ESPÍRITU.

Habla; pues damos
Cuanto tenemos, todo es tuyo: piensa
Antes de echarnos; pide otra vez reino,
Autoridad y fuerza, largos días....

MANFREDO.

¡Malditos! ¿Qué he de hacer yo con los días?
Harto largos son ya. ¡Fuera, marchaos!

ESPÍRITU.

Espera; pues estando aquí servirte
Quisiéramos: medítalo: ¿no hay otro
Don que podamos darte y que no sea
A tus ojos indigno?

MANFREDO.

No, ninguno.

Mas venid: un momento, antes de iros,
Quisiera contemplaros cara á cara.
Escucho únicamente vuestras voces
Suaves y melancólicas, sonando
Cual música en las aguas, y contemplo
El inmóvil aspecto de una estrella.
Ancha, brillante; nada más. Cual fuereis,
Acercaos á mí uno, ó bien todos,
Pero con vuestra forma acostumbrada.

ESPÍRITU.

Nosotros no tenemos forma alguna
Más que del elemento de que somos
El principio y espíritu; tú elige
Forma, y en ella te apareceremos.

MANFREDO.

Yo no puedo escoger; no hay en la tierra
Figura para mí bella ú horrible.

Que tome el más potente de vosotros
La forma que quisiere. ¡Vamos!

SÉPTIMO ESPÍRITU.

(Apareciendo bajo la forma de una hermosa mujer.)

¡Mira!

MANFREDO.

¡Oh Dios! Si eres así; si tú no eres
Ni una locura ni una burla, puedo
Aún ser el más feliz.... Quiero abrazarte,
Y hemos de ser.... (La sombra se desvanece.)

¡Mi corazón estalla!

(Manfredo cae sin sentido)

(Óyese una voz que canta lo siguiente:)¹

Cuando pálida la luna
En las vagas olas da,
Y el gusano luminoso
En la verde hierba está;
 Cuando vuela el meteoro
Por el frío panteón;
Cuando el húmedo pantano
Atraviesa el ambulón;
 Cuando raudas por el cielo
Las exhalaciones van,
Y sus voces repetidas
Las lechuzas tristes dan,
 Y en la sombra están las hojas

¹ Estos versos fueron escritos en Suíza en 1816, y enviados á Inglaterra para publicarse con el tercer canto del *Childe-Harold*. Dice Moore: «Como se escribieron muy poco después de la última é infructuosa tentativa de reconciliación, no hay duda que el poeta pensaba en esto al escribir varias de las primeras estrofas».

Adormidas por doquier,
Estará en la tuya mi alma
Con un signo y un poder.

Aunque acaso muy profundo
Sueño puedas conseguir,
No podrá nunca tu espíritu,
No podrá nunca dormir;
Sombras hay que de tu mente
No podrás desvanecer,
Pensamientos que no puedes
De ti mismo desprender:

Por poder de ti ignorado
Solo nunca te hallarás,
Pues envuelto y oprimido
Cual con un sudario estás.

De una nube estás cercado
Que te envuelve en su vapor;
Serás siempre de la esencia
De este encanto habitador.

Aunque no me percibieres
A tu lado atravesar,
Con tu vista has de sentirme
Y mirarme á tu pesar:

Me verás como una cosa
Que, invisible siendo en sí,
Debe estar donde estuvieres,
Y que ha estado junto á ti;

Cuando luego con secreto,
Con un íntimo terror,
Hacia todas partes vuelvas

Tu cabeza en derredor ,
En aquel momento , absorto ,
Asombrado has de quedar
De no verme cual tu sombra
En aquel mismo lugar ,
Y el poder que pasar sientas ,
Y que en ti miras nacer ,
El poder será que debas
Siempre oculto mantener.

Una voz dulce , armoniosa ,
Y una mágica canción ,
Te han herido y castigado
Con terrible maldición ;
Un espíritu del aire
Te envolvió en un lazo ya ;
Una voz hay en el viento
Que gozar te impedirá ;
Y la noche ha de negarte
De su cielo la quietud ,
Y hará el sol del día anheles
ver morir su clara luz.

De tus lágrimas mentidas
Una esencia destilé ;
Para dar la muerte tiene
Fuerza extraña y gran poder ;
Exprimí la negra sangre
De tu propio corazón ,
Hasta el más negro principio
Donde está su emanación ;
Arranqué de tu sonrisa

La serpiente que, fatal,
En silencio allí rodaba
Cual por un suave helechal;
De tus labios he extraído
El potente encanto aquel,
Que los da á todos su fuerza,
Mas maléfica, mas cruel,
Y al probar cada veneno
Conocido por peor,
Hallo el tuyo de entre todos
El más fuerte y destructor.

Por tu risa de serpiente,
Por tu helado corazón,
Y tu abismo inmensurable
De maldad y execración;
Tu mirada en apariencia
De virtud y de bondad,
De tu hipócrita y cerrada
Alma, por la falsedad;
Y también del arte tuyo
Por la rara perfección,
Que hace pase por humano
Tu inhumano corazón;
Por tu sangre de Caín
Y tu goce, el llanto al ver,
¡Te conjuro y te condeno
Á tu propio infierno ser!

Vierto el vaso en tu cabeza,
Que te debe sujetar
A esta prueba; es tu destino

Ni morir, ni reposar:

Aunque juzgues en tu anhelo
Ver la muerte á tu alrededor,
Aunque ansioso la apetezcas,
Has de verla con terror.

¡Mira! En torno tuyo ahora
El encanto obrando está,
Y cadena silenciosa
Te sujeta firme ya:

Ya cayó sobre tu frente,
Ya pasó á tu corazón
La sentencia.... Desde ahora
Te marchite la aflicción.

ESCENA II.

El monte Jungfrau.—Es de día.

MANFREDO (*solo sobre las rocas*).

Los genios que he evocado me abandonan,
Y los encantos que estudié me engañan;
El remedio esperado me atormenta;
Ya no me apoyo en sobrehumana ayuda,
Que no tiene poder en lo pasado;
Y en cuanto á lo futuro, hasta que se haya
Abismado el pasado en las tinieblas,
No he de buscarle. ¡Tierra, madre mía!
Y tú, naciente día, y vos, montañas,
¿Por qué tan bellas sois? No puedo amaros.
Y tú, del universo ojo brillante,
Que te abres sobre todo y para todo
Eres una delicia: tú no alumbras
Mi corazón. Y vos, rocas altivas
A cuyo borde estoy, desde el cual miro

Allí abajo á la orilla del torrente
Los altos pinos, que parecen solo
Matas al confundirse en la distancia :
Cuando un paso, un impulso, un movimiento ;
Cuando un soplo quizás echar podría
Mi cuerpo al hondo abismo de peñascos,
Y allí por siempre estar, ¿por qué vacilo?
Siento el impulso; pero no me arrojo :
Miro el peligro; pero no me aparto :
Mi cerebro vacila, el pie está firme.
Hay sobre mí un poder que me detiene,
Y hace que mi destino vivir sea,
Si es vida llevar dentro de mí mismo
Esta esterilidad en el espíritu,
Ser de mi alma sepulcro, pues que ceso
Ya de justificar mis actos propios,
De todo mal enfermedad postrera. (*Pasa un águila.*)
¡Oh tú, noble y alígero monarca,
Infatigable nadador de nubes ;
Tú, cuyo libre vuelo es el más alto
En el cielo! : bien puedes ir tan cerca
Revolando de mí. Yo debería
Ser tu presa y el pasto de tus hijos ;
Te elevas donde no puede seguirte
La vista; mas la tuya á ver alcanza,
Hacia abajo, adelante ó hacia arriba,
Con penetrantes ojos. ¡Cuán hermoso!
¡Cuán bello es todo ese visible mundo!
¡Cuán grande es en sí mismo y en sus actos!
Nosotros que sus dueños nos decimos ;
Nosotros, mitad polvo, mitad dioses,
De bajar y subir siendo incapaces,

Con nuestra mixta esencia y ser sufrimos
 Un choque de elementos ; respiramos
 De la degradación y orgullo el aire,
 Con mil necesidades combatiendo
 Bajas, y con deseos elevados,
 Hasta que al cabo predomina nuestra
 Mortalidad, y entonces son los hombres
 Aquello que á sí mismos no se llaman
 Ni se confían unos á otros.

(Óyese á lo lejos un caramillo.)

¡Qué oigo!

Es el son natural del caramillo
 De los montes. Aquí no son los días
 Patriarcales pastoriles cuentos.
 Suenan las flautas por el aire libre,
 Á los cencerros plácidos unidas
 Del rebaño paciendo vagabundo ¹.
 Mi alma anhela absorber estos sonidos.
 ¡Oh, si yo fuera el invisible espíritu
 De un hermoso sonido, voz viviente,
 O bien una armonía respirante,
 O goce incorporal, nacido y muerto
 Con el acorde tono que me hiciera!

(Llega de abajo un cazador de gamuzas.)

CAZADOR.

Saltó por esta senda la gamuza,
 Y con su pie ligero me ha burlado ;
 Hoy mis ganancias no podrán apenas
 Reparar mi trabajo peligroso.

¹ El germen de este y otros pasajes del *Manfredo* se encuentra en el diario de su viaje á Suiza (*Journal of the Swiss tour*), que Byron envió á su hermana.

¿Qué hay aquí? ¡Calle!...: es uno; no parece
De mi oficio; no obstante, él ha llegado
A una altura á que nadie, ni aun los mismos
Montañeses, excepto los mejores
De nuestros cazadores, llegar pueden.
Su vestido es espléndido, su aspecto
Varonil, y su rostro altivo como
De un libre campesino á esta distancia.
Llegaré para verle más de cerca.

MANFREDO.

Estar así, y encanecer de angustia,
Semejante á esos pinos, ateridos
Náufragos de un invierno, sin corteza¹,
Sin ramas, tronco herido por el rayo,
Sobre raíz maldita sostenido,
Tan decaído, que tan sólo sirve
Para sentir su propio abatimiento.
¡Así estar, y así solo eternamente,
Habiendo sido de otro modo! Ahora
Por arrugas surcado estar, labradas
Por instantes no más y no por años,
Ú horas, que en siglos el tormento trueca....
¡Horas á las que aún yo sobrevivo!
¡Oh vos, peñas, del cielo suspendidas!
¡Vos, témpanos que un soplo arrojar puede
En montones; venid, aniquiladme!
Os escucho estallar debajo, encima²,

¹ «Pasaba por bosques de *pinos ateridos*, secos, con los troncos desnudos, descortezados, sin ramas ni vida, obra de *un solo invierno*: á su aspecto me acordaba de mí y de mi familia.» *Swiss Journal*.

² «Á un lado nuestra vista descubría el Jungfrau con todos

Con un frecuente choque ; y , sin embargo ,
 Pasáis cayendo sólo en los objetos
 Que aún quisieran vivir , sobre el florido
 Naciente bosque , y sobre la cabaña
 Y la aldea del rústico inocente .

CAZADOR.

Las nieblas á subir del valle empiezan ;
 Le advertiré que baje , pues se expone
 A perder á la vez vida y camino .

MANFREDO .

En torno de los fríos ventisqueros
 Hierven las nieblas , y las nubes se alzan
 Veloces bajo mí , blancas , sulfúreas ,
 Cual la espuma agitada del profundo
 Mar del infierno , cuyas olas rompen
 Sobre viviente playa , que atestada
 Está de condenados semejantes
 Á guijarros . El vértigo me turba ¹ .

CAZADOR.

Debo acercarme cautelosamente ,
 Porque de cerca un repentino paso

sus ventisqueros ; entonces el *Diente de Plata* brilló cual una realidad , el *Pequeño Gigante* , el *Gran Gigante* , y no menor , por último , el *Wetterhorn* .

»La altura del Jungfrau es de 13,000 pies sobre el nivel del mar y 11,000 sobre el valle . De cinco en cinco minutos próximamente oía caer los témpanos.» *Swiss Journal* .

¹ «En el opuesto valle , entre los precipicios perpendiculares , subían las nubes ondulando , cual la espuma del *Océano del infierno* durante una primavera templada .

»El lado por donde subíamos no era tan escabroso ; pero al llegar á la cima , vimos abajo y al opuesto lado un hirviente mar de nubes chocando contra las rocas en que estábamos , que por un lado eran completamente perpendiculares.» *Swiss Journal* .

Lo pudiera asustar , y ya parece
Que vacila.

MANFREDO.

Montañas han caído ,
Un boquete dejando entre las nubes ,
Moviendo con el choque á sus alpinas
Hermanas , relleno los verdosos
Floridos valles con los mil pedazos
De tanta destrucción , los anchos ríos
Deteniendo de pronto con un golpe ,
Que las aguas deshace en nieblas , y hace
Otro álveo buscar á sus corrientes.
Tal hizo en su vejez , precipitado ,
El Monte Rosemberg. ¿Por qué no estuve ,
Cuando rodó , debajo de él?

CAZADOR.

¡ Amigo !

¡ Ten cuidado ; fatal pudiera serte
Un paso más ! ¡ Por el amor siquiera
Del que te hizo , así no estés al borde !

MANFREDO. (*Sin oírle.*)

Tal fuera mi sepulcro conveniente ;
Mis huesos estarían reposando
Entonces en su abismo ; no serían
Por las rocas perdidos el juguete
Del viento , tal como serán ahora
Con este salto. ¡ Adiós , abiertos cielos !
No me miréis con aire de amenaza ;
Hechos no fuisteis para mí vosotros.
¡ Oh tierra !.... ¡ Aquestos átomos recibe !

(*Al ir á precipitarse Manfredo, el cazador de gamuzas le sujeta
y detiene, asiéndole repentinamente.*)

CAZADOR.

¡Para, insensato! Aunque odies la existencia,
 No con tu sangre criminal vertida
 Nuestros valles purísimos empañes.
 Conmigo ven. No soltaré mi presa.

MANFREDO.

Mi corazón exánime palpita.
 Suéltame : desfallecen mis sentidos.
 En derredor de mí veloces giran
 Los altos montes. Ciego estoy. ¿Quién eres?

CAZADOR.

Luego te lo diré. Vente conmigo.
 Densas crecen las nubes allí lejos.
 Firme agárrate á mí ; tu pie coloca
 Aquí ; toma el cayado , y un instante
 Cuélgate de ese arbusto ; trae la mano ;
 Ase mi cinturón.... ; despacio.... ; bueno.
 Á la casilla dentro de una hora
 Arribaremos , y hallaremos pronto
 Terreno más seguro , firme y algo
 Parecido á sendero , que la furia
 Del torrente bañó por el invierno.
 Vamos. Lo hiciste intrépido. Debieras
 Ser cazador. Siguiendo ve mis pasos.

(Siguen bajando con dificultad por las rocas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Una casilla en medio de los Alpes Berneses.

MANFREDO.—EL CAZADOR.

CAZADOR.

No, no; quédate aún; salir no debes
Todavía; tu espíritu y tu cuerpo
Incapaces están de confiarse
El uno al otro por algunas horas.
Cuando mejor estés, seré tu guía:
Pero ¿dónde?....

MANFREDO.

No importa: yo conozco
Mi camino harto bien; no necesito
Que me guíen.

CAZADOR.

Tu porte, cual tu traje,
Anuncian que eres de elevada alcurnia,
Un jefe de los muchos cuyos fuertes
Castillos sobre valles hondos miro.

¿Cuál de estos es el que señor te llama ?
 Sus portadas conozco solamente ;
 Mi género de vida me conduce
 Raras veces al llano, á calentarme
 En los grandes hogares de los viejos
 Salones, á beber con los vasallos ;
 Pero todas las sendas que conducen
 Desde nuestras montañas á sus puertas,
 Desde niño las sé. ¿De estos el tuyo
 Cuál es?

MANFREDO.

¿Qué importa ?

CAZADOR.

Bien, señor; perdona
 La pregunta, y está de humor más bueno.
 Vamos; prueba mi vino; es de una antigua
 Vendimia; ha deshelado muchos días
 Mis venas en los fríos ventisqueros;
 Que sea para ti lo mismo ahora.
 Vamos; brinda conmigo alegremente.

MANFREDO.

¡Atrás, atrás! ¡Hay en el borde sangre!
 ¿Nunca, jamás la sorberá la tierra?

CAZADOR.

¿Qué piensas? ¿Se extravían tus sentidos?

MANFREDO.

¡Sangre digo, mi sangre! El raudal puro
 Que caliente rodaba por las venas
 De mi padre y las nuestras en el tiempo
 De nuestra juventud, cuando tuvimos
 Un corazón no más, y nos amamos;
 Mas como no debimos uno al otro.

Esto vertido fué ; pero aún se alza
 Colorando las nubes que me cierran
 Para siempre la entrada de los cielos....
 Do tú no estás y no estaré yo nunca.

CAZADOR.

Hombre de esas palabras singulares
 Y algún pecado de esos que trastornan
 Y medio vuelven loco , y el vacío
 Así te hace que pueblos , cualesquiera
 Que fueren tu terror y sufrimiento,
 Hay el consuelo aún : la ayuda de hombres
 De santidad , la celestial paciencia....

MANFREDO.

¡Paciencia , sí , paciencia ! Atrás , que se hizo
 Esta palabra sólo para brutos
 De carga , no para aves de rapiña.
 Predícala á mortales de tu polvo ;
 De tu especie no soy.

CAZADOR.

¡ Gracias al cielo !

No fuera de la tuya , por la fama
 Del gran Guillermo Tell. Pero cualquiera
 Que fuere tu dolor , sufrirse debe ,
 Y el selvaje arrebató será inútil.

MANFREDO.

¿ Y no le sufro ? Mírame.... Yo vivo.

CAZADOR.

Eso no es una vida saludable ;
 Es un estado convulsivo.

MANFREDO.

¡ Escucha ,

Hombre ! ¡ He vivido muchos , muchos años ,

Años muy largos , pero no son nada
 Para los que tendré , siglos y siglos ,
 Espacio , eternidad , y la conciencia ,
 Con sed atroz de muerte , inextinguible !

CAZADOR.

¡Cómo! Tu frente el sello apenas tiene
 De la virilidad ; mucho más viejo
 Que tú soy yo.

MANFREDO.

¿Tú piensas que la vida
 Pende sólo del tiempo? Nuestros actos ,
 Esas son nuestras épocas ; los míos
 Sólo han hecho mis días y mis noches
 Eternas , uniformes , infinitas
 Todas , cual las arenas en la playa ;
 Innumerables átomos , desierto
 Frio y estéril , en el cual las olas
 Se rompen con furor ; mas nada dejan ,
 Salvo esqueletos , náufragos y rocas ,
 Y del salado mar hierbas amargas.

CAZADOR.

¡Ah! Loco está ; no debo abandonarle.

MANFREDO.

Ojalá lo estuviese , pues entonces
 Estas cosas que veo no serían
 Más que el febril delirio de un enfermo.

CAZADOR.

¿Qué es lo que ves , ó lo que ver tú juzgas ?

MANFREDO.

Á mí y á ti , labriego de los Alpes ;
 Tus virtudes humildes , tu morada
 Que da hospitalidad ; tu alma paciente ,

Piadosa , altiva y libre ; tu respeto
 Á ti mismo , nacido de inocentes
 Pensamientos ; tus días saludables
 Y tus noches de sueño ; tus trabajos
 Sin maldad , que ennoblecen los peligros ;
 Las esperanzas de vejez alegre
 Y sosegada tumba , con guirnaldas ,
 Con una cruz sobre la verde hierba ,
 Y el amor de tus nietos de epitafio.
 Esto miro , y entonces en mí veo....
 No importa qué.... ¡ Ya estaba el alma mía
 Consumida !

CAZADOR.

¿ Y cambiaras tu existencia
 Por la mía ?

MANFREDO.

¡ No , amigo ! Ni dañarte
 Quisiera , ni cambiar la suerte mía
 Con ningún ser viviente : sufrir puedo
 (Aunque cobardemente , al fin lo sufro)
 En vida lo que no pudieran otros
 Ni soñando sufrir , pues morirían
 En su sueño .

CAZADOR.

¿ Y con tales sentimientos
 Por ajeno dolor , puedes , manchado
 Con el crimen , estar ? No , no lo digas .
 ¿ Puede uno de apacibles pensamientos
 Sobre sus enemigos la venganza
 Tomar ?

MANFREDO.

¡ Oh ! ¡ no , no , no ! Que mis injurias

Cayeron sobre aquellos que me amaron
Y más amé. Jamás un enemigo
Derribé , salvo sólo en mi defensa ;
Hasta mi abrazo era fatal.

CAZADOR.

¡El cielo
Te dé reposo , y vuélvate á ti mismo
La penitencia ! Mis plegarias todas
Serán por ti.

MANFREDO.

No necesito de ellas ;
Mas tu piedad sufrirla puedo. Parto ,
Es tiempo. ¡ Adiós ! Toma este oro , y gracias.
Ni una sola palabra ; te es debido.
No me sigas ; conozco mi sendero ,
Y el peligro pasó de la montaña.
¡De nuevo te lo encargo ; no me sigas !

(Sale Manfredo.)

ESCENA II ¹.

Un valle profundo en los Alpes.—Una catarata.

Llega MANFREDO.

No es mediodía : los oblicuos rayos
Del refulgente sol , con los matices
Varios del cielo pintan el torrente ²,

¹ «Esta escena es una de las más poéticas y con más suavidad escrita del poema. Hay calma y cierto delicioso encanto en la tranquilidad y retiro del sitio , y en la celestial hermosura del ser que se descubre en medio de este visible hechizo.»
Jeffrey.

² «Antes de subir á la montaña fuí al torrente ; sobre él el sol forma un arco iris de casi todos los colores , pero principal-

Y rueda la extendida y ondulante
 Columna plateada al hondo abismo ;
 Lanza sus masas de luciente espuma
 Aquí y allí , á lo largo , parecidas
 Á la cola del pálido caballo ,
 Del gigante corcel en que espantosa
 Cabalgará la Muerte , cual se dice
 En el Apocalipsis. Ahora sólo
 Mis pupilas absorben la hermosura
 De esta visión , y en esta deliciosa
 Soledad , con el genio de este sitio ,
 El homenaje de estas aguas puedo
 Yo solo dividir. Voy á llamarle.

(Manfredo toma un poco de agua en la palma de la mano , y la arroja al aire pronunciando una evocación. Al cabo de un rato la Hada de los Alpes aparece bajo el arco iris del torrente.)

¡Hermosísimo espíritu!, que ostentas
 Cabellera de luz y ojos radiantes
 De gloria celestial; en cuya forma
 Las gracias de las hijas de la tierra
 Menos mortales, estatura adquieren
 Superterrena, y en la esencia encarnan
 De más nobles y puros elementos:
 Los más vivos y espléndidos matices
 De fresca juventud, cual la mejilla
 De un infante durmiendo mansamente
 Por el materno corazón mecido,
 Ó cual los tintes limpios y rosados
 Que el estival crepúsculo derrama

mente de púrpura y oro. Si uno se mueve, el arco también se mueve. Jamás he visto cosa como ésta: sólo se ve con la luz del sol.» *Swiss Journal.*

Del alto ventisquero en los montones
 De nieve virginal (bello sonrojo
 De la tierra abrazada con su cielo),
 Tiñen tu aspecto celestial y eclipsan
 Las bellezas del Iris luminoso
 Que sobre ti se inclina y te corona.
 ¡Hermosísimo espíritu!: en tu frente
 Límpida y apacible, que refleja
 La natural serenidad del alma,
 Y su inmortalidad revela al punto,
 Leo que otorgarás perdón á un hijo
 De la tierra, á quien suelen muchas veces
 Los más ocultos genios permitirle
 Comunicar con ellos, si aprovecha
 De sus hechizos para así evocarte
 Y fijar en tu rostro sus miradas
 Unos instantes.

HADA.

¡ Hijo de la tierra !

Te conozco, y también á los poderes
 Que tu poder te dan; sí, te conozco
 Como un hombre de muchos pensamientos
 Y actos de bien y mal; extremo en ambos,
 Fatal, predestinado en tus dolores.
 Te esperaba. De mí, ¿qué es lo que quieres?

MANFREDO.

Contemplar tu belleza; esto tan sólo.
 De la tierra el aspecto me ha causado
 La locura; me acojo á sus misterios,
 Penetro en las moradas de los seres
 Que la gobiernan; pero en nada ayuda
 Pueden darme. Ya entre ellos he buscado

Lo que lograr no pueden , y así ahora
Ya no investigo más.

HADA.

¿Cuál la demanda
Puede ser , que no esté ni en la potencia
De los más poderosos gobernantes
De lo invisible?

MANFREDO.

Es una gracia ; pero ,
¿Para qué repetirla , si es en vano?

HADA.

No la sé ; que tu labio la murmure.

MANFREDO.

Bien : aunque me atormente , me es lo mismo ;
Voces encontrará mi cruel tormento.
Desde mi juventud no andaba nunca
El espíritu mío con el alma
De los hombres ; tampoco con humanos
Ojos veía yo sobre la tierra.
La sed de su ambición no era la mía ;
El fin de su existencia no era el mío ;
Mis goces , mis dolores , mis pasiones
Y poderes , me hacían un extraño.
Aun llevando su forma , simpatía
Nunca senti por la viviente carne ,
Y entre todos aquellos varios seres
De arcilla que doquier me rodeaban ,
Hubo una nada más que.... ; pero luego
De ella hablaré. Con hombres , ya te he dicho ,
Y con los pensamientos de los hombres ,
Tuve ligera unión ; pues , al contrario ,
Mi placer le encontraba en lo desierto ,

Respirando difícil el ambiente
De las heladas cumbres de los montes ,
Donde no osan las aves anidarse ,
Ni revuelven las alas del insecto
Sobre el yermo granito : en sumergirme
En el veloz torrente , en ir rodeando ,
Ligero , con el raudito torbellino
De las olas del río al estrellarse ,
O también del Océano en su flujo.
En tales cosas mis tempranas fuerzas
Se gozaban ; también en ir siguiendo
Por las noches el curso de la luna ,
El lento remontar de las estrellas :
En mirar los relámpagos brillantes ,
Hasta que eran mis ojos deslumbrados ,
Ó mirar , escuchando , desprenderse
Las hojas , cuando el canto de la tarde
Entonaban los vientos del Otoño.
Mis entretenimientos estos eran ,
Y solitario estar ; pues si los seres ,
De los que era yo uno (aborreciendo
Ser así) , en mi camino se cruzaban ,
En volver hacia ellos degradado
Sentíame , de nuevo todo arcilla.
En mis rondas , y solo , entraba entonces
En las bóvedas tristes de la muerte ,
Las causas á buscar por los efectos ,
Y con aquellos huesos consumidos ,
De los cráneos y el polvo amontonado ,
Sacar las más vedadas consecuencias.
Muchos años pasábame las noches
Estudiando las ciencias ignoradas ,

Salvo en la antigua edad , y con trabajo ,
 Tiempo , pruebas terribles y dolores ,
 Y teniendo dominio sobre el aire ,
 Y los genios que rigen aire y tierra ,
 El poblado infinito y el vacío ,
 Conseguí hacer mis ojos familiares
 Ya con la Eternidad , como lo hicieron
 Antes de mí los poderosos Magos ,
 Y aquel que de las fuentes donde moran ,
 Á Eros y Anteros evocó en Gadara † ,
 Como yo á ti. La ciencia fué aumentando
 Mi sed de ciencia y el poder y el goce
 De esta tan vigorosa inteligencia ,
 Hasta....

HADA.

Prosigue.

MANFREDO.

¡Oh! Sólo mis palabras

Prolongo , y estos vanos atributos
 Ensalzo , porque llego á lo más hondo
 Del dolor de mi pecho. Mas sigamos.
 No te he nombrado padre , madre , amada ,
 Amigo , ó ser alguno á quien me uniera
 La cadena de vínculos humanos ;
 Y si los tuve , no me parecían
 Tales. Había , sin embargo , una....

HADA.

No te detengas , sigue.

MANFREDO.

De facciones

† El filósofo Jámblico : la historia de la evocación de Eros y Anteros puede verse en su vida por Eunapio.

Ella era igual á mí; todo, sus ojos,
 Su cabello, sus formas, y hasta el mismo
 Sonido de su voz eran iguales
 Á los míos; mas todo suavizado,
 Y atemperado en su hermosura todo.
 Mis ideas errantes, solitarias,
 Tuvo, y ansia de ciencia misteriosa,
 Y espíritu capaz de el universo
 Comprender: ni esto sólo fué, pues tuvo
 Más suaves prendas, lágrimas, sonrisas,
 Junto á la compasión que yo no tengo,
 Y la ternura; aunque ésta yo por ella
 La sentí; la humildad, que nunca tuve.
 Sus faltas mías, tuyas sus virtudes
 Fueron. ¡La amé y di muerte!

HADA.

¿Con tu mano?

MANFREDO.

No; fué mi corazón que hizo pedazos
 Su corazón.... Me vió, secóse. Sangre
 Vertí, mas no la suya; y sangre suya,
 No obstante, se vertió; la vi, y no pude
 Detenerla en su curso.

HADA.

¡Y tú, por este

Ser de la misma raza que desprecias,
 Sobre la cual pretendes elevarte,
 Con nosotros mezclándote y lo nuestro,
 Así renuncias á los altos dones
 De nuestra magna ciencia y retrocedes
 Así cobardemente á la mezquina
 Mortalidad!.... ¡Atrás!

MANFREDO.

¡Hija del aire!

Yo te lo juro: desde aquella hora.... ;
Mas aire son tan sólo las palabras.
¡Contéplame dormido; mi desvelo
Observa; ven y siéntate conmigo!
Mi soledad no es soledad; poblada
Por las Furias está; yo he rechinado
Mis dientes, de la noche entre las sombras,
Hasta el volver de la mañana; entonces
Hasta el anochecer me he maldecido;
Como un bien he pedido la locura;
Me es negada. La muerte la he buscado;
Mas de los elementos en la guerra,
De mi lado las aguas se retiran
É inofensivos los peligros pasan.
La yerta mano de un demonio impío
Me detiene, por un cabello sólo
Sostenido, que no puede romperse.
En mi imaginación y fantasía,
Tesoro de mi alma, que otro tiempo
Fué un Creso en creación, me he sumergido;
Mas cual ola menguante me rechaza
Al abismo sin fin del pensamiento.
Entre la humanidad me precipito;
Por todas partes el olvido busco,
Salvo donde se encuentra lo que tengo
Aún que aprender. Mi ciencia, el arte mío,
Tan sobrenatural é investigado,
Todo es mortal aquí. Yo sigo en toda
Mi desesperación, y vivo, y vivo

Por siempre.

HADA.

Yo ayudarte acaso pueda.

MANFREDO.

Para hacer esto , tu poder los muertos
Debe evocar , ó entre ellos enviarme.
Sea , pues , en cualquiera forma ú hora ,
Ó con cualquier dolor , si es el postrero.

HADA.

No está en mis atributos ; mas si quieres
Obediencia jurar á mi mandato ,
Mis órdenes cumplir , puedo ayudarte
En tus deseos.

MANFREDO.

No lo juro. ¡Cómo!....
¡Yo obedecer! ¿Y á quién? ¡Á los espíritus
Cuya presencia ordeno , y son esclavos
De aquellos que me sirven!.... ¡Nunca!

HADA.

¿Es esto
Todo? ¿No tienes más cortés respuesta?
Espera todavía ; reflexiona
Antes de rechazar,...

MANFREDO.

He dicho.

HADA.

¿Basta!
¿Me puedo retirar?... ¡Responde!

MANFREDO.

¡Vete!

(*La Hada desaparece.*)

MANFREDO. (*Solo.*)

Juguetes somos del terror y el tiempo :
Callados se nos vienen ya los días ,
Ya callados nos huyen , y vivimos
La vida odiando y el morir temiendo.
Los días todos de este odioso yugo ,
De esta carga vital del agitado
Corazón , destrozado por las penas ,
Ó rápido latiendo con dolores ,
O con placer que acaba en agonía
O languidez : entre los días todos
Del pasado y futuro (que en la vida
No hay presente) , contar sólo podemos
Unos pocos , ó menos que unos pocos ,
En que deje de ansiar la muerte el alma ;
Y , sin embargo , el alma retrocede ,
Como se retrocede en el invierno
De un arroyo , aunque el frío es de un instante.
Un recurso me queda aún en mi ciencia ;
Puedo evocar los muertos , preguntarles
Qué cosa es la que ser tanto tememos :
La respuesta peor que darme pueden
Sólo es la tumba. ¿Y qué es la tumba? Nada.
Si no responden.... Mas el sepultado
Profeta dió respuesta á la famosa
Hechicera de Endor ¹ ; y el Rey de Esparta ,
Del espíritu siempre vigilante
De la doncella Bizantina , obtuvo

¹ El profeta Samuel, que, evocado por la pitonisa de Endor la víspera de la batalla de Gelboe, se apareció á Saul y le predijo su funesta suerte.

Endor era una ciudad de Palestina, cerca del monte Thábor.

Respuesta y su destino : á la que amaba
 Mató , pero ignorando á quién dió muerte ,
 Y murió sin perdón ; aunque en su ayuda
 Llamó á Jove Figiano , y en Figalia
 Invocó á los arcadios exorcistas ,
 Para obligar á la irritada sombra
 Á deponer su cólera iracunda ,
 Ó un término fijar á su venganza ,
 Ella dió con palabras su respuesta
 De dudoso sentido , mas cumplidas † .
 ¡ Oh ! Si jamás hubiese yo vivido ,
 La que amo aún viviría : si no hubiese
 Nunca amado á la que amo , fuera hermosa
 Y feliz , dando dichas mil . ¿ Qué es ella ?

† La historia de Pausanias , rey de Esparta (que capitaneaba á los griegos en la batalla de Platea) y Cleonice se encuentra en la vida de Cimón por Plutarco , y en la descripción de Grecia de Pausanias el sofista.

El pasaje de Plutarco dice así : «Cuéntase que estando Pausanias en Byzancio , puso sus ojos en una joven virgen de una noble familia , llamada Cleonice , y pidió obtenerla por querida. Los padres , intimidados por su poder , se vieron en la dura necesidad de entregarle su hija. La joven pidió que la luz quedase fuera de la habitación , para poder ir al lecho en silencio y en secreto. Al entrar , él se hallaba dormido , y ella , por desgracia , tropezó en la lámpara y la dejó caer. El ruido le despertó de repente , y con el sobresalto , pensando que era un enemigo que venía á asesinarle , desnudó un puñal que tenía á mano , y le clavó en el pecho de la doncella. Desde entonces jamás pudo reposar. Todas las noches se le aparecía su imagen , y con tono amenazador repetía este verso heroico :

Corre al destino que el orgullo y la lascivia merecen.

Los confederados , altamente irritados por esta infame acción , se unieron á Cimón para sitiarse en Byzancio. Pero él halló medio de escapar de allí ; y como todavía se le aparecía el espec-

¿Qué es ella ahora? Víctima tan sólo
 De mis pecados, un objeto triste,
 En el cual no oso ni pensar...., ó nada.
 Dentro de algunas horas, ya no en vano
 Llamaré; mas en este instante temo
 Lo que voy á arrostrar: hasta esta hora,
 Nunca he retrocedido cuando he visto,
 Bueno ó malo, un espíritu: ahora tiemblo,
 Y siento un frío extraño que deshace
 Mi corazón; mas puedo, sin embargo,
 Hacer lo que más odio, y los temores
 Humanos combatir. La noche llega. (*Sale.*)

ESCENA III.

La cumbre del monte Jungfrau.

Entra el PRIMER DESTINO.

Aparece la luna, ancha, redonda,
 Brillante: aquí, sobre esta nieve helada,
 Do nunca humana planta de ordinario
 Mortal pisó, nosotros, sin ninguna
 Huella dejar, andamos por la noche.
 Por el selvaje mar, el transparente
 Y ancho Océano de este monte helado,
 Cruzamos estos ásperos escollos,
 Que el aspecto presentan de la espuma

tro, dicese que acudió á un templo de Heráclea, donde fueron consultados los manes del cadáver. Allí invocó el espíritu de Cleonice y le pidió su perdón. Ésta apareció, y dijo: «Á su vuelta á Esparta pronto se verá libre de sus inquietudes». Con lo que al parecer vaticinaba enigmáticamente su muerte».

Por lo que se ve, tanto en la teología hebrea como en la pagana, era costumbre conjurar los espíritus de los muertos.

De tempestad , cayendo congelada ,
Imagen de una tromba detenida.
Esta cumbre fantástica y agreste ,
Y que algún terremoto cincelara ,
Donde las nubes al pasar reposan ,
Sólo está á nuestras fiestas y vigili-
as Consagrada. Aquí espero á mis hermanos ,
Para emprender la marcha á la morada
De Arimán ; esta noche es nuestra grande
Festividad ; extraño que no vengan.

(Una voz cantando fuera.)

El cautivo usurpador ,
De su trono derribado ,
Solo estaba y olvidado ,
Sumido en el estupor.

Yo rompí su sueño insano ,
Su cadena destrocé ,
Á la turba le ligué ,
Y otra vez es un tirano.

Con la sangre vertida de un millón
Á mis cuidados él responderá ;
Con la ruína de un pueblo que caerá ,
Y con su fuga y desesperación.

(Segunda voz, dentro.)

Veloz , veloz la nave iba bogando ;
No la dejé ni mástiles ni velas ;
No le dejó mi furibunda saña
Ni una tabla del casco ó la cubierta ,
Ni para lamentarse del naufragio ,
Un infeliz sobrevivió siquiera ;
Salvo uno , que sostuve del cabello ,
Nadando por las olas turbulentas ;

Era digno de todo mi cuidado ,
Pirata sobre el mar , traidor en tierra ,
Y le salvé para que , cruel , conmigo
Estragos y venganzas ejerciera.

PRIMER DESTINO (*respondiendo*).

La ciudad toda
Dormida está ;
Llorando , el alba
La encontrará :
Lento el mal cunde ,
Siniestro y cruel ,
Y se difunde
Ya por doquier :
Muchos millares
Cayendo están ,
Cientos de miles
Perecerán ;
Y los vivientes
Habrán de huir ,
Á sus pacientes
Sin asistir.
Nada el contacto
Puede vencer
De los que llegan
Á perecer.
Angustia y duelo ,
Mal y terror ,
Entera envuelven
Una nación.
Los venturosos
Los muertos son ,
No viendo el cuadro

Lleno de horror
Que da su propia
Desolación.

Tal obra, en una noche consumada,
Esta ruína de un pueblo, empresa mía,
Fué por largas edades realizada
Y habrá de renovarse todavía.

(Entran el segundo y el tercer Destino.)

LOS TRES DESTINOS.

El corazón de los hombres
En nuestras manos está,
Y sus sepulcros helados
Nos sirven de pedestal.
¡Nosotros tan sólo damos,
Para volverle á quitar,
De los que son nuestros siervos,
El espíritu vital!

PRIMER DESTINO.

¡Bien venido seáis! ¿Do está Nemesis?

SEGUNDO DESTINO.

En alguna gran obra, aunque la ignoro,
Pues estaban mis manos ocupadas.

TERCER DESTINO.

Mirad, ya viene. *(Entra Nemesis.)*

PRIMER DESTINO.

Di, ¿dónde has estado?
Tú y mis hermanos hoy andáis muy lentos.

NEMESIS.

Estaba detenida en este instante,
Solios deshechos reparando, locos
Casando, restaurando dinastías,
Á hombres vengando de sus enemigos,

Para después de su venganza hacerles
 Arrepentirse ; estimulando al sabio
 Á la locura ; al necio le inspiraba,
 Para regir al mundo nuevamente,
 Oráculos , pues eran ya anticuados.
 Ya piensan por sí mismos los mortales ;
 En la balanza pesan reyes , y hablan
 De libertad , la fruta prohibida.
 ¡ Adelante !... La hora hemos pasado.
 Subamos , pues , al punto en nuestras nubes.
 (*Vanse.*)

ESCENA IV.

El salón de Arimán.—ARIMÁN en su trono , que es un globo
 de fuego , rodeado por los ESPÍRITUS.

HIMNO DE LOS ESPÍRITUS.

¡ Saludá nuestro dueño ! Señor de Tierra y Vientos,
 Que va por nubes y aguas , en cuya mano está
 El cetro con que todos los vastos elementos
 Se rasgan en el caos su acento al escuchar !

Respira ; por tormenta la mar es agitada :
 Habla ; se oyen las nubes con truenos contestar :
 Mira ; del sol la lumbre se esconde á su mirada :
 Anda ; y el terremoto al mundo hace estallar.

Volcanes á sus plantas se elevan fulminantes ;
 Su sombra es la Epidemia ; de su camino en pos ,
 Cometas van cruzando los cielos vacilantes ,
 Los astros en cenizas caen ante su furor.

La Guerra sacrificios le da todos los días ,
 La Muerte su tributo , la Vida sólo es de él.
 Con todos sus continuos dolores y agonías....

¡Él sólo es el Espíritu de cuanto existe y es!

(Entran los Destinos y Nemesis.)

PRIMER DESTINO.

¡Gloria á Arimán! Sobre la tierra crece
Su poder ; mis hermanos han cumplido
Su orden ; yo mi deber no he descuidado.

SEGUNDO DESTINO.

¡Gloria á Arimán! Nosotros , que del hombre
Abatimos la frente , humildemente
Nos postramos delante de su trono.

TERCER DESTINO.

¡Gloria á Arimán! Sus señas esperamos.

NEMESIS.

¡Monarca de monarcas! : somos tuyos ;
Y todo cuanto vive , más ó menos ,
Es nuestro , y lo demás todo lo mismo ;
Mas porque se acrecienta , sin embargo ,
Nuestro poder , acrecentando el tuyo ,
Nuestros cuidados pides , y nosotros
Estamos vigilantes. Se cumplieron
Tus últimos mandatos plenamente.

(Entra Manfredo.)

UN ESPÍRITU.

¿Quién es? ¡Es un mortal! Tú , el más osado
Y fatal miserable , al punto mismo
Póstrate. ¡Adora!

SEGUNDO ESPÍRITU.

Á ese mortal conozco ;
Mago es , de gran poder y gran destreza.

TERCER ESPÍRITU.

¡Póstrate , adora , esclavo! ¿No conoces
Á tu Señor y á ti? ¡Tiembla , obedece!

TODOS LOS ESPÍRITUS.

¡Póstrate tú y tu arcilla condenada,
Hijo de Tierra...., ó teme el infortunio!

MANFREDO.

Lo conozco ; mas, ved , no me arrodillo.

CUARTO ESPÍRITU.

Lo aprenderás.

MANFREDO.

Sabido ya lo tengo.

Mil noches en la tierra , en el desnudo
Campo , encorvé mi frente , y con ceniza
Mi cabeza cubrí : yo he conocido
La plena humillación , postrado ante
Mi desesperación y ante mi propia
Desolación.

QUINTO ESPÍRITU.

¿Y cómo tú te atreves
Á negar á Arimán , sobre su trono ,
Lo que toda la tierra le tributa ,
Sin mirar el espanto de su gloria?
¡Póstrate , digo!

MANFREDO.

Mándale humillarse

Ante el que está sobre él , ante el Supremo
Infinito Hacedor , que no le hiciera
Para adorado ser ; que se arrodille ;
Nos arrodillaremos juntamente.

LOS ESPÍRITUS.

¡Anonademos á este vil gusano!
¡Destrocémosle!

PRIMER DESTINO.

¡Fuera! ¡Atrás!.... Es mío.

¡Oh rey de los Poderes invisible!
Este mortal no es de común esfera,
Cual su porte y presencia aquí denotan.
Los sufrimientos suyos fueron siempre
De una especie inmortal como los nuestros.
Su saber, su deseo y su potencia,
En cuanto es compatible con el polvo
De que la etérea esencia está oprimida,
Han sido tales como raras veces
Del polvo nacen: sus aspiraciones
Han ido más allá de lo profundo
De la tierra, y él sólo ha conocido
Esto que conocemos ya nosotros:
Que el saber no es la dicha, y que es la ciencia
Un cambio de ignorancia, por aquello
Que sólo es otra especie de ignorancia.
Pero no es esto todo: las pasiones,
Atributos del cielo y de la tierra,
De que ningún poder ni ser ninguno,
Hasta el gusano vil, respira exento,
Su corazón han lacerado, y le hacen
Objeto tal, que yo, que no me apiado,
Perdono, sin embargo, á quien se apiada.
Es mío, quizás tuyo, y, como sea,
No hay en esta región ningún espíritu
Con un alma á la suya semejante,
Ni con dominio sobre el alma suya.

NEMESIS.

¿Qué hace entonces aquí?

PRIMER DESTINO.

Que él te responda.

MANFREDO.

Sabéis vosotros lo que yo he sabido :
Sin poder no estuviera entre vosotros ;
Pero existen poderes todavía
Más profundos, y vengo á preguntarles ,
Para obtener respuesta á lo que busco.

NEMESIS.

¿Qué quieres?

MANFREDO.

Tú no puedes responderme.
Evócame á los muertos de la tumba ;
Mi pregunta es para ellos.

NEMESIS.

Soberano ,
Gran Arimán, ¿accedes al deseo
De este pobre mortal?

ARIMÁN.

Sí.

NEMESIS.

¿Quién deseas
Que ya incarnal de su sepulcro evoque?

MANFREDO.

Á una sin sepultura ; á Astarté llama.

NEMESIS.

¡Espíritu ó fantasma ,
Cualquiera que tú seas ,
Que todo ó parte alguna
Conserves aún de aquella
Hechura primitiva
Que tu nacer te diera ,
Del molde de tu barro ,
Que se volvió á la tierra :

¡Reaparece al día!
 Sufre lo que sufrieras;
 Tu corazón, tu forma
 Y aspecto recupera;
 De los gusanos viles
 Rescátate ligera.

¡Aparece! ¡Aparece! ¡Llega! ¡Llega!
 ¡Quien te echó allí, venir aquí te ruega!
(Aparece la sombra de Astarté, y permanece en medio.)

MANFREDO.

¿Eso es la muerte? El colorido brilla
 En su mejilla; pero no: ya veo
 Que no es vivo color, sino enfermizo,
 Cual el rojo marchito que el Otoño
 Pinta sobre las hojas moribundas.
 ¡Ella!.... ¡La misma! ¡Oh Dios! ¿Por qué así tiemblo
 La misma al contemplar? ¡Astarté!.... Nada;
 No puedo hablarle, no; mándale que hable;
 Que me dé su perdón, ó me condene.

NEMESIS.

Por el poder que ha quebrado
 La tumba que te oprimió,
 Habla al punto á quien te ha hablado,
 Ó si no á quien te llamó.

MANFREDO.

Guarda silencio, y más que respondido
 Con su silencio estoy.

NEMESIS.

¿A más no alcanza
 Mi poder. ¡Rey del aire, el tuyo queda!
 Mándale hablar.

ARIMÁN.

¡Espíritu, este cetro

Obedece!

NEMESIS.

¡Callada todavía!

No es de la esfera nuestra ; pertenece
 Á otros poderes. ¡Tu pregunta es vana,
 Mortal! También quedamos confundidos.

MANFREDO.

¡Oye ; óyeme , Astarté! ¡Tú, amada mía,
 Háblame! ¡Padecí , padezco tanto!....
 ¡Mírame ; mírame! La tumba helada,
 Más que yo para ti , no te ha cambiado.
 Cual te amé , tú me amaste con exceso:
 Para así atormentarnos uno al otro
 No fuimos hechos ; aunque fué el pecado
 Más mortal el amar como lo hicimos.
 Di que no me aborreces ; que yo sufro
 Por ambos el castigo ; que por siempre
 Tú serás una bienaventurada,
 Y que yo moriré ; pues hasta ahora ,
 Todo cuanto hay odioso tiende sólo
 Á atarme á la existencia , y á una vida
 Que me hace estremecer ante el aspecto
 De la inmortalidad , y de un futuro
 Semejante al pasado. No reposo.
 Lo que pido no sé , ni lo que busco :
 Sólo siento lo que eres y yo mismo
 Soy : antes de morir , la voz quisiera
 Oír que fué mi música otro tiempo.
 ¡Háblame! Te he llamado de la noche
 En el silencio ; desperté á las aves,

En las ramas inmóviles dormidas;
 Los lobos desperté de las montañas,
 Y enseñé á conocer á las cavernas
 Tu nombre vanamente repetido.
 Todos me respondieron ; respondían
 Cosas mil , los espíritus , los hombres ,
 Y tú sólo quedabas silenciosa.
 ¡ Háblame , pues ! Más tiempo yo he velado
 Que las estrellas , y mirado al cielo ,
 Buscándote en el cielo vanamente.
 ¡ Háblame ! Errando fuí sobre la tierra ,
 Y parecido á ti nunca vi nada.
 ¡ Háblame ! En derredor estos demonios
 Contempla : ellos de mí se compadecen ;
 No los temo , y por ti tan sólo siento.
 ¡ Habla !...., aunque sea con furor ; mas habla.
 No importa qué...., mas que una vez te escuche,
 ¡ Esto otra vez , otra vez más !

LA SOMBRA DE ASTARTÉ.

¡ Manfredo !

MANFREDO.

¡ Habla !.... ¡ habla ! Que está toda mi vida
 En ese acento.... ¡ Esa es tu voz !

SOMBRA.

¡ Manfredo !

Mañana tus desgracias terrenales
 Acabarán. ¡ Adiós !

MANFREDO.

Una palabra ;

Una palabra más. ¿ Soy perdonado ?

SOMBRA.

¡ Adiós !

MANFREDO.

Di : ¿ nos veremos nuevamente ?

SOMBRA.

¡ Adiós !

MANFREDO.

¡ Oh , por piedad , una palabra !

Di que me amas.

SOMBRA.

¡ Manfredo !

(La Sombra desaparece.)

NEMESIS.

Ya ha partido ;

Llamarla no es posible ; mas cumplidas
Sus palabras serán. Vuelve á la tierra.

UN ESPÍRITU.

Está convulso. Aquesto es ser humano ,
É inquirir lo que el límite traspasa
De la mortalidad.

OTRO ESPÍRITU.

Vedle , no obstante ,
Dominarse á sí propio , y su tormento
Hacer que dé tributo , sometido
A su gran voluntad. Si él de nosotros
Sido hubiera un espíritu , sería
Terrible.

NEMESIS.

¿ Otra pregunta acaso tienes
Que hacer á nuestro grande Soberano ,
Ó á sus adoradores mil ?

MANFREDO.

Ninguna.

NEMESIS.

Pues , entonces , adiós por algún tiempo.

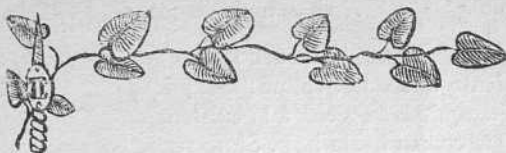
MANFREDO.

¿ Nos hemos de encontrar ? ¿ Dónde ? ¿ En la tierra ?
Como quieras. Por esta gracia tuya ,
Tu deudor ahora parto. ¡ Yo os saludo !

(Sale Manfredo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Un salón en el castillo de Manfredo.

MANFREDO.—HERMÁN.

MANFREDO.

¿Qué hora es?

HERMÁN.

Una hora falta sólo

Para ponerse el sol, y nos promete
Hermosa tarde.

MANFREDO.

Di, ¿todo dispuesto,
Cual he mandado, está en la torre?

HERMÁN.

Todo

Ya está, señor; aquí traigo la llave
Y el cofrecillo.

MANFREDO.

Bien; marcharte puedes.

(Vase Hermán.)

MANFREDO. (*Solo.*)

Siento una dulce calma; inexplicable
Tranquilidad, ajena á la existencia
Que conocí hasta hoy. Si no supiese
Que la filosofía es, entre todas
Las vanidades nuestras, la más fútil,
La palabra más vana, con que siempre
Nuestro oído engañó la jerigonza
Del escolar, creyera ya el divino
Secreto de oro, el *Kalon*¹ rebuscado,
Descubiertos y puestos en mi alma.
No durará; mas bueno es el haberle
Probado, aunque una vez; mis pensamientos
Con un nuevo sentido ha dilatado.
Anotaré en mi libro de memorias
Que existe semejante sentimiento.
¿Quién está ahí?

HERMÁN. (*Entrando.*)

Señor, de San Mauricio
El Abad solicita saludos.

(*Entra el Abad.*)

ABAD.

¡Contigo esté la paz, conde Manfredo!

MANFREDO.

Gracias, buen Padre: bien venido entre estas
Paredes, pues las honra y las bendice
Tu presencia, y también á los que habitan
Dentro de ellas.

ABAD.

¡Oh, Conde, si así fuera!

¹ Palabra griega, que en el sentido recto es *lo bello*, y en el figurado *lo bueno*.

Mas yo quisiera hablar solo contigo.

MANFREDO.

Hermán , retírate. ¿Qué es lo que quiere
Mi huésped venerable?

ABAD.

Sin preludeo

Te lo diré. Mi edad , celo y oficio ,
Mi buen intento , deben excusarme ;
Nuestra inmediata aunque jamás amiga
Y cordial vecindad , de heraldo deben
Servirme aquí. Rumores muy extraños
De índole impía corren y circulan
Á tu nombre asociados ; nombre ilustre
Por muchos siglos ; pueda el que hoy le tiene
Sin mancha transmitirle.

MANFREDO.

Sigue : escucho.

ABAD.

Dícese que unión tienes con las cosas
Cuya pesquisa al hombre está vedada ;
Que con los habitantes de las negras
Regiones , con los muchos condenados
Y malditos espíritus , que vagan
De la sombra de muerte por el valle ,
Comunicas. Yo sé que con el mundo ,
Y con los de tu especie , raras veces
Unes tus pensamientos ; que sería
Tu soledad la de un anacoreta ,
Únicamente con que fuese santa.

MANFREDO.

¿Quiénes son los que afirman tales cosas?

ABAD.

Mis piadosos hermanos , los labriegos ,
De espanto llenos , y también tus mismos
Vasallos , que con ojos recelosos
Te miran. En peligro está tu vida.

MANFREDO.

Tomadla.

ABAD.

Yo aquí vengo solamente
Para salvar , no á destruir ; en tu alma
Secreta entrar no puedo ; mas si ciertas
Son tales cosas, tiempo es todavía
De penitencia y compasión : por tanto ,
Reconciliarte debes con la santa
Iglesia , y por la Iglesia con el cielo.

MANFREDO.

Te oí , y esto respondo : lo que ahora
Soy , ó haya sido , entre los cielos debe
Y yo quedar. No elegiré un humano
Como mi intercesor : si contra vuestras
Órdenes yo pequé , prueba y castiga.

ABAD.

Hijo mío , yo no hablo de castigo ,
Mas de perdón y penitencia ; tuya
Es la elección de estas dos cosas : nuestras
Instituciones , nuestra fe ferviente,
Me dieron el poder para el camino
Del pecado allanar hacia esperanzas
Más altas y mejores pensamientos :
El primero á los cielos le abandono.
« Es mía sólo la venganza », dijo
Así el Señor , y humilde el siervo suyo ,

Repite esta palabra formidable.

MANFREDO.

¡Anciano! Ni el poder de santos hombres,
Ni eficaz oración, ni forma alguna
De purificadora penitencia,
Ni veladas, ni ayunos, ni agonías,
Ni aun el mucho mayor que todos estos
Tormento innato, que produce sólo
La desesperación grande y profunda
Que da un remordimiento, aunque no exista
De los infiernos el temor, y basta
Para un infierno hacer del cielo, pueden
Exorcisar del infinito espíritu
El hondo sentimiento de sus propios
Delitos, de sus faltas y dolores,
De sí mismo vengarle, ni ninguna
Pena futura impone la justicia,
Que el que á sí propio se condena, impone
Al alma suya.

ABAD.

Bueno es todo esto,
Pues esto ha de pasar, y reemplazado
Será por esperanza favorable,
Que mirará con dulce confianza
Al bendito lugar, que alcanzar puede
Todo aquel que le busque, cualesquiera
Que fueren sus errores terrenales,
Si fueron expiados. El principio
De tal expiación, es la conciencia
De su necesidad. Habla, y al punto
Lo que la Iglesia nuestra enseñar puede,
Piadosamente te será enseñado;

Y todo aquello que absolver podemos,
Te será perdonado en el instante.

MANFREDO.

Cuando aquel sexto Emperador de Roma,
Cercano estaba á su postrer aliento,
Víctima de una herida que á sí propio
Se causó, por librarse del suplicio
De una pública muerte, vil é impuesta
Por Senadores antes sus esclavos,
Cierta obscuro soldado, con un resto
De leal compasión, la sangre quiso
Parar de su garganta con su manto
Servicial: el Romano, moribundo,
Le apartó, con imperio en su mirada
Espirante, diciendo: —«Ya es muy tarde.
¿Esto es fidelidad?»

ABAD.

¿Y qué pretendes

Tú con esto decir?

MANFREDO.

Con el Romano

Respondo: «Ya es muy tarde».

ABAD.

No lo es nunca

Para avenirte con tu alma, y luego
El alma con el cielo. ¡Qué!.... ¿No esperas?
Es extraño; hasta aquellos que de arriba
Desesperan, se forjan en el mundo
Algunas ilusiones, cañas leves,
Que asen como los hombres que se ahogan.

MANFREDO.

¡Ay, Padre! Esas terrenas ilusiones

Tuve en mi juventud , y el noble anhelo
 De hacer que fuese mía de los otros
 Hombres la voluntad , de las naciones
 Mía la ilustración , y de elevarme
 No sé hasta dónde , para luego acaso
 Caer ; pero caer como la hirviente
 Catarata, que luego que se lanza
 De un salto al pie de su radiante altura,
 Allí en el fondo, en su espumoso abismo
 (Que vomita columnas nebulosas
 Transformadas en nubes invertidas ,
 Lloviendo en un reascendiente cielo)
 Hundida yace , sí , mas poderosa.
 Pero esto ya pasó ; mis pensamientos
 Eran errores sólo.

ABAD.

¿Por qué?

MANFREDO.

Nunca

Pude humillar mi indómito carácter.
 El que de gobernar tenga el anhelo ,
 Debe servir , rogar , adular , siempre
 Vigilar y observar por todas partes :
 Ser viviente mentira , quien pretenda
 Ser poderoso entre los bajos seres
 De que las masas son ; yo desdeñaba
 Tenerme que mezclar con un rebaño ,
 Aun de lobos , y siendo su caudillo.
 El león solo está , y así me encuentro.

ABAD.

¿Por qué no hacer como los otros hombres,
 Y por qué no vivir cual ellos viven?

MANFREDO.

Porque mi ser era á la humana vida
 Adverso , mas no cruel , pues sólo ansiaba
 No hacer , sino encontrar un despoblado ,
 Como el caliginoso resoplido
 Del Simón solitario , del desierto
 Habitador que sopla sobre arenas
 Estériles y secas , sin arbustos
 Que pueda derribar , que del desierto
 Juguetea frenético en las olas
 Aridas y selvajes , y no busca
 Si no le buscan , mas su encuentro sólo
 Es mortal ; así fué de mi existencia
 El curso ; en mi camino encontré cosas
 Que ya no están .

ABAD.

¡ Ay ! A temer empiezo
 Que para ti ha pasado toda ayuda ,
 O mía , ó de mi oficio : sin embargo ,
 Tan joven todavía , yo quisiera . . .

MANFREDO.

¡ Contéplame ! Mortales de una especie
 Hay en la tierra , que se vuelven viejos
 Aun en la juventud , y de la vida
 Á la mitad , perecen sin la muerte
 Violenta del soldado . Unos sucumben
 Por el placer ; por el estudio algunos ;
 Otros por el trabajo consumidos ;
 Otros de mero hastío ; otros enfermos ;
 Otros dementes , y agostados otros
 Por el dolor , enfermedad que mata
 Muchos más que en el libro del Destino

Se numeran, tomando toda clase
 De formas y llevando muchos nombres.
 ¡Contéplame!; pues todas esas cosas
 Las he probado yo; de todas ellas
 Una fuera bastante; por lo tanto,
 Que sea lo que soy no te sorprenda,
 Sino que haya vivido ó que, viviendo,
 Aún respire en la tierra.

ABAD.

Sin embargo,

Óyeme.

MANFREDO.

¡Anciano! Yo respeto tu orden,
 Y tus años venero; me parece
 Piadosa tu intención; pero es en vano.
 Descortés no me juzgues; mas quisiera
 Evitar, más por ti que por mí mismo,
 Todo ulterior coloquio en este instante:
 Por tanto, adiós. (*Sale Manfredo.*)

ABAD.

Hubiera sido este
 Muy noble criatura: tiene toda
 La energía capaz de haber formado
 Un hermoso conjunto de grandiosos
 Elementos, con tal de que estuviesen
 Con acierto mezclados; mas ahora
 Es un horrible caos: luz, tinieblas,
 Espíritu y arcilla, con pasiones
 Y pensamientos puros confundidos,
 Sin orden y sin término luchando,
 Ora dormidos, ora destructores.
 Sucumbirá; mas ser así no debe:

De nuevo probaré , pues seres tales
De redención son dignos , y mi cargo
Es arrostrar , sufrir todas las cosas
Por un piadoso fin. He de seguirle,
Mas cauteloso , al par que con firmeza.

(Sale el Abad.)

ESCENA II.

Otra habitación.

MANFREDO.—HERMÁN.

HERMÁN.

Señor , me disteis orden que viniera
Á la puesta del sol á preveniros ;
Detrás de la montaña ya se oculta.

MANFREDO.

¿Es como dices? Voy á contemplarle.

(Manfredo se adelanta hacia la ventana del salón.)

¡Astro deslumbrador! Ídolo hermoso
De la naturaleza primitiva,
De aquella joven vigorosa raza
De hombres robustos, los gigantes, hijos
De los abrazos de ángeles y un sexo
Aún más hermoso que ellos y que hiciera
Bajar á los espíritus errantes
Que á la altura jamás volver pudieron ¹.

¹ Viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres , las que escogieron entre todas.

.....
Había gigantes sobre la tierra en aquellos días , porque después que los hijos de Dios entraron á las hijas de los hombres, y ellas tuvieron hijos, éstos son los poderosos desde la antigüedad varones de fama.

(GÉNESIS , cap. vi, vers. 2 y 4.)

¡Astro glorioso , que adorado fuiste ,
Sin haberse el misterio revelado
De tu creación ! ¡Tú , anunciador primero
Del Todopoderoso , que alegrabas
Sobre las altas cumbres de sus montes
El corazón de los pastores tiernos
De Caldea , que al cabo prorrumpián
En oración ! ¡Dios material ! ¡Imagen
Que representa al Ser desconocido
Que te ha elegido para sombra suya !
¡Estrella soberana ! ¡De mil astros
Centro , que nuestra tierra soportable
Haces , y los matices vivificas ,
Y el corazón de cuanto gira y vive
Dentro á tus rayos ! ¡Dueño de las varias
Estaciones ! ¡Monarca de los climas ,
Y los que en ellos moran ; pues , ya cerca
Ó ya lejos , el tinte de tus rayos
Tiñe nuestros espíritus , lo mismo
Que el exterior aspecto : te levantas ,
Resplandeces y ocultas circundado
De tu propia eternal magnificencia.
¡Adiós , adiós ! No te veré ya nunca.
Como fué tuya mi primer mirada
De amor y admiración , ahora recibe
La postrer. No alumbraste ser alguno ,
A quien fueran los dones de la vida
Y el calor de una especie más odiosa
Y más fatal. ¡Despareció ! Marchemos. (Sale.)

ESCENA III.

Las Montañas.—El castillo de Manfredo á alguna distancia.—Un terrado delante de una torre.—Anochece.

HERMÁN, MANUEL y otros criados de Manfredo.

HERMÁN.

¡Es muy extraño! Noche tras de noche,
Durante muchos años, ha seguido
Sus veladas en esa torre misma,
Sin testigo. Yo he estado dentro, y todos
También hemos entrado varias veces;
Mas de su contenido fué imposible
Sacar la consecuencia de la clase
Á que su estudio tiende. Para verse
Seguro, existe un cuarto do ninguno
Entra: diera mi paga de tres años
Por poder penetrar estos misterios.

MANUEL.

Sería peligroso, y así, sólo
Bástete con saber lo que ya sabes.

HERMÁN.

¡Manuel, tú eres mayor, eres discreto,
Y pudieras contarnos muchas cosas!
Viviste en el castillo...., ¿cuántos años?

MANUEL.

Ya del conde Manfredo al nacimiento,
A su padre servía, el cual en nada
Á éste se asemejaba.

HERMÁN.

En igual caso
Hay muchos hijos; pero, di, ¿en qué cosa

Tanto se diferencian?

MANUEL.

No hablo nada

De la forma y facciones ; solamente
Os hablo del carácter y costumbres.
El conde Segismundo era orgulloso,
Pero franco y alegre ; era un soldado,
Y un amigo de fiestas ; no vivía
Solitario entre libros ; de la noche
No hizo velada lúgubre ; al contrario,
Un rato de placer , mejor que el día.
No andaba por las breñas y los bosques
Á un lobo semejante , ni evitaba
Los hombres ni sus goces.

HERMÁN.

¡ Voto á Sanes !....

¡ Y qué alegres aquellos tiempos eran !
¡ Ojalá que de nuevo visitaran
Estos antiguos techos , que parece
Que ya los olvidaron !

MANUEL.

Estos techos,

De amo cambiar primero deberían.
¡ Oh ! Yo vi en ellos muy extrañas cosas,
Hermán.

HERMÁN.

Vamos ; pues sé buen camarada ;
Para pasar el rato cuenta alguna.
De un suceso que en esta misma torre
Hubo , con gran misterio hablar te he oído.

MANUEL.

Fué una noche , en verdad , ¡ bien la recuerdo !

:

Era un anochecer , cual el de ahora ,
 Y en otra tarde igual ; la nube aquella
 Rojiza , que descansa en la alta cumbre
 De Eigher , también entonces descansaba ,
 Tan igual , que parece ser la misma.
 Á ráfagas y débil era el viento ,
 Y la nieve en los montes comenzaba
 A relumbrar con la ascendente luna.
 Dentro el conde Manfredo de su torre ,
 Hallábase cual hoy , en qué ocupado
 No lo sabemos ; mas con él estaba ,
 De las veladas suyas y excursiones
 La única compañera , que de todos
 Los objetos que existen terrenales ,
 Es el que solo amó , según parece ,
 Como en verdad la sangre le obligaba.
 La señora Astarté , su....

HERMAN.

¡Chist ! ¿Quién viene?

(*Entra el Abad.*)

ABAD.

¿Dó está vuestro señor?

HERMÁN.

Allá en la torre.

ABAD.

Tengo que hablar con él.

MANUEL.

Es imposible;

Está en lo más privado , y nadie puede
 Introducido ser.

ABAD.

Sobre mí tomo

La culpa de mi falta , si esto es falta ;
Mas necesito verle.

HERMÁN.

Le habéis visto

Esta tarde otra vez.

ABAD.

Hermán , te mando

Que llames, y que anuncies mi llegada
Al Conde.

HERMÁN.

Es que ninguno de nosotros

Se atreve.

ABAD.

Pues seré yo mismo entonces

Quien mi designio anuncie.

MANUEL.

Deteneos :

Meditadlo , buen Padre ; os lo suplico.

ABAD.

¿ Por qué ?

MANUEL.

Seguidme , pues , por esta senda ,

Y más allá yo os lo diré en seguida. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

Interior de la torre.

MANFREDO, solo.

Salieron las estrellas , y la luna
Brilla sobre las cumbres relucientes

De los nevados montes. ¡ Cuán hermoso !
Con la naturaleza me extasío ,
Y el rostro de la noche me fué siempre
Más familiar que el mismo de los hombres.
Y en su estrellada sombra , de tranquila ,
De solitaria y plácida hermosura ,
He aprendido el lenguaje de otro mundo.
Me acuerdo , siendo joven , que , vagando
Errante , cierta noche parecida ,
Encontrábame dentro del recinto
Del ancho Coliseo , meditando
Entre los más espléndidos despojos
De la sin par y omnipotente Roma.
Los árboles , brotando entre los arcos
Destruídos , oscuros se mecían
Sobre el azul sereno de la noche ;
Las estrellas brillaban de la ruína
Entre las aberturas ; á lo lejos ,
De los despiertos perros los ladridos
Aún más allá del Tíber resonaban ,
Y más de cerca el grito prolongado
De la lechuza lúgubre salía
Del palacio de César , y alternadas
Las voces de distantes centinelas ,
En el viento naciendo y espirando.
Varios cipreses más allá de aquellas
Brechas , obra del tiempo , parecían
Bordar el horizonte , aunque se hallaban
A tiro de ballesta. Do habitaron
Los Césares , las aves de la noche
Desacordes habitan , y entre espesa
Arboleda que brota por murallas

Derruidas , y enlaza sus raíces
Con los hogares imperiales , ahora
Usurpa el sitio del laurel la hiedra ;
¡ Mas de los gladiadores el sangriento
Circo aún está de pie , noble despojo
En ruinoso perfección ! Y , en tanto ,
De César los grandiosos aposentos ,
Los salones de Augusto , en ignorado
Montón yacen humildes por la tierra .
Y tú resplandecías , luna errante ,
Sobre el conjunto aquel , vertiendo dulce
Profusa claridad , que hacía suave
La ruda austeridad de toda aquella
Áspera destrucción , y restaurabas
Como nuevas las brechas de los siglos ;
A lo hermoso dejando su hermosura ,
Embelleniendo lo que no era bello ,
Y hasta el lugar aquel santificando .
¡ Una secreta adoración henchía
El corazón hacia los grandes hombres
De la pasada edad ; hacia los muertos ,
Pero regios Monarcas , que gobiernan
Aún desde sus sepulcros nuestras almas !
¡ Era una noche igual ! Y es muy extraño
Que la recuerde en este mismo instante ;
Mas vi que nuestros raudos pensamientos ,
Su vuelo más frenéticos emprenden
En el mismo momento en que debieran
En orden reposar meditabundos .

(Entra el Abad.)

ABAD.

Bondadoso señor , de nuevo imploro

Gracia por mi venida; no te ofenda
 Por su tenacidad mi humilde celo.
 Cuanto tiene de malo, en mí recaiga;
 Mas puedan sus efectos saludables
 Tu mente iluminar. Así pudiera
 Decir tu corazón: si yo lograrse
 Moverle con palabras ú oraciones,
 Un espíritu noble salvaría,
 Extraviado, pero no perdido
 Completamente aún.

MANFREDO.

No me conoces.

Los días de mi vida están contados,
 Y examinados ya los actos míos.
 Retírate de aquí, pues peligroso
 Te puede ser. ¡Aparta!

ABAD.

¿No pretendes

Amenazarme?

MANFREDO.

No; sólo te digo

Que hay peligro, y quisiera preservarte.

ABAD.

¿Qué intentas?

MANFREDO.

¡Mira allí! ¿Qué ves? Di.

ABAD.

Nada.

MANFREDO.

Mira allí, te repito, con fijeza
 Y con resolución. ¿Qué ves ahora?

ABAD.

Un ser que debería estremecerme ;
 Mas no le temo. Miro una sombría
 Y terrible figura levantarse
 De la tierra : infernal deidad parece ;
 Su rostro está cubierto con un manto ;
 Visten su cuerpo borrascosas nubes ;
 De pie está entre los dos ; mas no le temo.

MANFREDO.

Tú no tienes razón para temerle ,
 Pues no te dañará ; mas su presencia
 Puede paralizar tus viejos miembros.
 Yo te lo ruego : ¡ vete !

ABAD.

Y yo respondo :

Nunca , hasta haber luchado con aqueste
 Demonio. ¿ Qué hace aquí ?

MANFREDO.

¡ Verdad ! ¿ Qué hace ?

Yo no mandé por él ; él solo vino.

ABAD.

¡ Ay , perdido mortal ! ¿ Qué es lo que tienes
 Con huéspedes así ? Por tu fin tiemblo.
 ¿ Por qué te mira así , y así le miras ?
 ¡ Ah ! Descubre su rostro , y en su frente
 La cicatriz del rayo está grabada ,
 Y en su mirada lúgubre se ostenta
 Toda la eternidad de los infiernos.
 ¡ Aparta !

MANFREDO.

Di , ¿ qué buscas ?

ESPÍRITU.

¡ Ven!

ABAD.

¿ Quién eres ,
Desconocido ser? ¡ Habla!.... ¡ Responde!

ESPÍRITU.

De este mortal el genio. ¡ Ven!.... Ya es hora.

MANFREDO.

Para todo me encuentro preparado ;
Pero el poder rechazo que me llama.

¿ Quién te ha enviado aquí?

ESPÍRITU.

Lo sabrás luego.

¡ Ven! ¡ ven!

MANFREDO.

Yo he sometido muchos seres
De una esencia más grande que la tuya ,
Y con tus mismos dueños he luchado.
¡ Márchate , pues!

ESPÍRITU.

¡ Mortal , llegó tu hora!

¡ Adelante , te digo!

MANFREDO.

Sé y sabía

Que ha llegado mi hora ; pero nunca
A seres como tú daré mi alma.
¡ Fuera! Yo moriré cual viví , solo.

ESPÍRITU.

Entonces , llamar debo á mis hermanos.
¡ Salid! (*Aparecen otros espíritus.*)

ABAD.

¡ Atrás , malditos! ¡ Atrás , digo!

Vosotros no tenéis poder ninguno
 Donde la devoción el suyo ejerce,
 Y yo os ordeno por el nombre....

ESPÍRITU.

¡Anciano!

Nos conocemos á nosotros mismos,
 Nuestra misión , tu oficio ; inútilmente
 Tus sagradas palabras no prodigues ;
 Fuera en vano ; perdido está ese hombre ;
 Segunda vez le mando. ¡Fuera ! ¡fuera !

MANFREDO.

Os desafío á todos : aunque siento
 Que el alma me abandona , sin embargo ,
 Os desafío á todos : de este sitio
 No partiré mientras tuviere aliento
 Terrenal con el cual pueda expresaros
 Mi desprecio , y con fuerzas terrenales
 Luchar aun con espíritus potentes.
 Cuanto de mí toméis , será arrancado
 Pedazo por pedazo.

ESPÍRITU.

¡Despreciable

Mortal ! ¿Este es el Mágico que pudo
 Al mundo penetrar de lo invisible ,
 Y un igual á los nuestros casi hacerse ?
 ¿Es posible que tengas á la vida
 Tanto amor ? ¡ A la vida , que te hace
 Infeliz !

MANFREDO.

¡Impostor demonio , mientes !
 En su hora postrera está mi vida ,
 Lo sé ; ni un solo instante de esta hora

Quisiera rescatar : yo no combato
 Con la muerte ; es contigo y todos esos
 Ángeles que ahora mismo te rodean.
 Mi poder anterior no fué pactado
 Con los tuyos ; que fué sólo adquirido
 Con ciencia superior , austeridades ,
 Osadía , y á fuerza de desvelos ,
 Poder de inteligencia , con profunda
 Destreza en el saber de nuestros padres ,
 Allá cuando la tierra mano á mano
 Vió caminar los genios y los hombres ,
 Sin la supremacia concederos.
 ¡ En mi fuerza me apoyo ; os desafío ,
 Os reniego , os desprecio y os rechazo !

ESPIRITU.

Pero tus muchos crímenes te han hecho....

MANFREDO.

¿ Qué le importan mis crímenes á seres
 Cual tú ? ¿ Con otros crímenes el crimen ,
 Y por otros mayores criminales ,
 Se debe castigar ? ¡ Vuelve á tu infierno !
 Que sobre mí poder ninguno tienes ,
 Lo siento ; que jamás he de ser tuyo ,
 Esto lo sé : lo que hice , ya está hecho.
 Un tormento interior llevo en mí mismo ,
 Que no puede aumentar nada en el tuyo.
 El inmortal espíritu da el pago
 A sus buenos ó malos pensamientos ;
 Es el origen de sus propios males
 Y de su propio fin ; él es su espacio
 Y su tiempo á la vez : su innata esencia ,
 Al desprenderse de los lazos torpes

De esta mortalidad, color ninguno
 De las cosas efímeras conserva ;
 Mas se absorbe en la pena ó la alegría,
 Hijas de la conciencia luminosa
 Que de sus propios méritos adquiere.
 Ni me tentaste, ni podrás tentarme ;
 Ni tu juguete fuí, ni soy tu presa....
 Yo fuí mi propio destructor ; yo mismo
 Mi futuro he de ser : ¡ atrás, demonios
 Burlados ! Ya la mano de la muerte
 Se extiende sobre mí ; mas no la vuestra.

(Los demonios desaparecen.)

ABAD.

¡ Oh , cuán pálido estás ! Descoloridos
 Están tus labios y agitado el pecho ;
 En tu garganta los acentos mueren.
 Hacia el cielo dirige tus plegarias ;
 Ruega , aunque sólo sea con la mente ;
 Mas no mueras así.

MANFREDO.

Se acabó todo.

Mis anublados ojos ya no pueden
 En ti fijarse ; á mi alrededor oscilan
 Ya todos los objetos, y la tierra
 Parece vacilar bajo mi planta.
 Adiós ; dame tu mano.

ABAD.

¡ Fría.... fría !

rió también el corazón.... ¡ Pronuncia
 una sola oración ! ¿ Qué es lo que sientes ?
 Ay !

MANFREDO.

¡Anciano! Morir no es tan difícil.

(Muere.)

ABAD.

Partió.... Su alma tendió su etéreo vuelo....
¿Dónde? Tiemblo al pensar....; pero ha partido....

FIN DEL ACTO TERCERO Y ÚLTIMO.





ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Carta del Sr. Alcalá Galiano al Sr. Menéndez y Pelayo.	vii
Contestación del Sr. Menéndez y Pelayo.....	xv
Cáin, misterio.....	i
Sardanápalo, tragedia.....	117
Manfredo, poema dramático.....	307



*Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el 27 de Noviembre
del año de*

1886



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

- ROMANCERO ESPIRITUAL del M. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.
- OBRAS de D. A. L. de Ayala.—7 tomos: el 1.º, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4.
- POESÍAS de D. Andrés Bello, con retrato del Autor.—Sólo hay ejemplares de 6, 10, 25 y 30 pesetas.
- ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, con retrato del Autor, 4 pesetas.
- ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.
- EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, 8 pesetas.
- HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por Menéndez y Pelayo.—Los cinco primeros volúmenes, 22 pts.
- ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.
- DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.
- VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 ptas.
- PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con retrato del Autor, 10 ptas.
- ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.
- CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. Marce-
enéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.
- ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN,
por D. Vicente de la Fuente.—Tres tomos, 13 pesetas.
- ESTUDIOS GRAMATICALES, por D. Marco Fidel Suárez.—
Un tomo, 5 pesetas.
- POESÍAS de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retra-
to del Autor, 4 pesetas.
- DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Se-
rafin Estébanez Calderón.—Dos tomos, 8 pesetas.
- HORACIO EN ESPAÑA.—*Solaces bibliográficos*, por don
Marcelino Menéndez y Pelayo.—Dos tomos, 10 pesetas.
- POESÍAS de Ros de Olano (D. Antonio).—Un tomo, 4 ptas.
- OBRAS de D. Juan Valera.—Tomo 1: *Canciones, romances y
poemas*: 5 pesetas.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, 4 pesetas.

LAS RUINAS DE POBLET, por D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 4 pesetas.

LEYENDAS MORISCAS, publicadas por F. Guillén Robles.—Tres tomos, 13 pesetas.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack.—Tomos I y II, 10 pts.

CANCIONERO DE GÓMEZ MANRIQUE.—Dos tomos, 8 pts.

HISTORIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA, por Juan de Castellanos.—Primer tomo, 5 pesetas.

POEMAS DRAMÁTICOS, de Byron, traducidos por D. José Alcalá Galiano, y precedidos de una carta-prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.

OBRAS COMPLETAS de D. Pedro A. de Alarcon.—Diez y seis tomos, 55 pesetas.

(De todas las obras del Sr. Alarcon hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas tomo.)

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, tomo IV y último.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack.

HISTORIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA, por Juan de Castellanos.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

Los ejemplares especiales son :

150 en papel agarbanzado grueso..... á 6 pesetas.

100 en papel de hilo español, números I á 100 á 10 id.

25 en papel China, números I á XXV..... á 30 id.

25 en papel Japón, números XXVI á L.... á 35 id.

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

JOYAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

(EDICIÓN DIAMANTE.)

ROMANCERO SELECTO.—Tomo I: *Romances moriscos*, con grabados y encuadernado, 2 pesetas 50 céntimos.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo*.—*El Celoso Extremeño*.—*El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*.

—Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernado, 2 pesetas 50 céntimos.

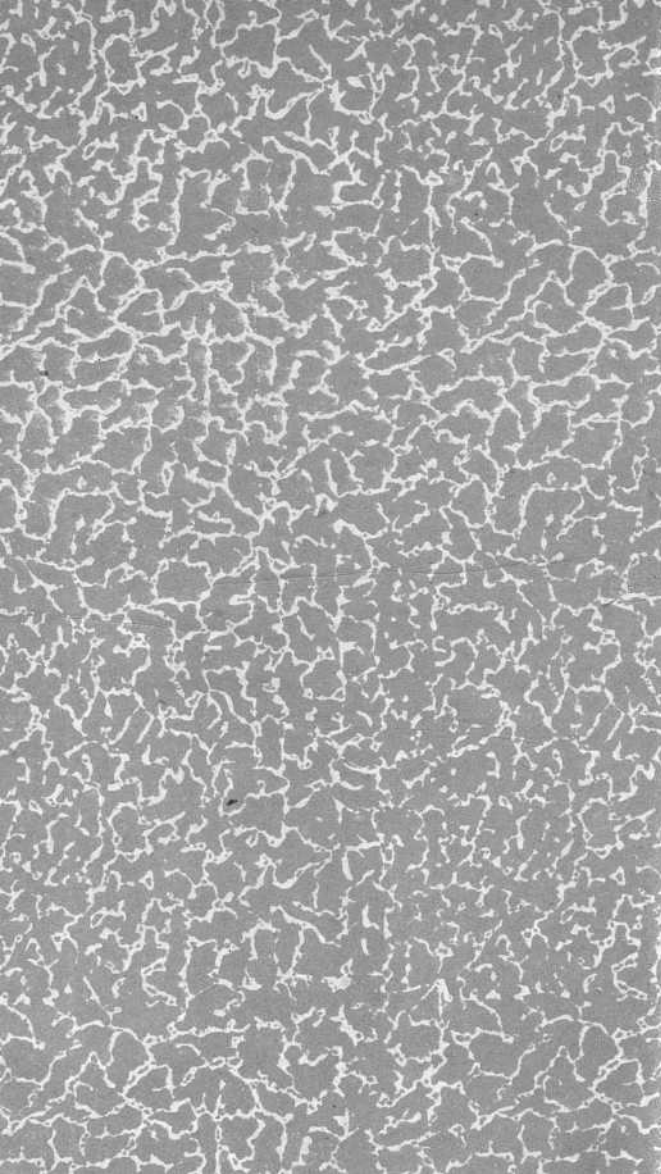
LOPE DE VEGA.—*La Dorotea*.—Un tomo encuadernado y con el retrato del Autor, 3 pesetas.

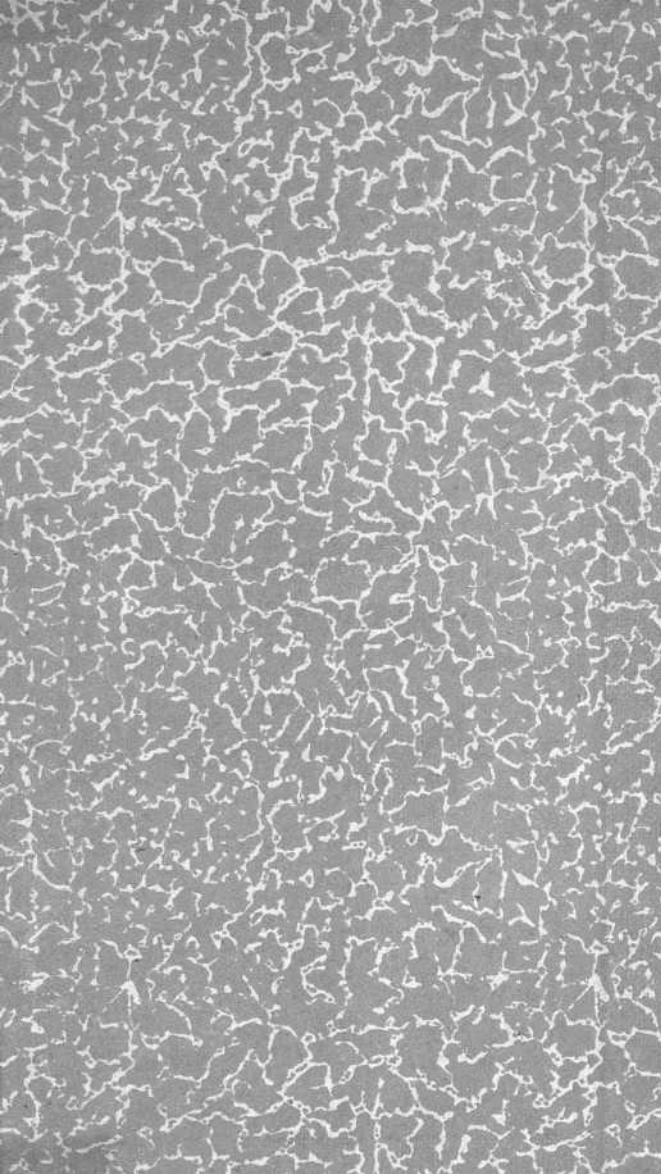
Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

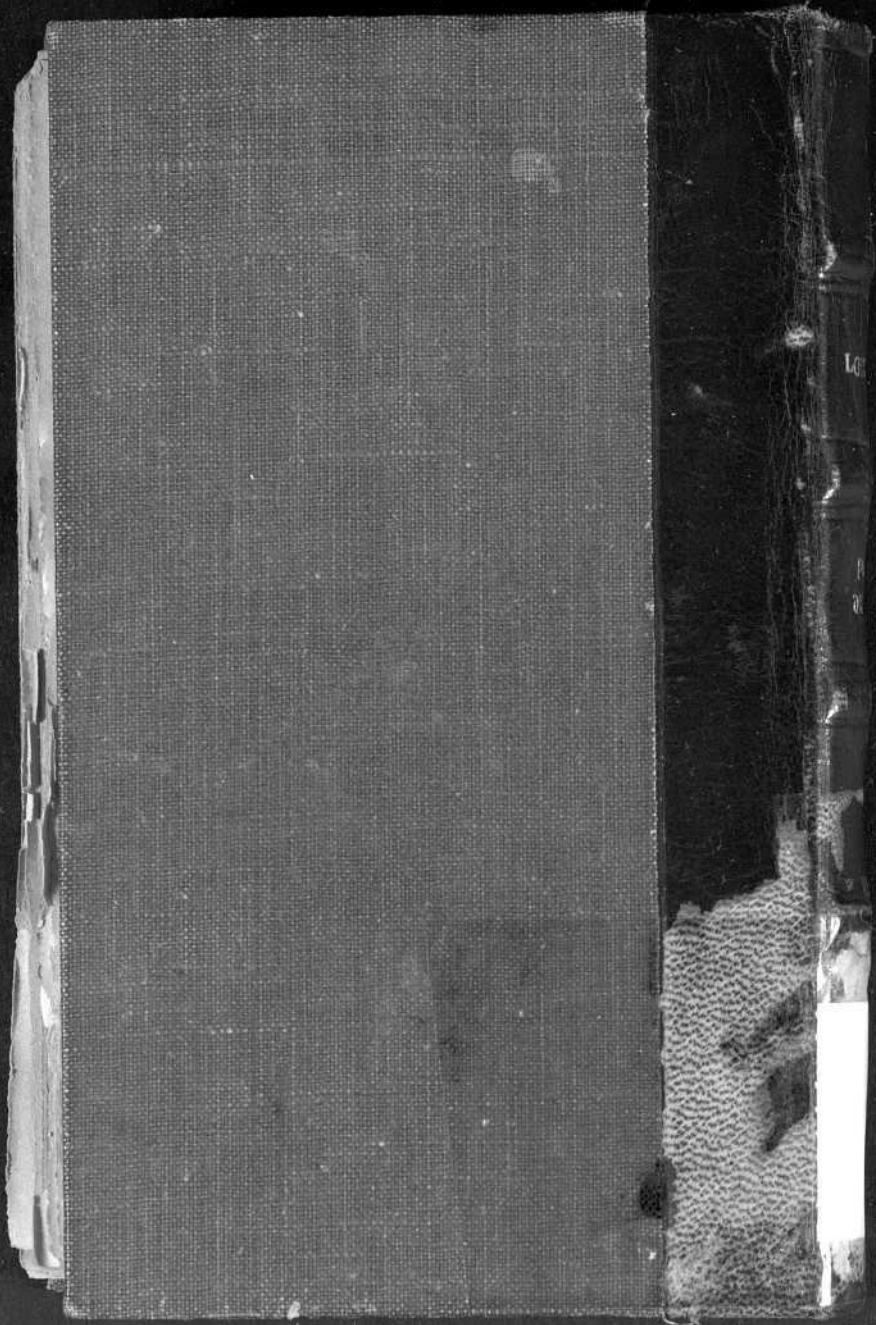
(Los pedidos á la librería de Murillo, calle de Alcalá)

rectamente
Madrid.









LORD BYRON

POEMAS
DRAMÁTICOS

D-1
1156